PAUL WOODROOFE

Cuando me canso de llorar



UNIVERSO de LETRAS

Cuando me canso de llorar

PAUL WOODROOFE

UNIVERSO de LETRAS

Cuando me canso de llorar
Paul Woodroofe

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Paul Woodroofe, 2026

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras
Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

Obra publicada por el sello Universo de Letras
www.universodeletras.com

Primera edición: 2026

ISBN: 9791388010866
ISBN eBook: 9791388009488

A Glenys y a Carmen por su apoyo, cariño, amor y … paciencia.

1

La señora del cuarto piso exterior estaba siempre regando sus plantas en el balcón. Se le oía por las mañanas subiendo las persianas. Al rellenarse las macetas caían gotas en el mismo balcón de la vecina Carmen, en la tercera planta.

Las dos señoras llevaban años como vecinas, una encima de la otra. Era uno de esos edificios antiguos con cuatro plantas, sin ascensor, en el barrio de Conde Duque enfrente del Centro Cultural del mismo nombre.

Ni se acordaban de los años que habían transcurrido viviendo así de cerca, ni se sabía quién había llegado primero ni cómo llegaron a estar en este edificio. Podría haber sido por la ley falangista de los derechos al acceso a viviendas nuevas después de la Guerra, pero ¿quién sabe? En un momento también vivía un hombre con ella, pero casi nunca apareció en la calle ni en la escalera. La vecina de abajo nunca se fijaba en esas cosas privadas. No era una de esas. Una cosa que Carmen sí recordaba era ver bajar cada semana la cestita de la compra, desde el balcón de arriba hasta la acera de la calle después del desayuno, sobre las diez de la mañana. Pero ahora los tenderos del mercado de la esquina ni siquiera ofrecían ese servicio. Ahora un chiquillo de Getir con su motocicleta dejaba una bolsa de comida que había recogido del supermercado Día de la esquina; una cosa que había organizado el nieto de una vecina. Ella seguía sin saber de dónde venía esa bolsa gratuita de comida que dejaba el chiquillo en el rellano y tocando el timbre —de los antiguos que se giraban como un despertador—. Era su visitante solitario.

Lo que extrañaba eran todos los años transcurridos sin que las dos abuelas se vieran. Carmen, la del tercer piso, más joven y con

más energía, sí, la que salía de casa. Saludaba a las vecinas y al portero; y su familia le llevaba a la compra. Compraba en plan tradicional: ella no se fiaba de los supermercados. Tenía que ir al mercado del barrio con sus puestos individuales, de queso, pescado, carnicería y panadería —siempre saludando al tendero—. Tomaba su Cola Cao de sobre con leche templada en el bar de la esquina. De la vecina, nadie sabía nada de su aspecto físico, de su voz, de lo que veía en la tele o si era una aficionada a la música de Lola Flores —un tópico de las marujas suyas—.

Solo se podía imaginar cómo pasaba su vida en el interior de su piso, tras las persianas exteriores y la puerta cerrada con llave al final de la última escalera, hasta donde el chiquillo de la moto subía su compra. No se veían luces, ni se oía la tele, ni música de tocadiscos porque, seguramente, imaginaba la gente, tenía una máquina de esas en las que escuchaba con su marido hacía siglos en la sobremesa. Solo sabían que el chico dejaba la comida y la vecina abría la puerta pesada para volver a cerrarla con un golpe suave dos o tres veces a la semana.

Hace un lustro había dejado de bajar la cesta de la compra en su cuerda desde su balcón —una costumbre de antaño— y desde entonces no se había oído nada de ella. Pero este domingo por la mañana, Carmen sintió que las gotas que caían de las macetas del balcón del cuarto piso empezaban a aumentar.

También se oían pasos pequeños (como si los fantasmas se despertaran) en el pasillo largo, paralelo al suyo en el cuarto piso. Eran pasos firmes pero suaves y cortitos. Y ya no pasaba el chiquillo de la motocicleta.

Carmen salía varias veces al día (con una excusa u otra) y decidió en ese momento coger su abrigo y su bolsa de la compra (por si acaso). No tenía curiosidad —se decía— pero algo había cambiado en el edificio y con el empuje de los pasos paralelos, quería

averiguar lo que era sin meter sus narices en los asuntos de una vecina aún desconocida.

Al salir al rellano se encontró con la nieta, Fuencisla, que bajaba del cuarto también con su bolsa de la compra.

—Buenos, nena. ¿Ayudas a tu abuela? —adivinó, acertando de inmediato.

—Sí. Me mandó mi madre. Bueno, señora. No me importa. No me siento obligada. Usted también está siempre por aquí, ¿no?

—Bueno, siempre no. Somos vecinas. Hago lo que puedo. Veo a tu abuela tan solita. La alegría que da que ya te tiene a ti con quien salir.

—De momento, solo yo y nadie más, señora. Y usted, claro, también. Se lo agradecemos.

—Que venga tu madre. Esto no puede ser. Yo no voy a estar aquí siempre. Somos unas ancianitas. Tú sabes, ¿no?

—Ya vendrá, señora. Es difícil.

—¿Qué hay de difícil? Coger el tren y ya. ¿No querrá que no vaya a buscarla yo?

—No, señora. Claro que no. No se preocupe. Me encargo yo.

Fuencisla ya había dicho suficiente. Estas eran cosas de su madre, Lola. Su madre no hubiera querido que hablara con toda la vecindaria de sus asuntos personales. Su abuela (según lo que le había contado) nunca había buscado historias con los vecinos, y su madre, por sus circunstancias, siempre había sido una mujer orgullosa e independiente.

«Los asuntos de los demás no son los míos, y los míos son de nadie». Siempre había dicho.

2

Fuencisla había llegado a pasos lentos a la estación provincial de su pueblo en un viento de primavera que no quería dejar el invierno atrás. Estaba bajo las órdenes de su madre, cuya madre (la abuelita) había pasado años viviendo solita en su piso cerca de la Plaza de España. Pero, con sus dieciséis años, casi nunca había hecho el viaje hasta la capital.

Siempre había tenido ganas de salir del pueblo, pero trasladarse un fin de semana a Madrid le pareció demasiado. Ella, como su abuela y su madre, había nacido en Segovia. Al morir su abuelo, su mujer se había casado sorprendentemente con el camarero madrileño y se había trasladado a Madrid dejando atrás el piso de la planta baja al lado del cuartel de la Guardia Civil del pueblo. Ahora, sin embargo, la abuela se había encontrado sola, otra vez sin nadie.

Cuando Julia había hecho el mismo viaje para ver a sus amigas, como el día que había conocido a Vicente en ese bar con puerta de cristal, se tardaba más de dos horas en tren. Ahora con los trenes modernos de la democracia no se tardaba ni una hora, pero para ella era como entrar en otro mundo. Al llegar a la estación sobraba tiempo para coger el tren, se calentaba un poco las manos con un Cola Cao caliente en vaso de caña en la cafetería de pocos viajeros.

Allí en el café le había atendido una chavala de su edad. Se habían reconocido de años atrás del mismo colegio del barrio donde también habían asistido sus madres: un colegio de pueblo pequeño donde las generaciones se repiten.

—¿Eres la pequeña Fuencisla, no?

Ciertamente había sido una de las pequeñas de la clase: Fuencita, Fuentecita para algunos.

—¿Adónde vas tú tan solita?

Era verdad, ya no tan pequeña, pero se la veía muy encogida y sola en la mesa de la cafetería de la estación, con el techo alto.

—A ver a mi abuela en la Plaza de España. Está solita y mi madre se preocupa. Eres Conchi, ¿no?

Mientras hablaban, había luchado para acordarse de su nombre, pero ¡por fin!

Fuencisla se había dado cuenta de que asuntos familiares no se contaban y, en realidad, su madre nunca había mostrado preocupación por las penas de la abuela, pero ambas, la madre, Dolores, y su hija, quienes guardaban la reputación de la familia, habían tenido que promover la imagen de una familia con fondo y rumbo seguro.

Había logrado cortar la conversación.

—Ya sabes, hay que cuidar a los abus. —Había mirado en su mano su móvil, cuya pantalla con la hora se había encendido al girar su muñeca.

—Por cierto, me traes un Cola Cao. Aún me da tiempo.

Como su madre, Fuencisla nunca había usado más palabras que las necesarias. La vida de los demás le había parecido un campo desconocido y algo temible y ya había revelado más cosas de su vida de las que hubiera querido.

Conchi tampoco tenía ganas de seguir hablando. Dejó el Cola Cao en su vaso de caña en la mesa y siguió con sus tareas de camarera.

Fuencisla no quería quedarse más tiempo allí, en el bar, con su antigua compañera de clase dando vueltas por un lado y otro con tareas innecesarias. Se había agotado la conversación nada más empezar. Devolvió el vaso vacío a la barra y se marchó.

—Nos vemos, Conchi —insistió con el nombre sabiendo que sería la última que lo usara.

—Dale un beso a tu abuela de mi parte. —Como si se hubieran conocido de toda la vida.

Estas mentiras sociales siempre dejaban a Fuencisla muy alterada. Al exteriorizarse su diálogo interno sobre la aventura impuesta, salió con los pasos más ligeros y con más determinación. El mero hecho de hablar sacaba a la luz sus miedos imaginarios.

«Pero ¿de qué coño sabe esta de la abu, Julia?», se preguntó, enrojeciendo de su uso poco común de la palabrota.

Conchi seguía mirando desde detrás de la barra. Era hija de Beatriz, una de las chicas del barrio de Fuencisla y de su madre, y lo sabía todo sobre la madre de Lola y su escapada a Madrid con el camarero de Atocha. Hasta sabía quién era su padre y cómo había muerto el abuelo en su papelería.

«Mi madre lo había llevado bien con esa Beatriz por el barrio y en clase, pero con lo del abuelo se había pasado. Esas cosas no se hacen. Mira cómo se ha quedado ahora con su marido fracasado, igual que el padre. ¿Qué es lo que buscaba?

«¡Ay, la pobre Fuencisla con los secretos de la familia que sabe todo el mundo! Y yo, pringada. Los viajeros, como ella, que van y vuelven —o no vuelven nunca—, y yo. Me acompaña mi madre aquí desde el barrio para luego buscarme al final del día y volver a casa. Un día salgo con billete de ida solo con la aún más triste Fuencisla».

Fuencisla salió y cruzó el andén para subir al tren que ya esperaba y se encaminó hacia la gran ciudad. El ferrocarril cruzaba la sierra norteña de la ciudad que formaba barrera entre Castilla y León y una ciudad que le inspiraba miedo y angustia. Afrontaba esta sensación al ver pasar los pinos y los montes al otro lado de la ventana.

En su mano llevaba el papelito, con la dirección de su abuela dibujada con la letra de su madre, que indicaba paso a paso cómo llegar al inmueble de cuatro plantas y sin ascensor —de los antiguos —. Había bajado del tren de metro de la línea tres en la Plaza de España y, desde el fondo de la escalera, veía las grandes torres ya

vacías que escondían los edificios más bajos detrás, donde vivían aún las viudas de la posguerra.

Al subir la escalera, encontró un día brillante de sol, que no llegaba a esas casas bajas en sus calles estrechas con adoquines lisos. Subió la calle estrecha con cuidado, ya que llevaba sus zapatos de domingo con suela de cuero. Parecía verdaderamente una señorita de pueblo, con ropa de cincuentona, pero cuerpo de su propia edad.

Con la ayuda del papelito, pero un poco confusa entre semáforos y peatones con prisas, pero sin rumbo claro, y pasando delante de una serie de bares y tiendas de barrio, se encontró enfrente de la entrada del edificio de la abuela. Su madre le había dicho que buscara primero al portero, sabiendo que la abuela no contestaría al timbre, si es que aún funcionaba.

Por suerte, el portero se encontraba con su tarea diaria, fregando el suelo por debajo de los pocos buzones en la entrada. Había visto a la chica pueblerina con cara despistada y le abrió la puerta pesada de hierro y cristales bien limpios.

Después de una conversación de pocas palabras, Fuencisla subió la escalera hasta la puerta de la abuela ermitaña. Llamar a la puerta con sus nudillos no le había servido de nada y solo al girar el timbre, al estilo despertador, se oyeron pasos que se dejaban adivinar uno tras otro, arrastrándose con sus alpargatas gastadas en el suelo polvoriento —es que la vieja esperaba al chico de la motocicleta—.

3

María Dolores había llegado a una edad mediana sin tener realmente una meta en su vida. Sobraba tiempo para solucionarla de una manera satisfactoria desde su punto de vista. Con su madre aún con vida, esa meta no iba a alcanzarse ni en un futuro lejano. Fácilmente habría hecho ella el viaje a Madrid para restablecer contacto con la anciana, pero saltar una generación le parecía más cómodo y menos conflictivo; entonces había mandado a su única hija, Fuencisla —a pesar de todo seguía llamándola así—.

En casa sobraban preocupaciones y obligaciones imaginadas; con sus hermanos mayores hacía años trasladados a otros barrios del pueblo —con sus propios hijos y hasta nietecitos—, había dejado de sentirse responsable por ellos. Tras toda una vida como hermana pequeña responsable, había desatado el nudo que los había unido a ella. Habían reemplazado sus vidas en el piso pequeño, donde su hermanita les hacía de todo, por vidas casi predestinadas, con chicas que habían conocido en el instituto o en el primer trabajo administrativo. Lola se había dado cuenta, con la distancia física y emocional, de que ni siquiera sabía cómo sus hermanos se habían ganado la vida. Su madre, la abuela, instalada en Madrid, hacía años ya había elegido también su propio camino al liarse con el camarero madrileño.

Fuencisla, con sus dieciséis años, surgía de la juventud y se acercaba con bastante rapidez a la madurez de una mujer con apariencia de cierta edad.

Era la persona más que adecuada para ir a resolver el asunto de la abuela.

María Dolores, aún con su independencia feroz, y con el recuerdo amargo del día que se marchó su madre hace más de veinte años,

se ocupaba de su pequeño negocio y aún dedicaba horas a la papelería en la calle Cervantes, en el pueblo. Por lo demás, cuidaba la casa como una madre de verdad: limpiaba cristales, planchaba ropa de cama, sin usar, y preparaba comidas que siempre iban a sobrar. Tantos años sustituyendo a su madre en casa, ahora solo tenía que preocuparse por Fuencisla, que ya era también mayorcita. No había manera de que ella fuera a ver a su madre, en su piso en Madrid, que se había escapado de la casa familiar al conocer a Vicente en circunstancias de película hace ya quince años.

Se entremezclaban sus pensamientos al subir la cuesta peatonal hacia la Plaza Mayor y su destino, la catedral que dominaba el pueblo y el campo aún verde de girasoles a su alrededor. Su camino pasaba por delante del restaurante típico del antiguo camarero y segundo marido de su madre. A pesar del sol primaveral y su próxima conversación con su Dios, sentía el ánimo espiritual por el suelo. Miraba fijamente la calle peatonal adoquinada a pocos metros por delante. Se fijaba en sus pies y se daba cuenta de que había calzado los zapatos de domingo de su hija emisora. Daba lo mismo.

Sacudía la cabeza al oír los ruidos que salían del restaurante, mientras los cocineros y empleados preparaban la sala para la comida del día. Imaginaba a su ya fallecido padrastro, Vicente, y su estancia en la casa de la familia (la suya) antes de volver a la gran ciudad a trabajar en un restaurante a unas pocas paradas en el metro del piso que compartía con la abuela, el lugar por Conde Duque adonde iba a entrar Fuencisla justo en esos momentos. Se había reflejado en los maridos muertos y los tres hijos distanciados en la familia que había mantenido su madre, Julia, antes y después del día que había conocido a Vicente en ese encuentro en un bar cerca de la Estación de Atocha en Madrid: su propio padre muerto en casa casi sin que nadie se diera cuenta; Vicente, acabando la vida en los carriles de esa misma línea de metro (la amarilla), de camino hacia El Económico, donde trabajaba en Lavapiés, una tarde desde

el piso en Conde Duque, adonde iba Fuencisla en esos momentos; y luego sus hermanos, que no habían muerto pero que se encontraban igual de lejos; y… Víctor, claro. Se le había distanciado tan fácilmente de la mente, tal como había hecho su padre hace ya cincuenta años.

En ese momento Lola, La Llorona (como la llamaban las amigas vecinas), decidió no acudir a su cita diaria con Dios en la catedral. Él sabía que las urgencias familiares no se podían dejar.

«Seguro que comprendería». se dijo.

Dio media vuelta y volvió a casa cuesta abajo.

Al llegar a casa se fue directamente al salón para sacar una tableta (de esas) del cajón en el gran mueble, que ocupaba una pared entera, donde tenía guardadas todas sus estatuillas de los santos y los pequeños trastos de la vida diaria: pilas, cinta adhesiva, agujas, bolígrafos y muchas otras cositas. Ella nunca usaba la tableta, pero Fuencisla la había convencido para comprarla y así independizarse un poco. Le había mostrado cómo usarla para ponerse en contacto con su madre en Madrid en caso de urgencia. En la pantalla, tenía un botón para cada contacto importante con sus nombres y así pudo hacer una llamada audiovisual a Fuenci.

Apretó el botón y, con la magia del mundo moderno, apareció en la pantalla la imagen de su hija, ahí, esperando en la puerta de su abuela. Sin intercambiar palabras, Fuencisla dio la vuelta a la pantalla del móvil suyo. Apareció la cara pálida de la abuela, con los ojos pequeños medio cerrados y el pelo blanco y seco sin peinar. Al abrir la puerta de su piso, esperaba todavía encontrar en el suelo la comida embolsada del motociclista.

4

Vicente había llegado a Segovia tras un accidente que podría haber evitado en la cocina del bar por Atocha. El día de su muerte, unos veinte años después, en el piso, se había preguntado, no por primera vez, cómo había acabado un simple camarero en un oficio que no le había traído más que historias problemáticas. Su destino siempre había sido ejercer de dueño en su propio restaurante en un barrio fino de Madrid. Sus padres eran simples inquilinos llevando un restaurante de un tenedor en una calle obrera en el barrio de la Antigua Estación de Delicias. El sueño madrileño pedía más. Sus padres esperaban más de su hijo pero Vicente acabaría sus días en un restaurante igualito al de sus padres (hacía tiempo cerrado) y siempre cumpliendo como camarero hasta ese último día no tantos años por delante. A pesar de todo, Vicente seguía con esa ilusión de ser «chef» en su propio establecimiento. Al quedarse con sus amigas en la pastelería de la Puerta del Sol, tal vez Julia le había facilitado una última esperanza.

Desde el bar se veía la antigua estación de Atocha pero ya habían quitado el famoso *scalextric* y convertido la estación de cercanías en una especie de invernadero, incluso con palmeras y tortugas de todos los tamaños. A Vicente, con su aspecto típico de camarero madrileño, con delantal blanco atado alrededor de su barriga rellenita y con su pelo negro peinado hacia atrás, cubriendo una ligera calvicie, le tocaba distribuir cafés y coñacs por la mañana, aperitivos a la hora de comer y luego por la tarde meriendas de café con churros. No le tocaba a él entrar en la cocina con tantas cazuelas y botellones de plástico de aceite como requería un bar con tanta confluencia de clientes transitorios y con prisa para tomar sus

copas, sus cafés cortados por la mañana y sus pinchos de tortilla, sus bravas y luego sus meriendas: un bollo, un cruasán.

Miraba por la puerta de cristal hacia la fila de autobuses desde donde bajaban los pasajeros a la estación de cercanías. Entre ellos, Julia, que había cruzado la calle para entrar en el bar. Se había sentado en un taburete en una esquina del bar cerca de la puerta. Había recogido su abrigo de invierno (es que no tenía otro) alrededor de sus rodillas y giraba su mirada hacia el fondo de la cocina, detrás de la máquina con tazas limpias y vasos de caña y de copa alrededor. Veía las cabreadas y los insultos histéricos en la gran cocina de gas donde se preparaban tortillas y un pulpo entero en un gran cazo de agua hirviendo.

Ella aún trabajaba en una casa de ancianos en Segovia, y se escapaba una vez al mes para ver a antiguos compañeros suyos que vivían en el Barrio de las Letras, detrás del Paseo del Prado. Su marido Paco se había muerto recientemente de un infarto inesperado.

No había sido una relación de amor, sino de ayuda mutua, y ahora se sentía más libre para viajar cuando le apetecía —o sea, con más frecuencia— sin el juicio de su marido y su hija, que aún vivía en la casa cerca del cuartel de la Guardia Civil en Segovia. Julia nunca había dejado la casa de sus padres y había criado a sus propios hijos en esa misma casa, con poco espacio, pero con muchas camas.

Julia no era de esas que iba a bares (lo suyo era más bien una merienda con suizo con chocolate templado en taza o un cortadito). Pero ese día se le había dado, al cruzar la calle con toda una banda de transeúntes, de entrar directamente a través de la puerta doble en medio de la fachada de cristal limpio y brillante.

Había pedido un vermut al camarero barrigón detrás de la barra.

Desde allí, Vicente sentía que vigilaba un escenario en un bar de los *westerns* americanos que veía en la butaca de su salón los días de fiesta después de los concursos que tanto le gustaban, con las

rubias guapas, con dientes perfectos y sonrisas seductoras. Le parecía la mejor manera de pasar sus horas de descanso. Siempre estaba atento al forastero malvado que entraba en el bar en búsqueda de pelea y un whisky.

—Allí tiene, señora. —Normalmente, Vicente había preferido dejar a los jóvenes camareros ocuparse de los clientes, pero, al ver a esta señora más o menos de su edad, se había sentido con más confianza. Estaba más a gusto recogiendo vasos y preparando cafés en la inmensa máquina detrás de la barra a petición de sus compañeros, con veinte años menos.

—Así se calienta un poco, con el frío que hace.

«Esta se ha puesto su ropa de fin de semana para pasar un día en la gran ciudad. Es de pueblo, pero no es ropa de rebajas de Galerías Preciadas. Aquí hay, por lo menos, algo de calidad. Esta señora se cuida», se había pensado Vicente.

«Hay que aprovechar».

Julia no tenía nada de pinta de turista ni, ciertamente, de señora de compras en los grandes almacenes, con su abrigo y su falda de tela gorda hasta la pantorrilla, pero se la veía muy sola.

—¿Aquí de paseo, señora? Ha escogido un día soleado. ¿Por qué no subir un poco al Jardín Botánico? Me han dicho que tienen unas rosas preciosas que deben de estar saliendo ahora.

Mientras hablaba, Vicente secaba un vaso recién sacado del lavavajillas: un proceso totalmente innecesario, pero cuadraba con las imágenes de cine, como la cámara iba pasando de cara en cara al acercarse el momento clave.

Pero se había callado de inmediato sin saber de dónde había venido tanta palabra excesiva y sin respuesta ninguna. Julia no le había hecho ni caso.

A esta, Vicente no la había visto nunca, con su abrigo de pueblo poco apropiado para el ligero calor de esa mañana de sol limpio que calentaba la acera y entraba en el bar a través de las vitrinas de

cristal limpio. Por un momento, Vicente se distraía de la tormenta que se estaba montando alrededor del pulpo en el cazo de agua hirviendo.

5

Miguel llevaba un par de años en Carabanchel tras otro atraco de chapuzas. Este último intento había ocurrido cómo se hubiera podido imaginar. Había cogido un cuchillo del cajón de la cocina de la de su padre: un cuchillo de esos que ni servían para cortar mantequilla. Ni había salido del barrio con la pandilla, sino que había entrado en una tienda de comestibles para una botella de whisky y luego ir a sentarse en un banco en el parque. Se sentía como un *rockstar* del arrabal. Lo suyo era el whisky; no era de esos yonquis con líneas perforadas en el brazo.

Pero este *rockstar* del extrarradio no había podido con el tendero-sheriff del barrio (que, por cierto, conocía a su madre, que hacía su compra allí). Ni siquiera había podido sacar el cuchillo inútil del bolsillo de su cazadora de piel barata y había sentido al tendero cogerlo por atrás del collar de la cazadora y, con los pies al aire, se le había caído la botella al suelo: un atraco fallido que le había traído varios meses en Carabanchel a pesar de la amistad entre el sheriff y la madre de Miguelín.

A los dos años de encarcelamiento había recibido permiso de salir de día hasta la puesta del sol. Se había duchado y cepillado los dientes con todos los presos de más en los aseos comunes de su galería. Le habían traído su ropa de calle a su celda, y él había encontrado su cepillo de dientes en el bolsillo de sus pantalones carceleros y, como si fueran las llaves de casa, había transferido el cepillo a los pantalones de la calle. Los guardias le habían acompañado a la puerta principal. Hacía sol, pero aún no calentaba, y había pasado frío esperando en la parada de autobuses. Había tenido prisa para ir a pasear por el centro: pensaba en los bares

alrededor de la estación (fácilmente se hubiera comido un bocadillo de calamares) y en las terrazas al lado del estanque del Retiro.

El autobús llevaba una mezcla de reclusos de permiso (como él) al fondo y oficiales de la cárcel que salían del turno de noche, que se sentaban delante: una curiosa especie de *apartheid* carcelero. Habían bajado todos en la estación de Atocha de largo recorrido: una estación moderna con ladrillo rojo y liso y su torre cuadrada con un reloj inmenso y blanco en cada una de las cuatro caras. Lo acompañaba un reloj blanco de estilo antiguo en el arco de entrada de la estación de cercanías, que le servía de vecino.

Al bajar el último, desde la puerta de atrás, Miguel había empujado su mano en su bolsillo para calentarse un poco y había encontrado su cepillo de dientes de plástico liso encima de su muslo. A la vez, su mirada se había fijado en la espalda de una maruja de pueblo con sus zapatos de domingo de tacón bajo y su impresionante abrigo de lana verde.

«Yo de permiso y esta señora perdida en la gran ciudad.

«Se habrá escapado un día del pueblo dejando la familia atrás. Bueno…, los míos ni me quieren ver. Esa tiene dinero para pagarse una copa y calentar sus huesos. Esta noche estará en su camita en el pueblo tras un día en la gran ciudad. Joder».

Miguel se enfrentaba a esta amargura con todo un día por delante de permiso, pero con solo unos duros sueltos gracias a la bondad de las autoridades de la cárcel, suficiente para pagarse un bocadillo en un bar por allí y nada más.

Tenía en la cabeza lo del bocadillo de calamares y, sin querer, había cruzado la plaza de Carlos Quinto con sus diez carriles y la isla peatonal en el medio. Había entrado en el bar de los cristales limpios siguiendo a Julia paso a paso y se había instalado en la barra a su lado.

Ella había tenido la vulnerabilidad de una pueblerina en la gran ciudad y su cara de corderito perdido sacaba una angustia de lobo

dormido del preso en libertad por un día.

Había apretado la manga del cepillo de dientes contra la rodilla de la Segoviana y había vocalizado unas palabras amenazantes entre sus dientes.

El camarero madrileño se había fijado en todo esto y reaccionó de la manera que había requerido su oficio.

6

Julia llevaba unos minutos disfrutando del sol en su espalda a través de la imponente puerta de cristal.

Miraba todos los vasos de caña a cada lado del cafetero siempre en acción al otro lado de la barra.

Sus ojos habían enfocado casi inconscientemente la gran cazuela de cobre tan llena de agua hirviendo que escupía gotas convirtiendo las llamas a su alrededor en un rojo-amarillo.

Los tentáculos del pulpo salían del agua burbujeando como si quisieran escapar o llamar la atención de los que pasaban de un lado al otro.

El ruido del bar El Cristal aumentaba a estas horas de la mañana entre la gentuza que llegaba con Julia en los trenes de cercanías: los trabajadores y administrativos de los ministerios del lado y algún turista que había salido del Reina Sofía para entrar en el barrio.

Miguel llevaba unos cuantos duros en el bolsillo de su cazadora: una cazadora verde de esas baratas de la época, con una bandera alemana en el hombro.

Tenía suficiente para un par de cañas y un bocadillo.

Había pensado comer algo en Atocha, en este mismo bar, y luego irse andando hacia el Retiro para sentarse al sol de la tarde en uno de los bancos de piedra que se encontraban enfrente del estanque del Retiro.

Tenía pensado quedarse ahí en el gran paseo y ver luego pasear a la gente: algunos en camino hacia Atocha, para coger el tren a casa en el atardecer, el camino que él tomaría para luego coger su autobús de vuelta a Carabanchel.

Todo esto tenía pensado.

Pero todo lo que se piensa no siempre llega a ocurrir.

Al entrar en el bar había visto todo lo que pasaba detrás del cafetero, de las cañas en la estantería y del cristal que separaba el bar de la cocina.

Pero se había fijado más bien en el taburete en la barra al lado de Julia.

Se había sentado ahí.

Los camareros estaban todos en la cocina, preparando pinchos, raciones y tapas, pero Miguel no estaba con ninguna prisa.

Se sentía como un cliente más y quería disfrutar de su libertad, haciendo cosas normales.

Al encogerse un poco con el calor en su espalda, se había metido las manos en los bolsillos de la chaqueta de la bandera alemana.

Su mano derecha se encontraba con el cepillo de dientes que había metido ahí dentro, sin pensarlo, al salir de su celda a primera hora de la mañana.

«Esta mujer parece también tener su propio rollo. ¿A ver? Qué me ofrezca algo. ¿Cómo no? Algo le sobrará».

En su triste día de libertad sus pensamientos se habían enfocado en el poco dinero que le habían dado en la cárcel para sus necesidades.

Había mirado de la cabeza al pie a esta maruja de pueblo pequeño, con un abrigo de tela verde y gruesa.

Indagando en su cazadora de bandera alemana, al contar las pocas monedas que tenía en el bolsillo, había cogido el cepillo de dientes en su puño.

Se había quedado algo afrentado por el hecho de que la mujer ni se había fijado en él.

Se acercó un paso con el cepillo apretado en su puño como si fuera una verdadera navaja.

En su papel de héroe de pantalla de los años cincuenta Vicente dejó el trapo de secar vaso encima del cafetero múltiple de ocho pomos y se acercó aún más a la barra donde se sentaba Julia aún

ensimismada e inconsciente del drama que se manifestaba a su alrededor.

—Suelta lo que tiene en la cartera, señora. No quiero hacerle daño —había escupido al mostrar lo que parecía una navaja en su bolsillo.

—Le clavaré esto entre las costillas en un segundo. Ya verá usted.

Al fondo de la cocina, Vicente también se había fijado en la chica con la elegancia de pueblo, con su abrigo verde de tela gorda y, al darse cuenta de la situación de peligro que corría, se había tirado repentinamente hacia la barra, dando con el cazo del pulpo, que se vertió encima de los cocineros y camareros discutiendo alrededor, quemando brazos, barrigas y pies, dejando algunos con citas hospitalarias: perdiendo unas cuantas semanas de trabajo y dejando a Vicente despedido en su momento de heroísmo.

Miguel había salido corriendo a la calle enfrente de la estación de Atocha, con su cepillo de dientes y sus pocos duros aún en el bolsillo.

7

Los cuatro hijos y su madre estaban acostumbrados desde hacía unos años a estar solos en casa, ya tras la muerte del padre.

Ese acontecimiento sucedió de una manera repentina, sin avisar, pero ahora es como si él nunca hubiera existido.

Como si en vida no hubiera dejado ni huella ni hueco al morir.

Aún con uno menos en el piso parecía recogido pero realmente no se notaba la diferencia sin la sombra de papá.

No había tenido significado: ni emocional ni físico.

Doña Julia era muy conocida por todo el pueblo: era peregrina perpetua los domingos en la Catedral y muchos del pueblo se habían llevado a sus padres al centro de ancianos (donde trabajaba como cocinera) en los últimos meses, semanas y días de sus vidas.

El día anterior a la muerte de su primer marido (un martes) había pasado sin ningún acontecimiento fuera de lo normal y el día después (un jueves) tampoco había pasado con mucha historia.

El viernes era día de mercado entre la muralla y la Catedral del siglo dieciséis.

Iba siempre con Lolita, cada una con su carrito de la compra y una bolsa de esas de nailon con su propio bolsillo.

Los jueves se dedicaban a hacer la lista de la compra, al averiguar lo que quedaba en el frigorífico y en los armarios de la cocina.

Al morirse su marido ni siquiera iba a interrumpir asuntos habituales de entre semana.

Al fijarse en el cuerpo ya casi frío al lado suyo por la mañana, se había levantado, se había duchado, había desayunado un café del cafetero con leche templada y un par de galletas secas de las que se quedaban.

Luego había llamado al médico que había hecho todo lo necesario para llevar el cuerpo al hospital y desde allí al tanatorio.

Julia estaba muy ocupada con la compra entonces había pedido a Juan, el hijo mayor con dieciséis años recién cumplidos, todo un hombrecito, para arreglar lo del funeral en el pueblo de al lado, con su iglesia y el cementerio cuyo muro llegaba a la orilla del río pequeño que indicaba el camino entre Segovia y San Lorenzo.

Era en ese pueblo pequeño donde había nacido el marido hace cincuenta años escasos anteriores y donde tenía la mayor parte de su familia.

Julia no se había liado con asuntos del entierro —fijado para el miércoles siguiente— (Juan sabía que convenía evitar asuntos domésticos). Al hacer la lista de la compra el día después del entierro había reconocido la necesidad de comprar algo menos de algunas cosas: a su marido le habían gustado mucho las patatas cocidas, por ejemplo.

El ritmo de la familia seguía igual. Hasta parecía que no sobraba una silla a la hora de comer. De hecho, Julia había metido la que sobraba en su dormitorio para guardar la ropa que se pondría al día siguiente. Trabajaba como cocinera tres días a la semana en el hogar de ancianos. Esos días dejaba en casa comida para los hijos. Y ellos se la comían como si estuviera ella con ellos. Dolores volvía del cole a mediodía para poner la mesa para los cuatro hijos: Juan, los gemelos Antón y Martín y ella misma. Siempre dejaba vacía la silla de su madre donde solía sentarse al lado de la cocina. Para no liarse los días de trabajo Julia preparaba en casa lo que iba a cocinar para los ancianos en la residencia unas horas más tarde. Nunca hacía nada complicado: lo típico del pueblo, sin perifollas para no complicar la salud frágil de los internos. No era lugar para experimentar. Así, tenía cuidado con las especias, con la cantidad de ajo y con la presencia de huesos y espinas.

Su marido no le había molestado mucho en su vida ni al morirse, pero se sentía más libre cuando murió. Viajaba más a Madrid en sus días libres para encontrarse con sus amigas que se habían escapado allí tras la libertad que engendró la muerte del dictador. Era en una de esas excursiones que había conocido a Vicente en el bar El Cristal de Atocha. Él había descubierto su corazón enterrado al encontrar el coraje desconocido frente al fallido atracador con su cepillo de dientes también escondido.

8

Vicente había girado hacia la cocina de El Cristal tras haber escupido unas palabras muy poco apropiadas hacia el joven atracador fracasado. Había dejado un instante a Julia, con su leche templada en vaso de caña. Ella casi no había reaccionado a la fuga de su atracador, pero se fijaba más en la sensación de la leche en sus labios y el suave calor que bajaba de su boca hasta su garganta, un calor que se había fusionado con la ola fluyendo de su espalda, calentada por el sol entrando a través de los cristales de la entrada del bar. A la vez, se sentía temblando al reaccionar su cuerpo a la amenaza, supuestamente real.

En ese momento, había llegado la ambulancia del barrio y un par de policías locales que siempre patrullaban las calles amontonadas donde solían pasar cosas inesperadas. Ellos se habían fijado solamente en la pelea que se había montado en la cocina del bar, pero que se había parado repentinamente tras la fuga de Miguel que ya se tranquilizaba al llegar a las paradas de autobús. Él había desaparecido totalmente y había podido seguir su día de libertad sin trastornos, los que traían su fracasado intento de robo, sin poder evitar su propia soledad de una libertad que no valía para nada cuando se está más solo en la ciudad que en la cárcel, una libertad imaginaria. Tenía a sus padres a unas pocas estaciones de metro, pero como si estuvieran al otro lado del mundo.

Con el salto de Vicente hacia la barra donde se había sentado Julia (envuelta en su abrigo verde de tela gorda provinciana) todo se había parado como en una película con todos los protagonistas congelados y la cámara dando vueltas alrededor, inspeccionando miradas y expresiones. Dejando todo atrás sin quitarse el delantal blanco de camarero, había dado otra vuelta de la barra rozando la

esquina con su barriga un tanto incómoda. Se había fijado en las sacudidas de la provinciana perdida al centro de su propia tormenta en ese rincón de Atocha.

Con todo lo que se pasaba a su alrededor, Julia sentía la mano segura, firme, pero acogedora del camarero con el delantal con manchas que reflejaban la cocina típica del bar castizo de Atocha: rojos de pimentón y blancos grasientos de alioli. Como tenía la costumbre de mirar siempre hacia el suelo, Julia se había fijado en sus zapatos negros que formaban testigo de los suelos de cocinas y barras donde llevaban años pisando. Hasta tenía serrín en los agujeros de los lazos. Su talón pisaba el cuero que debía funcionar de soporte atrás. Hasta los calcetines grises tenían una capa de grasa del suelo.

Pero nada de esto había importado con la seguridad de su mano derecha en su espalda (calentando y asegurando) quitando la ansiedad y miedo repentino que un instante antes había rellenado su cuerpo. Al llegar a la acera había dejado atrás el bar grasiento, ruidoso y lleno de amenaza y miedo. Había quitado su delantal y lo había tirado en una papelera al lado de la carretera (para no manchar el suelo). Sabía que no iba a volver a su trabajo en El Cristal. La nota que había mandado el jefe en manos de un joven camarero nuevamente fichado a su piso en Delicias había sido un tanto innecesaria, pero había cerrado un capítulo en su tiempo en Madrid.

Vicente, en otro acto de heroísmo urbano, había acompañado a Julia a su cita con sus amigas en una cafetería en Sol, en un primer piso donde repartían décimos de la lotería en la salida del metro. No había entrado con ella (para no molestar), pero había quedado con ella unas horas después para asegurarse que había cogido el tren de vuelta. Usaba el tiempo para volver a Delicias, ducharse, cambiar de ropa y peinarse inspeccionando la cara en el pequeño espejo roto en

el estante al lado del lavabo en el cuarto de baño: cara de superhéroe humilde, pero decidido.

Había cambiado de ropa antes de subir hasta Atocha, donde Julia iba a coger el tren de vuelta. Ella se había recuperado de su roce con el lado criminal del entorno de Atocha. La merienda con sus amigas se había hecho muy larga. Sus conversaciones habían transcurrido sin tocarla. Había decidido llegar pronto a la estación para darle tiempo de pensar y ajustar sus sensibilidades. Vicente, recién peinado y con la libertad y seguridad que ya no tenía trabajo que le ataba a su rincón de Madrid, también había llegado al andén del tren que iba hacia Nuevos Ministerios y luego Chamartín antes de seguir hacia la sierra y el pueblo de Julia.

Se habían visto a distancia en el mismo andén. Vicente llevaba los mismos zapatos (no tenía otros). Al alcanzarse el uno al otro, también había llegado el tren.

Había subido al tren con la ayuda de la mano gruesa agarrada ligeramente a su codo. En una servilleta de la cafetería había apuntado su nombre completo (con apellidos) y su número de teléfono.

—¿Por qué no vienes a Segovia? —dijo al presentarle el papelito doblado en su mano como le soltaba y antes de cerrar las puertas automáticas.

9

En la residencia de los ancianos todo pasaba igual.

Los veía al llegar al centro, pero su trabajo se centraba en la cocina de atrás y la verdad es que no tenía mucho contacto con los clientes (así los llamaban).

Trabajaba allí de lunes a miércoles. Los demás días trabajaba otra señora (por cierto, vecina suya). A veces, entre semana, sus pasos se entrecruzaban e intercambiaban comentarios sobre asuntos profesionales, pero normalmente el sistema de las cenas y comidas de los ancianos funcionaba con listas escritas a mano en un cuaderno, en una pequeña mesa en un rincón de la cocina, con techos altos y superficies limpias. Al lado del cuaderno se encontraba un teléfono negro de los antiguos, pero en vez de un dial rotatorio, tenía botones blancos con números negros. Dentro del cuaderno habían apuntado con lápiz los números de teléfono de los almacenes y agricultores. Al terminar el turno, Julia o su compañera apuntaba los ingredientes para los próximos días. Al día siguiente hacían el pedido por teléfono y solía llegar esa misma mañana.

Habían pasado un par de semanas largas desde el encuentro con Vicente en el bar de Atocha. En ese tiempo Julia había seguido trabajando, pero sin prestar mucha atención a los ritmos y rutinas ni de la cocina de los ancianos ni de la suya propia. Los pedidos apuntados en el cuaderno no se habían traspasado a sus distribuidores y entonces esas semanas habían faltado verduras en algunas comidas, hasta que un día, un viernes, los clientes no habían podido disfrutar de su pescado al horno. Esa mañana Mari Tere (la vecina) había preparado unas cuantas tortillas de patata; algunas sin cebolla. Como ni el teléfono ni la cocina, que ambas compartían, eran nada modernos, y esa mañana, con Julia en casa,

Mari Tere había pasado una buena racha pelando y troceando patatas. Los apuntes con el lápiz gordo en el cuaderno esa mañana se salían de las listas normales de compra necesaria. A los ancianos les encantaba el pescado el viernes, pero una tortilla de patata también se masticaba con facilidad y no se quejaban.

Desde su momento de heroísmo en el barrio de Atocha, Vicente tampoco había podido funcionar de una manera fuera de lo robótico. No tenía la cabeza para pensar en cosas habituales, como qué comer, afeitarse, peinarse y limpiar sus zapatos negros. Había llamado al número apuntado en la servilleta y por pura casualidad se había encontrado a Julia en casa sola. Habían podido intercambiar algunas palabras esenciales. No eran conversaciones íntimas ni apasionadas, sino de pocas palabras: las esenciales. A pesar de tener cuatro hijos, Julia era una persona de conversación limitada. Su marido, muerto desde hacía cinco años, casi no le hablaba. Lo que le contaba no tenía interés y ella había cogido la costumbre de contentarse con su mundo interior. Cuidaba a sus hijos; la verdad es que los quería mucho, pero su amor y su orgullo se mostraba en darlos a comer, cuidar la casa y asegurarse de que ellos salían de casa con ropa bien limpia. La verdad es que ella se sentía un tanto sola.

De repente, la aventura que había descubierto al encontrar a Vicente había abierto una experiencia muy distinta a su vida hasta entonces. Con dos conversaciones telefónicas habían quedado en otro bar cerca de la estación, pero esta vez Vicente había querido escaparse de la ciudad y había cogido el tren ese jueves por la tarde. Julia no tenía más que un par de horas entre el trabajo en la cocina de los ancianos y su obligación de estar en casa para preparar la cena de la familia en la planta baja de la casa, al lado del cuartel de la Guardia Civil. En unos veinte minutos alcanzaría el bar frente a la estación para la cita.

10

Al llegar el tren de la capital, Vicente se había instalado en la barra del mesón donde, en breves palabras, se habían citado. Miraba los jamones colgados de la viga, supuestamente de madera antigua, pero que en realidad era cemento pintado de marrón y negro: una pobre imitación. Le había resultado extraño sentarse como cliente y pedir su caña.

El camino desde el piso en la planta baja hasta la estación de trenes era el camino de toda la vida de la familia entera: desde los ya muertos hasta los más jóvenes. Cuando Julia llegara sola a la vejez, sería Fuencisla quien haría ese mismo camino para enterarse del estado de su abuela en su piso de Conde Duque, detrás de la Plaza de España.

Julia, angustiada pero con el corazón latiendo de una anticipación inesperada, bajaba la calle larga con tiendas y cafeterías de una nueva época. Ya había tenderos chinos con sus tiendas que vendían de todo, desde el pan de molde hasta pilas y cables para los *Walkman* de los quinceañeros. Seguían vendiendo pan, pero también empezaban a verse los bollos americanos con muchas calorías y poco sabor. La carnicería aún no se había convertido en un bar moderno. Las señoras todavía podían hacer la cola y charlar de sus nietos y sus enfermedades.

En cuanto se acercaba a la estación, se quedaban atrás los antiguos arcos de piedra que sujetaban los dos pisos de las casas bajas y permitían pasear en invierno y primavera sin mojarse y en verano sin los martillazos del calor. Las aceras se revelaban más anchas con arbolitos nuevos que algún día ofrecerían sombra para los viajeros en camino. En este día de primavera, Julia sentía el calor del sol en su espalda y, a pesar de la pequeña brisa, se acordaba del

día solo unas semanas antes cuando había entrado en el bar de Atocha para encontrarse con Vicente. Aquí en Segovia se veían, por encima de las casas bajas, las praderas de girasoles verdes, pero cada semana más altos, en anticipación al sol de los meses de verano.

Junto a sus nervios, también estaba la sensación de culpabilidad, mientras se acercaba a su cita clandestina. Como una verdadera espía, se había puesto un abrigo con el cuello levantado y una gorra de las que se llevan cuando no hace calor, pero había riesgo de lluvia. En casa no había nadie y en la residencia había dejado a su vecina preparando las tortillas para los ancianos. Inventando una historia doméstica, había salido con prisas para irse a casa, arreglarse y luego emprender su camino hacia la estación. Solo Dios en este momento sabía dónde estaba la peregrina. Los niños estaban aún en el colegio imaginando a su madre preparando su cena. Tampoco estaba controlando la lista de la compra en casa, así que el día del mercado no había comprado pescado ni había salido a la pescadería del barrio (donde iban todas las señoras de los guardias civiles). Como a los ancianos les tocaba tortilla, pues a su familia también. El hecho de que se iban a quejar (a María Dolores le encantaba el día que se comía el pescado) flotaba encima de su cabeza sin afectarla. Sus pasos se habían ralentizado al ver la doble puerta de cristal encuadrada en una madera oscura que en realidad eran vigas de cemento pintadas de un negro y marrón oscuro: de lo más castizo.

Como Julia iba acercándose, Vicente había pedido otra caña. Se estaba dando cuenta de que la tarde no contaba con un sol interminable y no quedaba ni siquiera un par de horas para coger el tren de vuelta a la capital. Pensaba en su pequeño piso, un primer piso sin balcón, donde iba a llegar solo dentro de pocas horas. Su futuro sin trabajo no lo tenía nada claro. En Madrid, sobraban camareros y todos los dueños de los bares por el centro de Madrid

estaban al tanto de su heroísmo y ese tipo de protagonismo no le había abierto posibilidades profesionales. Los dueños querían empleados que quisieran trabajar y no causar problemas ni con los compañeros ni con los clientes. En fin, se ha quedado sin trabajo y pagar el alquiler empezaba a ser un problema.

En realidad, no había tenido prisa para coger el tren de vuelta a Madrid y encontrarse solo en su piso en Delicias con la bombona casi vacía, pero a la vez empezaba a preguntarse qué hacía él esperando en un bar que no era lo suyo cerca de la estación en Segovia. Julia había entrado en el bar con el débil sol de la tarde a sus espaldas. En ese momento eran como dos individuos que se habían citado por equivocación en un encuentro clandestino, en un bar al lado de otra estación.

11

Julia regaba sus tristes plantas en las macetas del balcón de la cuarta planta. Con su ayuda y cariño se habían recuperado del frío del invierno. Volvía a ese encuentro en el bar, supuestamente castizo, frente a la Estación de Segovia cuando en aquel entonces se tardaba el trayecto a Madrid en tren más de un par de horas.

El héroe que le había salvado en el bar, cerca del gran paso de cebra en la Glorieta de Carlos Quinto, no era la misma persona con quien se iba a encontrar ahora en Segovia. Había bajado esa larga calle desde su casa al lado del cuartel de la Guardia Civil hasta la estación. Su recuerdo del encuentro tan extraño en Atocha había puesto punto final a su día en Madrid. Vicente le había acompañado a la cita con sus amigas en la cafetería en la Puerta del Sol, pero al bajar del tren esa noche en Segovia, no se había acordado de nada de lo que había hablado con sus compinches. Solo le había quedado el espectáculo en el bar del chico que tomaba un día de libertad de la cárcel de Carabanchel (como le habían explicado después). Eran solo unos minutos, pero le habían cambiado la vida para siempre. Desde entonces se había sentido aislada, separada aún más del mundo de los demás, incluso de sus hijos.

A los pocos meses del encuentro en Atocha los dos cincuentones se habían casado y se habían mudado a este piso donde ahora vivía ella sola regando sus plantas. A los cinco años de matrimonio, Vicente se había muerto supuestamente en un accidente en el metro cuando entraba el tren en la línea 3 de Plaza de España hacia Callao. Algunos testigos en el andén habían dicho que iba con tanta prisa, con los lazos de sus zapatos (zapatos negros de camarero) desatados, y había dado, sin avisar, con el vagón, siendo el conductor el último al verlo con vida. Otros dijeron que se tiró solo,

nada más claro. También había resaltado el estado de sus zapatos, como si reflejara toda su personalidad, toda su vida. De todos modos, había causado retraso en todas las líneas de metro ese día.

Un lustro antes había llegado al mesón en Segovia a conocer, por segunda vez, a un ser desconocido y humilde que solo un par de semanas antes la había descubierto: un ser humilde de pueblo en la gran ciudad.

Vicente, sentado incómodo en el taburete de la barra, también estaba nervioso. Llevaba más de quince días en su piso al encontrarse despedido (un poco injusto tras salvar la vida de una clienta). Ahora no trabajaba y no había tenido ganas de buscar empleo. Eso hubiera requerido paseos interminables, de bar en bar, pidiendo trabajo a los dueños y a los responsables en todos los bares humildes, de los barrios turísticos y de los menos apreciados del centro de Madrid, y no se sentía con la fuerza de seguir ese camino. Su único reto había sido encontrarse con Julia y buscar un sentido a la vida con ella porque en estos momentos un camarero sin trabajo no valía nada. Quería formar parte de una pareja con la estabilidad y el propósito que eso daría.

Al entrar en el bar, Julia había encontrado a Vicente con su espalda hacia la puerta, mirando el fondo de su caña vacía, preguntándose si pedir otra. Vicente llevaba poca ropa a pesar del frío que se intensificaba al esconderse el sol detrás de los campos de girasoles. Se presentaban como una gran pantalla de cine con la pareja en primer plano. Como ropa llevaba solo su camisa blanca de camarero, un chaleco negro, el mismo que había llevado en su último día de trabajo, y un ligero impermeable de tela que no servía de nada, pero siempre tenía colgado en un clavo en la puerta de su piso. Lo había cogido al salir a la calle como gesto automático. Julia había sentido que venía al bar para llevar a casa a su marido de toda la vida. Entonces, casarse de verdad dentro de unos pocos meses no le parecía nada extraordinario.

Al sentarse a su lado en la barra, se había pedido un vino tinto. Ya se había pasado la hora del Cola Cao y le había parecido un poco inculto acompañar a su futuro marido, bebiendo ella una taza de algo con leche templada. La verdad es que necesitaba algo para soltar un poco la lengua.

En pocas palabras, Vicente, entre tragos, le había explicado su situación actual: pagándose el piso en Delicias, con el poco dinero que le quedaba de ahorros, con la seguridad de que nadie le iba a contratar a corto ni a largo plazo. Para terminar había explicado que solo le había quedado media horita para el tren de vuelta y que le había agradecido volver a verle. Pero las deudas se pagan, y la pueblerina le había asegurado que, como él le había salvado la vida, ella podía dedicarse (entre familia y los ancianos) a buscar una solución para seguir adelante. En ese momento no le había parecido oportuno hablar de su futuro matrimonio: un futuro no tan lejano. Había quedado en venir a Madrid para dar un paseo de novios dentro de quince días.

12

Al contemplar los chorros de agua cayendo desde su balcón hacia el balcón tan limpio del piso de Carmen, Julia volvía a visitar con un cierto orgullo cómo había pasado esos quince días antes de embarcar en el segundo viaje a la capital en un solo mes.

No había tenido vergüenza de sus encuentros clandestinos ni de su boda relámpago cuya semilla se había plantado en la tarde del encuentro en el Mesón del Acueducto. Su vida hasta entonces se había escurrido como bajo una lupa.

No había tenido una vida interior interesante y, de todos modos, su ser íntimo había sido muy visible, perteneciendo a todos: su ya fallecido marido, su compañera cocinera y, por supuesto, sus hijos, su hija María Dolores y el cura de las confesiones semanales.

La naturaleza secreta de la relación con el camarero no había salido de la necesidad de evitar caer en el ridículo, sino para encubrirse a sí mismo su ser íntimo, escondido del mundo físico y del juicio de los demás.

El pobre Vicente, con sus zapatos pegajosos de camarero, había sido una mera víctima: un ángel héroe caído del cielo.

Al acabar su última caña, Vicente se había fijado en el cielo detrás de la estación de enfrente.

El color verde clarito de los girasoles se había transformado en gris.

Se agotaba la luz del día y, con ella, el tiempo que le había quedado para coger el último tren a Madrid.

En esa época los trenes terminaban antes.

No había tenido prisa para volver a Madrid porque ahí no tenía nada, salvo un piso vacío con el delantal de camarero colgado en la puerta de salida a la escalera.

Pero tampoco había querido perderse el tren y quedarse aislado en esa provincia al otro lado de la sierra, con una mujer que parecía tener todo resuelto: su familia, su trabajo y su vida.

Sin embargo, Julia había encontrado en Vicente un camino hacia una vida libre de compromisos, desde una vida ordinaria, descolorida y sin rumbo.

Había querido encontrar una libertad interior con sus propios pensamientos, lejos de su faz exterior que veían todos los demás.

Habían compartido en la barra unos minutos de unas pocas palabras sin consecuencia.

Al salir del Mesón del Acueducto, Julia se había acercado con Vicente a la entrada de la estación de dos andenes, pero no había querido entrar a despedirle en la puerta del vagón.

De momento no le había atraído la posibilidad de ser vista con un hombre desconocido por su familia y sus amigos, su compañera de trabajo y el mismísimo cura.

De momento no quería dar un mensaje demasiado contundente a Vicente.

Se habían despedido con un gesto de la cabeza, sin acercarse.

Al pasar el último vagón al otro lado de las puertas de cristal que daban paso al andén, Julia había dado la vuelta para emprender el camino recto hacia los arcos de piedra y el piso de la planta baja.

Mientras iba caminando, se había puesto a pensar en cómo resolver el asunto de su ausencia esa tarde.

Iba con la conciencia de que en casa todos estarían esperando su vuelta.

Los gemelos estarían en su cuarto, con sus videojuegos, un poco intranquilos por la ausencia de su madre en la cocina.

Ella se había preguntado qué hubieran hecho si nunca hubiese vuelto a casa.

Se habrían preguntado cómo iban a cenar si no había nadie en casa para preparar la cena.

Julia siempre había dejado pan y mantequilla con mermelada en la mesa de la cocina para una merienda sencilla cuando ellos volvían del instituto, pero ahora se iba acercando la hora de cenar.

La luz del día ya no entraba por la ventana de la cocina, que daba a la calle, y normalmente a estas horas se oía el ruido normal de preparar la cena.

Mientras jugaban, cada uno con su propia máquina, aún no habían entrado en su conciencia los ruidos y olores que habían asociado con esta hora del día.

Los rasgos de la cara de su madre no formaban una imagen clara en sus cabezas, pero lo que sí faltaba había sido la rutina de la cena que Julia facilitaba.

En sus conciencias algo no cuadraba.

Como Julia había alcanzado el cuartel de la Guardia Civil, había oído a los gemelos llamando a María Dolores para que les preparase algo de cena; ella, la más joven, con el papel de matriarca.

13

A María Dolores sí que le había faltado su madre —que la llamaba Lolita—, con sus diez años cumplidos.

Había salido del colegio del barrio, San José.

Había comido un bocadillo de tortilla (casera, de la mano de su madre, igual que los que había hecho ese día en la casa de los ancianos).

Luego, a las cinco y media, había vuelto a casa.

Un poco más tarde había esperado a ver a sus hermanos (de vuelta del instituto) y luego a su madre después de otro día con los ancianos.

Nunca había fallado.

Había hecho el corto camino a casa con tres compañeras de clase, vecinas en el mismo edificio de cuatro plantas: Sole, Beatriz y Mariajo, hija de la compañera de Julia.

Eran amigas más bien circunstanciales.

Habían compartido colegio y barrio, pero eran tres seres muy distintos.

Lola tenía los mismos rasgos físicos y emocionales de su madre.

Era una chica muy de su propio mundo y no evitaba relaciones con otros, pero ni las buscaba ni las necesitaba.

Lola había sido la primera en despedirse en la planta baja, nada más entrar en el edificio.

En esa época no había nada de pantallas ni códigos para abrir la puerta que tanto fastidiaba a Julia como anciana cuando las habían instalado en el edificio en Conde Duque.

Cada niña tenía una llave gorda del portal y otra más pequeña del piso.

Las dos amiguitas, aunque solo iban a subir un par de plantas más, habían quedado charlando a la espera del ascensor.

Ellas no habían tenido tanta angustia al llegar a casa, sabiendo que tendrían en casa a sus madres o sus abuelas, preparando algo para merendar y luego viendo la tele en el sofá.

A Lola no le había importado quedarse sola, pero le había pesado la responsabilidad de jugar el papel de ama de casa con sus pocos años, al no estar su madre en casa.

María Dolores (así se llamaba cuando jugaba ese papel de adulto responsable), al dar la vuelta de las llaves en la puerta de su casa, había oído detrás llegar el ascensor pequeño con sus estrechas puertas metálicas, que se habían desplegado nada más llegar.

Dentro de poco se había escuchado las risas de la tele infantil a través de la ventana de la cocina, donde ella había entrado a buscar merienda para sus hermanos, con la ausencia sin precedentes de su madre.

Antes de salir para la estación, Julia había dejado el piso bien recogido, con las sillas y los taburetes bien puestos alrededor de la mesa grande del comedor.

Normalmente, la humildad y la sombra de la familia habían llenado el piso, pero se había dejado todo al descubierto con tanta perfección falsa.

La falta de huellas para Lola era algo que había empezado a levantar sospechas de una manera distinta a lo habitual.

Al llegar sus hermanos a casa, había aparcado estos sentimientos de angustia para sacar algo de merienda de la nevera: tarea habitual de su madre que en esos momentos estaba tomando un vinillo en la barra del Acueducto con Vicente.

En el armario metálico de la cocina pequeña había botes de plástico, de metal y de cristal, según el contenido.

Estaba el plástico amarillo del bote de Cola Cao, el bote de cristal donde había guardado su madre el azúcar y el de metal para los

granos de café. El primer sonido del día siempre había sido el de su madre con el molino eléctrico de café cuando se preparaba el primer café fuerte del día para salir hacia la residencia. Era una rutina que había mantenido hasta el día de su muerte en Conde Duque.

Hacía tiempo, habían remodelado el exterior del piso: un cemento amarillo claro con líneas negras pintadas de arriba abajo y de un lado a otro como si hubiesen sido cortadas de grandes rocas recién sacadas de la sierra. Pero el interior no había cambiado en décadas, con el butano debajo de la pila. Habían puesto con el paso de los años algún armario nuevo, pero no había tardado nada en adquirir el aspecto gastado y algo cutre de todo el conjunto.

Para Lola, la cocina había sido un lugar donde se había sentido cómoda, pero ahora, con la ausencia inesperada de su madre, había empezado a mirar a su alrededor con más conciencia y más sensible a sus aspectos más idiosincrásicos mientras preparaba la merienda de sus hermanos. Había sacado la leche de la vieja nevera, llena, pero muy bien organizada, como era de esperar de una cocinera profesional.

Al lado había una pared entera de armarios con puertas de madera pintadas de amarillo que no se cerraban con facilidad tras tanto abrirlas y cerrarlas con el paso de los años. Se habían acumulado tantas latas y botes por el miedo de Julia a no tener suficiente en casa para dar de comer a su familia. A pesar de sus pequeños recursos, siempre había sobrado comida. Había sido su manera de mostrar cariño a pesar de la distancia que había marcado entre ella y sus seres queridos (y los demás, por cierto).

Lola había sacado un taburete del salón para alcanzar los estantes más altos. En el salón no había sillas para todo el mundo a la hora de comer. Al morirse su padre, su silla había pasado al hijo mayor. Lola se había quedado con su taburete. La mayoría de la comida en el armario había estado sin tocar desde hacía semanas (como había demostrado la capa de grasa y polvo). Al devolver el taburete a su

sitio, había notado unas galletas dulces y algo de chocolate en polvo que se solían dar a los ancianos, pero que había traído a casa por haber sobrado. Después de echar un vistazo a todo lo que había en los armarios, se había quedado con las galletas de siempre. Había calentado un poco la leche y había preparado el Cola Cao de siempre para sus hermanos. Luego había vuelto al salón para seguir con su libro que había sacado esa mañana de la librería del colegio. Mientras leía, miraba a través de la ventana por donde entraban los últimos rayos de sol. En el Acueducto esos rayos ya habían dejado de calentar la espalda de Julia al levantarse ella para acompañar a Vicente a la estación al otro lado de la calle. Lola había acabado el último trago de Cola Cao pensando en las puertas amarillas de la cocina. Sacaría el taburete al día siguiente para ordenar bien los armarios que su madre había descuidado en las últimas semanas.

14

El tren de Vicente se había acercado a la sierra madrileña. Mientras se imaginaba un futuro no muy lejano con su pueblerina, había observado los picos de la Guadarrama, aún con sus capas de nieve que iluminaban el cielo casi oscuro.

Julia y Vicente habían tenido cada uno sus propios planes, sin haberlo comentado el uno al otro. Destino puro. El camarero había seguido con lo suyo. Primero había tenido que encontrar trabajo. Se había quedado con el piso que habían alquilado sus padres en Delicias en las décadas posteriores a la guerra. Él había pagado poco por el alquiler, pero seguía siendo un gasto, y sus pequeños ahorros se habían agotado ya. En su momento de heroísmo no se había planteado su desarrollo profesional. Ya había pasado su currículum a todos los bares, mesones y restaurantes del barrio y más allá, pero con su aspecto de camarero «de los antiguos» y sus rasgos de envejecimiento prematuro no había tenido un futuro seguro. Los bares de la Transición, con la Movida que a él se le había escapado, pedían o bien gente sin experiencia, pero con mucha energía, o chavales algo modernos. Vicente no encajaba.

El tren había empezado a dejar atrás la sierra y Vicente había tomado conciencia al otro lado de la ventana de la cruz monolítica del Valle de los Caídos. Luego, el tren de cercanías había alcanzado la caravana de coches y las farolas que anunciaban la llegada a las afueras de la gran ciudad. De pequeño, había salido de excursión desde Madrid con sus padres o con el instituto, pero en esos años no había mucho dinero y, últimamente, en sus días de descanso no había ido más allá del Parque del Oeste o la Casa de Campo. Casi siempre había paseado con un bocadillo de tortilla o de calamares en la mano. El viaje que había terminado en el Acueducto (justo al lado

de la estación) esa misma tarde había sido verdaderamente decisivo. Su vida había parecido condenada a transcurrir a pocos pasos de una estación. Cinco años más tarde, a Julia no se le había escapado la ironía de su muerte debajo de un tren de metro camino hacia Lavapiés.

Por primera vez, al ver las luces de los almacenes, gasolineras y pisos al lado de la carretera, no había sentido que volvía a casa, sino a un lugar desconocido. Todo había cambiado de aspecto y espíritu. Se distinguía un antes y un después de la muestra de heroísmo en el bar de Atocha cuando había salvado a su Dulcinea de un ataque que había cambiado su futuro y que lo llevaría hasta ese supuesto accidente que había acabado con todo y había dejado a Julia llevando la vida que siempre le había sido prescrita: su propio y puro destino y soledad.

Sin embargo, en ese momento Julia tenía que enfrentarse a su vida de madre de familia en su piso bajo al lado de la casa cuartel de la Guardia Civil. Al entrar en casa, se habían oído aún las amigas de Lola en una planta más arriba, con sus risas y quejas; pero en su propio piso, solo un silencio confuso. Los chicos se habían aislado en su dormitorio, cada uno con auriculares puestos y juegos interminables en sus manos. Había esperado ver a Dolores leyendo o estudiando, ensimismada o mirando a través de la ventana, imaginando fantasmas en la noche ya oscura.

Julia había sabido lo que era ser madre de familia: dar de comer a los hijos, lavar ropa, asegurarse de que salieran al colegio bien limpios, escuchar, secar lágrimas; pero era un papel que había desempeñado como si siguiera instrucciones del manual de un electrodoméstico: una lavadora.

No había sido una cosa instintiva para ella ser madre.

Al girar la llave en la puerta de la calle había tenido una sensación de culpabilidad y sabía por qué. Para no desequilibrar la unidad familiar había tenido rápidamente que imaginar cómo estar en la

presencia de sus hijos tras una reunión clandestina con su futuro esposo. No había estado en condiciones para ofrecer ni excusas ni explicaciones. Su vuelta a casa había sido como la vuelta a un domicilio desconocido con una familia desconocida. Las vidas de la nueva pareja se habían reflejado.

Julia había tomado una respiración profunda. Al colgar su abrigo verde en el gancho detrás de la puerta había ido directamente a la cocina sin apercibirse de Lola sentada en la mesa del salón, ciertamente mirando a través de la ventana que había dado a la acera de enfrente. Julia había tenido su rutina robótica que iba con la máscara de la maternidad. Había sacado un plato del frigorífico con unas cuantas cosas para dar a los niños de merendar. El piso estaba lleno de gente, pero Julia había estado tan sola como siempre. No se había fijado en el cazo de leche ya templada que se había quedado del Cola Cao que había preparado Lola para sus hermanos al regresar del cole. Tampoco había notado lo vacío que iba quedando el frigorífico. Ni siquiera había visto las migas de pan en la mesa que había cortado Lola para sus hermanos. Julia había rellenado una fuente con unas pocas magdalenas que había encontrado y la había llevado al salón donde había encontrado a su hija ahora con un lápiz haciendo una hoja de deberes. Había ya observado todo lo que había que observar en la acera al otro lado de la ventana.

No se habían dirigido la palabra. Lo que había acabado de ocurrir (la falta de percepción de la madre y el casi enfado de la hija) no había tenido resolución y las dos habían tenido que seguir compartiendo el mismo espacio. Para Lola había quedado claro que pasaba algo con mamá. Y a Julia le había faltado tanta percepción de su familia y el mundo cotidiano que no había podido fingir tajantemente su rol de madre de una familia que quería mucho y cuyos miembros la querían mucho. Había quedado evidente que a pesar de los esfuerzos fallaba en ese papel de una manera

contundente. La más joven eso lo había apreciado muy claramente en los últimos quince días tras la vuelta de Atocha.

15

El destino no se iba a fabricar sin su intervención y el plan para crear una pareja estable había tenido que salir a la luz. Desde el último encuentro en el Acueducto ambos se habían planteado darlo a conocer y dar pasos decisivos para no perder los pocos años que les habían quedado por delante juntos.

Los hilos habían empezado a atarse al sentarse Julia en la mesa del comedor. Con sus diez añitos Lola había apreciado ya la distancia de su madre, aún más aguda en los últimos días, y ahora también con madre e hija sentadas en el mismo espacio, pero en dos mundos distintos. Al acercarse el verano, el cambio de estaciones reflejaba el alejamiento entre Julia, su hija y sus hijos.

Los gemelos habían seguido con sus juegos en su dormitorio ajenos a las tensiones entre madre e hija. El hermano mayor aún no había vuelto a casa —a su aire—. Julia, sin querer, había empezado a inspeccionar a Dolores desde su lado como si fuese un objeto físico sin conciencia. Hasta su presencia había irritado tanto como la mera sensación de la presencia de los gemelos en el dormitorio de al lado —detrás del tabique del salón—. Se había distraído pensando en las preparaciones para la boda —se le había ocurrido invitar al preso de Carabanchel cuya locura espontánea había fomentado su alianza con Vicente—. Tendría que ponerse en contacto con las autoridades de la cárcel y explicar el asunto para facilitar la reunión. «Seguro que no habría ni quejas ni barreras», pensó ella inocentemente.

Había mirado a su alrededor: este piso tan familiar ya parecía otro. Había reconocido los cuadros en la pared, fotos de paisajes de los lugares donde todos habían pasado vacaciones con su difunto marido, cuadros que los niños habían pintado en el colegio y

cerámica de Granada, colgada de clavitos hace años que, por puro milagro, no habían caído con las peleas de los niños años atrás.

Era consciente de los viajes en familia y de las inesperadas muestras de vida de su marido, pero ahora era otra existencia, otra persona, otro mundo del que había sido testigo, pero que ahora no era suyo. Miraba a María Dolores —más lista que sus hermanos— allí sentada a la mesa, vigilando fantasmas en la acera de enfrente; ella tampoco formaba parte de este mundo. Hace años se había llenado la cabeza de historias e imágenes del mundo exterior. Julia había reconocido sus rasgos y su espíritu en la figura de su hija, pero las dos querían poner distancias y no quedar atadas a una realidad que ya no era suya.

Ninguna de las dos sentía la necesidad de entablar una conversación de esas que normalmente transcurren entre madre e hija al reunirse en casa al final del día. Pero tenía la obligación. Sobre todo si Lola pudiera facilitar su boda y su traslado eventual a Madrid. No había sentido ni nervios, ni culpa, ni vergüenza. Su destino le llevaba a Madrid y la familia ajena (tanto como un marido difunto) no podría enfrentarse a la predestinación. Al anunciar su camino (sin explicaciones innecesarias) a Dolores habría empezado a desatar los lazos (como se habían desatado los lazos de Vicente en otro camino hacia su propio destino) entre ella y sus hijos dejando una vía libre hacia la capital.

Mientras observaba de perfil los párpados, pestañas y cejas de su hija —un perfil igual al suyo—, tenía que formar un plan que desde fuera habría parecido lógico y no traería pegas ni de la familia de los vecinos ni (tal vez) de las autoridades comunitarias. Lola era una niña sensata e inteligente, pero seguía siendo niña. Los tres hermanos también figuraban en el asunto. Los gemelos habían pasado sus días en el mundo cotidiano sin dejar huella y el hijo mayor había sido igual que su padre, como si no hubiera existido. Los tres niños habían adorado a su hermana pequeña, pero no

hacían nada que demostrara eso. Para ellos tener a Lolita en casa había solucionado su vida diaria. Era una presencia constante que rellenaba huecos y daba estructura a la vida en casa. Al nacer, en los primeros años inseguros de la Transición, se había completado la familia, y era como un punto final al desarrollo del grupo familiar: un punto final que había dejado fuera a su padre, como si ya no cupiera. Al entrar Lola en el mundo, su padre había empezado a disminuir —culminando en su muerte física—. Había sido su propio destino lógico.

A pesar de sus diez añitos Lola había tenido el sentido común y la madurez para manejar las tareas de casa: algo imprescindible, ya que su madre había maniobrado para asegurarse un futuro en pareja donde sus hijos no habían tenido ningún papel. Los tenderos del mercado del jueves ya la habían conocido y ella siempre tenía la lista de la compra en la cabeza. Solo le faltaba la fuerza para llevarlo todo a casa. Su madre iba a faltar en sus viajes a Madrid y Lola tendría que ocuparse de mantener el funcionamiento diario de la casa, como limpiar, preparar la comida y lavar ropa. Para sus hermanos eran tareas de hadas e imaginación. El supuesto cariño de sus hermanos no iba a servirle de nada.

Quedarse en Segovia de momento era la conclusión lógica del debate interno de Julia.

«Irse ahora a Madrid hubiera sido un disparate: Vicente sin trabajo y sin la posibilidad de trabajar».

Con la casa en Segovia ya pagada tras la muerte de su marido, Julia había tenido fondos suficientes para poder dar de comer a sus hijos y pagar los recibos. Sus pensamientos, siguiendo varios hilos de colores y texturas diferentes, se habían acabado en un nudo inmenso e indesenredable. Asimismo, aún no habían hablado de la boda, ni si se estaba planteando mudarse a la capital algún día. Lo más lógico hubiera sido que Vicente viniera a trabajar donde los turistas de Segovia.

Había mirado otra vez la forma y los rasgos de su hija, cuyos ojos seguían fijados en la oscuridad. Al fin y al cabo, Julia era madre de familia, con responsabilidades y presencia en el vecindario, dando la cara al público. A pesar de su aislamiento físico de la comunidad, tenía una conciencia de estar en su lugar. Había sentido que no estaba en su propia casa aunque reconociera todos los rincones de cada cuarto, las manchas en las paredes y las huellas que habían dejado los pies de las sillas en el suelo: todo eran señales de las charlas, pequeñas batallas y cenas que habían transcurrido allí: recuerdos de una vida ajena y olvidada.

Julia no había tenido hambre tras el vino en el Acueducto. Había visto que sus hijos por lo menos habían tomado algo para quitar el hambre. Había mirado la forma familiar pero ya desconocida de su hija desde el codo en la mesa hasta la punta de la nariz y los pelillos más largos de la coleta de colegiala.

—Me vuelvo a casar —había anunciado Julia a la pequeña Lola, sentada en la mesa del salón, y había salido sigilosamente a la calle, sin reparar en el significado de sus pocas palabras, las únicas que había pronunciado esa tarde en casa. Había querido volver a descubrir un barrio que ya desconocía.

Ya sabía Lola, a pesar de sus pocos años, que todo había cambiado hasta antes del viaje de su madre hacia Madrid. Sentía que, a pesar de su distancia de toda la vida, su madre ya buscaba otro mundo, tal vez antes de nacer su única hija. Sentía que su nacimiento había provocado esa distancia que Julia buscaba de su familia. Nada más bajar del tren en Atocha y entrar en el Cristal para calentarse los huesos con un vermut, una vida nueva (y poco feliz) había reemplazado la que había llevado hasta entonces.

La casa había seguido igual tras su salida como si ya no ocupara espacio allí. Dolores había visto pasar a su madre en la acera de enfrente mientras seguía mirando por la ventana. Había oído y entendido lo que había dicho Julia, pero aparentemente no había

reaccionado. Ella sabía que desde el día que se había ido su madre a Madrid, a ver a sus amigas en la Puerta del Sol, todo había cambiado. Había notado que su madre ahora al salir al trabajo o a la compra, se cuidaba menos en la ropa que llevaba, en su peinado y en el estado de sus zapatos de pueblerina, por ejemplo. Y ahora había salido a la calle con una rebeca de lana verde con los botones abrochados hasta el cuello, protegiéndola del mundo, aunque no hiciera nada de frío al anochecer. Julia nunca había sido muy cariñosa, pero había cuidado mucho su imagen y la imagen de sus hijos, cuando salían como representantes de la familia en el vecindario. Aún había tenido la costumbre de mostrar una imagen formal al salir a la calle.

Los tres chavales en casa, igual que su fallecido marido, no habían tenido presencia física en la percepción de su madre. Eran como bocetos en sus libros de idiomas o religión que tenía de pequeña en el instituto. Pero sentía que su hija sí tenía presencia que reconocía y admitía, pero que ahora no formaba parte de su nueva vida. Había salido a la calle como si fuese un mundo nuevo, para descubrir. Había paseado por el barrio como un director de cine, viendo fondos de edificios falsos que no tenían nada detrás, como en las películas *wéstern* de los Estados Unidos. Había imaginado por detrás vigas de madera sujetando una pantalla de un edificio falso de cuatro pisos y delante habría caballos atados esperando a sus dueños en el bar (inexistente) de abajo.

En su paseo alrededor de la manzana había pasado otra vez por delante de (lo que había sido) su casa en la planta baja. Había visto los tiestos en el alféizar con unas plantitas con flores rojas que ya no reconocía pero que regaba sin falta su querida hija. Al cruzar la calle había averiguado, desde el solar de enfrente, que su hija se había trasladado a su dormitorio para leer: lo suyo eran los libros. La luz del salón estaba apagada pero con la ayuda de la farola, había visto que había recogido su taza y el platito de la mesa (que seguramente

había fregado y lo había dejado secándose). Escondida en la sombra de la acera de enfrente Julia había inspeccionado el edificio cuadrado entero como una artista preparando su boceto para luego transferirlo en óleo al lienzo que tenía preparado en el caballete. Sus ojos se habían dirigido a la puerta de entrada con unos pocos escalones que llevaban a la puerta de su piso a la derecha del portal y al ascensor con las puertas plegables por delante nada más subir por la escalera. No veía el color de la entrada pero sabía de memoria que era de color rosado que se acercaba con los años al mismo gris de las baldosas del suelo, lisas (de tanto fregar). Por primera vez se había fijado en la placa encima de la puerta de la calle que declaraba la casa «Asegurada de incendio».

Enfrente de ella habían estado las dos ventanas cuadradas de su casa: de la cocina y del comedor (desde donde había salido Lola hacia su dormitorio solo hacía unos instantes).

Con la luz lactosa de las farolas veía la fachada amarilla clara del edificio, con sus pintadas líneas negras resaltando las inmensas piedras postizas, como recién sacadas de la Sierra Castellana Leonesa.

El inmueble, con sus cuatro plantas, era como una gran casa de muñecas de cartón; un palacio, con el portal haciendo de entrada principal y los pisos con sus ventanas cuadradas a cada lado, unas con flores en el alféizar y otras no (seguramente no había chica en casa para cuidarlas). Aunque había conocido a los vecinos en cada planta, Julia ya ni les recordaba las caras ni la cantidad de niños que tenían escondidos en sus casas. Las amigas de Lola seguían alborotando en sus comedores, idénticos encima del suyo ya vacío en la planta baja. Lola era buena chica, estudiosa y seria (no como ellas) pero ya hasta ella la desconocía. Había tenido la necesidad de cambiar todo lo que veía a su alrededor y volver a configurarlo para enfrentarse a una vida nueva. Incluso las caras de sus amigas de

Madrid se habían borrado nada más salir de la pastelería ese día en Sol, hacía tan solo unos días.

Una de las niñas del último piso se había parado detrás del cristal al percatarse de la rebeca verde de Julia. No había querido llamar la atención y había seguido su camino para intentar enfocar sus pensamientos. Al mismo momento en Delicias había llegado Vicente a su piso en la primera planta y había colgado su impermeable negro (el único abrigo que tenía) en el enganche en la puerta donde ya colgaba su delantal negro de camarero —aún sin lavar. Para él también su piso y el barrio alrededor se habían vuelto desconocidos. Casi se había equivocado de camino al salir de la estación de Atocha.

Antes de volver a casa (y seguramente acostarse sin dar una palabra más a sus hijos), Julia había dado otra vuelta a la manzana de la que formaba parte únicamente su propio edificio con sus cuatro portales dando acceso a cuatro universos distintos. Iba contando las ventanas en la planta baja para asegurarse de que todo seguía igual.

Más tarde, desde su cama con los niños en sus dormitorios a cada lado, oía pies desnudos, como los de arañas, desde los dormitorios hasta la cocina y el pequeño viaje de pocos pasos de vuelta. Cada uno a su turno había abierto la puerta de la nevera para ver lo que había quedado para picar. Al cerrarla habían llenado el piso con sus suspiros como animales medio dormidos. La madre había renunciado a su papel de proveedora de la familia y las pocas migas que les había dejado Dolores hacía un par de horas no servían.

16

Lola no solamente tenía el perfil físico de su madre, sino que a pesar de la diferencia de edad entre madre e hija, su manera de ser ya compartía algunos rasgos suyos. Al observar a sus amigas vecinas en el colegio y afuera en la acera, había aprendido a jugar el papel de amiga fiel. De la misma manera su madre se había presentado —falsamente— como madre de familia y vecina simpática.

Sin embargo, los chicos de la familia habitaban un ámbito diferente al de su hermanita, y no habían sabido cómo formar parte del mundo cotidiano ni habían buscado la manera de hacerlo. Hasta el padre de la familia se había muerto sin dejar ni huella ni rasgo. Y los chicos de la casa llevaban la misma piel que su padre ya ausente. Eran como gatos que durante el día andaban por ahí en su limitado territorio conocido: el terreno de fútbol y los bancos en el parque. Pero al final siempre tenían que volver a casa para comer, estirarse en sus camas con sus juegos electrónicos y sus vídeos, o simplemente rascarse la barriga en privado. No se habían parado ni un minuto para pensar (ni se molestaban en pensar) en cómo había llegado la comida a la mesa, ni de dónde venía la ropa limpia ya planchada que por la mañana se encontraban sobre sus camas.

Con sus pocos años, María Dolores ya mantenía la rutina en casa sin tener que pensarla. Los cuatro días que salía su madre a hacer su turno con los ancianos, la casa funcionaba en piloto automático, gracias a la mano de Lola en la caña del timón. La única responsabilidad que tenían sus hermanos era levantarse, vestirse, ducharse, peinarse y lavarse los dientes que solían hacer sin mucha historia (soltando a veces algunas de esas etapas en sus rutinas). Y nunca se habían olvidado de tragar un vaso de leche templada y unas galletas que había dejado su madre en la mesa del comedor (al

lado de la frutera siempre vacía —un souvenir del acueducto, de esos que llevaban un dibujo crudo del monumento en tres dimensiones). Nunca había sido una familia que se sentaba para comer en las horas clave.

Los hermanos solían salir los primeros de casa por la mañana para seguir detrás de los supuestamente amiguetes del barrio y luego salía Juan, el mayor que, como su padre, no tenía ni amigos ni presencia: un fantasma. Al cruzar la gente en el camino no se fijaban en él. Tenía la energía de una sombra en un día gris de otoño. Al despedirse de su madre, como salía hacia los ancianos, con un cariño inventado Lola solía recoger un poco la casa e incluso regar las plantas. Le gustaba el orden y el control mientras que sus hermanos y su madre siempre dejaban atrás el desorden y no solamente los cuatro días en que se ocupaba de su trabajo al otro lado del pueblo. Por costumbre, todo quedaba aparentemente limpio, menos las superficies que mostraban un descontrol total, de otro mundo, con frascos de alubias (de la cocina de la residencia) que se amontonaban al lado de las naranjas del desayuno (algunos días) y patatas para la tortilla (con cada vez más frecuencia).

Lola no se había molestado en pensar cómo vería este desorden algún invitado (con su corta edad no debería haber tales preocupaciones) pero ella solía perderse con tanto desbarajuste. Le encantaba observar el exterior (a través de la ventana) y para eso necesitaba un mundo interior con espacio neto y claro: no solo en el piso, sino dentro de su propia cabeza: pedía orden.

También le gustaban sus paseos en solitario al colegio por las mañanas sin el ruido de fondo de las tres chicas de los pisos de arriba. Al oír bajar el ascensor y abrirse las puertas metálicas, se inventaba cada excusa para evitar acompañarlas en el camino. A veces había salido antes para evitarlas. Había días, para darles alguna miga de amistad, que había esperado en el portal y se había entretenido con las charlas tontas de sus compañeras en el corto

camino hacia el colegio, para fabricar la mentira de que aún pertenecía a ese mundo de la niñez.

Al acostarse temprano el día del anuncio de la boda, como de costumbre, Lola había recogido la mesa del comedor y las migas que habían dejado sus hermanos en la cocina entre la pila y la ventana. Siempre a Lola le había gustado mirar por la ventana hacia la calle mientras preparaba la comida.

Al ver salir a su madre a hacer su paseo en la oscuridad esa noche después del reencuentro en el Acueducto de Segovia, su hija se había sentido bastante aliviada.

Ni siquiera se había preguntado con quién iba a casarse su madre ni cómo lo había conocido.

Su madre siempre hacía lo suyo, pero también siempre había vuelto a casa y a nadie se le había ocurrido preguntarle qué hacía cuando salía.

No era una historia de delicadeza, sino pura falta de interés.

Lola ya tenía claro su espacio en el universo y lo había aceptado hacía tiempo y, tras la muerte de su padre, mientras hubiera ropa limpia y suficiente para comer, cada uno podría encontrar su paz y su propia felicidad.

Quería a su madre, pero también quería a sus profesoras de lengua y de matemáticas que también daban estructura a su día cotidiano.

Al entrar en su dormitorio y cerrando la puerta, había visto a través de las plantas rojas en el alféizar a su madre pasar sigilosamente en la calle.

Su madre no era la habitual ama de casa, ni había sufrido cuando había muerto su primer marido (y Lola con solamente cinco años), y había anunciado sin ilusión la boda aún sin consultar con Vicente.

Tanto sus maridos como sus niños figuraban como muebles en el piso que tienen su uso, pero también pueden trastornarse cuando uno va buscando un sendero.

Objetos esenciales que se aguantan, pero que piden dar vueltas cuando uno busca una línea recta.

Lola no se había sentido abandonada al salir su mamá de casa, porque sabía que siempre iba a volver a cumplir con su deber de madre de familia: una presencia sin estar verdaderamente presente.

Sin pensárselo dos veces el día siguiente (un sábado) Lola había preparado un plato de pan con mantequilla y había puesto a calentar un cazo con lo que quedaba de leche.

Como iban saliendo los gemelos de su habitación, Lola había compartido con ellos las intenciones de su madre.

Los dos hermanos, Antón y Martín, habían entrado en la cocina —dejando a todos muy apretados.

Habían cogido cada uno su propio plato.

—Mamá se ha ido de paseo —había anunciado su hermana pequeña.

—¿A estas horas? Bueno —le había preguntado Antón ya con un cacho de pan en la boca.

—Ya sabes. A lo suyo. Ya volverá.

—Me ha dicho que se va a casar. Fijaos.

—Ah sí. Bueno —había respondido Antón al volver a su dormitorio con un plato de pan y su vaso de leche aún caliente.

Martín le había seguido, dejando la puerta abierta, y se había instalado sentado en la cama con la espalda apoyada en la pared.

Lola se había acercado al quicio de la puerta, sin entrar.

—Bueno. ¿Qué os parece?

Antón ya se había puesto los cascos.

—¿Es cocinero? —había preguntado Pepe, masticando.

—No sé.

—¿Cómo se llama?

—Os he dicho todo lo que me ha dicho mamá —había dicho Lolita ya con ganas de deshacerse de la conversación con sus hermanos.

Martín ya se había puesto sus cascos también en una vuelta a su mundo. Todo seguía igual.

—Bueno, mamá sabe lo que hace. Supongo.

Con sus dieciséis años Juan, el hermano mayor, casi no se levantaba el fin de semana y se sentía demasiado maduro para relacionarse con sus hermanos, pero al dar la vuelta en la cama había apreciado algo que se acercaba a la conmoción en esta casa normalmente tan libre de trastornos. Su curiosidad no había sido suficiente para que se levantara.

—¡Lolita! Tráeme algo —había gritado a través de la puerta cerrada de su habitación.

—Casi no hay —había respondido ella abriendo un poco su puerta.

—¿Pan con mermelada de melocotón? Los gemelos han acabado lo que quedaba de mantequilla.

«¡Lo que son de gorditos!»

— ¿Leche queda?

—Medio vaso.

—Oye. He oído hablar de nuestra madre. ¿Qué pasa?

Cuando Juan había hablado con su hermanita (con solo unos años más) le había gustado jugar el papel de hombre maduro y cumplido, pero en realidad solo le pasaba en años, no en madurez.

—Sí, que vuelve a casarse. Es lo que me ha dicho. A mí no me importa. ¡Que se case!

—Bueno, entonces a mí tampoco. Si te enteras de la historia, cuéntame.

—Ah, ¿me traes el pan? No te olvides de la mermelada. Y caliéntame un poco la leche. Anda.

Lola se había marchado a la cocina con ganas de estar sola tras las bobadas de sus hermanos.

Se había quedado claro para Lola que el asunto de la boda se había enterrado para los tres chicos, por lo menos. Para estos eran

asuntos de su madre. Habían vivido la vida y la muerte a la sombra de su padre y habían imaginado que todo seguiría igual sea quien sea el marido, con un nuevo hombre en casa.

Lo del desayuno les había importado más. Entre el pan seco y un poco de tortilla que aún sobraba de un par de días antes tenían algo para picar de momento. El día anterior no se había comprado nada y si no volviera su madre, tendría Lola que coger la bolsa de la compra e irse al mercado y luchar con las señoras del barrio —encima, aguantar sus preguntas acerca de su madre. Julia había aparcado sus responsabilidades maternales la noche anterior al tomarse un par de vinos tintos con su prometido (aún sin prometer).

Ya cada uno de los chicos, con lo que había cogido, se había trasladado a su cama: la rutina del fin de semana. Lola había cogido lo suyo y se había sentado en la mesa del comedor (su terreno) con su libro de matemáticas (tanto le gustaba la seño de matemáticas) para luego volver a inspeccionar la acera de enfrente a través de las flores rojas. Con un lapicero en la mano había dejado su mente navegar, parando de vez en cuando para sorber la leche y untar un cacho de pan seco. Se había sentido verdaderamente en su lugar, sin nadie.

La familia se había acostumbrado al espacio que les ofrecía el piso de la planta baja, como el espacio que ofrecían todos los pisos del inmueble con familias más o menos numerosas. La cocina era más bien pequeña, donde cabía una sola persona a la vez, y el salón tenía una solitaria butaca al lado de la ventana que no usaba nadie y donde solían apilarse los libros del cole de Lola. Ella había sido la única persona que pasaba tiempo ahí. Se quedaba poco tiempo en su dormitorio: era la más pequeña, pero como no compartía con nadie, sobraba espacio y todos sus asuntos estaban guardados en el armario. No había aguantado las cositas bonitas y las perifollas que seguramente tenían sus amiguetes en sus propios dormitorios

apilados encima del cuarto suyo. Había un libro y su despertador en la mesita al lado de la cama.

Pero donde mejor se sentía era en la mesa delante de la ventana en el comedor desde donde apreciaba el mundo exterior enmarcado con los geranios en sus tiestos de tamaño diferente: todo un cuadro.

A la mañana siguiente, un sábado, Julia se había despertado con la luz que entraba a través de las estrechas tiras verdes de la persiana de madera.

Habían pasado cinco años desde la muerte de su marido.

«¡No sé en qué me he metido aquí! Hace tan pocos años se me murió ese Paco. Es como que nunca había estado aquí, pero tampoco se había ido. No sé cómo hacer. Soy madre ante todo, eso se supone. No lo tengo muy claro. Doy a comer a estos chavales, pero no muestran ni cariño ni gracias. Bueno… la Lola ayuda. Ella sí sirve, pero los chicos son como su padre (que descanse en paz, diría el cura). De todos modos, me tengo que ocupar de ellos, de la familia. No quiero historias con las vecinas, que me ven por allí como verdadera madre de familia. Pero ¿qué familia tengo si no hay un marido aquí, en la oscuridad donde antes dormía Paco a mi lado?

«Buena madre de familia, vaya, pero encontrándome otro marido por puro accidente. Vicente —así se llamaba, ¿no?—. ¡Ala!, señor, ya te tengo reservado el lado sin luz de mi cama. No pienso volver allí. No es mi sitio. Lleva la sombra de Paco. Me imagino que te da igual —El piso tuyo de Madrid quizás tenga dormitorio tuyo con cama sencilla. Te tendrás que arreglar. Y tendrás que dejar tus zapatos en la puerta. Ya los he visto, mi salvador. ¿Por qué lo has hecho? Fastidiando mi mundo, agitando la tranquilidad, poniéndome en una situación sin salida».

Sus tareas de madre de familia y sus cuatro días de trabajo con los ancianos ocupaban muchas horas del día y sentía que ya no le quedaba espacio para asuntos propios, o para investigar su libertad, su manera de ser y su propio camino.

«Realmente aquí no pinto nada. Pero Paco tampoco pintaba nada. De una manera era padre de estos chicos, pero de otra ni lo conocimos. Las raras veces que habían venido las amigas de Lola a casa, Paco ni se entretenía con ellas y yo, la verdad, tampoco. Dejaba comida en la mesa y me escapaba. Luego murió como si nada. Me ha dejado libre estos últimos años, pero no lo aprovecho. Ahora viene este camarero y las cosas cambian. Tengo que imponerme».

Siempre había jugado un papel imaginario en el mundo y había escondido su propio ser detrás de la máscara que ni se había quitado al acostarse. Sin tener que enfrentarse a su ser verdadero, de esa manera había dormido mejor todos esos años, incluso los que había vivido con su marido, evitando enfrentarse a un mundo propio suyo.

Hasta entonces había tenido que rellenar el hueco de su vida con sus rutinas diarias de madre de familia que había dado rumbo a su vida, pero que le había dejado sin meta.

«Por el encuentro tonto con Vicente, ahora tengo que volver a Madrid. No pienso volver a ese bar donde parece que van todos los delincuentes del barrio. ¿Cómo iba a saberlo yo?

«¿Qué me había dicho? ¿Nos vemos en Madrid? ¿Ha dicho eso? Sin preguntarme. Bueno, por lo menos me había hablado. Paco andaba por allí, comiendo mis platos, pero sin decirme nada. Igual con los chicos. Me iré a Madrid, dejando para comer, pero que no me fastidien los vecinos con sus comentarios secretos. Lola, me fío de ti».

Al no haber acordado ni día ni sitio con Vicente en Madrid, Julia había tenido que plantear su vuelta a Madrid sin ninguna seguridad de encontrarle.

«Este señorito se habrá perdido su puesto al deshacerme de ese delincuente, entonces un domingo por la mañana tendría que estar por su barrio. No es alguien que se queda siempre en casa. ¿Para

qué? ¿Y cómo voy a comentar mis asuntos a los chicos? Ya sabrán que me voy a casar. Pero una novia tiene que prepararse para la boda. Entre los preparativos (que me puedo inventar) y los ancianos siempre tengo que estar fuera de casa. Que haya comida, los chicos no se van a quejar».

A la espera de ese próximo viaje, que impacientaba, le quedaba un buen rato de vida rutinaria antes de coger el tren que le llevaría a Atocha donde empezaría su segunda búsqueda tras el primer intento fallido hacía un par de semanas. Ese fin de semana no se había encontrado en condiciones para hacerse mamá.

«Hoy, con lo mío. Nada de planchar, ni limpiar ni vigilar a los niños. Dejo a Lola hacer lo mío. Me fío, mi hija».

A pesar de su corta edad, Lola había completado la familia. Los planetas del universo de la familia giraban a su alrededor, quisiera ella o no. Al nacer ella, por fin, se habían encontrado un ancla que había dejado a todos los demás seguir su destino sin molestar ni ser molestado.

«Hoy tengo que pensar, aclarar mis ideas. Me pongo a hacer lo mío, sin molestar a nadie, con mis cositas. Cocinando para los ancianos me siento más libre que en esta casa. Aquí casi controla Lolita, es el relevo, pero en la cocina, allí, entre los botes de alubias, las cestas con limones, ajos y patatas estoy en un terreno propio mío y cuando me pongo a hacer las tortillas (con cebolla, pero también sin ella, porque algunos tienen el estómago delicado) estoy de lo más desenganchada. Los cazos, las cazuelas y las sartenes son como plantas y estatuas de un jardín de Granada. Preparo la cocina sin tener que pensarlo. Soy libre y, también, con mis platos se ven a los ancianos con las caras contentas, hasta dándome las gracias, no como en esta casa».

Julia había cogido su bolsa de la compra que se encontraba en el mismo clavo detrás de la puerta y había salido, sin atarse el abrigo, para buscar su propia libertad en el supermercado de la esquina.

«Me quedo en el barrio. Ojalá no tenga que compartir historias con las señoras y los puesteros. De todos modos, solamente se interesan por la niña y me da tiempo sola, sin molestias. Ni sé dónde se habrá metido la nena. Me iré a Dia, donde las chicas de las cajas ni te miran; te cobran la compra prestando más interés en el sabor de chicle que llevan todo el día masticando. Me dejan en paz con mis pensamientos».

Había llenado la cesta de la compra con lo que le había faltado para una buena tortilla de patata con pan y algo de ensalada. Había vuelto a casa y se había puesto a preparar la tortilla para dejar comer a la familia y dejarle a ella lo que quedaba del día para los asuntos que supuestamente iban formándose en su cabeza.

La cocina había sido su terreno y, al averiguar que allí no había nadie, había entrado; los chavales, en sus cuartos, y seguramente Lola había salido por ahí a sentarse en un banco con su cuaderno de matemáticas: le encantaba liarse con los desafíos que su profesora le presentaba para el fin de semana. Antes de empezar las clases, los lunes por la mañana, iba a buscar a la señora con su cuaderno y el problema resuelto. No sabía qué le daba más gusto: si los elogios de su profesora o madre, o la solución perfecta del desafío.

Julia, su madre biológica, veía el universo de otra manera. Se descubría a sí misma al usar con habilidad un cuchillo afilado de mango corto que servía para todo, dejando ir sus pensamientos con el movimiento autónomo de los dedos. Había pelado unas cuantas patatas; siempre sobraban al perderse en el mecanismo experto de pelar. Había vertido una gran cantidad de aceite de oliva en su sartén grande de toda la vida: negra, profunda (con las curvas de una tortilla de patata en buenas condiciones, con mango largo). En un bol de cristal había cortado las patatas en trocitos con el mismo cuchillo afilado; en esta casa no usaba pelapatatas. Había sacado la cebolla roja de la bolsa Día y la había pelado y cortado en trozos gordos. Había encendido la llama por debajo de la sartén y, una vez

que había salido humo del aceite casi hirviendo, había echado la cebolla y luego las patatas a la sartén. Al pasar la gente al lado de la ventana camino del mercado, había quedado claro, por el olor del aceite y la cebolla, y mientras Julia sacudía la sartén de vez en cuando, lo que se estaba preparando en casa. Parecía una casa normal con familia cariñosa disfrutando de una mañana juntos, y no una colección de fantasmas individuales que aparentaban casi no conocerse.

Julia había batido media docena de huevos grandes, tal como había requerido la cantidad de patatas en la sartén (nunca contaba ni pesaba y siempre sobraba comida, tanto aquí en casa como en la casa de los ancianos). De vez en cuando había salido una gota de aceite caliente de la sartén, pero estaba tan hundida en sus pensamientos, que bailaban detrás de sus ojos, que ni se había fijado en las varias quemaduras en sus muñecas. Su cocina robótica mostraba el camino hacia un pensamiento fluido y de libertad.

«¡A pelar, a pelar, a pelar! Igual haré para el bobo de Vicente.

«Allí en la gran ciudad se siente, se ve tan urbano con su mierda de restaurante de un tenedor entre los inmigrantes y sin techos». Se había sorprendido a sí misma con su uso de palabrotas al pensar en Vicente.

«El pelmo de Paco nunca usaba palabrotas. Diez palabras al día era su límite.

«¿Y luego casarme con este camarero? ¡Hay que ser tonta! ¿El Atlético? ¡Bueno!

Había pasado de pelar a cortar las patatas en trocitos, estilo castellano-leonés.

«Cada dos por tres me cuenta lo de salvarme la vida de ese chaval que seguramente llevaba días sin comer, sin ver la luz del día. ¿Qué iba a hacerme? ¡Anda! Y ahora el señor sin trabajo. Le traigo a Segovia y a ver si puedo solucionar algo. No tengo a nadie».

Al terminar la tortilla, le había dado la vuelta en un plato. La había dejado en el centro de la mesa del salón, junto a algunos tenedores con pan recién cortado y unos platitos.

«Ya tienen para comer por ahora. La niña habrá hecho algo con los tomates y lechuga del frigorífico. Ni se van a quejar. Tengo otros asuntos».

En su papel de madre suplente, María Dolores siempre habría podido proveer para los chicos. Ellos ni se habían preguntado cómo se había preparado la comida ni por quién. Habrían hecho un bocadillo para llevar a sus cuartos, pasando de platitos.

En los días que le quedaban por delante para volver a reunirse con Vicente (quien se había hecho novio sin quererlo ni buscarlo), Julia había tenido que resolver su camino y dejarle a Vicente sin pista alternativa.

«¡Lo bien que ha reconocido mi enlace con Vicente, mi Lola, con sus pocos añitos! Será cosa de madre e hija. Los chicos están hechos de otro barro. Lola hablará con ellos, aclarará todo. Me lo debe».

El fin de semana Julia no había tenido trabajo con los ancianos y los niños estaban a su aire. Entonces la casa se quedaba tranquila.

Tras la tortilla, Julia no había tenido que cocinar. Solo tenía que asegurarse de que había comida en casa; hasta había comprado unas empanadillas de bonito que había dejado en la nevera.

«¡Ya he hecho lo que he podido! A las madres siempre nos piden mucho. Bueno, también pido mucho a Lola. Esos chavales son unos inútiles. Dejan los platos y frascos sucios en la pila y migas en la mesa. Lola es una joya. Me lo deja todo limpito. Me hace la vida de madre mucho más fácil. Así no tengo historias con las vecinas que siempre vienen mirando por la ventana. Creen que maté a Paco, convencida».

Era cierto que las madres más jóvenes siempre estaban llamando a la puerta pidiendo alguna cosa.

«Para meter las narices en mis asuntos. Solamente asistieron a su entierro hace cinco años ya para cotillear y juzgarme. A contar mis lágrimas.

«Trabajo en equipo con mi hija única Lola y, para no tener historias con las vecinas, siempre dejo todo en orden y bien limpito para que no vean algún descuido a través de las ventanas. No me vienen con juicios y comentarios tontos.

«Cuando se instale Vicente como mi marido, no verán cambio alguno. A pesar de su intento de impresionarme como su Dulcinea en la gran ciudad, no creo que vaya a buscar historias con los vecinos. Con el tiempo no verán la diferencia entre marido presente y marido pasado. Cierto. Se había permitido una carcajada.

«Hasta se parecen. ¡Normal!».

Los domingos, Julia siempre subía a la catedral para confesarse, pero el sábado había dedicado el día a buscar un puesto para Vicente, trazando el mismo camino desde casa. Sabía que después de la historia en el barrio de Atocha iba a ser complicado encontrar algo en Madrid.

Había bajado al bar El Acueducto a tomarse un vino bien temprano y contaba trazar una línea recta desde la estación hasta la catedral, pasando por todos los bares y restaurantes a ambos lados de la calle, en camino hacia la catedral.

En esa época habían empezado a llegar los autocares con turistas chinos y japoneses y también los ancianos nórdicos buscando un poco de alivio en los pueblos en la sierra al norte de la capital.

En fin, los bares y restaurantes estaban buscando trabajadores estacionales para trabajar en las cocinas, las barras y en las mesas. Había visto pegados en las puertas de cristal de cuatro o cinco establecimientos en ese camino recto distintos anuncios.

Julia no había querido entrar en sus lugares de costumbre donde solía tomar sus meriendas a la vuelta del centro de ancianos.

Había entrado en el primer establecimiento sin estrategia. Le había resultado complicado pedir trabajo por parte de otra persona, como representante. Era un lugar típico de barrio que no tenía nada de ambiente turístico donde se pararan grupos de turistas en camino hacia el Alcázar o la muralla. Efectivamente, podría ser un bar típico de Madrid donde hubiera entrado Vicente tranquilamente a buscar por su cuenta.

Se había sentado en la barra, donde había un hueco entre las tapas detrás de largas vitrinas bien limpias. Encima aún estaban los platitos con cucharitas y sus sobrecitos de azúcar, esperando la próxima taza de café antes de empezar la hora del aperitivo. Los bares tenían una rutina muy clara.

—Buenos días, señora. ¿Qué le apetece?

Tras la primera ola de cafés de desayuno, el dueño había recogido el mostrador, pero no había salido de detrás de la barra para pasar la escoba en el suelo.

«¡Vaya aspecto!».

—Señor, ¿usted necesita gente para ayudar en la cocina o detrás de la barra?

—Hala, señora, usted no tiene pinta de camarera. Bueno, tal vez cocinera —había respondido el dueño.

—Para mí no es. Es para mi prometido.

—¿Prometido? Pero ¿qué pasa? ¿Solo le pide la mano ahora?

—Que no, que no. Yo soy viuda. Pero eso no importa.

—Ay, esto se complica. Este señor no se entera. A ver.

—Señor, mi situación no tiene nada que ver.

—¿Pero el novio le ha mandado a usted? ¿No puede venir solito?

—Tiene compromisos. ¿A usted qué le importa? —Se había negado a tutear.

«Este señor se ha pasado un poco».

Al final se había inventado toda una historia de su relación con él, que él se había quedado en Madrid para seguir trabajando y ganar

dinero para la boda en otoño. Lo importante era conseguir una cita para él, no importaba si, de momento, no había oferta segura de trabajo.

—Mire, puede pasar el sábado. Se llama Vicente. Es cocinero y camarero. Tiene mucha experiencia.

—Ya me imagino. Bueno, que pase el sábado a primera hora. ¿Qué más da?

Julia había salido de este primer bar sin tomar nada.

«¿Para qué?».

Había seguido subiendo la calle, desde Cervantes hasta Juan Bravo, pasando por delante de la Papelería Del Amo y la Casa de los Picos.

Los dueños de los bares y los restaurantes no habían visto ninguna ventaja para ellos en esta propuesta (que se presentara Vicente el sábado), sobre todo cuando en el barrio había tanta gente joven buscando trabajo. Pero había venido esta señora del mismo pueblo (alguno la había visto por allí) y no les costaba nada, por lo menos, ver a este señor, y había presentado la única manera de deshacerse de esta señora que venía molestando. Ellos sabían que esa misma mañana vendría algún joven buscando un trabajo para el verano antes de volver a la facultad.

Al llegar a la plaza de la catedral, Julia había conseguido alguna cita precaria donde su Don Vicente se hubiera sentido cómodo en un ambiente parecido a los bares alrededor de la Glorieta de Carlos Quinto en Madrid. Pero había sido imprescindible que acudiera a esas citas cuanto antes, tal como había acordado Julia.

El lunes Julia tenía que volver a la casa de los ancianos a la sombra de la muralla de Segovia; entonces había decidido volver a Madrid el domingo por la mañana a buscar a su novio, sin dirección ni teléfono.

17

El delantal había seguido colgado al interior del piso en la primera planta en Delicias. Era un domingo gris en marzo: una primavera madrileña antes de Semana Santa, cuando un día de lluvia y alguna brisa se esperaba más que aire suave, anunciando días con más calor y hojas claritas en los árboles majestuosos en los paseos del Retiro, camino hacia arriba.

Julia había salido a primera hora de la mañana. Había bajado toda la calle larga desde su casa, pasando por el cuartel de la Guardia Civil hasta los arcos de piedra antes de llegar al Acueducto para tomarse un café cortado y una magdalena. El lunes tocaba volver a los ancianos; entonces ese día había tenido que resolverlo todo. Era como en el cine: su reto para salvar la crisis. Al llegar a casa esa noche, su futuro tenía que estar al alcance.

Había llegado con un pequeño retraso a la estación de Atocha, en el sur de la ciudad. Era un día positivo a principios de primavera. Las nubes que habían cubierto la sierra al pasar el tren por el túnel, habían desaparecido y, mientras subía hacia la glorieta, se había fijado en el calor del sol en su nuca. El abrigo verde de pueblo que se había puesto al salir de casa, le había sobrado. Al pasar delante del exterior impresionante de la estación, había girado su cabeza, fijándose en la hora en el gran reloj que dominaba la plaza. Era aún pronto.

Al bajar desde Atocha hasta Delicias, Julia había caminado un tanto lentamente, intentando poner sus ideas confusas en orden. Vicente no había hablado mucho de su hogar, pero ella sabía que para ir a su trabajo abandonado (a la fuerza) había subido una calle ancha y directa. Era una zona de Madrid que nunca había conocido. Con sus pocas salidas a la capital siempre había cogido el camino

más corto hacia Sol, subiendo la calle de Atocha hasta la Plaza Mayor. Su experiencia en Madrid se concentraba en las cafeterías entre la Plaza Mayor y los vendedores de lotería, alrededor de las bocas de metro en Sol. Estaba segura de que tenía que bajar hacia el otro lado. Con el antiguo Hospital de la Reina Sofía a su derecha, esquivaba la calle Embajadores, que sabía llevaba al mercadillo de trastos, revistas y chapas del antiguo régimen, fondo de Rastro madrileño, para tomar la calle Delicias con sus quioscos y bocas de metro. A esa hora de la mañana un domingo, salía la gente a comprar sus churros y su periódico, sujetándolo debajo del brazo para luego encontrar un banco al sol en la rambla del barrio. No había tenido la impresión de que Vicente leía mucho, pero seguro que le interesaba algún periódico (se había dicho), fácil y, por cierto, franquista: en esa época, su futuro marido tenía todo el aspecto de falangista de los antiguos: cara redondita y pelo corto peinado hacia atrás y pegado al cráneo con algo de gomina.

Bajando la calle lentamente. Julia había echado un vistazo en los bares y cafeterías con sus puertas de cristal por si acaso percataba la forma de un camarero en su día de descanso, de los muchos que tenía por delante. En los taburetes de las barras largas y estrechas había mirado las filas de zapatos apoyados en la barra que rodeaba el pie redondo, rodeado por las servilletas y palillos tirados al suelo.

No habría sido tan fácil identificar los zapatos de Vicente, aun con su capa de grasa en la suela, entre todos los zapatos gastados y lisos de los hombres de este barrio pobre (lejos de las fachadas de piedra gruesa del centro histórico y turístico, donde se preparaban para los Mundiales del ochenta y dos).

Vicente hubiera encuadrado perfectamente con los pantalones negros, con hilos sueltos atrás de tanto cepillar los suelos del bar de Atocha en sus caminos entre la cocina y la barra; caminos que se habían parado tras su encuentro con Julia.

Se había enfrentado a un reto difícil (encontrar a su héroe), pero no se había desanimado demasiado, porque sabía que tarde o temprano el camino de su santo héroe le llevaría a cruzar su propio camino.

Se había dado todo el día para encontrar a su novio, pero tenía que volver a Segovia esa noche.

18

«¡Déjame aquí, mamá! Yo sola, solita, con la única compañía de estos edificios enfrente. ¿Qué es lo que han hecho? ¿Rellenado mi espacio? ¡Haberlo dejado así, como era! Ahora me van liando la cosa con tanta casa, tanto edificio. ¡Lo que disfrutaba de este lugar cuando mi madre se entretenía con Vicente (que nunca ha sido mi padre —padre verdadero no tuve nunca—)! Las horas que pasaba aquí con historias del solar llenando la cabeza.

«Estos edificios me tapan toda una vida, toda una experiencia, mientras ella se escapa a su piso en Madrid con él, que nunca fue y ahora nunca será mi padre».

Una llamada de las amigas de las antiguas salidas a la pastelería de Sol había avisado de la muerte repentina de Vicente.

«Me toca a mí avisar a mis hermanos. Nunca se enteran de nada. No escuchan y, cuando escuchan, reaccionan como una piedra en la tierra batida. De todos modos, no cambiará nada. Julia se quedará en Madrid».

Con más frecuencia, para confirmar una distancia física y emocional, Lola hablaba de su madre con su nombre en vez de su relación.

«Aquí no tiene a nadie —pues solamente nosotros, sus cuatro hijos. ¡Que se quede allí! Donde el museo de la Plaza de España… no sé qué Conde…».

Como última muestra de deber maternal al instalarse con Vicente en el piso enfrente del Cuartel de Conde Duque —convertido hace unos años en centro cultural—, Julia había pasado el piso de la planta baja en Segovia a su única hija. Era justo.

«Desde que se marchó hace casi cinco años, la verdad es que no ha cambiado nada. Los chicos son igual de pelmos e inútiles. Bueno,

no sé cómo van, porque no me invitan nunca. Pero así me quedo tranquila. ¡Tantos años de criada! Para ellos, tanto como él que fue nuestro padre, y hasta el propio Vicente, con sus pocos meses en el dormitorio matrimonial.

«Ahora solo tengo que pensar en mí».

Sus hermanos habían seguido sus propios caminos: tanto su propio padre como Vicente y los tres chicos habían ocupado un espacio de poca importancia para Lola, y sus presencias o ausencias le habían dado lo mismo.

«Solo a mí misma a la hora de comprar y preparar comida. Entre comida y limpieza me encuentro liberada de cualquier sentido de responsabilidad. Y ahora Vicente me ha liberado de la curiosidad de su vida. —Ya acabada en un barrio de Madrid—. ¿Por la Plaza de España me ha dicho la señora que llamó? Será la vecina».

Lola iba entrando y saliendo por las salas del piso pequeño: la cocina estrecha que daba sobre la calle; el dormitorio matrimonial; el de los gemelos, con la litera nada más entrar; el de Juan al lado; y, al dar la vuelta, el suyo.

«¡Qué pequeño parecía con tanta gente! Casi ni me acuerdo de las caras de mi propia familia… ¡y ahora, tan grande!».

Las camas llevaban sábanas y mantas limpias desde que se habían marchado todos de un día para otro. La primera en marcharse había sido Julia. La madre se había volado del nido antes que sus críos.

«Esa cama tan grande que casi no deja espacio alrededor. Mamá con sus maridos, uno tras otro. Ahora estará otra vez sola, sin marido en el lado oscuro de la cama. Estará tranquila. La verdad es que no le vendría mal encontrarse sola. Y yo aquí, con mi propia libertad. Yo también estoy tranquila. Bueno, así lo veo.

«Ahora tendrá que ocuparse del entierro del último marido. Tendrá la ayuda de sus señoras, me imagino. ¡Ni una palabra suya!

Me quedo tranquila. ¡Suficiente con que cuide la casa! El marido tendrá familia. Supongo yo».

La hija, como la madre, estaba más tranquila en su mundo solitario sin tener que relacionarse con el mundo de los demás: sean sus propios hermanos, sus amigas (que habían seguido en las plantas de arriba con sus padres) o los tenderos del mercado del jueves.

Con la casa pagada, gracias a los ahorros de Julia, Lola solo había tenido gastos del día a día. Había sacado buenas notas en el instituto, pero lo suyo no era ir a la facultad.

«¡Lo bien que me siento aquí! Ahora no quiero ocuparme de los trámites de un muerto más bien desconocido. Ese Vicente… ¿qué es lo que estaba pensando? Nada; al pegarse a mi madre, nada; al tirarse en la vía del metro. ¡Siempre tan bobo!».

Lola era de mucho soñar y pasear por el casco antiguo. Subía y bajaba Juan Bravo con frecuencia. Subía por Cervantes (donde tenía la familia Del Amo su papelería) y pasaba delante de la Casa de los Picos, donde la señora Sanz vigilaba desde su silla en la entrada.

En esta época el edificio (como muchos antiguos palacios) se había convertido en centro administrativo del ayuntamiento. También ponían exposiciones culturales e históricas y daban clases baratas y gratuitas de artesanía y dibujo.

«¿Y si me apunto? Mirar por la ventana queda algo limitado. Ya que no limpio tanto, me puedo manchar las manos de otra manera».

Se había apuntado un sábado. Le había venido bien: como parada no había tenido que pagar abono y, una vez sentada con sus lápices y su carboncillo, no tenía que relacionarse con nadie, sola con la hoja blanca sobre la mesa. El profesor, joven y con poca presencia, le había dejado llevar unas hojas de papel a casa al final de la clase y unos carboncillos en una cajita de madera para no manchar.

«Este chico me da para dibujar fruta. ¡Anda! No tengo seso de manzanas y naranjas. Dibujo lo que me salga de la cabeza:

fantasmas. Esos fantasmas de mis edificios son imaginaciones del vecindario. Los mismos edificios».

La ventana del salón encuadraba las formas y las dimensiones de la imagen de enfrente como un paisaje urbano, con sus rasgos grises del solar detrás de la acera adoquinada.

«Yo, lo mío.

«Dibujaré bocetos de los personajes que salen de esa oscuridad, mis únicos acompañantes. ¡De manzanas, nada!

«Vidas en blanco y negro con matices grises. Es lo que pide el carboncillo.

«Con el color, los personajes se vuelven demasiado complicados para mí. Los colores me comen el coco. Prefiero mis dibujos sencillos. Mis hermanos también eran muy simples, sin matices complicados. Y así los prefiero, así no me causan trastornos. Me quedo tranquila».

19

«Estos ancianos. ¡Qué risa! ¡Qué humildes y algo plastas! Vengo aquí para cambiar de la vista cuadrada de casa (tantos años) y me encuentro con estos señores con la mirada vacía. Ya no puedo dar marcha atrás. Aguanto. ¿Para qué? Lo que huelen. Y este profesor… Tiene la edad de los gemelos. Digo yo. ¿Quién se cree que es?».

Las clases de dibujo tenían lugar los sábados por las mañanas y los miércoles antes de cenar. Así los que trabajaban también podían participar.

Víctor era de familia tradicional, pero con pocos amigos de su edad y sin espíritu interior de importancia. Su relación con sus alumnos, algo sordos y con artritis (sobre todo en las manos), había sido de lo más mínimo y solía restringirse a cómo llevar el carboncillo: una conversación muy limitada. Había encontrado en Lola (su Lolita) alguien que no olía a anciano y podía manipular sin dificultad las herramientas de la tarea. Y con ella sí que habían tenido una conversación verdaderamente activa.

Víctor reflexionaba también sobre su «aquí y ahora» en el taller.

«He hecho bien en encontrar este puesto. Hombre, con nuestra tienda al lado somos vecinos. Nunca iba a ser difícil. Siempre mandan gente allí a comprar materiales. Mamá me tiene al lado, vigilándome, pero, por lo menos, me escapo del espacio donde agonizó papá (que en paz descanse), dejándome a mí solo con María. Al volver aquí, al pueblo, por lo menos tengo un lugar donde no tengo que fingir, donde yo controlo. Ni en casa aquí, ni en el piso de Argüelles pintaba nada. Solo me tocaba admirar las aventuras de mis compañeros y sus ligues».

En la papelería, su madre había contratado un gerente para llevar exclusivamente lo de venta y relaciones con los clientes. Víctor solía

sentarse en el taburete de madera detrás de la caja: el mismo lugar donde se había sentado su padre hacía pocos años (con su hijo aún en la facultad) ese sábado en que se había muerto. El antiguo mostrador de madera entre él y la puerta de metal y cristal le había dado a Víctor espacio más que suficiente para sus láminas con sus varios dibujos inacabados.

Llevaba bastantes proyectos a la vez: algunas láminas llevaban vistas desde el comedor en casa hacia la muralla (algunas veces medio escondidas detrás de la cortina de tiras coloridas), otros folios que había hecho en su primer curso en Bellas Artes que tocaba de vez en cuando, y hasta unos retratos que había hecho en verano de los turistas que iban hacia el Alcázar: retratos que la gente no había querido comprar al ver el resultado. Al enterarse de la manera de morirse de su padre, no había querido relacionarse con los pocos clientes que entraban durante las largas horas del día. Al oír la campanilla al abrirse la puerta, ni se molestaba en levantar la cabeza de su folio.

Entonces el trabajillo de la Casa de los Picos había servido bien a todo el mundo. Él se había escapado, y su madre lo había tenido lo suficiente cerca y, de todos modos, tenía a su amiga, la señora Sanz, como espía que la mantenía al día. Era la señora Sanz quien había informado a su madre que buscaban profesores docentes para dar clase. Un día en el verano, cuando cerraba la tienda, se habían intercambiado unas palabras.

—¿Ya se va, señora?

—Sí, ya cierro para dar de comer a mi hijo y luego me echo la siesta. Cierro las persianas, con el calor que hace, y me meto en la cama un par de horas como los antiguos.

—Hace usted bien. ¿Sabe que aquí se busca un profesor de dibujo para un par de días a la semana? Había pensado en su hijo. Así hace algo, ¿no? Y además están ustedes al lado.

—Ah, bueno. Me informaré. Ese chico, como dice usted, no hace nada. Bueno, lo que hace es molestar y fastidiar. De tiendas no entiende nada. Su pobre padre no podía hacer nada con él.

—¡Que en paz descanse, señora!

La señora Sanz soltaba las palabras adecuadas en los momentos adecuados. Pero al fondo jugaba con bastante aplomo su papel de vigilante y delator. Su marido trabajaba como carcelero en el barrio donde vivían al otro lado del pueblo. Allí en la Casa de los Picos, con su vecina de la papelería y todas las historias que salían de la terraza enfrente, aún no tenía suficiente para satisfacer sus necesidades inquisitoriales. Las historias que traía su marido de la cárcel, las peleas entre presos, las relaciones entre los guardias y los reclusos y hasta entre ellos, picaban su curiosidad más que lo suficiente. Y el día que se encontró con Lola («la nueva alumna») con su propia misión, en su barrio, lejos de casa, aún más.

La madre lo había casi llevado cogido de la mano al despacho de nuevos fichajes como un crío que entraba en el parvulario. Las clases habían empezado a principios del mes de septiembre. Lola había llegado a su primera clase unos quince días después.

«Lo que esperaba: una banda de ancianos».

«Este don Víctor (tan presumido) es el único aquí de más o menos mi edad. ¡Cómo voy a necesitar a todos estos ancianos! Ya basta de viejillos en el mercado pidiendo la vez. ¿Qué pasa, que las señoras van al mercado y mandan sus viejos aquí a la clase de dibujo para no fastidiar, para no molestar en la cocina? Bueno, ¿qué voy a hacer? Me apunté y aquí estamos. A ver si me sale algún dibujo mientras este suelta su historia de académico fallido. Me escapo de mis cuatro paredes y tal vez encuentro horizontes que no sean los que veo desde el salón.

«¡Qué soy una tristona! Una tristona llorona.

«Bueno, a ver, ¿qué más me trae ese chico? Por lo menos habrá hecho la carrera, mientras que yo….

«Buscan estos señores algo de diversión, mientras que yo me aburro solita. Se me van las horas con la cabeza vacía. ¡Ánimo! Las vecinas en casa, Beatriz y sus amiguetes, están todas liadas con algún chico; tal vez es algo que debo probar. No entiendo nada.

«Este chico es el único que se interesa por mí. Veo como me mira detrás de las pestañas. Tengo la costumbre de ser invisible.

«A estos ancianos las familias les han echado de casa tras todo un verano juntos en la costa; ya se han hartado de cuidar a los moribundos.

«Bueno, tampoco se quejarán al encontrarse con sangre nueva. Este Víctor no tiene nada, pero seguro tendrá algo más que un anciano que se jubiló hace siglos».

Víctor había salido de casa esa mañana, como todos los sábados, entre el alivio de salir y el presentimiento de lo que le esperaba.

Desde su casa era un camino corto hasta la Casa de los Picos.

«Ojalá que no volviera a esta casa. Ha vuelto aún más opresiva desde la muerte de papá. Es como si mamá me tiene en casa como una especie de juguete. Me agobia y me aísla y con esa Sanz me controla aún.

«Mi libertad ya perdida consistía en volver a mi piso en la línea cuatro desde Prosperidad hasta casa tras una noche con los progres de Madrid, tomando cañas. Pero me faltaban oportunidades».

De camino hacia Juan Bravo, pasaba por delante de casas humildes de siglos pasados y palacios rehabilitados en sucursales de bancos o museos turísticos. Hacía casi solo un año el PSOE había ganado su tercer mandato desde la muerte del Caudillo, pero en este pueblo de marca tradicional se conservaban rasgos de la dictadura y también símbolos de la lucha que seguía en la democracia: pintado en la pared de una casa vieja, seguramente antigua sede de Falange, el escudo de las flechas y el yugo negro en un fondo rojo, y a solo unos metros más arriba la bandera rojinegra

de la CNT, curiosamente formando parte de la vitrina de una tienda hortera de dulces.

En el taller el ánimo de los alumnos no había cuadrado con la clara falta de entusiasmo de Víctor.

«Aquí de niñera con los ancianitos a los que han echado de casa para lavar sus sábanas y quitar las meadas del sofá. Bueno, pues a mí no me importa, a mí también me viene bien salir y alejarme de las garras de mi madre (sin evitar esa Sanz, vigilándome desde la puerta). ¡Ni caso! Tampoco estoy en la tienda con los mocosos y sus madres comprando para el nuevo trimestre.

«Al terminar me tomo algo en la terraza, por una vez mi madre no me ha dado para picar después de clase. Solo me hacía falta un bocadillo con una notita y unas palabras de cariño. No me soltará nunca».

En casa había estado su madre sentada en la mesa, con la puerta abierta, pero con la cortina de tiras de colores desatada para proteger del calor de verano y de los ojos de los turistas extranjeros que llegaban desde la capital en autocar para aparcar delante del Alcázar, monumento estilo Walt Disney. Los dólares que gastaban no llegaban para arreglar el estado de la acera delante de la casa, que no parecía ni acera ni camino, sino una mezcla de arena, asfalto, adoquines y charcos estacionales.

20

Víctor siempre llegaba temprano a su clase del sábado; este sábado, como todos, su madre casi lo había echado de casa.

«No me importa que insista en que vaya. En casa, si no está ella dándome lata, casi no saldría de mi cuarto. Al estar aquí, no me deja en paz con sus mandos y sus maneras de gallina. Solo me echa sabiendo que en el taller tendrá a la Sanz vigilándome. Me ahogo».

Le había preparado un cuenco de Cola Cao con unas magdalenas, pero no había tenido tiempo para acabarlo. Era como si su estancia en Madrid no hubiera transcurrido. Seguía siendo su hijito y no habían pasado los años.

—¿Te echo algo de leche fría, cariño?

—¡Que no, mamá! ¡Que me voy!

«¡Que me voy, coño!» —se había dicho. La mañana había empezado y Víctor ya estaba malhumorado con la mera existencia de su madre.

En Madrid no había admitido Cola Cao en el piso. Era cosa de niños; no dejaba buena imagen a las invitadas. Casi se había tirado por la puerta de la calle sin mirar hacia atrás, sin mirar a su madre sacudiendo la cabeza lentamente. Aun así, había llegado al taller con un cuarto de hora de antelación. La nueva alumna se había instalado ya.

Lola había subido la misma calle Juan Bravo, la misma que subía su madre cada sábado, hasta el día que se había trasladado a Madrid para contar al cura sus secretos (que ella había llamado pecados —eran palabras de sus costumbres de su infancia y no tanto de creencia—) en el confesionario de la catedral. Hace muchos años, Lola había dejado atrás historias de la religión y la fe. Lo suyo del sábado era un camino de descubrimiento, una manera de salir

del aislamiento de casa. Las historias e imágenes que había percibido en el solar detrás del muro en la acera enfrente de casa se habían disuelto con la construcción de viviendas nuevas. Las parejas que se habían instalado allí no le habían atraído la atención ni nutrido su imaginación. Cogían el tren por la mañana para ir a Atocha a trabajar en los ministerios o en los bancos nacionales de la Castellana. Del pueblo casi ni tenían conciencia ni de sus vecinos ni de su barrio. Solo conocían el camino de casa al parvulario y luego hacia la estación. Algunos paraban en el Acueducto para tomar un café antes de coger el tren.

Juan Bravo, que, al dejar el del acueducto al fondo, se llamaba Cervantes y, al llegar a una plazuela triangular con terraza a medio camino, había cambiado de nombre. Al cruzar la plaza se separaban los edificios al lado izquierdo para revelar el campo más allá de las afueras del pueblo. Todavía no se había convertido el campo en barrios de edificios nuevos para crear un pueblo ya casi dormitorio. A principios de otoño, se había ya hecho la cosecha del girasol y solo se apreciaba terreno seco, de un amarillo oscuro. Subiendo la calle a esa hora de la mañana en la sombra de los edificios al otro lado, Lola había sentido frío.

«Este tiempo da ganas de hacer cosas, de moverse. ¿Qué me voy a encontrar en ese edificio? No sé lo que me espera. Da bien subir la cuesta desde la oscuridad de nuestra casa, de mi casa, con la oscuridad de la planta baja. ¡Dios! Con esta energía, tal vez se me dé para encuentros nuevos. Necesito gente nueva, dialogar, relacionarme».

Lola pasaba la mayoría de su tiempo en un mundo solitario y no daba mucha importancia a los efectos del tiempo —del frío y del calor—.

Un poco más arriba, ya en Juan Bravo, había pasado a la derecha por la inmensa puerta de entrada de la Casa de los Picos con su arco anciano de grandes piedras amarillas talladas de la sierra de

Guadarrama. Afuera era un edificio con pocas ventanas para proteger del frío y del calor, pero, adentro, era toda una colmena de espacios creados entre tabiques y paredes de ladrillos para distintas actividades culturales (así se anunciaba en la publicidad del centro).

—Buenos días, señorita —le había saludado la recepcionista, la señora Sanz, sentada en el portal.

—Buenos días, señora.

—¿Eres nueva alumna del señor Víctor? Aún no ha llegado. La clase se hace justo aquí, en el taller. ¡Una joven! ¡Qué bien! Los ancianitos te harán la bienvenida…, bueno, y don Víctor también, seguro.

Todo estaba dicho, inspeccionando a Lola desde arriba hacia abajo, casi como pesándola con los ojos, juzgando.

—¿Te llamas Lola, no?

—Sí, entro, ¿no?

—No vayas con tanta prisa —le había contestado la señora Sanz, casi como una amenaza, como un perro guardián controlando la entrada, olfateando nuevos ingresados.

Lola se sentía muy vulnerable y hacía cada intento para no dar muestras de debilidad y nervios, pero no se había detenido lo más mínimo: joven con confianza y sin respeto por los juegos agresivos de la recepcionista.

Había pasado directamente al taller sin esperar respuesta. Era como entrar en la catedral con sus arcos y el techo a la altura de dos plantas. Los largos tubos de neón contribuían al frescor de primavera entrando por el portal. Los alumnos ancianos se habían habituado a asistir a clase con bufandas y esos guantes que dejaban los dedos al aire para poder manipular los carboncillos.

Como buenos alumnos, los primeros se habían instalado delante de la mesa del profe Víctor. Lola había buscado una silla al fondo para dejar espacio entre ella y sus compañeros. Eran todos hombres: después de toda una vida trabajando les resultaba

complicado quedarse en casa con los hijos ya mayores, aún en sus dormitorios de la niñez. Y sus mujeres, las reinas de la casa, habían aprovechado para recuperar sus reinos.

Ese día, como ejercicio práctico, les había tocado dibujar una fuente de fruta —la naturaleza bien muerta— que se presentaba en una mesita delante de la silla del profesor, al lado de la entrada del taller: una puerta doble de madera clara con cuatro hileras de cristales cuadrados que llegaba casi hasta el techo. Víctor había encargado como deberes que cada anciano trajera una pieza de fruta. Al salir de casa, cada uno había cogido lo suyo. Alguno no había entendido bien y había traído alguna verdura: una cebolla o una berenjena, tal vez. Así, a medida que iban entrando en el taller, los ancianos (y la propia Lola) se habían encontrado con una mesa con la fruta típica de una naturaleza muerta, con una inesperada cabeza de ajo y una berenjena intrusa. En su vida doméstica solitaria, Lola mantenía su propia naturaleza muerta (una fuente de fruta del mercado) en la mesa del salón. Por un momento, se sentía como en casa al entrar en el taller con los ancianos refugiados. Víctor también era un refugiado echado, como ellos, esa mañana: alumnos y profesor, todos víctimas del mismo engaño. Pero Victor, por lo menos, disfrutaba de su estado de refugio.

La única persona que había elegido asistir por su propia voluntad había sido Lola, a la búsqueda de una vida creativa que iba más allá de lo que se había encontrado enfrente de su propia casa («mi propia casa»). La imagen de una cabeza de ajo había sido su primer paso y el joven, Víctor, había servido para cumplir con otro requerimiento del cual, hasta ese mismo momento, realmente no se había dado cuenta.

21

Al encontrarse sola en casa desde hacía un par de años Lola —y tras sentirse sola desde la infancia—, la sensación que la había empujado hacia el taller en la Casa de los Picos había empezado a ser casi una presencia física, un compañero de viaje, de carne y hueso (y deseo hasta entonces sin descubrir). Había buscado otra visión, otra vista, que no fuera la del solar en la acera enfrente de la ventana cuadrada de su salón («ya era su salón que no compartía con nadie»). En vez de imaginar los fantasmas que se había inventado, había pensado que hubiera sido más sano, más saludable dibujarlos y hacerlos parte física de su vida, tanto como las cerámicas de Granada que se habían quedado clavadas en la pared entre el salón y la cocina de casa.

De lo que Lola no se había dado cuenta hasta esa primera sesión con el carboncillo, la cabeza de ajo y las manzanas, era que también necesitaba otra cosa para rectificar los pecados de su madre aún de una manera inconsciente. Había descubierto el taller en un paseo que se había dado para, inconscientemente, escapar de su obsesión con los fantasmas de la acera donde ya se había construido un tabique para esconder la obra construyendo pisos nuevos. Había seguido el mismo camino que había hecho Julia para confesarse cualquier domingo antes de volver a casarse (por segunda y última vez). Lola no había tenido intención de llegar hasta la plaza de la catedral; el camino era andar.

Se había parado en la terraza que se encontraba a la izquierda subiendo la calle Cervantes, donde empezaba la calle Juan Bravo. Quería respirar el aire que soplaba desde los campos secos de los girasoles, ya cortados. Se había sentado en una mesa con su espalda hacia los edificios al otro lado de la calle peatonal y se había

pedido un café cortado en vaso de caña para calentar sus manos aún frías a esa hora de la mañana. Habían empezado los talleres de la Casa de los Picos en esa temporada de verano y otoño, pero en esas fechas la gente no se había apuntado en número suficiente. Entonces el director había mandado a un chaval, que hacía un poco de todo en la administración, a distribuir folletos en los bares, cafés y tiendas del barrio, anunciando los talleres que se ofrecían con oferta especial de temporada: de esos folletos que se toman y se tiran.

El joven no se había ido muy lejos de la Casa de los Picos y, a pesar de los gritos disuasorios del camarero, haciendo su trabajo, había dejado en las mesas de la terraza folletos de propaganda con sus colores brillantes, fallos gramaticales y una falta de diseño que no cuadraba con el espíritu que quería dar el palacio cultural y su ambiente de centro de actividad progresista para jóvenes y ancianos con la mente abierta (palabras que figuraban en su propaganda). El joven (con su capucha escondiendo su cara) no había intercambiado palabras con los pocos clientes —algunos con guantes aún—, pero Lola, cuando el brazo del chaval había cortado su vista directa con los girasoles, había percibido un ojo triste y angustiado dentro de la oscuridad debajo de la capucha.

Con la sorpresa que le había dado el chico con su ojo triste emergiendo de su cara oscura y los colores vibrantes del folleto que casi había escondido lo que había estado anunciando, Lola había tragado las últimas gotas del café aún caliente, y había subido directamente al palacio con sus picos protectores a apuntarse al taller de dibujo ese mismo sábado, dos días después. Inconsciente de su instante de éxito, el joven deprimido (y un tanto gris de aspecto) había seguido su camino hacia la calle Cervantes y el acueducto al fondo.

Mientras Víctor salía de casa, aún con las migas del desayuno rápido en su jersey, Lola había dejado su impermeable verde en el

suelo de piedra antigua y se había instalado en una silla de madera al fondo del taller.

Delante de él había ya una fila de asientos en semicírculo donde se habían instalado unos ancianos (algunos con gorros) delante de la fuente con su contenido diverso y contradictorio.

22

Víctor se había quitado su gabardina de estudiante, que tal vez había pegado en las cafeterías de Moncloa, pero aquí le hacía parecerse a un alumno pijo en la salida del instituto. La había colgado de otro clavo al lado de la puerta alta y estrecha del taller de la Casa de los Picos. Sin mirar a los allí presentes había empezado su rutina verbal del principio de clase, que había intentado copiar del más aburrido y pedante de sus profesores de la clase de dibujo en la facultad hacía poco tiempo.

—Muy buenos días, alumnado. ¿Todos preparados para impresionar con lo que ven y lo que crean?

En la Complutense en general no se habían expresado de tal manera aparatosa (y no había encajado con su voz inmadura), pero así Víctor había escondido su timidez y su más que evidente falta de confianza. Y aquí, en el taller de techo alto en la Casa de los Picos, había funcionado de una manera tajante: los ancianos no le habían hecho ni caso, pero sus pocas palabras sí que habían entrado en el mundo muy restringido de Dolores, hecha mujer tras tanto tiempo como la única en su casa.

Al levantar la vista, Víctor se había fijado en la pared curvada blanca (como la pared detrás del altar en la catedral) al fondo del taller para no conectarse con los ojos de sus alumnos ancianos y un tanto pesados de movimientos (y pensamientos). Era la misma pintura blanca que iba a echar la madre de Lola con brocha gorda en su cuarto piso al encontrarse sola tras la muerte de Vicente. Había querido tapar todas las manchas de aceite que había traído su último marido de la cocina de su ultimísimo trabajo.

Allí encajada en la curva blanca, como dentro de las alas renacentistas ridículas de un ángel, había estado Lola haciendo

gestos de buscar algo imaginario en sus bolsillos profundos para evitar relacionarse con sus compañeros. Los alumnos con sus movimientos lentos y sus espaldas también curvadas habían formado una barrera entre los dos veinteañeros. Se habían intercambiado miradas desde sus caras inclinadas pero no era el momento de entablar un diálogo entre los dos.

Luego, tras tres horas de mancharse los dedos con el carboncillo, Lola había conseguido rellenar el espacio central de una hoja grande con formas de fruta y la cabeza de ajo, dejando grandes espacios blancos alrededor: una nube gris y detallada. Al volver a la realidad física de la sala, Lola se había decidido a acercarse al profesor. Las circunstancias del taller le habían empujado hacia un rumbo nuevo en una vida sin realmente empezar.

—Disculpe, soy María Dolores —había dicho al ver marcharse el último anciano a través de la puerta alta, hacia un saliente amarillo de otoño.

—Me obsesiona un poco la limpieza —un invento suyo— y me pregunto cómo servirse de este carboncillo sin mancharse los dedos. ¿Traigo guantes de goma?

La pregunta le había parecido tan absurda a Víctor que, con el mero intento de contestar, ya había caído en la trampa de una chica con solo un poco más de experiencia de la vida del mundo que él.

—Señorita. —Víctor no había podido deshacerse de sus modales formales—. Asistiendo a una clase tal como está usted se va a manchar. No veo otra manera. Para las manos hay pila pero solamente con agua fría, si aguanta.

Nunca logró el tono adecuado en sus interacciones con los demás, sea aquí en el taller, en casa con su madre, en la facultad o de juerga por Argüelles o Malasaña con sus compañeros de piso. Había llegado el momento cuando habían dejado de salir con él. Siempre estropeaba el ambiente; una noche de fiesta se transformaba en una lucha para no perder un par de guaperas del primer curso que

andaban por allí. No sabía ni qué decir ni cómo decirlo. Hasta llevaba una gorra de montaña que le había regalado su madre un día de Reyes para no pasar frío en los inviernos de la capital. Al no quedar con él, el éxito de los chicos del Barrio Salamanca con las chicas de provincia se había doblado. Víctor no se quejaba; para no caer en ridículo, se sentía mucho más cómodo quedarse en casa. Con las historias exageradas de sus compañeros se satisfacía, cuentos que embellecía para impresionar a los antiguos alumnos del instituto del pueblo en sus regresos cada vez más frecuentes: más fácil hacerse pasar por un estudiante decadente, con experiencias que vivir esa vida de verdad, menos conflictivo.

Lola tampoco había tenido mucha experiencia de interacción humana. No tenía costumbre de charlas mecánicas con gente más bien desconocida, pero hasta ella se había quedado un tanto confusa con las palabras de Víctor, no lo que decía, sino su manera de decirlo. Le había parecido a los ancianos del taller en vez de un joven recién salido del ambiente estudiantil de la capital. Se había preguntado si Víctor alguna vez había hablado con gente de su edad, sin saber nada de él. No interpretaba bien el efecto de sus palabras en sus discursos más bien equivocados. Al fondo, Víctor copiaba e imitaba, pero su vida hasta ahora siempre había sido muy insular. Gracias a su madre había conseguido el trabajillo en los Picos y así encontró a Lola. Ninguna de las dos cosas había salido de su propio ímpetu. El supuesto éxito de sus compañeros de curso solo pudo tener lugar al sacarlo del medio.

—Bueno, no me importa mojarme un poco. ¿Tú no te manchas nunca?

Ni había preguntado si le había molestado su tuteo, y le había dado absolutamente igual. Aun con los hermanos en casa —antes de sus huidas—, tenía costumbre de hablar poco, pero sin historias ni complejos. Su padre tampoco había hablado, y con ella nada en absoluto: los dos habían ocupado el mismo lugar y el mismo tiempo

casi sin ninguna relación. Este chico casi imaginario por falta de presencia había presentado un desafío desequilibrado.

Víctor había aceptado su manera tan directa sin reacción apreciable. Era su manera de ser: reconocer su destino en las palabras y acciones de los demás, desde los de Moncloa, pasando por las chicas clientes de su padre (entre ellas su futura mujer), de su madre y ahora de Lola, que —sin embargo— nunca llegaría a ser su esposa.

«Esta interacción ya me había traído angustia suficiente».

Esa misma tarde Lola no tenía nada previsto. Había querido aprovechar el tiempo.

—¿Recojo? —había propuesto al final de la clase.

Y sin esperar respuesta, se había dedicado a arreglar sillas y mesas, dejando las hojas de los ancianos en una mesa al lado de la pila.

La madre de Víctor se había preparado para comer y estaría esperando a su hijo, echándole la culpa.

Pero en ese momento estaba acompañando a su nueva alumna joven, que había propuesto tomar algo en la terraza de Juan Bravo.

Habían salido a Juan Bravo para encontrarse con turistas buscando dónde comer y los del pueblo tomando sus aperitivos o acabando la compra antes de que las tiendas cerraran.

Sin decirle palabra, Lola se había sentado en la mesa donde, días atrás, le habían dejado el anuncio del taller.

Víctor se había resignado a sentarse con ella.

Por su decepcionante hijo, su madre siempre había estado molesta por algo.

Resistir la voluntad de Lola le había parecido a Víctor de lo más absurdo.

23

Allí sentados los dos en la terraza enfrente de los campos otoñales de girasoles, las hojas verdes, volviendo a la tierra seca, perdiendo color, se habían entrecruzado miradas sin realmente verse. Lola había dejado a Víctor hablar del único tema que sabía: de la pintura, de la pintura que le había enseñado en la facultad. Lola no escuchaba, sino que había fijado su mirada vagando sobre los picos de la fachada del edificio de enfrente que había dejado hacía unos momentos. Así se había relajado de la misma manera que hacía en el salón de su casa (su casa) estudiando el muro de enfrente que ya tenía detrás andamios de construcción que subían a la vista.

Con ese encuentro fortuito con Víctor, Lola había seguido los pasos de su madre varios años atrás cuando se había encontrado con Vicente en Atocha. Nadie había sabido cómo Julia había encontrado a Vicente y ni se le había preguntado. Había sido asunto suyo; esas cosas se le habían ocurrido a ella sin tener explicación.

—Mi madre me estará esperando en casa —dijo Víctor, al dejar sin acabar su última anécdota sobre otro profesor de la facultad, impresionando únicamente a los ancianitos, como las abuelas que siempre fingen interés en los cuentos de sus nietos.

—¡Ay, lo que cuentas, Víctor! ¡Impresiona! ¡Fascina! ¡De verdad!

Había intentado escoger las palabras adecuadas para ese momento. No tenía prisa y quería seguir el camino que había escogido. Había querido hacerse con las reglas del juego. Tal como había hecho con sus vecinitas del colegio años atrás.

—Bajo contigo. Quería consejos de cómo ir mejorando en mi manera de ver objetos (seguro que tus profesores te han hablado de eso) y de la técnica del carboncillo sin mancharse. Ya sabes.—

Se había sorprendido de su facilidad para mantener una conversación fluida y tan falsa con un todavía prácticamente desconocido.

Lola había pagado los cafés y se habían levantado, espantando a las palomas, que buscaban migas alrededor de sus pies, con las sillas metálicas sobre las piedras medievales de la terraza. Al bajar la calle Cervantes hacia el acueducto, les miraba el chico de los folletos que había empezado su turno del sábado.

—Mi madre estará en casa —había hablado como si fueran dos estudiantes del instituto, faltando a las clases de la tarde. Solo les faltaban las carpetas de apuntes bajo el brazo.

—No pensaba ir a tu casa, tengo la mía. —La suya.

—Solo unos consejos en camino y me voy.

Habían dejado la calle principal de Cervantes para meterse en las estrechas calles del barrio judío con sus tiendas de artículos para turistas y un par de centros religiosos culturales en patios convertidos detrás de arcos grandes donde habrían cabido dos caballos con carros antiguamente. Víctor había seguido con detalles de perspectiva y cómo crear sombra y luz con el carboncillo, sacado de sus asignaturas prácticas del primer curso en la Complutense. Lola había fingido interés mientras investigaba cómo llevar a cabo esta interacción social de poco peso.

Habían ido bajando hacia la muralla, desde donde se veía el Alcázar y los autocares de los turistas extranjeros de visita desde la capital. De pequeña, para escapar del agobio de su casa tras la muerte de su padre, Lolita se había sentado en un banco en los jardines del Alcázar imaginando historias de personas poderosas y de la nobleza dentro de las torres altas. Eran historias muy distintas a las que imaginaba en el solar de la acera de enfrente de su casa. También le gustaba escuchar las conversaciones en lenguas extranjeras de los turistas, bajando de los autocares y volviendo a subir dos horas después. Sin entender nada había enfilado diálogos

con muchas más emociones e intriga de lo que eran verdaderamente.

Lola había conocido muy bien desde fuera la casa donde vivía Víctor con su madre. Muchas veces al pasear por la muralla había visto un piso bajo en un edificio de dos plantas, siempre con la puerta abierta, pero se había tapado la entrada con una cortina de tiras plásticas de colores distintos, pero mayoritariamente el rojo y amarillo de la bandera nacional. A veces había visto por detrás de la cortina la figura de una persona de la edad de la señora Del Amo mirando por el portal al soplar el aire frío hacia fuera.

Al salir por una calle estrecha peatonal entre dos edificios bajos construidos con la misma piedra amarilla clara que la muralla, habían llegado a la acera donde se situaba la casa de la señora Del Amo.

Hace tiempo que Lola había dejado de seguir las explicaciones y aclaraciones del licenciado en Bellas Artes. Apenas había escondido sus bostezos y lágrimas de aburrimiento, pero había podido superar la prueba sin que Víctor se hubiese dado cuenta.

Pero Víctor ya había vuelto a su realidad: tenía que enfrentarse a su madre con casi una hora de retraso para la quedada para comer. Ese día, como todos los sábados, había tocado cocido. El olor de garbanzos y espinacas al llevar demasiado tiempo en la olla había llegado hasta la esquina de la calle.

—Bueno, te dejo aquí —había dicho Víctor nada más salir a la calle ancha de la muralla.

—Tengo que enfrentarme a la vieja. Te echaré a ti la culpa. Le explicaré que tuve que repetir unas teorías técnicas a una alumna un tanto torpe (no voy en serio).

Pero la torpeza suya ya había salido y no se había podido recuperarla. Había sido una muestra de sus dificultades para relacionarse con la gente de su edad, pero también del miedo que había sentido frente a su madre.

—Nos vemos —había respondido Lola en un tono seco, casi disfrutando de la ineptitud social aún mayor que la suya.

—Hasta el sábado próximo. Pienso volver para acercarme más a la técnica apropiada según tus aclaraciones.

Al dejar allí la duda había cruzado la calle para subir a la muralla y contemplar otra vez el Alcázar de su niñez. De momento no estaba para volver a casa.

24

Detrás de la cortina de tiras, la señora Del Amo había presenciado las últimas palabras entre profesor y alumna. Había sufrido la estancia de Víctor, persiguiendo un futuro perdido de ilustrador en la facultad de Bellas Artes en Madrid. Como buen chico siempre había vuelto los fines de semana a ver a su madre en su casa baja enfrente de la antigua muralla, en la periferia del casco viejo.

Pero al verle relacionarse con una chica de más o menos su edad, había desenterrado la angustia que había sentido la señora del Amo al despedirle cada lunes a primera hora para coger el tren a Nuevos Ministerios y entrar en clases con otros y otras de su edad.

Se había puesto muy contenta al terminar la carrera universitaria de su hijo incluso cuando había fallado en encontrar algo seguro en galerías finas y editoriales nacionales en Madrid.

Había compartido piso con otros universitarios en Tetuán, no muy lejos de la facultad (a unas pocas paradas en autobús).

La madre se había imaginado no sabía cuántas citas clandestinas con chicas de familias con otras normas que las suyas.

Con su marido había intentado enfocar la formación de Víctor en temas de compraventa y contabilidad, al haber mostrado habilidad en esos temas ayudando en la papelería que habían llevado en Juan Bravo, no muy lejos de la Casa de los Picos.

Curiosamente, había sido la proximidad del negocio de la familia al Centro Cultural de los Picos y la naturaleza de los clientes que salían de los distintos talleres creativos para comprar materia (papel, pinceles, óleos y hasta herramientas para todo tipo de trabajo de cerámica con barro) lo que más le picaba el ánimo a Víctor al buscar una carrera; mucho más que ninguna afinidad con hacer negocio y crear mercado.

Años más tarde, su madre pudo jubilarse y ocuparse de su nieta, dejando el negocio en manos de una pareja joven de Madrid (para convertirlo en una especie de tienda con figuras baratas de artesanía para los turistas —no faltaban acueductos romanos de todo tamaño —).

Todos sus días se sentía obligada a cuidar de su hijo y la pequeña Fuencisla, y mantenerlos en casa.

Las clases técnicas que había dado en la Casa de los Picos nunca iban a traer un salario más que lo necesario, pero al menos, con un alumnado más bien anciano, había llevado una vida más allá de las garras de las jóvenes metropolitanas que habían rodeado las calles de Madrid y los pasillos de la facultad.

Había pensado que siempre estaría presente para cuidar a su madre en cuanto esta se fuera acercando a la vejez.

Al ver a Víctor intercambiando palabras con una joven, parada sin prisas en la esquina de la calle, se le habían vuelto todas las angustias que le habían invadido todos los lunes cuando le había despedido en el andén uno, destino Nuevos Ministerios.

—Cariño, sabes que te tenía preparados unos garbanzos para calentarte después de aguantar el frío de los Picos. Ahora se habrán enfriado.

Víctor nunca había sabido cómo expresarse tras una clara queja de su madre envuelta en palabras de cariño y amor.

—¡Qué bien que disfrutas tanto con los señores en la Casa! ¡Qué torpes son! ¿No?

—Algo, sí, mamá.

—Es que no tienen tus años de preparación y práctica.

Ni su hijo ni ella habían dudado por un minuto que su interés por la clase de dibujo del natural con carboncillo había sido algo más que algo transitorio. No había esperado a tanto viejillo, pero por fin se había presentado una oportunidad, de las que le habían faltado

en Moncloa: chica joven, formal, pero con aire un tanto arrogante y desafiante.

Mientras iba calentando los garbanzos en la cocina y cogiendo un cacho de una barra de pan ya seca, Víctor había calculado por dónde iba esta conversación. Su madre nunca se había interesado ni por sus años de estudios ni su facilidad con el carboncillo. Por el contrario, a su vuelta a casa, su única preocupación eran las manchas grises que llevaba en sus manos y en las mangas de su camisa blanca.

—Enróllate, mamá, enróllate —dijo Víctor en voz baja desde la cocina al fondo de la casa.

Se había imaginado en los bares de estudiantes no muy lejos de las paradas de autobuses que traían olas de alumnos de la facultad —cada uno con su uniforme de sus estudios. La manera de hablar entre los estudiantes, con sonidos ásperos y vocales tragadas, y sobrando palabrotas, había sido muy lejos del idioma que había experimentado en un instituto de pueblo con alumnos mayoritariamente tradicionales como sus padres, y religiosos como los que asistían a las procesiones de Semana Santa, formando parte de las hermandades que llevaban la Virgen por los caminos estrechos a través del pueblo hacia la catedral. La única manera de rebelarse había sido a través de las palabras y conversaciones que había mantenido lejos del oído de su madre. Su padre había muerto por su falta de rebeldía y Víctor no quería elegir un camino tan cobarde, pero parecía que su única manera de rebelarse había sido murmurar palabrotas muy lejos de los oídos de su madre.

Su madre había seguido detrás de la cortina con la puerta abierta intentando identificar a la chica de pelo castaño, liso y gabardina verde con quien había estado hablando su hijo hacía solo unos minutos.

Entrar en conversación directa con su madre siempre dejaba a Víctor entre angustiado y enfadado. Como ahora, siempre había

preferido quitarse del medio, como ese sábado tras este primer encuentro con Lola. Lo mismo había hecho su padre, quedándose solo en la papelería hasta última hora para no tener que volver a casa a escuchar recriminaciones de todo tipo. Había entrado la chica de la limpieza una mañana al encontrar al señor Del Amo —Enrique — con la frente apoyada en el mostrador. Se había quedado dormido (al no querer volver a casa) y, según los médicos, no habría sentido la fuerza del infarto masivo que le había liberado de una vida vacía de sentido, pasión y decisiones propias.

25

El sábado próximo, ya fichada en el taller de Víctor, Lola había llegado entre los primeros. Había saludado a la recepcionista.

—Buenos días, señora.

—Muy buenos días, señorita. ¡Qué prontito! Sus compañeros están aún sin llegar. Ni el profe.

—Instálese. No pasa nada. Ya llegarán.

Lola no estaba acostumbrada a tanta charla tan pronto un sábado por la mañana y no se fiaba nada de la falsa amabilidad de la Sanz. Pero había tomado la decisión de entrar más en el mundo de los demás y ese riachuelo de palabras de una señora humilde formaba parte de ese mundo y podría admitir algo del ruido social que la vida requería.

La señora se había levantado de su silla de madera barata detrás de la mesa en la entrada de la Casa de los Picos, con su puerta alta abierta a la brisa que cruzaba Juan Bravo desde el campo de girasoles. Un sábado por la mañana había poca actividad en el centro cultural y le había venido bien recibir a una señorita con algo más de energía que el rebaño de ancianos con sus bastones y sus quejas de espalda que solían entrar a esa hora.

Había entrado en el taller con Lola para seguir charlando y escapar de la brisa que pasaba por su puesto en la entrada.

Lola tenía ganas de recuperar un poco la soledad, el ensimismamiento que le reconfortaba en casa, pero había comprendido el juego de la recepcionista.

Al final habría podido ser una ayuda para facilitar una relación más amable entre la alumna y su profesor, Víctor.

—¿Ha traído algo para la mesa central? —había insistido—. Ya sé que el señorito Víctor siempre lo pide. Estos pobres ancianos traen

cada cosa. Imagínese. Una vez uno muy viejo y delgadito trajo un pescado que había comprado su mujer en el mercado esa misma mañana. ¡Lo que olía! Desde entonces el joven Víctor había insistido en que trajeran solo fruta fresca. Por cierto, el pobre anciano se había muerto antes de terminar su cuadrito.

—¡Ay, madre! —había respondido Lola, en un intento de liberarse de la conversación. Ahora sí con ganas de estar sola con sus propios pensamientos y sin ganas de forjar una relación más estrecha con la recepcionista. Había decidido mantener distancias sin más historias.

La señora había vuelto a su silla de madera al lado de la puerta para seguir controlando la lenta llegada de otros participantes y, a la vez, calentarse con el sol aún con calor de otoño. La subida y bajada de gente en Juan Bravo, una mezcla de los del pueblo y los primeros turistas de los que habían salido esa mañana de la capital. Todo contribuía a la sensación de una calle que por fin se despertaba: la señora disfrutaba del caos, como turistas extranjeros con sus cámaras de fotos y sus sombreros ridículos tropezando con los ancianos con sus frutas sueltas para la mesa central. La recepcionista siempre disfrutaba de esa actividad de los sábados por la mañana. Siempre pasaba algo. Normalmente traía las páginas del periódico con los puzles, pero había tanta actividad entre los que asistían a los talleres en el centro y los que subían y bajaban la calle que tenía más de lo suficiente para entretenerse. Era un trabajo hecho a su medida.

Ese sábado se había sorprendido de que el joven profesor tardara en llegar. Era igual que esa nueva, con pocas palabras, pero la señora Sanz, como recepcionista, se sentía orgullosa de su habilidad de sacar hasta la más pequeña miga de información de esos que cruzaban esa puerta grande. Sabía que Víctor había estudiado bellas artes en la capital, que su familia llevaba la papelería en la misma calle Juan Bravo y que se sentía agobiado viviendo con su madre en

una pequeña casa enfrente de la muralla. Por eso ese día le había resultado extraño que su cara aún no apareciera.

Al ver a la señora Sanz volver a instalarse en su puesto, Lola había podido volver a sí misma en su silla (la de ella) por debajo del arco en la pared del fondo. Por unos instantes había tenido todo el espacio para ella sola con su propio caballete y un desbarajuste de semicírculo entre ella y la mesa de madera que iba a llevar la fruta a medida que iban entrando sus compañeros. Delante de todo estaba la silla del profe con una pizarra de las antiguas con varias tizas de las cuadradas, unas largas sin usar y otras cortas. Víctor había insistido en lo de la pizarra —pegaba bien con los folios blancos de los alumnos y sus carboncillos.

Desde su sitio, Lola había podido observar cómo iban entrando los varios ancianos (y alguna viuda con aspecto confuso). Alguno entraba con su bolsa de la compra y había cogido sus hojas y carboncillos de grosor variado. Con todo lo que habían cogido en las manos al lado de la puerta y sus bastones macizos de pueblo, era toda una historia para llegar hasta sus sillas, tropezando con los caballetes de madera, como si fueran burros cabezotas de madera.

Por fin había llegado Víctor justo cuando algunos ojos habían empezado a dirigirse hacia el gran reloj encima de la puerta alta del taller.

Normalmente entraba en plan teatral (imitando otra vez a uno de sus profesores de la Complutense), pero también quería evitar conversaciones de esas que no significaban nada y solamente servían para ampliar sus fallos sociales.

Había echado un ojo a las diversas frutas que se habían amontonado en la mesa (sobre todo manzanas amarillas, de esas que no saben a nada, naranjas y limones). Había quitado algunas y había recogido las demás en el centro de la mesa. Ese día, su segundo encuentro con Lola, quería crear la imagen de alguien más seguro de sí mismo, con más presencia y no la persona a quien le

faltaban los medios y la manera para sacarse de las garras de su madre. Un personaje que daba el toque que él había buscado era su profesor de anatomía (músculos, huesos y hasta pecho, nalgas —o tetas y culo, como solía decir el señor). También de esta manera había podido enfocarse en Lola al fondo del aula y dejar fuera de su conciencia los caballetes, bastones y huesos angulosos de la colección de ancianos aún acomodándose.

—Muy buenos a todos. Hoy tocamos, en este día soleado de principios de otoño, el tema de la luz y cómo manifestarla con el oscuro carboncillo que tienen ustedes en sus manos.

Nadie había reaccionado, pero la clase, con esas palabras grandiosas, había empezado.

26

Víctor había pronunciado algunas palabras con vocales redondas y voz más honda que daba, pensaba, la impresión de alguien seguro, con confianza y orgullo del significado de sus palabras. No importaba ni un instante ni si le escuchaban ni qué realmente significaban sus declaraciones, pero quería dar la misma imagen que había dado su profesor de fisionomía hace unos años delante de doscientos estudiantes casi tan inocentes como él. Aquí no había ni doce, pero Víctor se había imaginado en el escenario y había buscado la manera de hacerse respetar. Siempre se presentaba mejor cuando fingía ser otra persona, otra persona con más carácter y presencia que la suya, como un actor tímido en el escenario, convertido en otro individuo, un individuo oído y respetado.

—Hoy vamos a probar traer el sol a la mesa y mostrar cómo brilla la fruta que han traído tan amablemente.

Ya sabía Víctor, sin máscara de profesor y creativo, que le faltaba presencia y el sol que iluminaba Juan Bravo con el amarillo dorado de otoño no entraba en el taller de los ancianos dibujantes. Pero su enfoque, que sus ojos habían intentado evitar, era la nueva alumna que le había acompañado casi a casa la semana anterior.

Por su parte, Lola había observado la escena con una mezcla de pena y desafío. Ella, sin embargo, no había sentido ni la mínima necesidad de ponerse a prueba delante de los demás; no le habían importado las opiniones y los prejuicios de los de su alrededor ni se le había ocurrido enfrentarse a un grupo de desconocidos. Pero le había quedado claro que Víctor sufría en su intento de parecer culto y con confianza delante de unos pocos ancianitos que tenían muy poco interés en la personalidad y capacidad artística y creativa y las claras inseguridades del joven profesor.

Habían traído su fruta (y tal vez su pescado) y los cuadros que llevaban tan contentos al final de cada clase.

Lola sí que había escuchado. Había querido traer sol al centro de su cuadro: el mismo sol que había calentado su espalda al subir desde el acueducto y la había seguido como Cervantes se transformaba en la calle Juan Bravo al pasar delante de la terraza enfrente de la Casa de los Picos. El salón suyo (lo suyo) en el piso de la planta baja no había tenido mucha luz y, al pasar los años, los pisos que habían construido enfrente de casa habían quitado aún más luz. Se había preguntado cómo las plantas rojas en sus tiestos en el alféizar hubiesen seguido con vida. Al construir los edificios los constructores no habían comprendido bien los cambios en el mercado y todos habían quedado vacíos. Todo lo que había imaginado de chica detrás de la valla del solar se había quedado tapado como si hubiera desaparecido detrás de una muralla de hormigón. Lola ahora tenía que rellenar su vida con luz y aventuras de otra fuente. Le había hecho falta un mundo nuevo que ni su propia madre le había dado.

Cervantes y Juan Bravo iban desde el acueducto hacia la Plaza Mayor que tapaba la cima del pueblo. Para llegar al Alcázar se cruzaba la plaza larga y estrecha y se pasaba delante de la Catedral gótica de Segovia. Ni Julia ni Paco habían sido nada religiosos. Ni cuando Paco ya sabía que iba a morir pronto (por lo del corazón), pero cuando su hija había querido salir un poco de los cuatro muros que constituían su casa al lado del cuartel de la Guardia Civil y no quería tropezar con alguna vecina o algún tendero del mercado, a Lola le había gustado salir pronto de casa por la mañana, con la mirada inclinada hacia la calle aún adoquinada al lado de casa, y bajar hasta el centro geométrico del pueblo donde el acueducto llegaba a su punto más profundo (y más alto). Al pasar por el arco céntrico (donde había ondeado una gran bandera nacionalista hacía no muchos años) volvía a subir otra vez por Cervantes, Juan Bravo,

cruzando la Plaza Mayor y seguía hasta la Muralla y el Alcázar al otro lado.

Con frecuencia entraba en la catedral para sentarse en un banco cerca de la puerta principal. Allí observaba cómo iban entrando los fieles para participar en la misa o para acudir a su cita de confesión con el cura. Ella ni sabía nada de esto pero de la misma manera que había imaginado todo tipo de historias entre gente de los pisos enfrente de casa quería saber cómo iba la conversación entre el cura humilde y los creyentes confesores. Un día, cuando no había mucha concurrencia en los bancos donde solía sentarse Dolores, el cura había estado en su confesionario con la cortina revelando una silla libre a su lado. Sin pensárselo Lola se había sentado en el estrecho banco de madera con el cura detrás de las varillas de hierro en la oscuridad.

«Bendíceme, Señor, porque he pecado. Nunca he confesado, pero hoy quiero empezar una vida al lado de Nuestro Señor».

No quería oír la voz del cura un poco atontado pero solamente quería soltar lo suyo para luego seguir su camino hacia el Alcázar. Así había empezado su relación con Dios. El cura no había tenido tiempo para responder. Lola se había levantado para salir a la calle con un nuevo compañero que podía imaginar y con quien podía hablar sin tener que entrar en la vida cotidiana de los demás.

Al sentarse en su silla tal había sido su prisa para instalarse que se había olvidado de coger su hoja y algunos carboncillos de la mesa del profesor humilde. Había escogido algunos de tallas diferentes. Curiosamente era la más gruesa la que iba a dar más luz de sol a sus manzanas doradas.

—Víctor, hola. ¿Cómo vas?

—Verás tú, otra vez a mancharme las manos —había dicho sin dejarlo responder.

Como con el cura hacía ya tiempo, ella había preferido controlar cualquier conversación y al final estaba más a gusto con el silencio

de los demás para mejor escuchar sus propios pensamientos. A Víctor le había costado hablar de una manera social, sobre todo con chicas de su edad. En casa siempre había aguantado los regaños de su madre que no habían llevado ni una sugerencia de cariño.

Con la falta de saber estar y la timidez de Víctor, Lola había sentido una confianza normalmente ajena con chicos de su edad y tuteando mostraba un acercamiento que él no había esperado.

Sin prestar atención a Víctor con sus explicaciones de luz de sol y cómo entraba desde el fondo de la oscuridad, había cogido el carboncillo más grueso y había aplicado una gran mancha oscura en medio del folio en su mesita atada a la silla (como las de la facultad en Madrid) al otro lado del hemiciclo de ancianos. Dentro de la mancha había emergido la forma blanca y redonda de una manzana que disfrutaba de unos rayos de sol imaginados.

27

Al terminar la clase Lola se había acercado a la pila para lavar las manos. Se las había secado con el trapo gris (de tanto carboncillo) colgado al lado. En las tres horas que habían compartido ese sábado por la mañana ni el uno ni el otro habían intercambiado palabras. Víctor había dado alguna sugerencia a la clase en general y había fabricado algún discurso académico sacado de las lecturas que habían impresionado en sus mañanas en la facultad. Los ojos de Lola habían alternado entre los objetos en la mesa y su lámina en la mesita. Al quedarse sentada se había arriesgado a mancharse las mangas y los codos; entonces se había levantado de vez en cuando, cambiando su manera de ver la manzana y el tutor tan inocente: una línea distinta. Su mirada había cruzado con la de Víctor pero ella no había dejado que se detuviera en su rostro. No había querido mostrar ni el más mínimo interés, ni en sus palabras ni en su presencia —por lo menos en la clase—.

Había pasado a su lado secando aún sus manos en la tela de sus pantalones gruesos donde tocaban sus muslos dejando una imagen gorda exagerada de su mano a cada lado.

—¿Tu madre no te ha echado demasiado la bronca la semana pasada, profe?

Víctor se había enrojecido algo al pasar Lola tan cerca, oliendo a carboncillo mojado y con su manera de confianza inesperada pero intencionada delante del profe, hijo de su madre. Al intentar responder, la joven del taller ya se había vuelto a su silla.

Los ancianos habían recogido sus láminas, cada uno con su nombre atrás: Manolo, Paco, Felipe y las viudas, Mari Tere y unos cuantos nombres más entre los Josés y las Marías. Lentamente Lola había cogido su propia lámina entre el dedo índice y su pulgar para

no mancharse. Su lámina relucía con el dibujo de la manzana dentro de unos bordes gruesos y oscuros.

Víctor había tomado el folio encima de las palmas de sus manos y lo había dejado en su propia mesa.

—La dejo aquí para que no caigan los montículos de polvo negro que tiene allí… que tienes allí —se había corregido.

Con tantos ancianos formales a su alrededor, se le habían perdido las costumbres menos formales del ambiente estudiantil hacía no demasiado tiempo.

A Lola se le había escapado la cantidad de carboncillo que había aplicado a su folio para hacer brillar el contraste de la manzana, pero no le había venido mal separar el resultado de sus esfuerzos de los dibujos de sus compañeros ancianos.

Lola había tomado su tiempo para enlazar sus brazos en las mangas de su abrigo y mirar el arco blanco que formaba el techo a su espalda, como si estuviera inspeccionando un fresco medieval con nubes, ángeles y fieles. Poco a poco, los ancianos habían encontrado su camino hacia la puerta alta del taller y habían cruzado las pocas losas que los llevaban al portal donde estaba la señora Sanz en su silla de vigilancia.

Lola se había acercado a la mesa con su dibujo en el centro e iba ella también en camino a la salida. No había tenido la intención de intercambiar palabras con Víctor, pero al cruzar su mirada con la señora Sanz en la puerta, había dado la vuelta como si fuera desafiada.

—¿Te toca comer algunas alubias con tu mamá?

—¿O apetece un aperitivo aquí enfrente en la terraza? Nos calentamos un poco aquí al sol.

—Cojo mi chaleco —le había ofrecido Víctor sin ofrecer más explicaciones.

Lo que hacía su madre ese sábado a la hora de comer a lo largo de la tarde no había tenido ninguna importancia en ese momento.

Lo que no sabía Lola era que Víctor no había tenido la más mínima intención de volver a casa esa tarde hasta bien entrada la noche. Solo había tenido que llegar a casa antes de su madre mandona.

Se habían acabado los desayunos, pero a los empleados responsables de la terraza aún no se les había ocurrido recoger y barrer y, a pesar de la brisa otoñal que subía hacia la Plaza Mayor y su último destino a la puerta de la catedral, las palomas habían seguido picoteando algunas migas de cruasán y pastelería que habían quedado en el suelo. En una mesa se habían sentado algunos ancianos compañeros al abrigo del viento cerca del bar con sus puertas de cristal. Todos viudos, los señores no habían tenido a quien los esperara en casa. Sin saludo ni mirada, Lola había llevado a Víctor a una mesa al final de la fila. El pequeño grupo de ancianos con nada más que sus platos de lentejas esperándolos en casa (gracias a alguna muestra de caridad de una vecina del mismo portal) los había seguido con la mirada y con una sonrisa conspiradora, de la misma manera que miraban las pequeñas bandas de chicas que subían y bajaban Juan Bravo desde sus citas con los chavales en los bancos de piedra en la Plaza Mayor.

—¿Nos sentamos aquí?

—Más tranquilos.

Lo había decidido Lola. Había tenido ganas de tomar el control de las circunstancias en el instante de elegir mesa tanto como en la conversación que ahora se tenía que afrontar. Cuando estaba en casa antes de marcharse su madre a Madrid y antes de que sus hermanos hubieran salido a hacer sus vidas con sus parejas, era siempre ella quien establecía el ritmo cotidiano en casa, desde aún más joven, desde el día que su madre había citado con Vicente en el Mesón del Acueducto enfrente de la estación, hace ahora más de diez años. Había empezado a controlar su destino dentro de su propia familia y ahora, en la terraza de Juan Bravo, había querido

establecer un nuevo trayecto con la ayuda del inocente Víctor para dar el primer paso.

Lola había tomado la última silla de la fila (de una terraza larga y estrecha) para dejar libre la otra que había dado la espalda al grupo de ancianos cotillas que se habían empezado también ya a picotear lo que les había traído el camarero (algunas aceitunas y cacahuetes para acompañar sus vermuts). Había buscado la manera de crear un ambiente tranquilo para su joven profesor.

—Cuéntame un poco cómo te fue en Madrid, en la facultad.

Había empezado Lola para disimular, al dejar el camarero sus cañas y un platito de patatas fritas en la mesa metálica.

—Ya sabes, mi estancia allí fue otra vida. Siempre supe que tenía que volver al pueblo.

Había querido seguir por el camino de la joven inocente (y sin ganas de revelar los rasgos de su propia vida).

—Pero estuviste un buen rato. Yo no sé nada de ese ambiente, esa vida.

Víctor nunca había tenido la oportunidad de hablar de sus aventuras y tertulias culturales (salvo lo poco que le había sacado su madre a la fuerza en sus visitas obligatorias los fines de semana) y, al tirar del hilo suelto, Lola había liberado un largo monólogo sobre la vida entre facultad, bar y piso compartido en Colón con dos chicos del pueblo. El padre de uno había reformado una primera planta cerca del mercado y había alquilado a chicos, buenos amigos de su hijo.

Lola había escuchado a Víctor tal como había escuchado los consejos del cura en los días de poca sustancia cuando subía a la catedral. Ahora había girado la mirada hacia los campos de girasol sin olvidar poner cara de absorta con los cuentos que emanaban de la boca de Víctor.

En un momento en el que había parecido ralentizarse la corriente de palabras, Lola interrumpió de una manera tajante.

—Por cierto, profe, ¿no tienes hambre? Como no tienes que comer con tu mamá, ¿por qué no comes conmigo en casa? Ya sabes, estoy sola en casa y tengo preparado el cocido del sábado.

La invitación se había quedado sin respuesta. Lola había dejado unas monedas en la mesa y se habían marchado los dos por la calle Cervantes hacia abajo, cogiendo el camino más directo a través del arco céntrico del acueducto hacia el piso de Lola (su piso, su presente y su futuro) en la planta baja al lado de la casa cuartel de la Guardia Civil.

28

Otro sábado, cuando quedaban pocas semanas para el descanso de verano de las clases de verano, Lola había decidido no acudir al taller de dibujo en la Casa de los Picos. Los saludos insinceros de la señora Sanz habían empezado a fastidiar. Además, tras tantos sábados de subir al taller de dibujo y aguantar ropa blanca con aspecto gris por el carboncillo, había empezado a sentirse un tanto atrapada como las ruedas de un tren que no podía salir del carril.

Víctor no se había cansado de contar sus historias de sus profesores de la facultad y de sus compañeros de piso, historias a veces inventadas para hacerse más interesante. Lola se había limitado a escuchar y a poner cara de interés y entusiasmo.

No le había atraído hablar de sus experiencias: del piso, de sus hermanos, de su padre muerto hace ya tantos años ni de su madre, que se había ido a vivir a Madrid con su camarero, Vicente.

No le había atraído contar nada de eso.

Pero a Lola la había dejado más o menos sin cuidar.

Había preferido escuchar los cuentos de Víctor (que eran más bien cuentos imaginarios).

Pero ese sábado, a principios de verano, Lola no tenía ganas de escuchar historias.

Había querido quedarse en casa con sus pensamientos sin tener que fingir interés en asuntos de poca importancia.

Lola nunca se había sentido cómoda en casa.

Desde una época antes de la muerte de su padre, cuando su madre trabajaba en la residencia y sus hermanos seguían en el instituto.

Su relación con Víctor los sábados, las comidas con él en casa y el eventual acto sexual, un acto breve sin pasión excesiva, había sido

un intento de acercarse a una relación más íntima con el entorno de su piso de toda la vida.

Al invitar a Víctor a su casa esa segunda semana de clase en el taller de la Casa de los Picos, Lola había dejado entrar el mundo exterior en su vida insular.

Allí funcionaba ella como una especie de conserje que había cuidado de la casa (limpiar, lavar, fregar platos y —siempre— regar plantas, de las rojas).

Pero en un momento, cuando se había acercado una cucharada de garbanzos a su boca, y Víctor, enfrente, haciendo lo mismo, había reconocido un futuro posible: compartiendo el piso con otro —sin plantearse que esa persona fuera el profesor de dibujo con toda una vida exagerada o inventada.

El cruzar el umbral de su piso había forjado para Víctor un camino muy diferente en la vida de Lola.

A medida que transcurrían las semanas (siempre un sábado), el rito había empezado con el plato de garbanzos, pasando por algo de tortilla con ensalada y hasta croquetas con pimientos —todos preparados el día anterior para no fastidiar el día del dibujo—, para luego pasar a un flan inmenso preparado en el mismo molde grande que había traído un día su madre de la residencia de ancianos.

Para terminar, habían pasado de los platos de toda la vida que sabía preparar Lola hasta un coñac en los vasos que se guardaban desde antes de la muerte de su padre —en el gran mueble que ocupaba una pared entera en el salón—, para luego pasar a la cama matrimonial de sus padres con sábanas limpias —todos los sábados —.

Las sábanas no solamente estaban limpias, sino que las había comprado nuevas para el encuentro del sábado.

Por la noche, después, otra vez sola, Lola volvía a su propia cama de la niñez, con el crucifijo clavado (por ella misma) en la pared de atrás.

Al entrar en pleno verano, se había acostumbrado Lola a tener a Víctor en su casa y en el dormitorio de sus padres, pero no en el espacio de su propia habitación.

Ahora había tenido que plantearse otra presencia más y no solo de fin de semana.

Llevaba más de un mes con trastornos físicos (ella que nunca había ido al médico ni había tenido una relación con su madre que hubiera permitido revelar los misterios de su cuerpo).

Tampoco había sido una chica emocional, pero últimamente se había sorprendido con la almohada mojada por sus lágrimas temprano por la mañana.

Y… Nunca controlaba sus reglas.

Con la mente clara y sacando conclusiones lógicas tras acordarse de las tardes con Víctor en la cama de sus padres —no podía llamarse ni amor ni pasión—, después del mercado del jueves había dejado la compra (con los garbanzos, ajos y espinacas para el guiso del sábado) en la mesa del salón para ir a comprar una prueba de embarazo (de esas siempre azules) en una farmacia en el barrio de la cárcel, al otro lado del pueblo.

Era un barrio obrero, lejos del vecindario y de la casa de Víctor (y de su madre, principalmente).

En el pueblo no había distancias largas (para ir al taller desde casa no se tardaba más que un cuarto de hora; desde allí a la casa de Víctor —y de su madre—, solo cinco minutos), pero la gente se quedaba en sus barrios donde tenía sus propias farmacias y sus propios bares.

Eran solamente los turistas aventureros que habían salido del trayecto (con la catedral, el alcázar, la muralla que pasaba enfrente de la casa de Víctor y el acueducto).

En realidad, Lola no había tenido ningún peligro de encontrarse con las chicas vecinas del barrio ni las señoras del mercado.

Lola solía pasar sin ser percibida por todos los barrios céntricos.

De memoria, había sabido que si caminaba hacia la cárcel, antes de llegar se toparía con una farmacia.

Era un barrio como el suyo, con grandes edificios de la posguerra de cuatro plantas, pero esos no tenían ascensores; sin embargo, alrededor había pequeños jardines con algo de sombra de los nuevos árboles y unos bancos para los ancianos del barrio: un pueblo con un sinfín de gente mayor.

Al lado de uno de estos jardines, Lola se había parado en un bar con terraza.

Había entrado a sentarse en la barra como había hecho su madre diez años atrás en el bar de Atocha.

Iba a pedir un coñac, que era el trago que siempre había asociado con Víctor y sus sábados juntos, pero con su inteligencia y madurez había decidido que era mejor no hacerlo.

Al final había pedido un Cola Cao caliente al sentarse a un lado de la barra estrecha entre los barriles amontonados y la tragaperras que había soltado su musiquilla en el bar desierto.

No tenía frío pero había enroscado sus dedos alrededor del vaso de caña.

Había acabado el contenido en un par de tragos casi quemándose la garganta.

No había sentido ni vergüenza ni culpabilidad, pero era asunto suyo (solamente suyo); quería llevarlo a su manera (solo la suya).

No quería esperar más tiempo para aclarar el asunto.

Al pasar dos manzanas, Lola había alcanzado la farmacia con aspecto moderno y su cruz verde afuera.

Había entrado por la puerta de cristal que se había abierto de una manera lateral al acercarse ella a la entrada.

Se había cruzado con dos señoras que habían aprovechado una hora de poca confluencia en la calle para sentarse un rato en la farmacia, charlar sobre sus quejas corporales y tomarse la tensión con la amable farmacéutica.

Se había preguntado, «¿Por qué Víctor no había tenido el coraje necesario para entrar en alguna farmacia de su elección a comprar profilácticos?», (ni por qué ella no había insistido).

Al volver hacia casa, Lola se había sentado un rato en el pequeño jardín al lado del bar.

No había tenido prisa para volver a casa ni se impacientaba por hacerse la prueba.

Todas las señas habían llegado a una conclusión lógica. Pero le había gustado pasar un rato en un barrio desconocido, casi desierto, donde no iba a encontrarse con alguien conocido. Había mirado un poco a su alrededor, imaginándose los interiores de las viviendas. Segura de que el dueño del bar de la tragaperras vivía en el mismo edificio: las casas, igual que la suya, con el mismo espacio y la misma forma, una encima de la otra, pero con toques distintos —alguna con plantita con flores rojas o blancas en el alféizar, persianas verdes y marrones y fotos de familias distintas en los muebles contra una pared, igual que lo suyo.

Lola se había puesto a mirar sus zapatos de marrón claro, bien atados con lazada. Se los veía más anchos y con los pies algo más apretados —ese síntoma, una clara indicación de que el viaje a la farmacia era un acto innecesario. Desde sus zapatos, ahora con una sombra amarilla oscura marcada en la arena fina del jardín, su mirada había trazado una línea recta hacia el banco de enfrente. Allí se había encontrado con unos zapatos negros de mujer y, al levantar la vista, los ojos verdes claritos de la señora Sanz, de la Casa de los Picos, mirándola de una manera aparentemente tímida y respetuosa.

—¿Usted por aquí, señorita? ¿Tan lejos del centro y nuestros queridos ancianitos? —le había ofrecido la recepcionista.

El pueblo, al final, era pequeño y siempre iba a encontrarse con alguien conocido a pesar de sus esfuerzos. Al evitar los cotilleos del barrio, había dado con otro para enfrentarse a esa señora de la que más cotilleaba. A Dolores no le había importado nada lo que

pensaba ni decía de ella —solía subir y bajar desde el acueducto hasta la catedral sin que nadie supiera de su presencia—, pero lo que más le estorbaba era que la gente se hubiera fijado en ella. Había preferido quedarse invisible.

No había tiempo para servirse de una explicación creíble. La presencia de la Sanz (Lola siempre la llamaba así —para deshumanizarla, quitar su aspecto humano, desviar la amenaza—) no había entrado en las maniobras suyas de no dejar huella de sus asuntos por el pueblo.

«No tengo aún las maneras perfeccionadas de mi madre». Se había lamentado.

—Es que me fui de paseo sin pensar en un camino claro. ¿Usted vive por aquí? Claro.

—Mi marido trabaja de guardia aquí en la cárcel. Vivimos al lado. No puedo pedir más».

En ese momento habían bajado de un autobús algunas señoras con niños. La parada estaba al lado del bar. Había una línea que iba desde el barrio de la estación hacia la cárcel.

—Es un barrio tranquilo a pesar de todo. Un sábado después de clase debe pasar a vernos.

—¿Cómo no? Bueno, nos vemos en el taller este sábado.

—Sí, con don Víctor.

«Menuda suerte salir esta mañana y encontrarme con esa chiquilla por mi barrio. De paseo nada. Me voy a casa. En cuanto vuelva de su turno, Pepe, se lo cuento. Son cosas que te dan ganas de ir al trabajo. Cuando vea a la madre del señorito Víctor se lo digo a ella también» —se dijo la recepcionista.

Ahora, en su mismo barrio, pasaban cosas, como en las películas esas de detectives. Era un regalo que no le daba su marido con sus historias de la cárcel ni su puesto de vigilancia en la Casa de los Picos.

Lola sabía que no tenía ninguna intención de volver a ese barrio y que su relación con la señora Sanz se mantendría a una distancia necesaria, a pesar del entusiasmo poco escondido de la recepcionista. Se había levantado disimulando las prisas que había tenido para volver a las cuatro paredes de su casa.

—Adiós, señora.

—Hasta luego, señorita.

La conversación se había quedado así. Lola había dado la vuelta para volver camino hacia abajo. A la derecha, detrás de los inmuebles de cuatro plantas, se imponía la cárcel donde trabajaba el marido de la señora Sanz, que Lola nunca conocería.

Al tomar sus primeros pasos, Lola había metido su mano en el bolsillo profundo de su abrigo para asegurarse de que la caja azul de la prueba del embarazo seguía allí.

29

Tras el encuentro con la recepcionista, la mujer del carcelero, Lola se había quedado aún más convencida de que ese sábado no iba al taller. Había sabido de antemano lo que le iba a confirmar su prueba de embarazo con sus dos líneas azules, pero, al verlas tan claras, se había decidido a tomar unos días de descanso, poniendo distancia entre ella y los demás, no solo de Víctor y sus carboncillos, sus manzanas doradas y sus láminas, sino también de todo el mundo exterior.

Había decidido ese día poner música en la radio, abrir las ventanas y las persianas y ponerse a recoger y quitar el polvo. Ni se había enterado de cómo pasaba el tiempo. A las diez, el señor de la radio había anunciado la hora (las nueve en Canarias). Solo entonces se había acordado de su clase. Su silla, por debajo del arco de la pared al fondo del taller, habría estado vacía, pero ella sabía muy bien que Víctor habría ya dejado su última lámina con otro dibujo de manzana en la mesita atada a la silla a un lado.

Había imaginado a Víctor soltando su discurso de facultad que había preparado de antemano, que los ancianos nunca habían escuchado, pero se había formado una parte del desarrollo de la clase. Ese día, el discurso hubiera estado algo sin rumbo. La silla por donde el arco hubiera quedado vacía. Los sábados con Víctor habían cogido hasta ahora una rutina que le había resultado de una satisfacción tremenda.

Era un día que había cogido su madre para pasar a vigilar a la asistente en la papelería que había llevado la familia de su marido, y luego él, en la calle Cervantes (Del Amo e Hijo, Papelería, bajando a la izquierda desde la terraza). Alguna vez había entrado en la Casa de los Picos para saludar a su amiga la señora Sanz. Nunca había

entrado en el taller, pero se había quedado más tranquila al ver desde la puerta a la chica joven del barrio del lado del cuartel de la Guardia Civil, al fondo, lejos de su hijo y muy enfocada en la hoja que había tenido en su mesa pequeña. Según la señora Del Amo, los dos jóvenes se habían marcado distancias y el primer encuentro entre los dos había señalado el límite de su relación, tal como todas las demás que había tenido Víctor en sus años de estudiante en Madrid. La madre de Víctor había pasado ni siquiera una hora en la papelería —tiempo suficiente para mostrar la cara y hacer las preguntas necesarias al asistente y echar un vistazo al escaparate—. Lo de la papelería había sido más bien asunto de su marido. Al terminar el taller de Víctor, su madre había salido de la tienda para encontrarse con los suyos para la comida del sábado.

Ahora, a principios de verano, la señora Del Amo había seguido su nueva rutina.

Había salido de la papelería Del Amo y, pasando delante de la terraza, había visto a la señora Sanz sentada en la entrada detrás de su mesa cara a la calle.

—Buenos días, señora.

—Anda, buenos días. Le había contestado la señora Sanz. Ala, coge una silla de esas para sentarse un poco. Tanta subida.

—Bueno, estuve en la tienda. Tanta subida ya no, pero gracias de todos modos, señora.

La madre de Víctor había cogido la silla desde la oscuridad adentro y se había sentado al lado de su amiga reciente. Lo que había sido una relación de cabeza inclinada y poco más se había cambiado lentamente en un buenos días ¿cómo estamos? hasta un lugar donde se encontraba ahora lo suficientemente relajada para sentarse cinco minutos con ella.

—Su hijo está con sus ancianitos. Hoy no ha habido descanso.

—Bueno, ¿y eso?

Normalmente Víctor había tomado un pequeño descanso para escaparse de las caras arrugadas de los señores y su clara falta de técnica y visión artística. Lo que más le había interesado había sido el reto final cuando Lola le ayudaba a recoger y salían los dos a caminar cuesta abajo hacia la casa de la primera planta, algo de comida y la cama matrimonial de los padres de Lola. Siempre habían salido los dos últimos para no correr el riesgo de dar con la madre de Víctor.

—Es que hoy no ha asistido su pequeña amiga. La chica esa cuya madre se ha ido a Madrid, ya sabe usted, con el gordito camarero ese, dejando a la chica solita en casa.

La recepcionista había estado más bien sola toda la mañana y había tenido ganas de hablar. Lo había soltado todo a la vez.

La señora Del Amo no había sabido nada de la pequeña Lola (tal como la había llamado su amiga), solo que no era nada como las chicas que su hijo había conocido en Madrid (había imaginado la señora) y la única relación que había tenido con él era como la alumna que se sentaba al fondo del taller a una distancia más que adecuada. Aparte del primer encuentro cuando le había acompañado a su calle no había tenido relación alguna con ella afuera de la clase de dibujo. Así había imaginado inocentemente su madre.

En esos mismos momentos había estado Lola repasando cómo llevar adelante este embarazo y cómo sería la vida con el bebé en casa. Ni se había planteado una vida con la presencia de Víctor en casa, más allá de las dos horas que pasaban juntos en la cama matrimonial cada sábado durante los últimos meses.

—Por cierto, señora. Había seguido a la señora Sanz. Esta semana, en mi día libre, había salido de compras y me encontré con esa señorita, esa chica solitaria, sentada en un banco cerca de mi casa. Ya sabe, cerca de la cárcel donde trabaja mi marido, el pobre. Es cosa rara porque vive cerca de lo de la Guardia Civil; es lo que me cuentan. Seguro que le habrás visto bajar por allí después de

clase. Sé que también es buena católica, sé que se confiesa por lo menos una vez a la semana. Tanto subir y bajar, ¡anda!

La señora Del Amo se había sentido a gusto en compañía de su amiga porque no había necesitado ni escuchar ni hablar. Era como los anuncios en la tele. Pero ahora sí quería saber por dónde iba la cosa.

—Solo digo que me parece un poco raro que estuviera allí sentada. Me dijo que estaba de paseo, pero, señora, por mi barrio la gente no pasea. De paseo nada, sentadita, solita en el banco.

La señora Del Amo se había despedido enseguida, devolviendo la silla cuidadosamente a su sitio. No había querido distraer a su hijo y tampoco había tenido ganas de hablar con él. Había tenido que enfocar sus propias preocupaciones. Ya no tenía ganas de ir a ver a sus amigas, pero ella era una persona que siempre había cumplido con sus obligaciones. Se había marchado dejando a la señora Sanz con sus teorías y a Víctor con sus angustias al no asistir Lola esa mañana al taller.

30

Allí sentada delante de la ventana Lola había visto pasar el vaivén de la gente en la acera de enfrente. Al lado de su codo derecho había puesto el chisme del embarazo con sus dos rayas azules, más claro que nada. No sabía qué hacer con ello. No había tenido nada de vergüenza; de todos modos los vecinos habrían visto las llegadas y salidas de Víctor todos los sábados. Pero Lola no quería provocar aún más ruido a su alrededor. Sus encuentros físicos en la cama de sus padres con la puerta cerrada habían sido más bien silenciosos, pero en esos edificios todos habían sacado sus propias conclusiones, juzgando o no. Pero Lola sabía que tirar la prueba en la basura al sacar la bolsa por la noche hubiera sido un gesto inculto y provocador. Estas cosas siempre se descubren no solo en los culebrones en la tele sino en la vida cotidiana. Al final había decidido guardar la prueba con su caja de cartón y las instrucciones en un papelito doblado mil veces en su impermeable para tirarla en una papelera (como ocurre en las películas de espías) en su próximo paseo (muy lejos del barrio de la cárcel).

Ese sábado la cama matrimonial no iba a ensuciarse con sus esfuerzos con Víctor, entonces se había ahorrado la molestia de poner las sábanas en la lavadora. Era lo que solía hacer al marcharse Víctor para irse a su casa donde encontrarse con su madre, ella también liberada de su encuentro con sus amigas. Para Víctor acostarse con Lola siempre figuraba como una cosa placentera y reconfortante: una oportunidad de pasar un rato con otra mujer que no fuera su madre. Las relaciones que había tenido su madre con sus amigas del sábado (una serie de antiguas alumnas del instituto de la iglesia en los años cincuenta y mujeres de antiguos socios de su marido) eran su manera de salir de casa y quitarse de encima la

obligación que sentía para vigilar a su hijo. Una sensación que ya se iba deshaciendo tras la charla con la señora Sanz esa misma mañana.

La señora Sanz no había formado parte del grupo social y profesional con quien la señora Del Amo (María de primer nombre) se relacionaba los sábados y había tenido que fortalecer sus relaciones con ella compartiendo sus opiniones sobre la chica, alumna, amiga y ahora amante de su hijo (así parecía). Al terminar su encuentro, una merienda en una cafetería cerca de la catedral con terraza en la Plaza Mayor más larga que ancha, había esperado encontrar a su hijo en casa. Al no ser el caso se había sentado en la butaca en la entrada de la casa enfrente de la muralla y se había puesto a recordar ese día al principio de la primavera cuando Víctor se había despedido de su joven alumna en la esquina de la calle.

A la vez, había estado Lola con la mirada fija en la acera de enfrente, de vez en cuando echando un vistazo, al lado de su codo, a la prueba, escondida en la bolsa de papel con su cruz verde de la farmacia. Se había preguntado ya varias veces por qué tenía que haber elegido esa farmacia en ese barrio donde había vivido esa mujer cuyo marido había trabajado en la cárcel de al lado. Había querido llevar su vida haciendo sus propias decisiones y sin la lupa siempre a mano entre los vecinos o las señoras del mercado y hasta los ancianitos del taller del sábado. Ese día había tomado un descanso de la atención del grupo del dibujo y del profesor —el preferido de los alumnos—, pero cuya cara nunca había querido mirar de frente ni en la Casa de los Picos ni en la cama matrimonial del sábado. Ahora, esperando a su hijo para la primavera próxima, había calculado ella que el hecho de no aguantar realmente su mirada iba a ser problemático.

En ese momento había pasado por debajo de la ventana una cabeza con pelo marrón claro, tirando a largo pero bien peinado —su madre siempre le había vigilado al salir de casa y él siempre había

llevado peine en el bolsillo posterior de los pantalones tal como ella había insistido. Lola se había sacado de sus pensamientos de ancianos y vecinos y de la tarea del sexo del sábado. Había sonado el timbre del portal y Lola había cogido el aparato sin llevárselo a la oreja.

—Soy yo.

Había sonado una voz de pito, débil debido a la angustia que Víctor llevaba encima.

Sin pronunciar palabra, Lola había apretado el botón para abrir la puerta y se había acercado a la puerta de casa para dejarla abierta y había vuelto a su silla delante de la ventana. No había tenido ganas de esperar ni un segundo en la puerta. No había estado en condiciones para saludos ni intercambio de palabras sin sentido.

—¿Te encuentras bien? Hoy no has venido. Me has tenido preocupado.

—Hasta la señora Sanz ha preguntado por ti.

Esta última declaración había provocado una ligera sonrisa confusa en los labios de Lola. Para ella, la señora Sanz funcionaba como una especie de espía y seguro que ya había contado sus sospechas a la madre de Víctor. Era capaz de inventar historias y comentarlas a María del Amo, y había sabido que lo de los paseos en un barrio poco frecuentado era una invención de Lola, pero no habría adivinado su verdadera razón para estar allí.

—Hola, Víctor. Estoy bien. No esperaba verte, pero ahora que estás aquí me viene muy… bueno, pues a ti también.

—Nunca faltas. ¿Pasa algo?

—No pasa nada. Pero tuve que pensar. No se puede pensar entre las historias de tu madre y la señora Sanz con sus charlas en el pasillo. ¿Cómo te fue la clase?

—Bueno, ya sabes. Por cierto, sí que estaba mi madre, pero ni me saludó. Se quedó allí charlando con la señora Sanz, como dices tú. Pero tampoco molesta tanto, anda, Lola.

A Víctor se le había escapado la lengua con un intento de rellenar el hueco de silencio que había dejado Lola. Ella se había vuelto a instalar delante de la ventana, detrás de la mesa, mirando afuera en un intento de escapar del asunto pendiente en el salón. Ya ni escuchaba a Víctor en sus intentos de crear algo interesante esa mañana.

—Víctor, tenemos que pensar cómo vamos a seguir adelante.

Lola se había adentrado.

—No te entiendo.

—¿Cómo que seguir adelante? Faltando a clase no me parece seguir adelante.

—Tanto taller de dibujo con manos manchadas y tantas tardes en mi casa, lo que tenía que haber pasado ha pasado.

—Sigo sin entenderte. Te encuentro muy distante.

—Siempre estamos muy distantes el uno del otro —había exclamado con un tono casi piadoso.

—Al final, lo que ha pasado es que… me he encontrado embarazada. Eso. Tantos sábados. Ni te pregunto cómo lo ves. Siempre tan inocente, Víctor, y descuidado, sin duda.

Víctor se había quedado callado y como paralizado. Su mirada también se había fijado en los tabiques de la acera de enfrente. Había sido muy raro que se miraran el uno al otro, pero ahora las dos miradas eran paralelas.

—¿Qué le voy a decir a mamá?

Se había preguntado sin esperar una respuesta. Luchaba para ponerse la máscara de actor tímido que tantas veces había visto en las pantallas del cine y en los culebrones de la tele, en escenarios parecidos. Su mirada buscaba imágenes en el tabique de enfrente como si allí hubiera una respuesta y una manera de establecer orden en su mente revuelta.

Se había puesto a reflexionar sobre sus compañeros de piso en Madrid. Habían tenido historias parecidas que siempre se habían

solucionado con visitas a clínicas privadas de aborto a cuenta de sus padres, evitando historias con la familia y los vecinos presumidos con sus chicas en colegios de monjas.

—No le digas nada —había interrumpido Lola.

—Yo te lo digo para que sepas y para que vayas preparando, porque es pronto todavía, pero entre la señora Sanz y su amiga, tu madre, dentro de nada habrán sacado sus propias conclusiones. Tienes que pensar en lo que vas a decir a tu madre. Yo no pienso decir nada. Es asunto tuyo. Lo del bebé es todo mío.

—¿Me quedo? Hoy es sábado. Sábado, ¿sabes?

—Lo sé, Víctor. Ya los sábados han cambiado para siempre. Mejor que te vayas. Tu madre te estará esperando en casa. Hablarás con tu madre en cuanto te parezca bien. No te doy consejos. Es asunto tuyo. Ya sabes.

Víctor se había dado la vuelta y, al pasar delante del portero automático, al lado de la puerta del piso, había echado un vistazo triste a través de la puerta del dormitorio matrimonial, con el conocimiento más bien total de que los sábados, sí, habían cambiado para siempre.

31

Por bien o por mal, Julia no había querido volver al mismo bar donde había conocido a Vicente esa primera vez hacía ni siquiera quince días. Desde ese día, el rumbo de su vida se había desviado de una manera totalmente inesperada y no había querido volver a visitar las circunstancias de ese encuentro. Así que al bajar del tren había elegido cambiar de ruta hacia Delicias, cuesta abajo. Se había metido en el invernadero de la antigua estación de Atocha, estrenado hacía poco en un intento de aprovechar los Juegos Olímpicos en Barcelona. A Julia, los Juegos Olímpicos la habían dejado totalmente sin cuidado; pero si eso había traído estas plantas tan exóticas y, sobre todo, las tortugas de todos los tamaños que habitaban el estanque, escondido entre las inmensas hojas de las plantas un poco fuera de lugar, pues ¿cómo iba a quejarse de los celos entre las dos ciudades?

Se había quedado unos minutos observando las criaturas prehistóricas, masticando con lentitud las lechugas y tomates que sus cuidadores habían tirado en el estanque esa mañana.

En esos momentos Julia había tenido que plantearse una estrategia para mejor encontrar a Vicente y luego explicarle que tenían que trasladarse a Segovia, a su casa.

Pero primero la boda. Tenía que llevarla a cabo como ya la había anunciado a Lola.

Había salido de la estación hacia las estrechas calles del mismo barrio de Atocha donde no andaba la gente viajera con sus maletas y los jóvenes con sus mochilas. Había querido escaparse del mundo de viajeros y meterse directamente en el ambiente de los barrios de Madrid, donde más esperaba encontrar a Vicente. Cada barrio representaba un pueblo con su mercado, sus restaurantes, sus

tiendas de todo tipo y sus bares. Después de lo del bar del primer encuentro, Julia estaba bastante segura de que había poca posibilidad de un encuentro al azar en las aceras de los bares cerca de la estación. No había tenido ganas de volver a encontrarse con algún preso que hubiera bajado del autobús en Atocha desde Carabanchel. Gracias al régimen de libertad de fin de semana, había logrado conocer a Vicente, su futuro marido, pero no había tenido ganas de repetir la experiencia.

Una vez fuera de la zona de la estación, había salido de las calles del barrio para coger el Paseo de las Delicias, una calle ancha pero sin verdadero aspecto de paseo. Había estado segura de que Vicente, un domingo, se habría quedado en el barrio. Los bares y restaurantes del centro habían estado muy liados, aprovechándose de los madrileños que buscaban lugares para el desayuno o el primer aperitivo del día, por lo que no habrían podido ocuparse de un camarero sin trabajo y un poco desesperado. A pesar de su momento de espontaneidad en el bar —aún cerca en términos de distancia y memoria—, Julia, en las pocas conversaciones que había tenido con él, podía constatar que era un ser algo perezoso, poco aventurero y, a decir verdad, algo cobarde. Entonces, con el poco dinero que habría podido tener, entrar en bares le habría sido algo prohibido, pero podría haber comprado un periódico (más bien *Marca*, de deportes), y sentarse en un banco al sol donde se pasaba menos frío que en su casa del primer piso, donde casi no entraba el sol.

Al llegar a la boca del metro de Delicias, justamente había un quiosco del barrio y un banco al sol al lado. Sentados en el banco había dos señores de más de ochenta años, y en el quiosco se veía al quiosquero con sus codos apoyados en la pequeña apertura, un cigarro medio fumado entre el dedo índice y el corazón de la mano derecha. Llevaba cara de aburrimiento.

—Buenos días, señor.

—Buenos.

Ni se había levantado la mirada. Al pasar la página del periódico que tenía en el mostrador bajo sus codos había cambiado de mano su pitillo sacudiendo la cabeza.

—¿Periódico quiere?

Julia, para facilitar la conversación, había cogido un *Diario16* que se encontraba encima de una pila del mismo titular en la acera a sus pies, y había alcanzado un par de monedas al quiosquero, que no había levantado la cabeza del periódico que estudiaba con disgusto. El Atlético iba por mala racha.

—Perdone usted, ¿no tendrá un cliente que se llama Vicente que vive por aquí? Es urgente que hable con él, pero es que no tengo su dirección.

—¡Anda, señora! Si es tan importante, resulta difícil entender que no sabe por dónde vive. ¡Vaya amistad!

—Bueno, es asunto mío. Es camarero, con unos cincuenta años, rellenito, con pelo negro peinado hacia atrás.

—Como casi todos mis clientes. Será del Atlético, supongo —El quiosquero quería volver a su periódico y a los análisis de la falta de éxito de su equipo.

—De todos modos, no lo conozco. Le he dado la vuelta, ¿no?

Julia había esperado unos segundos, pero se había dado cuenta de que a esas horas del domingo el señor no tenía tiempo ni ganas de dedicarse a la búsqueda —aparentemente con poca posibilidad de éxito— de su clienta transitoria con su periódico, que ni siquiera iba a leer.

Había sido una mañana de poca confluencia y parecía que hoy la gente no quería periódico. A pesar de sus maneras gruñonas, el quiosquero agradeció la breve interacción con esta pueblerina y se regañaba por no haber sido un poco más amable con la señora.

«Tanto forastero por aquí. La gente no se para a hablar. No vendo. La María me echa de casa y me quedo aquí con los huevos

congelados. Y con lo del Atlético, un desastre. No hay manera».

La gente salía de la boca del metro y Julia se había entremezclado con ellos. El quiosquero, mirando por encima de su periódico («otro sin vender»), había perdido de vista primero las pantorrillas claras, sin medias, y luego el abrigo verde de la señora que seguramente no volvería a ver.

«A la hora de comer tendré que volver a casa, a aguantar a la María».

Al pasar unas pocas bocacalles cuesta abajo, Julia había percibido otro quiosco. Había vuelto a preguntar por Vicente a una señora rubia con los labios y las uñas recién pintadas. Esta vez no había comprado periódico. La señora había sido mucho más simpática que el aficionado del Atlético. Había tenido ganas de oír toda la historia de Vicente, pero Julia no estaba para satisfacer su curiosidad, facilitada por una mañana lenta y aburrida. Había quedado claro también que la señora rubia había tenido mucho interés en el tema, pero ningún conocimiento del amigo que buscaba su cliente que, claramente, no iba a comprar periódico.

—Señora, pregunta aquí abajo en los bares de la glorieta. Pasa mucha gente por allí. Tal vez algún camarero conoce a su Vicente.

—Oiga, si se lo encuentra, pásese otra vez por aquí y así conozco a su camarero.

La noche anterior, la quiosquera había estado con sus amigas en una cafetería por el centro, y Julia, con su búsqueda, había servido para recrear un poco ese ambiente de historias y encuentros alrededor de una mesa del salón. Había vuelto a su piso en Embajadores algo decepcionada antes de medianoche y sin ganas de quitarse el color brillante de sus uñas.

La mañana se iba acabando y Julia no solo había tenido hambre, sino que entre el viaje y su falta de éxito con los quiosqueros, con sus historias de fútbol y cotilleos, Julia había empezado a desanimarse. El superhéroe de su supuesto novio no había

aparecido por ningún lado. Había alcanzado una terraza en la glorieta que hacía esquina con Embajadores, donde había indicado la rubia fiestera, y se había sentado en una mesa metálica en sombra. Un rayo de sol había iluminado el verde de campo de su abrigo de pueblo.

—¿Qué desea, señora? —le había preguntado un joven camarero con su bandeja de metal casi como un espejo.

—Bueno, tráeme un vermut con seltz, joven… y unas aceitunas —había contestado con voz cansada, pero con cariño. El camarero había tenido una cara simpática y una manera entusiasmada. Había tenido la mitad de los años de Vicente, la mitad del peso y el doble de pelo.

«¿Cómo iban a contratar a un anciano tal como Vicente con sus cincuenta y algunos años cuando había tantos como este joven guapo?», se había preguntado. Julia habría tenido que tramar su traslado a Segovia.

A esas horas un domingo la gente iba al mercadillo del Rastro. La parte de arriba era cosa de los turistas y los aficionados, pero aquí abajo, subiendo de los barrios del sur, se apuntaban los necesitados, los sin trabajo, buscando algún arreglo baratillo de la cocina o una pieza de segunda mano para el coche. Julia se había puesto a mirar pasar a la gente y por unos instantes olvidarse de su única razón para estar en ese lugar ese día. Conforme iba entrando el calor, se había pedido otro vermut del joven simpático. Las mesas a su alrededor iban llenándose conforme la gente empezaba a pasar desde los aperitivos hacia la comida del domingo.

—Princesa. —Vicente ni se había levantado la voz al ver a su señora con su luciente abrigo verde de hilos amarillos, casi dorados con la luz de un sol ya brillante.

—Princesa, ¿tú por aquí? Me vienes buscando, ¿a que sí? Cada vez que salgo espero verte y así apareces, según mis deseos. ¿Me siento, no?

32

De repente, estaban los dos camareros (uno trabajando, el otro parado) al lado de la mesa de Julia, esperando su segundo vermut y sus pocas aceitunas con hueso aún en la bandeja, como representantes de dos generaciones distintas, la antigua y la nueva. Había estado Vicente caminando desde la primera luz del día. Las suelas de sus zapatos estaban ya lisas de tanto andar por el suelo del bar de Atocha y no estaban en condiciones para tanto trajín en la acera del barrio. Ya había entrado agua de los charcos que habían dejado las mangueras al limpiar la calle el sábado por la noche. Al dar la vuelta a la glorieta, había dejado pisadas oscuras de las suelas que no se secaban nunca, ya que el agua había entrado hasta mojar los calcetines.

No había salido esa mañana con el propósito de buscar a Julia, pero sabía que algún día se encontraría con ella a la fuerza. No se había sorprendido al verla sentada allí como si charlara con el joven camarero.

«Otro se hubiera puesto celoso"». —se había dicho Vicente.

Los últimos quince días había salido al principio para preguntar en bares de barrio (sin acercarse mucho a la misma Plaza de Carlos Quinto) y para leer anuncios en las vitrinas de los bares y los quiosquillos de la ONCE. A los pocos días se había dado cuenta de que en la zona de la estación, y subiendo la calle Atocha hasta la Plaza Mayor, habían sobrado camareros y cocineros parados. En ningún establecimiento habían buscado a gente o buscaban mano de obra con características diferentes de las que ofrecía Vicente: buscaban justamente a alguien del estilo del joven guapo que había traído a Julia el vermut de un rojo metálico en su bandeja reluciente y otra tapa más de aceitunas verdes oscuras.

De la misma manera que Vicente había reaccionado a la falta de éxito en los bares y restaurantes de los barrios turísticos, también había reaccionado al ver allí a Julia sentada en la terraza, sin sorpresa alguna. Sus rechazos habían sido como pasar página en su periódico deportivo, casi sin prestar atención a los títulos en cada página y los comentarios por debajo de cada foto. Al ver allí a Julia, el ritmo lento de los latidos de su corazón no había variado, como si hubiera sido un evento totalmente esperado. Pero, a pesar de su aspecto inocente, Vicente sabía que para sacar adelante el plan que se habían inventado entre los dos, había tenido que mostrar sorpresa, alegría y entusiasmo en el encuentro.

Sin esperar respuesta, se había apartado una silla de la mesa para sentarse bruscamente entre Julia y su camarero de pie.

—A mí me traes también un vermut, chaval. —Vicente no había llevado ni una moneda encima. Pero ¿cómo se iba a sentar sin pedir consumo?

La tranquilidad que emanaba del sol del domingo y la manera amistosa de su camarero se había esfumado con la llegada de Vicente. Julia había tenido que volver a la realidad de sus decisiones y había tomado dos o tres respiraciones largas y profundas para enfocarse en la meta del día. El día que ya se iba haciendo largo.

El joven camarero de pelos modernos conocía bien a todo tipo de gente en este barrio. Por allí, cerca de la parte baja del Rastro, pasaban los señores de los barrios del sur buscando piezas para arreglar sus coches y señoras que inspeccionaban los puestos con trapos y ropa vieja y algún juguete de plástico para los nietos. Pero también pasaban músicos y gente literaria que ojeaba las antiguas revistas políticas y culturales que reflejaban sus gustos y sus ideas filosóficas. Pero este camarero con zapatos y pelos de otra época le resultó de lo más incomprensible. El joven, de la nueva generación de camareros, jugaba muy bien su papel de simpático, con tono

alegre y abierto, pero eligió mantener distancias de este señor, con maneras hasta agresivas.

—Vicente. Por fin nos encontramos. ¡Anda, te invito yo! —Ya sabía Julia la tendencia pesetera de Vicente.

—Ya sabes que no anda por aquí por casualidad.

Había venido el guapo con el vermut para Vicente, pero ya con aspecto más profesional. El ambiente se había enfriado bastante. Había echado un vistazo a los zapatos de Vicente y su pantalón liso de camarero y se había dado la vuelta con gesto de disgusto.

—Vicente, no tengo mucho tiempo. ¿Paseamos un poco? Así me encuentro charlando más a gusto.

Vicente ni había sorbido el vermut, pero no había tenido ganas de quedarse por allí con el camarero vigilando desde la puerta del bar al otro lado de la acera. Con un trago había acabado el contenido de su vaso con su gran cubo de hielo, aún casi sin descongelar. Julia había abotonado su abrigo hasta el cuello y, sacando un billete de mil del bolsillo, se había acercado a la puerta del bar para pagar. No había querido llamar al camarero a la mesa una cuarta vez y enfrentarse otra vez a las angustias y los celos sin disfrazar de su camarero de los antiguos. En el futuro habría que ver cómo dirigir esos celos de una manera más saludable.

«¿Quién se cree ese? No sabrá que mi familia llevaba un restaurante en condiciones no muy lejos de este barrio. Nada de bar moderno de tapas, pero un sitio con comidas finas. Es lo que me espera otra vez al liarme con mi señora (la mía). Sin más historias. Este chaval de mierda ni se entera».

—Julia, ¿nos vamos o qué?

—¿Qué te pasa, gruñón? Ni has dado propina, ¿verdad? Este bar cobra un huevo para sentarse en la terraza. ¡Aquí en Embajadores! Fíjate. Es que no estamos en la Gran Vía.

—¡Como si hubieras pagado tú!

Julia había seguido su camino de vuelta hacia Atocha, dejando a Vicente unos pasos atrás.

Con lo bruto que había estado con ella acerca del joven camarero ya tenía ganas de volver al pueblo.

Había querido sacar algo positivo de este encuentro desafiante.

Había empezado a pensar que si esta boda iba a seguir adelante tendría que buscar la mejor manera de acostumbrarse al camarero borde.

Pero Vicente también había tenido que tener cuidado de no fastidiar el asunto.

Se había tomado una respiración profunda y había apretado un poco su paso para alcanzar a Julia, dejando atrás sus celos hacia el camarero cuya imagen tanta envidia le había causado.

—Espera, mujer. Vamos juntos, ¿no? No es para tanto.

«Es que me estoy preguntando para qué fastidiarme sacando un billete para Madrid, dejar a mi familia en casa e ir preguntando por los quiosqueros ignorantes, para luego encontrarte a ti que me encuentras a mí como si fuese todo por pura casualidad. ¡Anda ya! Te había dicho que te vendría a buscar. Nos hace falta un plan, si lo quieres o no».

Sabía que lo que más le afectaría a Vicente hubiera sido lo del billete de tren.

Y ciertamente había atraído la atención del parado con poco dinero y aún menos posibilidades profesionales.

—Bueno, ya, señora. Estoy con lo del proyecto. Párate un momento y a ver si sacamos algo de esto.

«¿Sacar algo de esto?».

Subiendo Delicias se habían encontrado con otro paseo, una rambla, que cruzaba el paseo principal, con bancos y árboles a ambos lados. Ninguno de los dos había tenido prisa para volver directamente a Atocha y un poco más adelante subiendo la calle estaba la boca del metro de Delicias y el quiosco decorado de rojo y

blanco. El señor seguía allí adentro con los codos apoyados y un pitillo entre los dedos. Julia no había querido pasar por delante, entonces había cogido la rambla y se había dirigido hacia el primer banco, con Vicente aún un paso atrás.

A pesar de lo que había dicho, Julia no había tenido ganas de dejar su negocio con Vicente sin resolverlo.

Se había sentado en el banco y Vicente se había puesto a su lado pero dejando una buena distancia.

—Tú eres del Atlético, ¿sí o no?

—Bueno, soy del barrio. Los días de partido el restaurante se llenaba de colchoneros (los del Atlético). El equipo blanco no tiene mucha presencia por aquí. ¿Qué pasa? ¿Una provinciana que se interesa por el fútbol? ¡Anda ya!

—Para nada. Era para conocerte un poco. Quiero ver cómo es el camarero parado. Como llevas el periódico encima. Tú con tu restaurante y tus colchoneros.

Lo de parado le había herido un poco, sobre todo cuando se había encontrado en estas circunstancias a causa de sus acciones altruistas en el bar de Atocha. Hasta ahora había sentido que Julia le había debido algo de seguridad y compasión en vez de echarle en cara que no tenía recursos para sostener esta nueva pareja en camino de establecerse.

«Papá, estoy en camino, ya verás con esta duquesa. Haberme visto. Lo de un tenedor era lo tuyo, lo mío más fino, más caro, con más caché, tú verás».

Se habían quedado los dos en el banco mirando de frente. Julia había estado pensando en su tren de vuelta. Había tenido ganas de estar sola otra vez mirando pasar a la sierra desde su asiento reservado al lado de la ventana. Pero primero había que preparar el camino para que llegara Vicente a la provincia, hacia su dormitorio. Había resuelto compartir su vida con Vicente pero, para mantener un

equilibrio vital, una vida de charlas íntimas no les había parecido deseable ni bienvenida para ninguno de los dos.

—Aquí no tienes nada, Vicente. Déjame ayudarte.

Había reconocido su responsabilidad y Vicente se había quedado aliviado de que ella se había puesto a resolver su pequeña vida.

—Vuelvo a Segovia y pregunto a la gente. ¿Te parece? Tienes que conseguir una manera de ganarte la vida. Comprar unos zapatos nuevos, por lo menos.

—Me parece estupendo, princesa —había respondido Vicente con tono conciliador.

—Aquí ya no pinto nada, llevas razón. Tengo las cuatro paredes del piso de mis padres. Me llama otra cosa. Ya sabes de qué voy: camarero, cocinero, lo que se pide, pero con ambiciones, lo que esperaba de mí mi padre. Oye, ¿y en la cocina de tus ancianitos?

—Bueno, ya veremos —había contestado rápidamente Julia.

El tono seco y tajante de Julia había señalado a Vicente que hubiera sido mejor cortar ese camino de conversación y volver al presente para no enturbiar el frágil entendimiento entre los dos. El camino que iban preparando los dos no podría sufrir demasiados impedimentos.

—Claro, tú sabrás. Solo dame una dirección y con quién me tengo que relacionar y yo cumplo. Has visto cómo se me da bien en los bares y por atrás en las cocinas. Sabes que sobra, por la madre de Dios.

—En un hotel también, puede ser, con restaurante. En tu pueblo hay grandes hoteles donde el acueducto, ¿no? Así, tal vez buscan un cocinero interno.

Julia ya había sabido que Vicente no pegaba nada en los hoteles de extranjeros con su aspecto (él también) de pueblo. Se había impuesto otra vez.

—¡Que no, Vicente! Te hago hueco en casa.

A Julia no se le había ocurrido otra cosa. De todos modos, algún día Vicente hubiera tenido que venir a la casa de la planta baja al lado de la casa del cuartel de la Guardia Civil.

—Quédate con tu piso aquí. Nos puede servir. Si hace falta, lo puedes alquilar a otro.

—Mira, Vicente. Creo que me voy ahora. Entre semana voy buscando trabajo. Yo te espero en casa este sábado próximo. Te doy mi dirección y así conocerás a Lola y los chicos. Voy preparando el terreno. Ese mismo día te facilito unas citas y a ver si había visto la necesidad de quedarse más tiempo en una ciudad que casi no tenía interés para ella.

—Mujer, un poco de humildad: este señor te ayudó, te salvó la vida, quizás, en su bar; por lo menos merece un par de horas más de tu tiempo. Pero luego me voy. Me voy sola a la estación. Tengo que pensar sola.

Se habían sentado en una mesa en un rincón, justo por debajo de la tele que dominaba la sala con su gran pantalla con vídeos de música que restringían cualquier intento de conversación. Otro camarero más había dejado el menú del domingo en la mesa. Había sido toda una mañana de camareros: el joven guapo de la terraza de Embajadores, su propio Vicente y este ahora, no tan joven pero eficaz y mostrando más interés en la mesa de cuatro rubias nórdicas al lado, aprovechando al máximo sus billetes de tren Transeuropeo. Vicente se había sentado con su espalda contra la pared y se había puesto él también a inspeccionar a las cuatro jóvenes: una ventaja que había tenido de trabajar en un bar cerca de la estación, ver a las jóvenes del norte coger el tren de la capital hacia las playas andaluzas bajo los ojos del camarero obsesivo. Julia se había puesto a leer los subtítulos de las canciones americanas en la pantalla, encima de la cabeza de Vicente.

«La vieja que me siento aquí. Este señor tan torpe. ¿Por qué me invitó solamente para pegar sus ojos a estas chicas con sus acentos

y su falta de sensibilidad? Extranjeros en la tele y estáis ligando con el camarero con el doble de sus años. ¡Haberos ido a las islas ya!».

«En el pueblo tenemos nuestros jóvenes, pero están controlados en sus grupos y no dan voces como estas».

Se habían reído las chicas de algo en inglés que había dicho el camarero para impresionarlas.

—Bueno, aquí se come, ¿no? —había exclamado Julia.

El hambre que llevaba encima se había instalado y había añadido a su impaciencia con las voces de las chicas y el buen humor del domingo del camarero.

—¿Qué les apetece, señores?

—¿Por qué no compartimos una paella como las chicas? —había propuesto Vicente.

—Queda media hora de espera, señor.

Julia, que ni se había quitado su abrigo, había estirado su espalda y sus hombros al cambiar de postura en su asiento.

—Para nada —había dicho.

—Yo como y me voy. No me da tiempo. Tráeme unas judías verdes y luego el bacalao.

—Una sopa y chuletas para mí.

Vicente de repente se había sentido muy solo. La energía del encuentro por la terraza se había disipado casi de inmediato con el vermut que le había traído el guapo del camarero y luego la impaciencia de Julia con todo lo que él hacía y decía. Encima, se complicaba la cosa, como no llevaba dinero encima.

«Le invitas a comer y luego no tienes dinero. Vaya superhéroe. ¡Superhéroe sin recursos!».

—¿Y la bebida?

El camarero quería deshacerse de esta pareja de tan mal humor.

—Y un domingo de sol —se había dicho.

—Vino y casera —se había adelantado Julia.

Vicente tenía sed de cerveza, pero ya se iba acostumbrando a las miradas malhumoradas de Julia y no se interponía. Se había dado cuenta así de pronto de que la vida con Julia iba a ser más o menos como ella quería.

«Una vez que tenga a este en mi casa ya veremos algunos cambios. ¡Qué ganas tengo de estar de vuelta en mi salón, en la butaca! Seguramente los chicos habrán hablado de la boda, pero no voy a justificarme esta noche. Los chicos estarán fuera y me viene bien tener a Lolita a mi lado. No me habla nada, pero su presencia, solo la suya, me alivia. Quiero tener todo resuelto para el fin de verano. Vaya desafío tengo con este que me salva la vida (como insiste) y luego se pone de lo más pesado. Por lo menos no tiene nada de Paco».

El camarero había vuelto con la bebida. Tenía cola a la puerta y la malhumorada pareja ocupaba una mesa para cuatro.

Julia había comido sin hablar mucho.

«Ya no le cuento nada. Habrá tiempo de sobra para organizarnos. ¡Que me lleve el tren para casa!».

—Tómate un coñac y un pitillo de esos que llevas en el bolsillo. Voy para la estación. ¿Ya sabemos dónde estamos, no? —No era una pregunta, mejor una afirmación.

Vicente no tenía prisa. Era el momento de despedirse. Por lo menos, él también veía un camino hacia un futuro seguro (pero tal vez no tan feliz) con Julia, su princesa. Había encendido su Ducados, tragando largo y profundo, pensando en la mañana que había llevado desde cuando se había encontrado con Julia en esa terraza con el camarero y ahora con este camarero, haciendo tanto ruido recogiendo sillas de una manera tan provocativa.

—Jefe, lo tuyo está pagado. Su señora me lo ha arreglado al salir ahora mismo. Toma, cenicero.

Al ver algo de ceniza en el mantel de plástico que acababa de limpiar, el camarero había dejado un cenicero de rosa metálico al

lado del codo de Vicente.

—Apágalo aquí si quiere.

Vicente había tenido todo el día por delante, como ya se había ido su prometida, e iba sorbiendo su Soberano, pero se había empezado a sentirse incómodo con las indicaciones nada escondidas del camarero y había acabado de un trago el medio vasito que le quedaba. Se había levantado de una manera un tanto brusca, dejando la silla de madera apartada de la mesa y su cigarro aún encendido en el cenicero.

«¡Vete tú a recoger, chaval! ¿Qué pasa? ¿Te pagan tan mal que tienes que mosquear así a los clientes?», se había dicho.

«Mi padre nunca se hubiera comportado así con la gente. Tenía modales».

Vicente había pasado a un lado de la mesa de las cuatro rubias, rozando el respaldo de la silla con su barriga, y se había salido a la calle con la luz del mediodía. Había mirado a lo largo de la calle hacia Atocha, pero entre el sol y el coñac solamente veía figuras negras desenfocadas.

«¿Había dicho el sábado próximo? Bueno, ahora para casa».

Había vuelto por el mismo camino hacia su piso en Delicias. Había saludado al quiosquero al lado de la boca del metro cerca de casa.

Allí solía comprar su *Marca* para informarse del vaivén de su equipo, el Atlético, el equipo del barrio.

Al final sí lo conocía.

Estaba ya para la siesta después de una mañana agitada pero sin gastar nada de dinero gracias a su novia, su prometida.

«A ver si el sábado me trae noticias y esté de mejor humor».

33

Víctor había doblado la esquina entre el edificio de cuatro plantas de Lola y la casa cuartel de la Guardia Civil para caminar hacia la casa de su madre.

Era el camino que solía tomar Lola hacia la clase de dibujo con él en la Casa de los Picos.

A la vez su madre también se adelantaba hacia su casa enfrente de la muralla que empezaba en el último punto de la ciudad donde el antiguo Alcázar hacía un punto agudo en el extremo del casco antiguo.

Víctor había reflexionado sobre los acontecimientos que le había traído hasta este momento clave en su desarrollo.

«¿Qué pasó con los años de fiesta en Argüelles? ¿Esos chavales también tendrán bebés ya? No creo. Estarán con algún trabajillo en un bar de Malasaña. Aún ligando. ¡Qué bien lo pasaron! Libres de sus familias, de sus madres mandonas. ¡Ay, Dios! ¡Qué coño hago! ¡Qué mierda!

«¿Y si vuelvo a Madrid?

«¡Joder!

«¿Si pregunto en la facultad? ¿Se acordarán de mí? Y ya que llevo un par de años dando clase».

Seguía a un paso desenfrenado olvidándose de sus notas. Había sacado un aprobado por pura suerte (y la intervención de su madre). Y ahora se había encontrado solo en casa con su madre.

«¿Qué es lo que he hecho? De repente se muere papá y el único camino que sigo es desde casa hasta Cervantes y solo unos pasos más hacia la Casa de los Picos en Juan Bravo donde, por fin, vuelvo a encontrar algo de libertad donde mando yo. Allí todos los sábados con los ancianos que tampoco han hecho nada en la vida.

«Y de repente llega Lola —en la primavera, cuando el año vuelve a empezar—. Allí detrás de mis alumnos mayorcitos —sordos, algo ciegos y sin conciencia artística ninguna».

Había cruzado la calle para llegar a la estatua de Rómulo y Remo (*regalo de Roma*) donde habían instalado un banco para los ancianos antes de pasar por el arco céntrico del acueducto y subir la cuesta peatonal hacia la Plaza Mayor y la catedral. Había puesto el banco delante de la estatua, así que el lobo tenía que buscar un hueco para ver el casco antiguo que subía al otro lado del monumento romano. Había una rotonda entre la estatua y el monumento romano. Se había preguntado para qué servían tantos coches en un pueblo más bien pequeño.

«Esta gente cree que vive en una gran ciudad. La verdad parece un pueblo de esos que imaginan los de Disney con la muralla y el Alcázar. Y esta gente pequeña que se mezcla con los turistas en sus autocares de Madrid y sus guías paseando por el casco antiguo con banderas y altavoces soltando su rollo. No me puedo quedar aquí. ¡Que se quede aquí Lola con mi madre como buena abuela! Yo me voy. Llamo el lunes a la facultad. Seguro que me cogen, con el currículum que tengo».

Contemplaba los arcos del acueducto con sus piedras inmensas. Al otro lado había un camino desde lo alto de unas escaleras de piedra que cruzaba el Barrio Judío antes de llegar a su casa de su madre (aún su casa).

«¿Estará en casa? De momento no le digo nada. Tengo que pensar. Ni Lola ha hablado conmigo. Tengo que buscar un camino. No pido consejos a mi madre. No voy a seguir el camino elegido por ella. De una vez. ¡Coño!

«Me cierro los ojos y vuelvo a Romero Robledo en Argüelles. Sin las tentaciones de nuestra Casa de los Picos. Pero ¿qué buscabas, Lola?».

Desde el piso detrás del Cuartel del Ejército del Aire con sus dos agujas grises sobre torres impresionantes solía subir la cuesta hacia las paradas de autobuses en Moncloa para coger el autobús hasta Bellas Artes. Siempre salía a la facultad tempranillo para no dar con los ligues de sus compañeros de piso de la noche anterior. Eran chicos de la ciudad cuyos padres pagaban sus alquileres para no tenerlos en casa en el Barrio de Salamanca al otro lado de la ciudad. La libertad que Víctor imaginaba tener en su vida de estudiante era más bien un espejismo. A veces no distinguía entre la vida de estos dos jóvenes modernos y la suya propia.

«¡Qué bien me lo pasé en Madrid! Se me fue muy rápido. Las borracheras entre semana por Dos de Mayo y las visitas nocturnas de los chavales».

La mayoría del tiempo el piso se quedaba vacío el fin de semana mientras que los tres volvían a sus casas: los dos chavales para comer bien y ahorrar dinero y él con la insistencia de su madre que no le permitía quedarse de fin de semana con todas las distracciones y sin clase.

—No estás allí para gastar mi dinero en perifollas con esos chicos supuestamente tan finos. Puedes estudiar perfectamente aquí en casa —solía insistir la señora Del Amo.

—Así los sábados por la mañana puedes ayudar a tu padre en la tienda.

La libertad que encontraba en Madrid era más bien una mentira que se había contado él mismo. Su verdadera libertad había empezado cuando Lola había entrado en su taller del sábado por la mañana y luego en la cama matrimonial en el piso de la planta baja al lado de la casa cuartel de la Guardia Civil de Segovia.

«Tal vez Lola tiene el mismo rollo que mi madre y me quiere atar a una vida que no es la mía. El hecho de que ha dicho que espera un bebé (mi bebé, dice) no quiere decir que sea cierto. Lo tengo que averiguar.

«Por ahora no voy a contar nada en casa. ¿Para qué? Para causarme historias innecesarias sobre un cuento inventado para atraparme. Los chavales de Madrid nunca se dejaban engañar por cuentos de sus líos de fin de semana».

Había dejado atrás el lobo con los gemelos para subir la escalera hacia casa. Su madre ya había llegado y había dejado unos pasteles en la mesa que había traído del encuentro con sus amigas en la pastelería de siempre.

Tanto como ellos los fines de semana se volvía a su casa en Segovia, cogiendo el tren en Nuevos Ministerios detrás de las torres altas de AZCA para luego cruzar el pueblo, parando por cierto un ratito en el Acueducto antes de encontrar a su madre sentada en la mesa del salón detrás de la cortina de tiras de plástico con la puerta bien abierta, esperando como siempre. Ahora había llegado directamente desde la casa de Lola.

«¿Qué le voy a contar? Elijo el momento adecuado.

«En realidad no he salido del pequeño espacio entre la tienda y la casa hasta encontrarme solo con mamá», había pensado.

34

Víctor había abierto las tiras de plástico para encontrar a su madre sentada en la mesa con un café solo en una pequeña taza blanca.

Estaba mirando a través de la apertura entre las tiras que su hijo había acabado de abrir con una mano resistente.

También en la mesa estaba una cajita de cartón con el nombre del establecimiento, Hermanos González, pasteles finos, en letra cursiva exagerada, donde la señora del Amo había estado dos horas de charla y cotilleo y algún dulce con sus cafés.

Parecía de buen humor, pero había algo detrás de sus ojos que sugería alguna trama.

«Menuda vida. Me escapo un par de horas para estar con las mías y… a cocinar para este que ni quiere volver a casa para comer y pasar un rato conmigo».

Seguía pensando en lo que le había contado su supuesta amiga la señora Sanz.

«¿Qué me cuenta? El pequeño tiene que relacionarse con gente de su edad, chicas de su edad. Tanto ancianito. Pero no sabe bien elegir. Esa chica. Ya sé dónde vive. Y he visto a su madre subir y bajar por Juan Bravo. Gente humilde de pueblo. Mi familia tiene más constancia con el negocio. ¿Por qué tiene que ir detrás de esa chica que parece no formar parte de este mundo? Igual que su madre, que solo parece hablar con Dios. Hay que estar en este mundo».

Víctor había sentido que no iba a escapar de las garras intencionadas de su madre.

—Mira lo que te he traído, hijo.

Su hijo no estaba para regalos ni para conversar. Pero en este momento no quería historias con su madre.

—Gracias, mamá. ¿Te lo has pasado bien con tus señoras?

Había hecho un gran esfuerzo para mostrarse agradecido y que había tenido lo más mínimo interés en lo que hacía su madre con sus amigas un sábado por la tarde. Pero no había podido esconder su humor de perros.

—Muy bien, mi hijo. Párate un momento y toma un café conmigo y te comes tu bayonesa.

Le había traído otro café solo caliente de la cocina y lo había posado a su lado.

—Anda, siéntate.

Las historias de Lola rellenaban la cabeza de Víctor y, sin saber muy bien lo que iba pensando su madre, con la boca seca y un dolor de cabeza de mucho pensar, no había tenido ni tiempo ni inclinación para una de las charlas de su madre.

Con su café de un negro intenso y su pastel que se pega al paladar, había intentado sonreír y mostrar un aspecto relajado, pero su cuello rígido y sus hombros elevados habían mostrado otra realidad.

—Sí, mamá, claro. Estoy contigo. Cuéntame los vaivenes de tus amigas, tus señoras. Anda.

Víctor se había sentado enfrente de su madre con su espalda hacia la puerta abierta a sus espaldas, y escuchaba las tiras de plástico que se agitaban en el aire primaveral que soplaba entrando por la puerta y saliendo por una ventanita en la cocina que daba al pequeño patio del fondo.

Habían terminado los años de la facultad en Madrid y los breves fines de semana con ella en el pueblo. Si Víctor no estaba en casa, había estado en la papelería en Cervantes o, un sábado por la mañana, en la Casa de los Picos en Juan Bravo un poco más arriba, con sus ancianos dando su clase de dibujo.

—También desde enero hay una chica que se esconde allí atrás en el aula.

—Por cierto, pasé primero por la Casa de los Picos. No me viste. No quería molestarte. Charlé un poco con mi amiga, la señora Sanz.

Víctor miraba por la ventana detrás del hombro de su madre por donde salía el aire fresco.

«¡Ay, mi madre! No tienes ningún interés en esa mujer. ¿Por qué me vienes contando estos cotilleos? Sabes que no me interesan para nada», se había dicho.

Se había esforzado en dar un toque de interés en las historias de su madre, pero había empezado a preocuparse por sus intenciones. A pesar del aire fresco que iba entrando y saliendo por el salón, no había podido evitar la sensación de calor que iba llenando sus mejillas.

—¿Sabes que su marido trabaja en la cárcel al otro lado del pueblo? Viven por allí. No creo que tengan hijos. No me ha dicho nada. Es un barrio tranquilo, con sus tiendas y, por cierto, un par de cafeterías nada malas. Nada de turistas. Gente de pueblo haciendo sus vidas.

—Lo extraño es que se encontró con tu alumna, esa, cómo se llama, Lolita. —Sabía perfectamente cómo se llamaba.

—Lola, mamá.

—Sí, Lola.

—Ella vive en el camino hacia la estación, ¿no? Donde la Guardia Civil. Tal vez tiene amigas en el barrio de la señora Sanz. No lo veo. Dice que estaba sentada en un banco así tal cual. ¿Y hoy no vino a clase, verdad?

—Mamá. Hasta estás controlando a mis alumnos. Ya es suficiente que vengas charlando con tu amiga. Vienes a la Casa de los Picos y ni me saludas.

«Hice bien en irme a la Complutense. Mi madre está aquí en el pueblo a solo un par de pasos», se había pensado.

El sendero del comentario que estaba pisando su madre se iba quedando bien claro sin saber ella verdaderamente la realidad de la

relación entre su hijo y Lola.

—Sin saludarme, pero casi pasando lista a los que están en mi clase.

—Es que no quería molestar.

«¡Lo único que haces es molestar! Haría bien en volver a Madrid lejos de aquí, lejos de las maquinaciones de mi madre y de mi relación del sábado por la tarde que se acerca a toda una vida de responsabilidades. ¿Sería capaz Lola de inventar esta historia?».

Sus pensamientos se habían descontrolado. Le sudaban las palmas de la mano de tanto pensar.

«En clase, escucha y dibuja con sus manos negras de carboncito manchando las láminas blancas (o creo que escucha, ¿qué sé yo?). Y luego follamos sin hablar, hasta en la cama de sus padres. Ni sé lo que estaría pensando: en tener un hijo no creo.» Así pensaba que hablarían sus compañeros de Argüelles, él no tenía costumbre de tanta grosería.

Su madre seguía con lo suyo.

—Tu Lola estaba sentada en un banco, ella solita con una bolsa blanca de la farmacia.

—De mi Lola nada —había declarado Víctor. No le gustaba nada el camino astuto de su madre.

«Esa señora Sanz de mierda, ¿qué va contando a mi madre con sus invenciones?». Seguía con sus groserías fuera de lo común.

—Tendrá algo —había insistido su madre, sin cortarse.

—Por eso no habrá venido a clase hoy. ¿Sabes tú algo?

—Mamá, ¿qué interés tienes tú por la salud de mis alumnos, tanto jóvenes como ancianos (que, por cierto, me muere alguno de vez en cuando)? Les doy clase, cambian las caras de vez en cuando y no me pregunto por su salud. No son asuntos míos ni los tuyos.

—Anda, la bayonesa, mi favorita, como ya sabes. Muchas gracias.

—No, es que como es de tu edad me imaginaba que tenías más interés en que viniera a tu clase.

—Solamente me ha resultado raro que esté en un barrio que no es el suyo entre semana y hoy no ha venido a clase. Seguro que hay farmacias en su barrio. Una chica rara, ¿no crees?

—Tal vez quería salir del entorno de su barrio donde no haya gente a su alrededor haciendo preguntas e imaginando historias, Mamá.

El café de Víctor se había quedado frío y la bayonesa se había quedado en su platito. Solo le faltaba un pequeño mordisco. La brisa se había aflojado y había empezado a sentirse cautivo en su propia casa con su madre pidiéndole explicaciones sin acertar la verdadera razón por la que Lola hubiera estado en el barrio de la cárcel con su bolsita de papel de la farmacia cercana.

Víctor había acabado su café de un trago y había girado hacia la puerta.

«Si no salgo, me exploto de tanto que mi madre me pizca».—se había dicho con la angustia que subía desde el estómago hasta las costillas y el corazón de una manera casi invasiva.

—Mamá, te veo para cenar.

—¡Pero, hijo!

—Tengo que salir.

—Pero hijo, no me has contado nada de tu clase de hoy. ¿Y la bayonesa?

Había cogido la bayonesa y había vuelto a pasar a través de las tiras que colgaban del quicio de la puerta. Había tomado un bocado de aire para aliviar la angustia y había bajado la calle a la izquierda para coger el camino hacia la casa, que imaginaba ya como la suya, al lado de la casa cuartel de la Guardia Civil.

«Se va. Y ya se fue Enrique. A él tampoco se le ocurría volver a casa para comer conmigo. La Sanz se aprovecha de mi soledad para contarme historias. Siempre preparaba comidas tan ricas. Mis garbanzos eran de los mejores. Nunca se inquietaban para volver a

comer. Y ahora su hijo. Cada uno con su propio plato, pero por separado. Tanto recoger. No creo».

35

Lola miraba por la ventana hacia la acera de enfrente como había hecho tantas veces anteriores. Los edificios nuevos ya llevaban bastantes años construidos y los fantasmas de su niñez se habían visto reemplazados por familias pequeñas con pisos con balcones y alguna bici, sus propios tiestos (los primeros intentos de parejas recién casadas de crear sus propios ambientes: jugando a ser igual de maduros que sus padres). Cada piso tenía lavadora y lavavajillas.

Había visto a través de los pétalos de las flores rojas en sus tiestos, las melenas del antiguo estudiante de Bellas Artes y ahora su profesor de dibujo y el que iba a ser el padre de su bebé. Había llamado al portero automático ni siquiera una hora después de su salida de la casa de Lola, confusa tras enterarse del embarazo.

«Tantos meses follando en la cama de sus padres. No cabe duda de que la niña tiene una cierta lógica». Se había dicho volviendo a su personaje con los compañeros de Argüelles.

En su presencia nunca había sido tan grosero. Todo lo opuesto; se cohibía escuchando cómo hablaban sus amigos.

Al volver desde su pasado, Víctor había seguido apretando el botón del piso de abajo al lado del portal hasta que el pito del portero automático había entrado en su conciencia.

«Pero ¿qué hace ese imbécil? Nunca tengo historias con los vecinos, pero si sigue así van a quejarse del ruido y de las visitas del sábado. ¡Que no metan sus narices en mis asuntos, en nuestros asuntos! Entiendo muy bien por qué Mamá se fue a Madrid. Aquí es sofocante».

Lola le había abierto la puerta del portal sin decir nada al apretar el botón del telefonillo. Había dejado abierta la puerta del piso y había vuelto a sentarse en la mesa con la espalda hacia dentro.

—Otra vez por aquí. No ha cambiado nada desde tu última visita. Aquí todo sigue igual; aún estoy embarazada y tú sigues siendo el padre. Tú verás cómo lo llevas, pero yo veo nuestros futuros con bastante claridad. ¿Y tú?

Lola miraba por la ventana como si Víctor no estuviera.

—¿Me siento?

«No me pide permiso para entrar en mi cama todos los sábados (hasta hoy), pero ahora me pide sentarse». Había señalado con la mirada la silla que antes ocupaba su madre.

—Mira, Víctor. Veo que esto te ha sorprendido algo. La verdad es que no sé por qué, después de tantos sábados en mi cama, bueno, en la de mis padres. Tú creías que sin gomas no iba a pasar nada. Pero aquí estamos.

Víctor se había puesto a mirar a través de la ventana también: esas miradas paralelas sin cruzarse. Su única preocupación era cómo compaginar a su madre en el asunto. Con todas las sugerencias que habían salido de su conversación tras el encuentro con la señora Sanz se le había escapado todo el valor que habría necesitado para enfrentarse a ella.

—Lola, no estaba preparado… no quería… esto es otro mundo, lo tuyo con esto.

—Pero no es lo mío, es lo nuestro, pero si no tienes con qué apoyarme tampoco voy a insistir. Yo puedo con un bebé, pero nada más. Si el asunto «como dices tú» te va a incomodar, pues prefiero llevarlo sola, lo mismo que había hecho con mis hermanos, con mi madre casi siempre ausente. ¿A ver qué dices?

Lola no había tenido la costumbre de hablar tanto. En las citas del sábado ni hablaban ni hacían ruidos y en la Casa de los Picos casi ni siquiera se miraban. Lo que había tenido en casa con Víctor no era verdaderamente pasión, había sido un poco maquinal, pero también había tenido placer, no cabía duda, pero de la misma manera que se

disfrutaba de un barco balanceándose en las fiestas de verano, con los gritos y la falta de aliento que conllevaban.

Ambos miraban con los ojos fijos en un punto inexistente lejano. Ni las miradas ni las palabras se entrecruzaban. Las palabras y sugerencias de su madre habían dejado a Víctor en un estado crispado con escalofríos de angustia e irritación, pero Lola le llevaba a un camino de inevitabilidad: igual que le había pasado con Vicente al conocer a Julia en el bar de Atocha hacía más de veinte años. Había dejado de pensar que el niño podría ser otro que el suyo. La manera en la que Lola hablaba (sin esperar ni respuesta ni desafío) no admitía más que una sola verdad: la suya.

—Yo no digo nada. Lo has dicho tú. ¿Qué le digo a mi madre, lo buena católica que es? Estuve con ella ahora. Me soltó no sé qué rollo sobre la señora Sanz.

—Lo de católica no entra en el asunto. Yo soy católica, me confieso todas las semanas. Ya sabes. Pero nos acostamos tú y yo todas las semanas, cada uno solteros, y pasa lo que pasó. No me importa. Habla con tu madre. Si ha hablado ya con la señora Sanz, ya lo sabe todo. Me da igual.

—Mira, tú vete a hablar con tu madre y entre los dos decidís lo que tú vas a hacer. Por mi parte, tengo que pensar en cuidarme a mí para que este niño no me traiga ninguna sorpresa y que nazca y crezca sin trastornos ni peligros. Es lo que busco ahora, mi única preocupación.

A Lola le dolía la garganta de tanto hablar. Tenía la sensación de que Víctor estaba con otro asunto, preparando el terreno para la charla con su madre, que seguía en casa al lado de la muralla, que iba quedando con un color rosado al bajar el sol. Al fondo del valle de enfrente había empezado la caza de los insectos de las primeras golondrinas para dar de comer a sus recién empollados. La señora Del Amo esperaba la vuelta a casa de su hijo único. No estaba enfadada —su pequeña familia necesitaba sangre nueva—, pero

había considerado a su hijo como la víctima de las tramas de su alumna calculadora, de pocas palabras pero de malas intenciones.

—Víctor, ¡que te vayas! Estoy bien. Mejor que tú, me parece. Con tu madre decides. Nos vemos el sábado que viene en los Picos. No admito que cambie todo. Necesito seguir con mis carboncillos que me han traído hasta aquí.

Víctor había desatado su mirada de los tiestos del balcón de enfrente. Había una manta rosada de bebé colgada con pinzas de la cuerda de la ropa que ondeaba en la brisa de la tarde anunciando un recién nacido. Víctor sentía una lágrima que se enfriaba en su mejilla.

«¡Qué fría y calculadora es esa! Y yo, hecho una mierda. Para nada tendrán los chavales del piso de Argüelles historias tan mundanas como esta».

De repente se había sentido bien atrapado. Aún más que en la casa con su madre, vigilando.

«Bueno, pues no lo suficiente, parece ser».

36

—Bajas tú, aquí estoy bien. No quedan clientes aún. Cierro dentro de nada y bajo a comer —había declarado Enrique Del Amo a su mujer ese sábado.

—Vete tú con ella, Víctor. Aquí la verdad es que no sirves de nada. Lleva tu cuaderno a casa. Creo que da igual donde dibujas. La verdad es que no sé por qué saco unos pocos beneficios de este pequeño negocio para pagar tus estudios en Madrid.

Víctor había recogido unos cuantos carboncillos del contador, una bolsa de tela que llevaba en su carpeta, y había seguido a su madre, que ya había bajado los escalones desde la terraza de Juan Bravo hacia la casa frente a la muralla.

Su padre iba apagando las luces en el escaparate y en el despacho de atrás. El ordenador donde Del Amo pedía su *stock* y pagaba sus facturas ya llevaba un par de horas apagado. En esas fechas había acabado la ola de compras de principio de curso: los estudiantes de facultad (como había hecho Víctor) ya habían comprado todo lo que les hacía falta y los nuevos alumnos del instituto pasaban de lo que les podría ofrecer sus padres y habían acabado con la lista de la compra que les había mandado su instituto. A los nuevos alumnos no les faltaba nada. Así, un sábado por la mañana el señor Del Amo había decidido dejar marchar a su familia y cerrar la tienda un par de horas antes.

«Ese chico, la verdad es que no sé por qué hace el viaje desde Madrid para molestar en la tienda. Son historias de su madre, que le mima como una gallina con sus pollitos».

«No sé por qué no se queda en Madrid con sus compañeros y aprende lo que es estar solo en la gran ciudad, entre chicas guapas y copas. ¡La suerte que tiene! Yo, con sus años, no estaría sin futuro

en este pueblo. Le pagamos los estudios, la casa, la comida y hasta las fiestas. Lo que tiene que hacer era quedarse allí y no venir aquí a molestar. ¡Ay, su madre! Solo lo tiene a él. Entre semana se le ve muy sola».

Se había acercado a la puerta de cristal que daba a la calle y había dado la vuelta al aviso en cartón colgado de una cuerda: «CERRADO».

Inclinando la cabeza para mirar hacia Juan Bravo y la terraza que escondía los escalones por donde habían bajado madre e hijo hacía unos momentos, podía ver a las tres chicas que pasaban por la tienda con bastante frecuencia sin comprar casi nada: un boli, un lápiz —poco dinero.

«Esas chicas que suben y bajan. Siempre tan alegres. Da igual la temperatura; siempre van con sus blusas blancas de manga corta y sus piernas al aire. ¡La suerte que tiene Víctor con las chicas de Madrid y mira lo que hace! Vuelve aquí para dar clase a unos ancianos. Ese chico nunca va a salir de las faldas de su madre. Yo de él…».

Se quedó allí mirando a las chicas, coqueteando con los camareros de la terraza de enfrente.

«La rubia me mira a mí por encima del hombro. Un cuello».

Enrique no se había fijado en las miradas conspiratorias entre las chicas y vaciló en dar la vuelta al cartón.

«Bueno. La comida puede esperar un poco. Serán garbanzos. Esa mujer cree que eso me será suficiente. ¡Que entren! ¡Algo de aperitivo! ¡Vaya con los ancianos! A ese chico se le escapa lo que se encuentra en la misma calle. Esa rubia».

Al ver al señor Del Amo en la puerta, las chicas se habían sonreído entre ellas.

—¿Por qué no bajamos a ver al señor Del Amo, reírnos un poco? —había dicho Beatriz, una de las chicas, vecinas desde pequeñas de Lola.

Beatriz pasaba toda la vida buscando maneras de entretenerse. De pequeña, en camino hacia el colegio con Lola, lograba fastidiar el día de su vecina con comentarios sobre su aspecto de pueblerina o su falta de amigos. Insistía en que ninguno de los chicos del aula quería pasar tiempo con ella. Y ahora, fijándose en la relación algo más estrecha que había forjado Lola con el profesor, quería imponerse en esa familia. El verdadero blanco era el hijo, pero primero quería pasar por el padre.

El señor había intentado rápidamente cerrar la puerta de su tienda con llave, pero entre las angustias y las prisas en unos segundos, empujando la puerta entre risas y entusiasmo, las tres chicas estaban adentro como huyendo de una búsqueda policial.

—Anda, señor. ¿Iba a cerrar ya? Estamos buscando para una clase de dibujo el lunes. Es urgente.

—¿Urgente? Pero ¿lleváis un par de horas allí en la terraza? ¿Tan urgente era?

—¡Ay, pero señor, ¿nos estaba espiando? ¿Por eso lleva toda la mañana sentado tras el contador, mirando por la ventana? ¿No es cierto, Enrique?

—Oye, niña, nada de Enrique —Pero el papelero, vendedor de lapiceros y cuadernos, pinceles y tarjetas de primera comunión, no pudo negarse una sonrisita de placer.

—¿No se llama así, señor? He oído a su mujer.

El señor Del Amo seguía a las chicas, sobre todo a Beatriz, como iban inspeccionando lo que había en las estanterías y hasta detrás del mostrador.

Sus ojos seguían el cuerpo esbelto, pero ya con curvas de mujer.

—¿Está solo en la tienda?

—Y sin clientes.

—Pues nosotras somos clientes.

—¿Qué nos ofrece?

Las chicas iban investigando lo que había en las estanterías y detrás del mostrador donde el dueño guardaba su café en vaso que había traído de la terraza esa mañana, y sus cigarrillos que fumaba en el despacho al lado de la ventana pequeña cuando no había nadie.

—¿Qué es lo que tiene aquí?

—Yo también fumo.

—¿Me das un pitillo?

—Deja eso.

—Los clientes no se admiten atrás.

—Pero, Enrique, somos casi amigos.

—Nos ves mucho por aquí.

—Anda, un pitillo.

El aspecto de Enrique, un ser de lo más formal, volvía a estar cada vez más trastornado, pero también excitado. Se habían marchado hacía poco su hijo y su mujer y ahora se encontraba tan solo con estas tres chicas dando vueltas a su alrededor, causándole efectos de lo más inesperados y… la puerta cerrada.

«Ya tuteando.

«Estas chicas.

«Provocando.

«Sobre todo la rubia con melenas.

«¿Voy a la puerta o entro a vigilar?».

Había averiguado que la puerta estaba bien cerrada y había bajado la persiana que solía hacer al salir al final de la mañana.

«Así no me ve nadie.

«Maria y el niño estarán ya en casa, esperándome para comer.

«No puedo tardar mucho.

«Se estarán haciendo preguntas.

«Esas niñas me fastidian la cosa.

«Soy un hombre mayor y maduro.

«No puedo dejar a estas nenas distraerme, provocarme».

—Chicas, mira lo que tiene Enrique aquí.

—¿Qué es lo que tengo?

El dueño se había levantado la voz de una manera rozando un estado de pánico.

—¿Qué es lo que tengo en el cajón que me puede delatar?

Siempre tengo mucho cuidado con lo que traigo a la tienda.

No puedo arriesgarme.

—Pero, Enrique.

Es una caja de la farmacia.

Chicas, vamos a ver lo que se compra en la farmacia, al fondo, escondido en una bolsa de papel.

—¿Necesitas ayuda con tu mujer, Enrique?

¿Se van amontonando los años?

Enrique, normalmente tan controlado delante de los clientes, se había encontrado sin poder articular palabras enteras o con sentido.

—¿Qué puede haber en la bolsa, escondida como un secreto?

Beatriz se mostraba con cada vez más confianza como iba aumentando la angustia de su víctima que ahora estaba totalmente fuera de sí.

«¡Qué barbaridad! ¡Qué vergüenza de chica!

«Son siempre las más guapas que causan tantos problemas.

«Me acuerdo de la última vez.

«Tampoco me ha salido bien.

«Ha tardado Maria meses en dejarme solo en la tienda.

Las tres chicas se habían apretado alrededor del cajón para ver mejor la bolsita de papel que había encontrado Beatriz.

—A ver, a ver.

—Ay, las pastillas esas las he visto en el dormitorio de mis padres. Ja, hasta he leído las instrucciones. Había declarado una de ellas.

—¿Es eso lo que le pasa, señor?

Siempre lo vemos tan malhumorado, ¿verdad, chicas?

Y tu mujer aún con aspecto joven.

Lo que tienes que hacer para hacerla feliz, ¿verdad?

El señor Del Amo había corrido la corta distancia desde la puerta y se había enfilado entre las chicas y el mostrador. Su barriga había rozado contra sus cuerpos causando aún más agitación, entre el pánico y la frustración. Su respiración había vuelto muy rápida y profunda como intentaba imponer algo de control y agarrar el paquete de pastillas que había caído al suelo entre las risas de anticipación de las chicas.

Pero había superado la situación con más aplomo Beatriz y, agarrando sus melenas rubias y sujetándolas con una goma, había cogido la cajita al mismo instante y la había levantado encima de su cabeza. Con sus piernas largas, y de puntillas, superaba la altura del señor Del Amo.

—Ay, pero son aspirinas.

«Qué son aspirinas, qué nos equivocamos.

«El pobre Enrique.

«¿Qué es lo que sospechaba?

«Tranquilo.

—Vámonos, chicas.

Me esperan para comer.

Y se habían tirado todas las tres casi bailando hacia el acueducto abajo, dando voces y riendo.

Habían salido corriendo hacia la puerta que aún estaba cerrada con llave. Al abrir la puerta de cristal y hierro habían dejado caer las llaves al suelo y la puerta se había quedado entreabierta.

Aun con el cajón abierto y la cajita de la farmacia en el suelo, con el corazón que se resistía a volver al ritmo normal, el señor Del Amo había sentado en el taburete de tres patas de madera detrás de la caja, sin el esfuerzo para ir a cerrar la puerta y esconder sus instantes de incomodidad. Como su corazón iba tranquilizando tanto como su respiración, el señor Del Amo había inclinado su cabeza

encima de sus antebrazos en el contador y el corazón y la respiración se habían parado en el mismo momento.

El camarero de la terraza de Juan Bravo, como iba repartiendo bebidas y tapas en las mesas, se había quedado igual de fascinado con las piernas bailando, cuesta abajo, de las chicas que no se había fijado en la puerta aún abierta de la papelería con su cartón colgado al interior señalando que la tienda estaba efectivamente cerrada.

Después de recoger su mesita y su silla en el portal de la Casa de los Picos, la señora Sanz, la recepcionista del centro cultural, había apagado las luces y cerrado las ventanas al fondo del edificio antes de cerrar la gran puerta de la entrada con unas llaves antiguas. Al bajar ella la calle en camino hacia su casa para preparar la comida para su marido, acabando su turno como guarda en la cárcel que dominaba el barrio. Ella sí se había fijado, aún con la llave que pesaba en sus manos, en la puerta abierta de la papelería, pero las luces apagadas tal como cuando las chicas habían entrado hacía ni siquiera media hora. Allí adentro estaba la figura enfriándose del mismo dueño de la papelería, su respiración y deseo había desaparecido hacía solo unos minutos.

37

—No esperes a tu padre, hijo.

—Siempre se enrolla al cerrar la tienda.

—Es obsesivo con la seguridad.

—Tampoco tenemos tanto dinero en la caja.

—No es una joyería.

—No pasa nada, mamá.

—No llevo prisa.

—Voy con mis dibujos, aquí fuera.

Víctor se había instalado en el escalón entre la puerta y la calle adoquinada, que daba un aspecto casi medieval a ese rincón del pueblo y que llegaba hasta la muralla.

«Haberme quedado con los chavales en Madrid.

«Papá prefiere estar en su mundo en Cervantes y mi madre me tiene aquí casi encarcelado.

«Mis dibujitos.

«Vaya cultura elevada nos traen como ejercicio los modernos del primer curso».

En su lámina se había esforzado a delinear los claros y oscuros de la muralla que había quedado muy profundo con el clarito de los prados verdes atrás debajo de la luz clara de mediodía, con carboncillo grueso sacado de la bolsa de tela.

«El lunes hablo con el catedrático para que me cambie de asignaturas.

«Merezco mejor.

«Este pueblo.

«Aún tienen estatuas de Franco.

«Lo comento a mis compañeros».

«Se mearán de la risa».

«Me muero de hambre».

—Madre, ¿y si comemos?

Su madre se había sentado al otro lado de la cortina de tiras. Justo detrás.

—No grites, niño. Esperemos un ratito más. Ya vendrá papá.

«Me habla como si tuviera aún siete años. Pase lo que pase, vuelvo a Madrid a primera hora mañana a encontrarme con los chavales. Estarán con resaca y con alguna nena desconocida saliendo de la ducha».

La comida que había preparado María del Amo —unas cuantas croquetas y algo de bacalao con pimientos rojos— había empezado a secarse en el horno al fondo del piso. Había salido a la calle ya varias veces esperando a ver a su marido doblando la esquina. Solía tardar un poco y su señora se había preguntado, no sin razón, qué hacía para no salir de la tienda con más decisión. Pero ahora se estaba pasando.

—Sabe que le estamos esperando para comer.

Había sonado el teléfono en el salón y María había vuelto a entrar por la cortina de tiras, rozando contra las rodillas de Víctor en el escalón y dejando caer sus folios y la bolsita de carboncillos en la acera. Al recogerlos al instante, Víctor había dejado una mancha de polvo negro debajo de la suela lisa de su zapato.

—Diga. Sí. Al aparato.

María se había sentado despacio y con control. Siempre había hecho todo con control y su manera de vigilar a Víctor lo hacía deliberadamente, y con esa misma rigidez había mantenido el negocio con el suficiente éxito para mantener a la familia. Su marido había llevado el asunto delante de los clientes, pero había sido ella la que había facilitado el aceite que dejaba funcionar la máquina.

—¿Es usted la señora del Amo, mujer de Enrique?

—Claro que soy yo. Le estamos esperando en casa para comer. ¿Usted quién es? Si es asunto de pedidos, me tiene que llamar el

lunes en la tienda. Este es el teléfono de casa. Ahora estamos de descanso, en familia. Ya sabe, esta familia no trabaja el fin de semana, eso hay que respetarlo.

—No… señora. Llamo del servicio de ambulancia y ahora estamos con su marido en la tienda.

—¿Qué le pasa?

—Déjame hablar con él.

—Señora, usted tiene que subir ahora.

—¿Y la comida?

—Señora, es muy grave. Es por lo de su marido. Por favor. Tiene usted que estar aquí.

Sin pánico, María del Amo había colgado el teléfono sin decirle nada a Víctor, que no había seguido la conversación y continuaba con sus desafíos artísticos de poca monta. Había averiguado que la comida que su madre había sacado para comer la había vuelto a guardar; había cogido la bolsa de la compra (nunca salía sin ella) y se había salido hacia la tienda con un suspiro de impaciencia. Siempre había sabido que su marido padecía trastornos del corazón. Así que llevaba años esperando alguna noticia como esta.

«Enrique no sabe lo que es trabajar duro. Se sienta en su taburete viendo pasar por Cervantes a la gente (¡y los clientes, madre mía!) sin verdaderamente fijarse en nada (sobre todo en las cuentas del negocio)».

—Debo subir a ver lo que me dicen los de la ambulancia. ¿Qué se habrá hecho él solo?

Efectivamente, Enrique se había sentado otra vez al marcharse Beatriz y sus dos amigas hacía ya una hora y pico. A unos cuantos pasos hacia arriba, donde Cervantes cambiaba de nombre y seguía como Juan Bravo, hasta llegar a la Plaza Mayor, los camareros de la terraza se habían fijado en el alboroto que habían presenciado las tres chicas al salir de la papelería. Las conocían por allí, pasando

horas tomando sus cafés con hielo o un helado de chocolate, cotilleando y riéndose de los turistas que subían y bajaban.

—Esas niñas. Siempre con sus historias. ¡Por fin! ¡Que se vayan a casa! Fastidiando a los clientes. Nosotros sacamos lo que podemos sin tanta histeria —comentó uno de ellos, de los antiguos.

Hacía tiempo que había dejado de entretenerse con los clientes en las mesas.

Al pasar un rato, el mismo camarero se había fijado en las persianas de la papelería aún sin bajar y la puerta de la tienda entreabierta, pero con las luces apagadas.

—Manolo, cobra a esa gente; voy a bajar un momento a ver qué pasa con Enrique de la papelería.

—¿Qué se le va a pasar, anda? Date prisa —contestó el dueño desde la barra.

El camarero y el señor Del Amo llevaban años saludándose al entrar y salir del trabajo sin haberse casi nunca hablado más de un par de palabras, pero cada uno se consideraba amigo del otro a pesar de esas pocas palabras. Enfrente estaba la señora Sanz, que no tenía a nadie que la considerara amiga, salvo María, cuyo marido en esos momentos parecía descansar con la cabeza en el mostrador, como un niño en el colegio echando la siesta después de comer.

Desde la puerta, el camarero solo podía ver la calvicie de Enrique, con unos pocos pelos pegados a ella desde un lado, tras el alboroto que le habían causado las chicas una hora antes.

—¡Señor Del Amo!, ¿qué pasa que no cierra? Seguro que su mujer ya tiene algo preparado para comer. Le estará esperando. Es sábado, se van los clientes y le toca comer y echar la siesta.

Como no había visto movimientos ni oído los ronquidos que solían acompañar un descanso profundo y merecido, el camarero se había acercado al mostrador para descubrir una realidad que ya temía. Había llamado al 911 desde el teléfono de al lado de la caja.

Poco después había llegado por la calle peatonal una ambulancia que había aparcado delante de la puerta de la papelería, escondiendo la imagen del dueño de la tienda, enfriándose en el mostrador de su propia tienda, que ya había empezado a oler a muerte, pero aún dominaba el aroma dulce del perfume que había llevado Beatriz cuando disfrutaba de la incomodidad y frustración que había causado su presencia en la tienda del difunto, llegando al final inevitable.

38

—Señora, mejor no entrar —le había advertido el camarero.

—¿Y usted quién es? Yo soy la mujer del dueño, del señor Del Amo, que está sentado allí.

—Pero ¿qué pasa?

—Señora, espere allí —había dicho una de las enfermeras desde el mostrador en voz alta.

—Vengo a hablar con usted. No entre.

María se había quedado agitada en la puerta, alternando su mirada desde la oscuridad al fondo de la tienda hasta la terraza, ya llena de gente observando, como espectadores en el teatro, a los protagonistas del acontecimiento.

La enfermera que se había quedado adentro había señalado a su compañera que trajera a María adentro, y las dos profesionales la habían llevado a un lado donde estaban las tarjetas de cumpleaños, de recién nacidos y, también, de pésames.

Las dos habían esperado una reacción algo histérica de la mujer del difunto, pero no se había manifestado.

«¡Ay, estas chicas! Veo por dónde va esto. ¿Qué esperan de mí? Algún día tendría que ocurrir.

«Mejor aquí que en casa. Esta gente no conoce a mi marido. Ni yo ni él hubiéramos apreciado todo este circo en casa, con las vecinas y conocidos alrededor.

«El pobre Enrique, ¡vaya vida has aguantado! Con el hijo en casa dibujando. Dibujando los dibujitos. Contabilidad le habría salido mejor. Ahora ya, sobre todo. ¿Por qué a mí me toca?

«Enrique, lo que me has dejado. Tan inútil que casi me da risa».

La más joven se había quedado al lado de María mientras ojeaba las tarjetas tradicionales como si fuera una clienta más.

—Señora, tenemos que llevar a su marido al hospital.

—Mi difunto marido. Gracias, señorita, no pasa nada. Son cosas de la vida… y la muerte. Tengo que ir a casa, hablar con mi hijo, que estará comiendo. Le preparé unos garbanzos, sabe, con espinacas, como a él le gustan».

La enfermera había vuelto al mostrador donde esperaba su compañera, averiguando con un dedo apretado contra el cuello de Enrique para confirmar una última vez que su corazón había efectivamente dejado de latir. Había señalado con la cabeza que ya se podía trasladar el cuerpo a la litera que esperaba en el suelo, escondida de las miradas curiosas detrás de la ambulancia en Cervantes. Sin prisas habían llevado al señor Del Amo a la ambulancia en su bolsa para cadáveres, que llevaba una cremallera de abajo hacia arriba, pasando por la nariz hasta la coronilla.

—¿Nos quiere acompañar al hospital?», había preguntado la enfermera de primer contacto.

—No… no, señorita, tengo que ir a ver a mi hijo, que seguro está en casa aún comiendo. Pasaré al hospital después de comer para hacer los trámites necesarios. No se preocupe».

—Bueno, como usted quiera, señora. Ya sabe dónde estamos».

Con esas pocas palabras, María había salido de la tienda y había subido hasta Juan Bravo y, a los pocos metros, había alcanzado los escalones desde la terraza que llevaban hasta el barrio judío y había terminado en su casa, enfrente de la muralla. En esos momentos pasaba un grupo de turistas con su guía, que señalaba el camino con su paraguas cerrado al aire.

—¿Has comido, hijo? ¿No has dejado enfriarse los garbanzos? ¡Es que estaban muy buenas calentitas!

—He comido y ahora dibujo. Ahora ya sabes. Estate tranquila.

«La tranquilidad que me buscaba yo». se había dicho con piedad propia.

—Tranquila, no, mi hijo. Tu padre no vendrá. Se murió. Se murió.

—Pero ¿qué me dices, mamá?

—Lo que oyes, Víctor. Estaba trabajando como siempre en la tienda. Recogiendo cuando tú estabas aquí comiendo mis croquetas calientes y dibujando. Tú, con tus dibujitos, tan contento.

—Pero mamá, ¿qué iba a saber yo? ¿Sabes que mi padre casi nos echó de la tienda? Casi me había mandado a casa para hacer los dibujos que tú y él despreciáis tanto.

En ese momento, habían pasado las tres chicas, Beatriz y sus dos amigas, a lo largo de la acera que delineaba la muralla de la ciudad, que efectivamente habían causado la muerte del señor Del Amo sin querer, pero que habían disfrutado tan claramente de su incomodidad y frustración. Ahora volvían a sus casas, en el edificio al lado de la casa cuartel de la Guardia Civil, donde también vivía Lola, su compañera de colegio cuando eran todas más pequeñas.

—Se lo habían llevado al hospital, sabes, el nuevo. Pilla cerca, se puede ir andando. Coge unas galletas de postre. Has comido poco.

—¿No quieres que vaya contigo?

—Víctor, mi Víctor, es tu padre, por Dios. No voy a ir sola.

—¿Y la tienda? ¿Se queda abierta? Ya sé cómo es la gente por aquí cuando se ve una puerta abierta. En esa terraza siempre hay gente que no es de aquí.

—Chico, eran los de la terraza los que se habían enterado primero de lo de tu pobre padre. Ellos han llamado al 911. Bueno, todo ha sido muy rápido y no han avisado a tiempo, pero ya no importa.

—De todos modos, al llevar los de la ambulancia a tu padre, yo había cogido la llave de su cazadora, colgada a la puerta (extraño que no la llevara puesta como para salir) y he cerrado la puerta detrás. No sé por qué te importa tanto.

—No me importa, mamá. Vamos. Voy contigo.

Las tres chicas en ese momento llegaban al portal de su casa. Entre risas, Beatriz había dejado caer la llave gorda de la puerta de entrada, que había sonado como el llavero de un carcelero al dar

con el suelo. En esos años, Lola ya vivía sola en la planta baja y estaba sentada al lado de la ventana, su lugar preferido, y, al oír las risas de sus antiguas compañeras y el traqueteo de las llaves, se había retirado un poco de la ventana para evitar las miradas de las chicas.

En el hospital habían llevado al difunto Enrique al depósito de cadáveres, que era una sala apartada del resto del edificio donde los médicos y los enfermeros cuidaban de los pacientes aún con vida. Hasta tenía un color diferente al de las demás salas: un azul clarito. Al lado de la cama había dos sillas institucionales de un color oscuro que hacían juego con las paredes.

Los que se quedaban de la familia Del Amo se habían sentado sin emoción a la cabecera de la cama clínica donde yacía su pariente, ambos mirando hacia la puerta, evitando los ojos del otro y la cara sin color de Enrique, pero con unas manchas de sudor, la consecuencia de su encuentro con Beatriz, que había compartido sus últimos momentos aún con vida.

—¿Qué hacemos ahora, madre?, había preguntado Víctor, mientras pasaban miembros de la plantilla de un lado a otro afuera, en el pasillo, cada uno con uniforme de color pastel distinto según su oficio y su rango.

—Lo que tienes que hacer tú es ocuparte de la tienda. El lunes abrimos como siempre y tienes que estar allí. Yo me ocupo del entierro; tu padre ya tiene su tumba reservada desde hace años.

—¿Y mis estudios? Aún tengo clases, ¿sabes?

—Ay, Víctor. Puedes faltar un par de semanas. Tus dibujos siempre pueden esperar. De todos modos, no los acabas nunca. Llama a la facultad el lunes. Ya no podemos preguntar a tu padre, ¿sabes? ¡Qué pesado eres!

—A ver, habrá que contratar a alguien que pueda llevar la tienda día a día mientras tú te ocupas de las cuentas. No tiene que ser muy

complicado. Lo hacía tu padre. A ver si sacamos esto adelante. Hablo con la señora Sanz, seguro que sabe de alguien.

«Ay, esa señora». Había suspirado Víctor.

En esos momentos, Víctor echaba en falta sus días y noches de libertad sin los trastornos que conllevaban sus obligaciones con sus padres, y ahora solo con su madre en el pueblo. Se le habían agotado las posibilidades de fuga.

Sabía muy bien que nunca habría regreso a esa vida de estudiante (una vida más bien imaginada, por cierto). Sus antiguos compañeros se habrían vuelto a las casas de sus padres en el Barrio de Salamanca sin preocupaciones ni de trabajo ni dinero. Tal vez estarían a punto de casarse con chicas del mismo barrio, dejando atrás sus ligues de carrera.

«Yo, aquí, atado para siempre a mi madre. El negocio pasa a otra generación, pero mi madre no cambiará. Me quedo como el representante de mi padre, que, por cierto, pudo fugarse. No sé por qué mamá se angustia tanto. No cambia nada. Aquí no pasa nada».

…

Beatriz se había despedido de sus amigas, pero seguía muy agitada tras la escena que había causado ella en la papelería. Su familia seguía sentada en el comedor acabando el postre.

—¿Chica, dónde has estado? —le había preguntado su madre—. ¿Sabes que viene tu abuela los sábados? Casi no te veo.

—Lo siento, mamá, lo siento, abu.

Beatriz había dado la vuelta a la mesa dando besos a todo el mundo (saltando a su hermano mayor).

—Estuve con mis amigas en Cervantes. —Compramos en la papelería Del Amo, sabes, enfrente de la terraza, subiendo.

—Por cierto, nos espiaba la vecinita, Lola, ahora al llegar a casa. Está más solita en esa casa, ya que se han ido todos. Su madre en Madrid (¿qué se imaginaba?), dejando a toda la familia aquí. Daba bien cambiar de tema.

—Y dejando a la niña en casa para cuidar de sus hermanos mayores, como una criada —había añadido su abuela.

—Luego se marcharon ellos dejando a la niña sola en casa. Bueno, casi mejor, pero ahora está tan sola que hasta me evita cuando paso delante de su puerta. Y éramos tan buenas amigas —había concluido Beatriz.

No se le había ocurrido comentar a su familia lo bien que lo había pasado en la tienda provocando, con sus melenas y ropa ajustada de primavera, tanta angustia al dueño del establecimiento que allí se había sudado por última vez dejando huellas en su frente como las que se quedan tras un coito pasional, y así muriendo con un suspiro silencioso y el objeto de su deseo sin saberlo.

39

—¿Café, señor?

Por segunda vez desde que Vicente había conocido a Julia, vio aparecer la gran cruz del Valle de los Caídos desde la ventana del tren. Aún tenía en el bolsillo de su gabardina la hoja que le había dado Lola tras la comida en Lavapiés. Ahora, un sábado por la mañana salía gente de la capital para ver a sus familias en el pueblo. El tren iba medio vacío, ya que la mayoría de la gente había salido el día anterior. La señorita con su carrito y sus sobres de café y chocolate instantáneo iba bajando y subiendo el tren antes de acabar su día en Atocha para volver andando a su piso en la Glorieta de Embajadores.

«No aguanto estos trenes con tanto mogollón». —Atocha se ha quedado como la entrada del matadero, sobre todo un viernes después de trabajar.

«Al llegar allí preguntaré. —No me había dicho nada de dónde se encontraba su casa. —. Es un pueblo: no puede pillar lejos».

Como reacción automática al ver la gran cruz blanca e imponente, Vicente se había persignado sin olvidar besar el índice con el pulgar como último gesto.

«Así me traigo algo de buena suerte. Con la ayuda de Dios», se había dicho. «Lo que de verdad no me vendría nada mal».

Después de perder de vista al gran símbolo del Franquismo, el tren había desaparecido tras la Sierra de Guadarrama para luego volver a aparecer en un terreno más llano cerca de La Granja con su fuente y sus jardines (y autocares de turistas). En pocos minutos había llegado, como todos estos trenes modernos, casi sigilosamente al pueblo de Julia.

Los gemelos se habían quedado en la cama tras levantarse para un vaso de leche templada y unas galletas que Lola había dejado en la encimera al lado de la nevera en la cocina. No habían podido evitar llenar sus camas de migas entre las sábanas aún cálidas.

Lola estaba sentada en la mesa del comedor con su cuaderno de apuntes, de bocetos imaginarios y un cuaderno de matemáticas con los deberes para el lunes.

Desde su asiento había visto pasar entre las plantas rojas de los tiestos de barro en el alféizar la cabeza redonda de un señor con los mismos años que su madre. El sol sacaba el brillo de los pelos peinados hacia atrás cubriendo una calvicie latente.

Lola había dejado a un lado su cuaderno de matemáticas para mirar un rato hacia el vacío enfrente de la casa, y la aparición de esa cabeza la había sorprendido un poco por sorpresa y aún más cuando había sonado el timbre del portero automático: dos pitidos cortos, reflejando los nervios que sentía Vicente en el momento de pasar por primera vez la casa que iba a compartir con su Dulcinea dentro de pocas semanas. Ya quedaba lejos su instante en Atocha. Su angustia de camarero humilde sin presencia social había vuelto a imponerse.

«Aquí no llama nadie», había comentado Lola. «La vecina Beatriz últimamente había entendido que no merecía la pena llamar a la puerta para acompañarla al colegio».

—¡Voy! —había gritado Julia desde la cocina como amenazando. Había estado toda la mañana haciendo la vida de ama de casa, imitando las maneras de Vicente en la cocina del bar en Atocha. Al girar su silla en ese piso pequeño, Lola casi había podido alcanzar el telefonillo al lado de la puerta del piso, pero su madre había salido disparada de la cocina con las manos aún mojadas. Sin escuchar la voz en el auricular, tomó una respiración honda, como si estuviera entrando en una ducha fría, y había apretado el botón para dejar entrar a Vicente por la puerta del portal.

Se había quedado esperando en la puerta abierta del piso mientras que su novio subía los pocos escalones al lado del ascensor.

—¡Así que viniste! Pensé que nuestra comida en ese restaurante que elegiste tú iba a ser nuestra última. La verdad, no hay nada que te ata a tu historia en Madrid. Has hecho bien. Siéntate. ¿Café?

—¿Otro café? —había preguntado Vicente.

Tras el viaje y el café instantáneo, que le había preparado la empleada de RENFE ya en el tren de vuelta con su carrito y sus sobrecitos, Vicente no estaba en condiciones para tomarse otro café, pero con el recuerdo de cómo se había puesto Julia tras la comida en Lavapiés y con una sola respuesta había inclinado la cabeza para aceptar la invitación.

Se había sentado en el salón, en la misma mesa que Lola, y sin quitarse la gabardina no habían intercambiado ni una palabra.

«¿Es este el novio que se ha echado mi madre? ¡Ay, madre! ¿Qué vamos a hacer? ¡Que haga lo que quiera!».

Lola había guardado los dibujos que había estado haciendo con sus lápices de colores insípidos que le servían mejor que nada.

Lo que más dibujaba eran los cuadros que representaban los cristales de las ventanas y lo que quedaba atrás: las plantas rojas en sus tiestos en el alféizar o la acera enfrente con la pared blanca con manchas grises de la pintura de poca calidad y que escondía el solar vacío.

A veces había añadido pequeñas figuras en negro: ancianos, madres con sus niños o un cochecito de bebé. Algo para rellenar el espacio.

Vicente había empezado a hojear sus cuadernos de matemáticas que Lola había cogido bruscamente y se había girado hacia la ventana dándole la espalda.

«¿Quién se imagina este?», se había dicho Lola mordiendo su lapicero.

»Ya sé quién es.

«Sé que algún día se van a casar, pero nunca será padre mío, ni familia ni hostias».

Eran palabras que podrían haber salido de la boca de Beatriz, pero que ella, Lola, nunca hubiera pronunciado.

Vicente había aprovechado los pocos instantes a solas con Lola sentado en la mesa del comedor, mientras Julia había preparado el café en la cocina (su café). Lola, evitando la sensación de sus ojos en sus piernas cruzadas por debajo de la mesa, se había esforzado en dirigir su mirada entre su dibujo y las imágenes que contemplaba más allá de las plantas en el alféizar.

Al dejar a un lado su cuaderno de dibujos —con sus cristales cuadrados e intentos de flores rojas en sus tiestos, todo muy humilde y sin profundidad ni constancia—, Lola había alcanzado el cuaderno de matemáticas que se encontraba demasiado cerca del puño de la camisa blanca de Vicente, con sus manchas de café molido y aceite tras los años de trabajo en el Cristal de Atocha. Había sentido Lola que la distancia se acortaba entre su codo desnudo (y limpio) y la mano izquierda de Vicente, los dedos alargando cada vez más en su dirección.

Su madre había vuelto de la cocina con una taza de cristal, con manga gorda, llena de café oscuro sin leche.

—Cuidado, quema. No sé si tomas azúcar. Te he puesto cuatro. Tal vez me he pasado. Pero como no has dicho nada y la taza es grande, bueno…

—Bébelo rápido, que tenemos trabajo. Te he conseguido varias citas.

—María Dolores, te presento a Vicente. Tal vez no te he dicho, pero me salvó la vida de un chaval en Madrid (un preso) que seguramente me iba a matar. —¿Yo?

Lo había soltado todo como si se tratara de un culebrón en la tele, de estilo latinoamericano, con diálogo melodramático y fondo reluciente, pero contenido.

Lola había tenido costumbre de las maneras de su madre y ni escuchaba ni reaccionaba a sus declaraciones de tanto desbarajuste.

—¡Ya, Mamá! Te entiendo. Os dejo aquí. He quedado.

—Pero, ¿te había dicho que me iba a casar (o no)? Pues es con Vicente.

Hablando con su hija, que había interrumpido sus deberes para el lunes, era como si hablara con sus señoras que había dejado en el primer piso de la pastelería de la Puerta del Sol hacía pocas semanas.

—Lo sé, Mamá, lo sé. Y ahora tu propio Vicente me está mirando las piernas y ensuciando mis deberes de matemáticas. ¿Qué me va a decir la señora de todas esas manchas?

«Aunque no se ven, sus miradas y sus mangas sucias me están estropeando mi tranquilidad. Mi madre. Mi madre solo ve lo suyo. Estoy sin respaldo, sin el respaldo que me debe mi madre».

—¡Mamá, que me voy! Deja a este que acabe su café. Luego marchaos. Os dejo en paz. Id preparando la boda.

«Yo paso —se había comentado a sí mismo—. Por mí, a mi casa no vuelva nunca».

Vicente iba sorbiendo el café caliente.

«Esta mujer, al ser cocinera, no tiene mucha idea de cómo preparar un café. Debe rascar la garganta de lo fuerte que es. Esto es como agua caliente, con mancha».

Julia había cogido su abrigo verde del pueblo del clavo detrás de la puerta de la cocina y, sin dejar a Vicente acabar su café, se había puesto como una centinela al lado de la puerta del piso con la llave gorda de la puerta de la calle en su mano.

—¡Vamos, cariño! ¿A ver si algo te sale de estas citas?

Esa palabra había sonado raro a Vicente.

«¿Qué le pasa a esta mujer? Yo me apunto a este acuerdo, pero de cariñosa no me cuadra. Como dice: no tengo nada que me espera en Madrid. Haber dejado a ese preso de Carabanchel a lo

suyo. Tendría aún mi puesto, por cierto. No hacía mal. Ahora voy por la calle como camarero fuera de su lugar con esta señora con su abrigo verde de pueblo. ¡Anda!».

Habían salido los dos a la calle. Vicente había mirado a su alrededor, imaginándose ya en casa, en el dormitorio de matrimonio, el señor de la casa, con familia. Había girado a la izquierda. Lola le había cogido del codo, como haría con un ciego por la calle para mostrar el buen camino (su camino). Había tomado un segundo para ajustar el collar y los puños grasientos de las mangas.

—Nos damos prisa. Esta gente se estará ocupando de las comidas fijas para los turistas. Hay que convencerlos con pocas palabras e intenciones claras.

40

Al no querer hacer la cosa demasiado penosa para los dos, Julia había elegido un par de lugares donde tenían mejor posibilidad de enganche. Había considerado el primero, en la cuesta subiendo desde el otro lado del acueducto, ya entrada en la calle Cervantes. Había más mesas para poder admitir grupos de turistas recién bajados del autocar aparcado enfrente del hotel al fondo. El otro, subiendo Juan Bravo entre la Casa de los Picos y la Plaza Mayor, con menos concurrencia de público; un sitio oscuro con comedor al fondo y barra con raciones detrás de cristales, más cerca de la puerta de madera con pequeños cuadros de cristal.

Este último lugar tenía ventaja porque Julia lo conocía de paso tras su confesión del domingo. Solía pasar por allí a tomarse un vino —de los sin Dios— antes de bajar a casa. El dueño era de pocas palabras y de más o menos la misma edad que Vicente.

Habían entrado en el restaurante. Estaba lleno de cocineros al fondo, todos en blanco, y camareros con pantalón negro y camisa blanca, con los zapatos de siempre de suela plana. Era un lugar orgulloso, como todos los del barrio, de su cochinillo asado, muy tierno, que separaba la carne del hueso con platos blancos, estilo típico de la ciudad. Una cosa tonta le había parecido a Vicente. Había ya empezado de mal humor con los cuidados excesivos de Julia y el aire de importancia que se había dado el dueño del lugar en su mesa de encargado, al lado de la caja.

«¿Por qué me ha traído aquí? Habrá visto cómo funciono en Madrid. Pobre mujer. Ni idea».

Julia había entrado como si Vicente no estuviera, hasta dejar cerrar la puerta en su cara.

Había tenido que dar la vuelta y volver a abrir la puerta pesada de hierro.

—Buenos días, señor. He quedado con usted esta mañana.

—Bueno, con usted no, con su pareja (su prometido me había dicho), que se esconde allí atrás.

—Llegan algo tarde y nos estamos preparando para todo un grupo de chinos que están a punto de llegar. ¿No habla chino, verdad? Voy de coña. Usted no se preocupe.

—Sentaos en la barra. Estos tienen que preparar las mesas. Descansa, Vicente, ¿no? Te doy más años que yo. ¿Y aún quieres trabajar? Mira que tienes a esta segoviana para cuidarte y calentarte los pies. ¿Para qué trabajar?

—Jefe.

«Vaya manera de hablar con mi novio, este señor».

Se habían sentado los tres en la barra con el señor Gomez, el propietario, al final y Julia entre los dos con un cochinillo entero en la barra detrás de una vitrina, con una manzana en la boca mirando hacia el señor como prestando atención a las preguntas que iban dirigidas hacia Vicente. Había parecido que el camarero en paro fuera el último en prestar atención a las preguntas. Hasta parecía que sobraba Vicente en la charla, como Julia contestaba a todas las preguntas del dueño.

—Veo que llevas muchos años trabajando en esto, ¿no?

—Ya le había dicho, señor, que mi Vicente es de restaurantes de toda la vida. Sus padres llevaban un restaurante en la ciudad. Y él llevaba todo tipo de platos en un lugar cerca de la estación de Atocha. Puede imaginar lo que supone eso con tantos trenes y la gente llegando y saliendo. Tanta historia. Hay que estar encima de la tarea para mantener el ritmo de la cocina y la barra. Trabajaba de camarero y cocinero, ya sabe. Veo que usted necesita las dos cosas.

—Y si vas trabajando allí con tanta habilidad, tanta casta, ¿por qué te encuentras aquí buscando una cosa más tranquila y,

seguramente, peor pagada?

—Es que, señor, ya verá usted —seguía contestando Julia—, a mí me había sacado de unas circunstancias muy peligrosas con un delincuente del barrio, y para no entrar en detalles, y sin exagerar, me ha salvado la vida. Y como recompensa, el dueño del bar allí le ha echado para evitar líos con los malvados del barrio. Viene ahora buscando trabajo aquí para una vida más tranquila y para casarse conmigo en este, mi pueblo.

—Me parece todo muy bonito y muy loable pero este chaval lleva todo este tiempo aquí y ni ha abierto la boca. Necesito gente que pueda relacionarse con los clientes y crear un ambiente acogedor. Parece que tiene miedo en nuestro pueblo tranquilo. Tendría que venir a trabajar solita sin ti. ¿Cómo lo ves, hombre?

—¡Vamos, Julita! Este señor tiene razón. De todos modos, yo no soy de restaurantes oscuros, con poca luz y mucho turista. Funcimono en bares con clientes con prisa, con barra y cocina, con ambiente de barrio.

En ese momento había llamado a la puerta la encargada de un grupo de turistas esperando en la calle. Había señalado al señor Gomez que se acercara.

—Señor Gomez. He subido toda esta banda desde el aparcamiento y hemos hecho todas las tiendas de la cuesta. Han comprado todas las estatuillas del acueducto, todas las muñecas flamencas y algún torero de plástico que cabe en sus bolsitos y ahora me tienen harta. ¿Se puede entrar? Tienen hambre y yo necesito un gin-tonic para controlar los nervios: de esos fríos, con poco hielo y poquísima tónica. Por favor.

—Pase, señorita. Tengo todo preparado para ustedes. Creo que termino aquí. Camarero, creo que tú acabaste antes de pisar dentro. Ya lo veo. A ver si tu señora te trae más suerte en otro lugar, en uno de esos bares que a ti te gustan más. Nosotros somos de pueblo, sin el refinamiento de tu bar en la gran ciudad.

Vicente estaba ya en la acera entre los turistas que solo habían aterrizado el día anterior de países lejanos y ahora se sentían bien confusos en unas calles céntricas de un pueblo pequeño en el centro del país.

«Esto no funciona. Lo quiere arreglar todo quitándome la voz y la presencia. Mejor solo, un hombre con confianza, presencia y experiencia. Yo soy profesional serio y con historia propia. No me hace falta representante», se imaginaba Vicente.

Había empezado a dar pasos hacia arriba con Julia dando pasos más pequeños y más rápidos para alcanzarlo. Los dos se encontraban en estados de crispación por razones suyas propias.

—Espera, Vicente. Vas muy rápido. Veo que no estabas a gusto ni con el lugar ni con el señor.

—Bueno, había otro lugar, ¿no? —había ofrecido como respuesta impaciente pero decidida.

—¡Vamos allá!

Había alcanzado el Mesón de la Catedral a unos pasos de la plaza Mayor. Un lugar estrecho y algo escondido pero con una mesa afuera estilo barril de vino con un taburete donde solía sentarse el dueño, conocido de Julia. Pepito, como lo llamaba todo el mundo, no era nada pequeño. Al revés, tenía una barriga más ancha que la de Vicente y era más alto pero con una cabeza pequeña y la cara roja, de haber bebido tanto vino de lo que cabía en el mismo barril. Ese día llevaba una gorra demasiado grande escondiendo una calvicie casi completa. Estaba fumando y el bar quedaba vacío.

—Anda, señora. ¿Usted por aquí? Y este debe ser el prometido. Bueno, hoy hay menos clientes que fieles en la catedral. ¿Ya ha pasado por allí? La próxima vez, saluda al cura de mi parte. Como su lugar tiene el mismo nombre que mi establecimiento, debería pasar por allí con más frecuencia a saludar y a dar gracias al Señor.

—¿Usted va a misa…?

—¡Vicente! —había ofrecido sin saber cuál era la respuesta adecuada.

—Lo que pueda —había contestado al final—. Tal vez, más ahora.

—Claro, me lo ha contado todo su señora. ¿Se ha quedado parado, no? Tras la historia del delincuente. Lo de la capital me da un poco de escalofríos. Aquí quedará bastante más tranquilo.

—Aún no es mi señora, pero estamos en camino, ¿no?, Julia.

Esta vez no quería Julia imponerse tanto y había puesto cara de incómoda con el enfoque repentino en su estado civil.

—¡Ah, Julia! No lo sabía, con las veces que la veo subiendo y bajando el camino hacia su catedral para su cita con el cura. La verdad es que debo pasar por allí alguna vez. Es que me lío con las misas que dan aquí. Ya saben, tengo mis propios fieles que vienen a confesarse aquí. Sabe que a veces yo creo que se equivocan de catedral o que les entra pereza subir hasta la de Dios en la plaza.

«Queda claro que este señor no encuentra hoy ni clientes ni fieles. Aprovechando así de mi nombre y buena voluntad. Menuda cara. Pero si ficha a mi prometido no me voy a quejar», había pensado Julia.

—Anda, pasa por dentro así charlamos un poco y me explicas lo que me ofreces; pero lo que más me interesa es cómo has podido con el delincuente de Atocha. Suena a peli, ¿a que sí?

—Doña Julia, si quiere usted, puede seguir hasta la plaza. Seguro que el cura encuentra un hueco en la lista de espera del confesionario. Solamente será cosa de esquivar a los chinitos en la plaza. Vicente y yo hablamos de términos y condiciones aquí con nuestro vinito leonés.

Julia estaba a punto de enfadarse con las idioteces de este Pepito, con sus héroes y sus doñas y sus «ustedes»; pero marcharse y dar una vuelta le había venido muy bien. El reto había sido buscar un trabajo para su futuro marido para no tener que cubrir sus gastos en el pueblo. Un marido parado no le servía de nada.

Había dejado a los dos hombres sentados en los taburetes castizos (de madera y cuero oscuro), mientras Vicente contaba del principio al final su encuentro en Atocha: él como *sheriff* del *wild west*.

«Me viene muy bien dejar a estos tontos, estos niñatos se cuentan sus historias de película; pero, si vuelve y no ha concertado nada que traiga dinero, y muy pronto, pues ni boda ni viaje de novios».

Entre los dos, Pepito y Vicente iban enredándose con historias de la gran ciudad, historias más bien inventadas. La conversación nunca se había acercado a una entrevista para un puesto formal de camarero entre la cocina y la barra, sino que era casi una charla entre viejos amigos. Tenían los dos más o menos la misma edad y actitudes en la vida muy parecidas, pero ambos se estaban imaginando una amistad valiosa —con el precio de un salario mínimo.

Julia había vuelto de su paseo para encontrar a los dos a cada lado de la barra con un par de vinos tintos (y la botella) en el mostrador.

—Veo que os habéis hecho amiguetes.

—Bueno, ha sido un intercambio de perspectivas profesionales —había contestado Pepito—. Su Vicente está muy enterado de la vida de las casas de huéspedes de Madrid. No es solo historia de proteger a la gente de los fugados de la cárcel.

—Anda, que el chico no se escapó; estaba libre de fin de semana, Pepe. Exageras algo —había apuntado Vicente.

—Bueno, ¿nos toca probar otro establecimiento o habéis llegado a algún acuerdo entre los dos? —le había preguntado Julia con cierta impaciencia.

Con tanta vuelta por la Plaza Mayor entre puestos con estatuillas del Acueducto o del Alcázar (hasta un puesto entero con globos de

nieve de la una y de la otra) y grupos de turistas hablando idiomas irreconocibles, Julia se había puesto de un humor de lo más negro.

Julia había tardado unos segundos para entender el significado de lo que Pepito le acababa de contar.

«¡Vaya, vaya! Lo que ha hecho este cabecito ha sido contratar a mi novio para hacerle compañía. No puede sacar lo suficiente de este lugar para poder vivir, pero encuentra un hueco para que Vicente le cuente historias, seguramente inventadas… ¡y para empezar la semana que viene! ¡Vaya arreglo he hecho yo!».

«Bueno, bien. ¿Qué voy a decir? Me parece bien, pero ahora se tiene que volver a su gran ciudad a preparar su salida. Y yo también tengo asuntos sin arreglar».

—Nos vamos, Vicente. Habrá tren dentro de media hora. Tú te tienes que marchar y yo tengo asuntos en casa… con la familia. Cogemos taxi.

—¡Vaya, vaya! —Esta vez había exclamado Vicente.

«Consigo un trabajo y ahora me lleva en taxi. Lo que me ha traído ese delincuente: otro pueblo, otro mundo… hasta una mujer».

Habían tomado asiento en una mesa en el café de la estación. Habían faltado unos cuantos minutos para el tren a Nuevos Ministerios, pero quedaba para arreglar y eran cosas que no se deciden en el andén número uno.

Julia había pedido en la barra para no gastar los escasos minutos que les quedaban para el tren. La camarera había dejado un coñac en la barra para Julia y un café solo para su novio.

—Esto te viene mejor, con lo del vino que has bebido con tu nuevo amigo, tu nuevo jefe, que ha pagado barata tu amistad con lo que te va a pagar. Pero algo fuerte me permite a mí pensar con más claridad.

—Mira, Vicente. Más adelante puedes pensar en alquilar tu piso, pero de momento nos interesa mantenerlo allí (con lo poco que pagas de alquiler). Tienes que volver allí ahora, recoger la ropa que

vas a necesitar —no vas a necesitar tanta—; aún tengo cosas de mi marido que puedes usar. ¿Qué más da? De todos modos, un hombre como tú no va a tener armarios llenos de ropa, ¿verdad? Llevas ropa de camarero andando por la calle. Mejor limpiar un poco tu casa; no querrás volver allí (porque seguramente tendremos ocasión de irnos a Madrid un fin de semana o entre semana) y encontrar cucarachas y hormigas investigando el cubo de la basura o hasta en los armarios con las migas que habrás dejado en los rincones.

A Vicente le había sobrado tiempo para terminar su café escuchando todos estos comentarios de Julia, que eran más bien requisitos suyos para entablar una relación con ella, para conseguir acceso a su casa al lado de la casa cuartel de la Guardia Civil, para compartir su vida.

«¡Esta mujer!».

—No podrás subir aquí hasta el fin de semana próximo, pero tienes tiempo de sobra para empezar el lunes. Tengo que informar a mis chicos de nuestro acuerdo. Sabes que la gente habla mucho por aquí. Si me preguntan, voy a decir a cualquiera que nos casamos en Madrid. ¿Qué van a saber? Entre mi trabajo con los ancianos, la compra y mis visitas a la catedral, no estoy mucho por casa, pero algún día tendré que dar explicaciones. Los chicos están a su aire, su padre era como si no estuviera, pero no quiero historias con las vecinas. Nos casamos de verdad en otoño; hay una pequeña iglesia no muy lejos de la residencia (se ve desde la cocina) donde no me conocen. Hasta podría coger un par de ancianitos como testigos: no tiene mucha historia».

«¡Esta mujer!».

—Mujer, pago el café y me voy. Haré todo lo que has dicho. El tren está a punto de llegar. Me acerco sobre las doce del mediodía. Me tendrás que dar llave, por cierto. Tal vez después de comentar algo a los chicos.

—Ala, vete. No te preocupes. Lo tengo todo controlado. Acércate sobre las doce el sábado. Te estaré esperando.

En ese momento había llegado el tren. Vicente había salido del café, dejando a Julia con sus pensamientos, con sus planes, con sus mandatos inacabables.

41

Desde Atocha había bajado hasta Delicias el matrimonio ya no tan reciente.

A los pocos meses de haber llegado Vicente a la casa de la familia de Julia, la pareja se había casado, tal como ella había previsto, en la pequeña iglesia cerca de la residencia de los ancianos.

Habían asistido Lola y un par de ancianos como testigos.

A los hermanos se les había parecido como si su madre se hubiera vestido de domingo para ir de compras.

Lola había llevado un ramo de flores de colores distintos como símbolo, pero no sabía muy bien de qué.

Habían entrado en el piso de Vicente, en la primera planta, en su tercer viaje a Delicias en los últimos años.

La puerta del piso se había enganchado un poco tras meses sin abrir.

Había tiestos de barro en el balcón: los mismos tiestos que había dejado allí su madre hace décadas.

Vicente nunca se había preocupado por las plantas.

Su piso era un lugar donde quedarse a dormir entre turnos en el Cristal.

Tenía una cafetera en la estufa con un paquete de café molido en la encimera al lado; algo de café, con el mismo color y consistencia que la tierra en los tiestos, cubría la superficie y había caído hasta el suelo.

Llevaba más de dos años allí.

Al llegar a casa se tumbaba en el sofá tras encender la tele con sus cinco cadenas.

Solía escoger algo de Telecinco con juegos o concursos antes de quedarse frito a los pocos minutos.

Vivir los dos en el pueblo no les había salido del todo bien.

Los chicos se habían sentido incómodos con otro varón en casa y a los pocos meses Juan había conseguido un trabajo (y una novia) en el País Vasco y se había trasladado a San Sebastián, donde ella tenía casa (la casa de su abuela ya difunta), y los gemelos se habían quedado en Segovia para encontrar una casa compartida en la urbanización cerca de la estación con un par de antiguos compañeros del instituto y del centro de formación profesional.

Julia no sabía nada pero Martín había metido a su novia allí.

Habían tenido que compartir una cama individual en un piso interior.

No sabía nada de la vida de sus hijos, sobre todo los gemelos, y los dejaban más o menos sin cuidar.

Los chicos habían aguantado a su propio padre en casa pero aguantar a un desconocido que ni siquiera les saludaba por la mañana de camino hacia el Mesón de la Catedral había sido una cosa que a los pocos meses les había resultado más que incómodo.

Vicente pasaba más tiempo en el bar de Juan Bravo, supuestamente trabajando, que en su propia casa, en la casa de Julia.

Nunca había sido una persona cómoda en casa donde tenía que ocuparse de asuntos de limpieza, de recibos y de vecinos.

No se relacionaban ni con su madre ni con su hermana pero un extraño sin relación alguna estaba fuera del límite de comodidad.

Así que entre los dos habían decidido probar suerte en Madrid y habían bajado un sábado por la mañana repitiendo el viaje de otro sábado cuando Julia se había empeñado en buscar a su futuro marido en las calles y rincones de Delicias.

Esta vez el camino había estado claro y Julia no había tenido que ir buscando en bares o preguntando a quiosqueros del barrio.

Habían pasado casi tres años desde su encuentro en Atocha y Vicente se sentía con confianza para volver a su barrio sin el miedo

de encontrarse con antiguos compañeros o clientes.

Además, después del verano la gente empezaba a volver de sus pueblos y se sentía con más seguridad de encontrar trabajo.

Su relación de amigo-empleado había terminado siendo un poco pesada.

Estaba cobrando para que Pepito tuviera con quien charlar.

Pasaba sus días con él; ni los clientes ni los turistas habían llegado a interrumpir la monotonía.

Vicente se conformaba con poca cosa pero al final los comentarios vacíos sin fin habían empezado a causar trastornos inesperados.

—Vicente, yo no puedo estar aquí, en una casa en estas condiciones.

—Lo arreglaré todo —había respondido Vicente—. Es solo cosa de limpiar un poco y echar algo de comer en la nevera. Aquí tengo todo lo que vas a necesitar. Me criaron aquí, ¿sabes?

—¡Que no! No puedo estar. Tomamos algo aquí abajo. Tiene que haber algo por aquí que no esté lleno de polvo y grasa, ¿no? ¿Cómo aguantas? Bueno, yo sé cómo aguantas: es que tienes costumbre, ¿no?

«¡Ala! ¡Echar cosas en la nevera! Este Vicente no tiene idea. Me caso con un inútil. Nunca había cocinado en casa. Entre sus tapas, sus raciones, sus churros y sus porras, se había quedado tan contento pelando, picando, friendo y recalentando lo que había en barra tanto para sus clientes como para sus propias comidas. Y en Segovia, hemos sido Lola y yo quienes lo hacíamos todo. Yo creo que le vendría bien una temporada solo en este piso, mientras yo me arreglo en mi casa a solas con Lola».

Después de la boda, nada había cambiado en la casa en la planta baja en Segovia.

Los chicos habían abandonado tanto la casa como las responsabilidades que conllevaba la vida en familia con su madre y su hermana pequeña.

En vez de seis, ya había tres en la mesa del comedor a la hora de comer la tortilla o la ensaladilla rusa que había sobrado de las comidas de los ancianos.

Pero el ritmo de esos encuentros seguía igual.

El marido siempre escuchaba las peticiones y comentarios de su mujer, tal como había hecho su primer marido, sin reaccionar.

Había cambiado de marido pero todo lo demás, como el fantasma de Paco, el primero en ocupar espacio en la cama matrimonial, aún estaba en su silla en carne y hueso.

Julia había mirado alrededor del pequeño salón en Delicias con el dormitorio de Vicente al lado, cada uno con su ventana exterior con vista a la farmacia, el estanco y la ferretería a la antigua enfrente.

Siempre iba a ser el piso de Vicente y de nadie más.

«¿Por qué me encuentro aquí con este camarero, con sus tiestos del siglo pasado, con su tierra arqueológica? ¿Qué coño he hecho para merecer esto?».

Lola había empezado también con un lenguaje (para ella sola) que le sueltan los ancianos de la residencia sin saber lo que estaban soltando y también de Beatriz en casa entre sus amigas, con sus padres siempre fuera de casa.

«Se me muere Paco —otro ausente— y yo estaba perfectamente sola (con Lola). Nadie me había pedido volver a casarme. No había necesitado otro cuerpo (con vida) a mi lado. Hace tiempo que han pasado esas necesidades».

Se había permitido una pequeña risa al pensar en las relaciones físicas que había tenido con ambos maridos.

«La vida me ha traído otras cosas de qué preocuparme: mi pequeña Lola, último regalo de Paco.

«Pero ahora es ella la que lleva esa casa. Me tengo que buscar una vida aquí y darle a Lola su libertad. No me necesita. Tiene que descubrir su vida, allí en el pueblo. Crear su propio mundo».

Yo he hecho lo mío y ahora ella tiene los años para hacer lo suyo.

Tengo que apañarme con este Vicente.

«Es mi reto —pero aquí, en este piso— no, gracias».

—Bueno, mi amor. A trabajar. Yo te ayudo un poco con esto y luego me voy.

—¿Te vas? ¿Adónde?

—Pues, a Segovia, bobo.

—Pero hemos llegado ahora.

—Solo me marcho yo. Tú tienes tarea aquí. Primero tienes que limpiar esto (te hace falta cubo, fregona y lejía, con eso basta) y luego te tienes que buscar trabajo —otra vez, cielo.

—¿Y tú?

—Te he dicho. Vuelvo al pueblo para arreglarlo todo con Lola. A pesar de sus años puede con todo, pero no quiero historias con los vecinos.

—Una vez que lo tienes todo arregladito, me vienes a avisar (también tengo que atar cuerdas en la residencia) y vuelvo por aquí. Buscas otro piso (te he dicho que no puedo estar aquí) y nos apañamos con otro capítulo.

—Pero…

—Tranquilo, nos hacemos vida nueva aquí. El pueblo se me va quedando pequeño, pero lo de Lola lo tengo que arreglar. No tiene ella por qué aguantar el cotilleo de los vecinos y lleva toda la vida funcionando como si estuviera preparada para lo que la vida le echa encima. Está mejor sin nosotros —sobre todo sin ti, cariño.

—Bueno, bueno, no es para tanto.

«Esta mujer, mi mujer (que al final es la mía —¡vaya recompensa!), ¿tanto me quiere herir?».

Mientras Julia iba arreglándose la vida, buscaba en los armarios de la cocina cosas para limpiar como un verdadero profesional de esos que limpian casas al terminar un contrato de alquiler.

—Mira, mi amor. Al final aquí no tienes nada. Me lo sabía. Bájate para comprar lo que te he dicho. Te ayudo un poco y me voy.

Dentro de una hora Julia estaba en el tren de vuelta al pueblo con Vicente sentado en su sofá de dos butacas con la fregona en la mano y un cubo lleno de agua fría y media botella de lejía. Con la bombona agotada no había salido agua caliente del grifo. Otro asunto sin arreglar.

«Tras dos años de matrimonio me ha dejado aquí plantado donde siempre. Limpiar el cristal formaba parte de mi trabajo y, ¡coño!, lo hacía. Parece que no hay más remedio. ¡Hala! Un poco de *Tres por Cuatro* y a por la tarea».

Efectivamente, Vicente había vuelto por unos instantes al ser que había estado antes, cuando aún trabajaba en el bar, antes de conocer a su pueblerina, antes de meterse con los presos del barrio en sus escapadas desde Carabanchel para pasar unas horas husmeando en los bares alrededor de la estación buscando una oportunidad de sacar un pequeño beneficio de sus pocas horas de libertad.

Ahora, como persona responsable, había tenido que asumir las obligaciones de su cambio de estado civil. Había quedado claro que su deber como marido había sido conformarse con los requerimientos de Julia: primero volver a la búsqueda de un trabajo y una vivienda apropiada para el matrimonio.

El programa había terminado y Vicente se había despertado y se había levantado del sofá con sus zapatos negros de camarero aún puestos, y se había acercado a la ventana con su pequeño balcón para luego subir las persianas y recoger los tiestos de barro con sus décadas de tierra seca.

—Mamá, ya es hora de dejar el piso. Sabes que me he casado y tengo que pensar en mi mujer. —Hace tiempo que Vicente seguía hablando con su madre.

Se había descolgado su gabardina del clavo detrás de la puerta y había bajado la escalera para encontrar al portero fumando un cigarro en el portal.

—Buenas tardes, señor.

—Anda, Vicente, otra vez por aquí. Pensé que tu piso se había quedado vacío, ya que no veía a nadie por allí.

—Es que me casé, señor, y he estado fuera una temporada.

—¡Hala, chaval! Había pensado que lo del matrimonio te había pasado a un lado, que estabas resignado a una vida de soltero tras tantos años cuidando a tus padres aquí arriba. Fue una misión sagrada por tu parte. ¿Y tu mujer? ¿Dónde se encuentra?

El portero había conocido a Vicente de muy pequeño. Ahora tenía la misma edad que sus padres cuando se habían muerto en este mismo edificio. Era una persona de poco hablar, pero al encontrarse con Vicente le habían entrado las ganas de meterse en sus asuntos. De una manera u otra, la historia había corrido la voz de cómo se habían conocido Vicente y la segoviana, y él quería oír la historia de la boca del principal involucrado.

«Ay, el portero de toda la vida, las ganas que tiene de meter sus narices en mis asuntos».

—Se ha ido a su pueblo a arreglar asuntos. Por cierto, señor, me he puesto a buscar otro asunto aquí en Madrid y a cambiar de barrio. Ya es tiempo, digo yo.

—No dejo la casa, pero tenía pensado alquilarla. Me permite poner un anuncio aquí en el portal y pongo un cartón en el balcón donde bien se ve.

—Bueno, no…

—No se preocupe, Señor. No tiene que hacer nada. Lo hago todo yo. Tras tantos años trabajando en comercios, tengo costumbre en estos asuntos.

Sin ganas de dar más explicaciones, Vicente se había ido. Se le había ocurrido seguir los pasos que había trazado el día que su pareja (que ya se podía llamar así) había venido a su búsqueda, y donde había tropezado con ella en la terraza en Embajadores — donde había ligado a el joven camarero guapo con melenas.

Al llegar a la terraza, había cruzado Embajadores para mirar sin ser visto. El Melenas seguía allí entreteniéndose con otro grupo de jovencitas en una mesa.

«¡Vaya, vaya! Sigues aquí. O sea, no te salió lo de barista en los sitios de modernos enchufados por Ópera. Hasta tienes unos claritos en el cabello. ¿Ya no tan joven, eh?».

Se había marchado directamente hacia Lavapiés con un paso más decisivo.

Se había parado un minuto al lado del Teatro de Lavapiés, donde se agrupaban los autodenominados progres del barrio sentados en la acera o antes de las puertas pesadas de la entrada. Las tiendas de productos africanos y los restaurantes indios reflejaban el cambio etnográfico del entorno. Había mirado los pisos con balcones más hacia arriba. Allí vivían los ancianos de otro mundo con alquileres bajos de tiempos atrás. De vez en cuando morían, dejando sus casas a sus hijos y nietos, pero era un proceso lento y se necesitaba paciencia para quienes querían buscar un piso barato. Y lugares como Lavapiés se habían puesto de moda con alquileres de corto plazo.

Vicente andaba con prisa. Como aún recién casado, se sentía una obligación de satisfacer las expectativas de su mujer. Por un instante se había parado para mirar un solar enfrente del teatro en la misma plaza de Lavapiés, con la boca del metro en pleno centro.

Al quitar el espacio donde se encontraba el solar había dejado totalmente al aire un trozo del edificio que hacía esquina con la calle del lado.

Los balcones del edificio daban a la calle perpendicular y con el corte del solar quedaban los últimos pisos del edificio como la hoja de una navaja, así de estrecho con ladrillo picado a un lado y, a solo un metro de ancho, balcones con ropa al otro.

Vicente se imaginaba cómo se vivía allí, entre el balcón y el solar vacío.

«¿Quién viviría allí, y cómo? Tengo que buscar algo menos precario para mi Julia. ¡Lo que es de exigente! Pero primero, un trabajo».

No muy lejos estaba el restaurante El Económico, donde tanto se había cabreado Julia en los primeros quince días de su noviazgo.

Al final se había empeñado en casarse en la iglesia cerca de la residencia con los testigos noventañeros.

«Ahora, seguramente, difuntos.

«Se había casado conmigo por razones que sigo sin entender. Parece de película. Seguramente es eso. Somos muy diferentes pero me encuentro en el bar ese día en plan John Wayne, muy lejos de su vida cotidiana, y se encuentra en mí su vida representada en los carteles de los cines de la Gran Vía y ahora no se admite marcha atrás. Somos los dos víctimas del destino. Claro que yo también buscaba una vida fuera de las horas que he pasado friendo patatas, cortando tentáculos de pulpo. He dado la vuelta a cuántas tortillas, con y sin cebolla.

«Y ahora, tras un par de años como amigo fichado de Pepito en el Mesón de la Catedral, me encuentro buscando trabajo de cocinero o lo que sea.

«Me vuelvo fuera de mí. No es para tanto. Hay vidas peores».

Se había encontrado en la misma acera del Económico mirando el menú del día en una pizarra en forma de uve invertida.

«¡Vaya! Pulpo a la gallega, callos, revuelto de trigueros. Cosas mías. ¡A probar!».

Una pegatina en la misma pizarra, de lápiz grueso, pedía cocinero/camarero con experiencia.

Vicente había despegado la pegatina y había entrado directamente en el comedor apartando una cortina roja oscura de tela pesada y se había encaminado hacia el fondo al estilo John Wayne, cojeando un poco y cambiando un pitillo imaginario de un lado de la comisura de la boca al otro.

«El destino se cumple. Acabo aquí, no muy lejos de lo de mis padres. ¿Te sientes orgulloso, Papá? ¡Para joderte!».

Los precios que cobraban en el Económico habían tenido una explicación bastante evidente. Reflejaban la calidad de los productos. En ese barrio no se podía cobrar demasiado ni los progres, ni los inmigrantes, ni las abuelas que aún no habían pasado sus pisos a sus nietos tenían dinero para mantener restaurantes modernos de precios elevados y el dueño no podía contratar a más de un mínimo de empleados a un salario también mínimo.

Tampoco Vicente pedía mucho. Solamente quería un trabajo para poder decirle a su mujer el sábado próximo en su pueblo que, sin la ayuda de nadie, había conseguido un trabajo. Nunca iba a tener ni las ganas ni la oportunidad de decirle a Julia donde había empezado a trabajar ese mismo lunes.

El dueño le había hecho unas preguntas sobre los platos que sabía preparar y también de dónde había estado trabajando hasta ahora y por qué en estos instantes necesitaba un trabajo cuando ya tenía una vida de pareja en Castilla y León. Realmente no le interesaba mucho la historia que representaba este camarero, del estilo de los años atrás, que ya llevaba puestos sus zapatos lisos de camarero. Solo necesitaba alguien que pudiera empezar ya porque otro empleado le había dejado plantado por una historia de enchufe en un lugar más fino en Chamberí.

«Lo de la limpieza que me pide esa. Me la dejo para mañana. Cada cosa en su momento. Debo aprovechar un poco de mi semana de soltero; ¡ya es hora!».

Había cogido la línea tres que le llevaba directamente a Delicias. En la boca del metro se había parado un momento en el quiosco que estaba a punto de cerrarse para su día de descanso, el día siguiente.

—¡Anda, Vicente! ¿Tú por aquí? Pensé que te habías marchado con esa nena que preguntaba por ti hace tanto tiempo.

—Sí, aún ando por aquí en la casa de mis viejos, que descansen en paz.

Había cogido una revista de porno de las más detalladas del último estante.

—Cóbrame esto.

Y había caminado los últimos pasos hacia su piso para tumbarse en el sofá delante de otro programa de juegos en Telecinco.

42

—Vas a tener que explicar a Pepito que no puedes seguir en el Catedral. Tendrá que ser hoy. Va a necesitar contratar a otro con quien charlar —había informado Julia.

Tras más de dos años de matrimonio Vicente aún no tenía llaves para la casa que compartía con Julia y su hija. Había tenido que tocar el timbre y ella le dejaba entrar.

Al salir del tren había comprado un bocadillo de queso para llevar y lo había dejado en su bolsita de papel en la mesa. Había tenido bastante seguridad de que Julia no había preparado nada para comer.

—Debes ir ya si fichas en Lavapiés el lunes. ¿Por qué tienes que haber elegido ese sitio? ¡El Económico… vaya por Dios! Después de lo mío, no crees que vaya a pasar por allí. Aun con comida gratis.

—Estas cosas no se eligen, cariño. Yo solo estaba contento de que el dueño no se había acordado de nuestra estancia allí ni, por cierto, de mi asunto con el preso de Carabanchel.

—¿Sabes que eso lo tenía controlado desde el primer momento?

—¡Anda! ¿Qué cuentas? Estabas temblando. Te salvé, mi amor. Hay que reconocerlo…

—De todos modos, vete ya. No hay tiempo para el bocadillo. Te lo puedes comer en el camino. Casi mejor que hables con él ahora y esta noche vuelvas a Madrid. Te tendrás que preparar para el lunes.

—Pero acabo de llegar.

—Es que me doy cuenta de que mi hija se está poniendo incómoda con tu presencia.

«Bueno. Es que estoy incómoda yo también. Tal vez en Madrid, fuera del pueblo pequeño, nos vaya mejor». —se había dicho Julia.

«La verdad es que necesito algo de tiempo para mí sola y Lola tiene que descubrir su independencia. No hace nada con su vida».

—Después, pásate por aquí antes de coger el tren. Así nos despedimos. ¿Tienes ropa allí? Yo me acerco el fin de semana próximo. Sabes, a esa casa no voy; entonces, vete pensando en buscar otra cosa. Tampoco quiero vivir en el barrio ese, ¿eh? Tampoco me sentiría cómoda allí.

Vicente nunca se había sentido en casa con la familia de Julia en ese piso bajo que se encontraba en una línea recta desde la estación (subiendo cuesta arriba) y ahora le había parecido que se iba a marchar de allí. No había visto una circunstancia en la que iba a quedarse otra noche en esa cama de matrimonio.

Al entrar allí para recoger algo de ropa se había fijado en que no había casi rasgo de su tiempo allí: su poca ropa escondida en el armario, la mesita de cama a un solo lado de la cama —el lado donde dormía Julia—.

«Al volver a Madrid, siento que he vuelto al principio. Solo me hace falta volver al Cristal antes de la visita del delincuente. Tengo la duda de que vuelva a mi encuentro mi mujer (la mía, cierto), que ya no es la misma persona que entró en mi bar con su abrigo verde de pueblo, como si me buscara».

El sábado Vicente no entraba al Catedral a trabajar. Era su día de descanso. Pero era imprescindible hablar con Pepito ese mismo día para poder escaparse a Madrid y no volver.

Como si no hubiera pasado esos dos años, el Catedral estaba vacío y Pepito seguía sentado afuera en su taburete con su café solo en una taza pequeña (haciendo juego con su cabecita) y el codo apoyado en el barril de los antiguos.

—¿Tú por aquí? —había exclamado Pepito mientras Vicente entraba lentamente por la calle Juan Bravo.

No había subido con prisa, como siempre se ponía angustiado al tener que afrontar un desafío. Curiosamente, el día que había

conocido a su Julia, había reaccionado con un impulso al ver el peligro que corría Julia, cambiando así para siempre lo que le había quedado de su vida. Ahora, al volver a Madrid, los días se le iban acabando con más rapidez; no se había dado cuenta de lo poco tiempo que llevaba por delante, solucionándolo todo de un golpe.

Había subido todo Cervantes y luego Juan Bravo como si llevara el paso de vuelta a la catedral en Semana Santa.

«No hay prisa para el tren, y tal vez Pepito ha cerrado ya para el descanso del domingo, así que podría llamarle el lunes Julia y que le explique ella. De todos modos, fue decisión suya. He tomado una decisión propia en Atocha, y desde entonces ha sido todo lo suyo».

—¿Qué pasa? ¿Vienes a ayudarme? Sabes que puedo yo solo perfectamente. Ves que no ando agobiado de clientes. ¿No me digas que vas a confesarte? Tu mujer está siempre subiendo y bajando por aquí. Con el cura, yo creo que tiene línea privilegiada con nuestro Santísimo. No creía que pecara tanto.

—No, no voy a la catedral. Vengo a verte. Resulta que…

—¿Resulta que en tu día de descanso no tienes dónde ir y te han dejado solo en casa y no tienes otro sitio donde ir? ¿Eso, no?

—¡Pepito, que no! Resulta que tengo que irme.

«Pero ni te has sentado aún. Cógete un vinito y vente a sentarte conmigo. Van llegando los autocares con esos turistas asiáticos y les echamos un vistazo. No entran nunca, pero los vemos en la calle con sus uniformes (así parecen). Ya sé que en casa tienes a tu Lolita, pero aquí pasan muchas cosas».

«¡Esto no, para nada! Yo no soy como él, en absoluto. Me está haciendo la cosa más fácil. Aquí no me quedo. ¡Para nada, nada! ¡Que no soy así!».

—¡Que no, Pepe, que me tengo que ir a Madrid! Al final, nos trasladamos a Madrid. Me ha salido un buen trabajo allí. Es más trabajo, pero no me pagan mal. Entro pasado mañana y busco piso para mi mujer y para mí.

Se notaba la decepción en la cara de Pepito. No tendría con quien pasar las horas interminables de trabajo y sin clientes.

—¡Pero, amigo Vicente! ¿Cómo voy a hacer? Tu mujer, la muy cristiana, te quita las cosas que más te gustan. No eres aún un empleado. Te niega tu mujer la libertad propia de un hombre.

—¡Que no es así, jefe! Ya es tiempo de hacernos una vida en la capital. Lejos de la vida del pueblo con familia y vecinos que van siempre con cotilleos y costumbres de lo más cotidianas.

—¿Y la niña?

—Ya no es tan niña y es una chica independiente. Estará muy contenta ella sola en la casa. Y, para decir la verdad, me viene bien alejarme de ella: una nueva vida en un barrio donde no me conocen en Madrid.

—Pepe, tendrás que buscarte otro cocinero, otro ayudante para pasar las horas en tu rinconcito tranquilo, donde pasan los turistas sin parar. Tal vez es una oportunidad de cambiar de imagen. Estos mesones castellano-leoneses ya están pasados de moda. ¿Por qué no un *fast-food* de esos con *manager* joven, una chica moderna, ya sabes?

—Vas de coña, ¡anda ya! —Pepito había empezado a cabrearse con Vicente, sus sueños y sus obsesiones.

—Al final, creo que te viene bien volver a la capital. Nunca te he visto muy cómodo aquí con el aire limpio del pueblo. Estarás mejor en un Madrid contaminado con el calor de la calle y el olor de aceite quemado en la cocina.

—No te debo nada, ¿verdad?

—Dile a tu hijastra que pase por aquí con sus amigas del instituto. Siempre las veo cachondeando por aquí al subir a la plaza. La rubia esa siempre se está arreglando el pelo y el maquillaje en mi vitrina. ¿Cómo se llama?

—No creo que vuelva yo por aquí, Pepe, hasta luego.

—Ya.

Vicente había vuelto a bajarse por Juan Bravo y luego Cervantes, pasando entre la Casa de los Picos y la terraza que demarcaba el cambio de nombre de la calle. Justo después estaba la Papelería Del Amo con su dueño haciendo cuentas en el mostrador con la puerta abierta. Eran todos sitios que Vicente, tras dos años de matrimonio y de trabajo en el Catedral, había reconocido; a menudo había parado para tomar un café en la terraza para hacer tiempo antes de regresar a una casa donde se había sentido como un invitado que ya debía irse a casa al acabar la fiesta hacía tiempo. Ahora se estaba preguntando si algún día volvería a ver esta calle principal del pueblo. Y con razón.

Tenía todo lo que le hacía falta para el viaje de vuelta y había escogido un camino hacia la estación que evitaba pasar cerca de la casa de Julia. Iría cuanto antes a la estación para esconderse en la cafetería con la puerta de cristal pegada al primer andén, dirección Madrid. No quería encontrarse con nadie del vecindario, del mercado que frecuentaba solo cuando Julia estaba con los ancianos; también quería evitar el instituto donde asisten las vecinas del último piso.

«La rubia esa seguramente tiene alguna actividad de deportes el fin de semana en el patio del instituto. ¡Estas jóvenes con tanta energía! Lola no iba nunca. Se había quedado en casa para fastidiarme. Me tuve que salir yo y luego esperar la vuelta de mi mujer, su madre».

«Bueno, chica. Ya no vuelvo. Tienes la casa para ti y tu madre. Es que no tengo claro que venga a Madrid o que quiera que venga. El destino, otra vez».

A esa hora un sábado el tren no iba muy lleno.

Para los que pasaban un día de turismo en Segovia aún les quedaban unas horas para aprovechar la luz y la falta de lluvia, y a los que quedaban de fin de semana aún les faltaban veinticuatro horas para la vuelta. Vicente había aprovechado el regreso para pensar en cómo arreglarse la vida en Madrid.

«A pesar de la duda, voy a suponer que el sábado próximo estará mi mujer llamando a mi puerta. Tengo una semana para aclarar un sendero. ¿Se imagina Julia realmente como mi mujer?

«En mi piso no quiere estar y yo tan a gusto allí. Mis padres, que descansen en paz, siempre me dijeron que no soy de esos que se echan mujer. ¿Y si busco por Argüelles? Tiene todo en esa línea: desde Delicias, pasando por Lavapiés para llegar a la estación de Argüelles. Es un barrio que siempre me ha gustado, entre el parque y los pisos de los estudiantes. A esa le tiene que gustar. Se verá con sus amiguitas de la Mallorquina paseando por el Parque del Oeste y la Plaza de España, ella tan contenta».

Los vaivenes desde Atocha hasta Segovia, iniciados en ese encuentro en el Cristal, se iban acabando. Esta sería la última vez que Vicente había cogido ese tren y no volvería nunca al pueblo de Julia. No lo sabía aún, pero a Julia tampoco le había quedado mucho tiempo en la casa donde había estado toda su vida, donde había dado a luz a Lola, en la cama matrimonial, ella, sola, sin la ayuda de nadie.

Como testigo de este acontecimiento estaba la cruz inmóvil en su lugar de dominio en el Valle de los Caídos. Vicente había sentido que estaba todo el ejército de la banda ganadora observando su retirada hacia Madrid.

«Tranquilos. Soy de los vuestros. No me retiro, me avanzo. Vamos a acabar con esto».

Al llegar a la Estación de Atocha, el sol aún calentaba la acera alrededor de la entrada, pero en vez de subir la rampa que llevaba a los autobuses enfrente del Ministerio de Agricultura en la Plaza de Carlos Quinto con su fuente en medio, el camarero había decidido seguir por los pasillos y puentes peatonales interiores para llegar al invernadero con sus plantas exóticas y las tortugas amontonadas en el estanque a la espera de alguna miga de viajeros transeúntes.

«Vosotros también en camino hacia ninguna parte».

Había entrado en su casa sin saber muy bien lo que estaba haciendo. No tenía equipaje y en casa no tenía ni para beber ni comer. Había abierto las persianas para mostrar que la casa, por cierto, estaba ocupada, y se había marchado enseguida hacia el metro, comprando el último periódico que quedaba.

«Un periódico bajo el brazo me da otro aspecto», se había dicho.

—¿Hoy no lleva una de las revistas suyas? —le había preguntado el quiosquero—. Hay nuevas. Te gustarán. Son de las buenas, macho.

43

Vicente no tenía recuerdo de cuánto tiempo había llevado El Corte Inglés en esa esquina. Al salir del metro en Princesa, a no más de unas cuantas paradas de su hogar en Delicias, representaba un viaje a otro mundo. Bajando a un lado, se llegaba al largo Parque del Oeste con los pisos finos y sus vistas a la Casa de Campo con los cables del teleférico cruzando el Manzanares.

No tenía pensado cruzar a ese lado; allí se hubiera sentido fuera de lugar. Sabía que había calles cotidianas con gente de barrio al otro lado de El Corte Inglés y antes de llegar a Noviciado, por el antiguo cuartel militar de Conde Duque.

«Lo que no voy a hacer es cruzar San Bernardo hacia Dos de Mayo con sus drogadictos y sus botellones. No veo a Julia en ese barrio, ¡Ni yo! La verdad. Debería haberme quedado en Delicias. ¿Qué más da?».

En esas horas, se habían intercalado en unos pocos minutos los que salían y entraban por la puerta grande del gran almacén que hacía esquina con dos de las calles principales de Madrid: una que bajaba hacia la Plaza de España y otra que demarcaba la frontera de Chamberí, yendo hacia Bilbao y luego Colón.

La ola de gente había llevado a Vicente, sin querer, hacia el otro lado de la calle ancha, siguiendo Princesa hacia Moncloa. Y allí se había fijado en un quiosco de venta de boletos de la ONCE. El responsable se había marchado tras un largo día vendiendo tiras a los clientes habituales, probando la suerte, pero pegado al cristal por dentro había también varios anuncios de pisos: toda una variedad, algunos con lápiz, otros con boli y una variedad de letra y detalles, entre hojas enteras y papelitos tirados de un cuaderno.

«Anda, aquí tal vez me sale algo».

Se había parado un instante dejando las olas de peatones pasar a su lado. Se había puesto a identificar algunas palabras clave: Noviciado, Conde Duque, piso con habitación doble, amueblado…

Efectivamente, en una esquina de la vitrina de un lado, salieron a la vista unas letras en boli rojo anunciando un piso en ese mismo barrio con solo un número de teléfono. Tenía un antiguo boli en el bolsillo de su gabardina de toda la vida y había apuntado el número en el dorso de la mano. Era un papelito bien blanco que parecía reciente.

«Tal vez haya suerte. Tengo que escaparme de este barrio. No es mío, pero si no llamo a este numerito me quedo donde estoy y Julia se quedará para siempre en Segovia con su querida hija y yo sin nadie. ¡Ánimo!».

Vicente era un madrileño de toda la vida, y sus padres también, pero fuera de su barrio le entraba una angustia de estar fuera de lugar. Su estancia en Segovia había servido de paréntesis. Su única salida era desde el piso hasta el Catedral —el piso que siempre había sido de Julia y su familia, más bien del suyo y de Lolita— y de vuelta. Su único contacto en esos dos años había sido Pepe, el dueño del Catedral, que le pagaba por ser su amigo: alquilado.

«Ni me dejaron mi propia llave. De muy joven mis padres me habían dejado mi propia llave. Así podía salir con los chicos del barrio sin molestar».

Aquí se sentía fuera de su ambiente, entre El Corte Inglés y los coches finos y tanto taxi —blancos, con sus líneas rojas diagonales a izquierda y derecha— en Princesa. Pero al bajar los escalones estrechos de piedra gris desde la calle hacia los andenes de la línea tres ya se sentía más en su ambiente, con la seguridad de que el camino le llevaba a casa.

Tras una llamada desde una cabina en la acera, entre el metro de Delicias y su propia calle, el camarero, con sus negros zapatos lisos, había conseguido una cita con la dueña del piso en la cuarta planta,

enfrente del Centro Cultural Conde Duque, para la mañana, un día antes de entrar en el Económico.

—Mira, señor, le explico un poco la razón por un precio de alquiler bastante razonable —había entablado la dueña nada más entrar en el piso.

—De momento hay obras enfrente por lo del cuartel y el nuevo centro cultural.

La pareja que vivía aquí hasta hace poco buscaba un lugar más tranquilo (como eran los dos estudiantes en la facultad, con buenos padres, a mí me ha parecido); con la obra enfrente no podían estudiar.

—De noche es un lugar tranquilo sin las historias que trae el barrio Malasaña al otro lado de San Bernardo.

—Es solo cuando vienen los camiones grandes y se ponen los trabajadores a gritar y picar con las máquinas esas…

—Pero le digo que eso no va a seguir por mucho rato —unas cuantas semanas más.

En vez de estar muy atento a lo que decía la señora, Vicente había mirado a su alrededor, echando un vistazo al gran edificio enfrente: una muralla sin ventanas, de ladrillo pequeño color rojizo marrón con tejado de pizarra gris a la altura de este piso.

Le parecía muy bien que no hubiera vecinos con balcones enfrente con vistas directamente a la casa esta.

Lo que también le llamaba la atención eran las persianas de madera color verde: las mismas que tenía el piso de sus padres (del suyo) en Delicias, pero este balcón no tenía ni tiestos ni polvo como el suyo.

—Todo me parece en orden, señora. Lo tiene todo muy limpio. Creo que podemos estar muy bien aquí.

—¿Podemos? ¿A que no es para usted solo?

—No estoy con mi pareja, mi mujer. Soy hombre casado, sabe, hace tiempo ya.

—Vendría bien que su mujer vea también el lugar; ¿va a decidir usted por los dos? No quisiera que venga ella y luego cambie de opinión.

—No… Ella se fía. Puede usted estar tranquila, señora. Lo que pasa es que ella tiene que arreglar asuntos en su pueblo (viene de fuera), pero estará aquí para principios del mes próximo. Y yo estoy trabajando aquí cerca.

—Ah, sí, ¿a qué se dedica?

—Soy responsable de un restaurante aquí cerca. Bueno en esta línea de metro.

Por la historia de las obras enfrente del edificio y su ubicación un poco apartada del barrio de moda de los veinteañeros de Malasaña, y a cierta distancia de los pisos más grandes de Princesa, no había mucho interés en este pequeño piso a diez minutos del metro de la Plaza de España.

Entonces, a pesar del hecho de que ni Vicente ni la propietaria estaban convencidos, habían terminado acordando la entrada en el piso el lunes de la semana siguiente.

Vicente había pagado la fianza con unos billetes de cincuenta euros que le había soltado su mujer antes de marcharse.

Y esa interacción con la dueña del piso de la cuarta planta iba a ser su última.

Vicente firmó contrato en un despacho en la Torre de Madrid, el gran edificio que demarcaba una esquina de la Plaza de España, antes de instalarse con su mujer como recién casados.

Todos los pagos se hacían ingresando un talón en la Caja de Madrid del barrio.

El contrato ni lo leyó ni se fijó en el nombre de la dueña.

Se había quedado sin nombre.

Y ella también tenía escaso interés en el individuo que le había acabado de dar un taco de billetes de cincuenta euros, de los rojos.

La dueña había heredado el piso de sus padres y al casarse no quería venderlo, pero los ingresos mensuales del alquiler le ofrecían un cojín de independencia por si acaso el acuerdo que mantenía con su marido no aguantaba los trastornos de la convivencia.

Desde el rellano miraba a su nuevo inquilino bajar con recelos la escalera de madera lisa, con sus zapatos de camarero igual de lisos, agarrando con fuerza la barandilla.

Al oír cerrar la puerta a la calle, la dueña volvió al balcón, aun con las plantas recién regadas de los inquilinos anteriores, para observar a Vicente bajar la calle, su impermeable rozando las inmensas piedras de las plantas bajas.

«A ese señor no le importa ensuciar aún más su abrigo. Por lo menos atar los botones. ¿Qué más da? ¡Qué pague el alquiler y ya!».

«Trato hecho. Vuelvo a casa con dinero en metálico de seguridad en mi bolsillo y sin tener que dar explicaciones a mi marido».

«A ver si mi Julia decide venir», se había dicho Vicente una vez instalado en el vagón de metro en la vuelta a su casa.

Con tanto vaivén y el ruido de las ruedas le dolía la cabeza tras un día de plena actividad.

«Pagando ella la fianza cuenta para algo, digo yo. Pero aún le faltaba confianza».

«Si me hubiera quedado en la cocina del Cristal sin hacerme caso a ese delincuente y el peligro que corría la segoviana».

Por primera vez, Vicente había cogido la línea tres del metro (la amarilla) desde Ventura Rodriguez en Princesa, dirección Lavapiés y más allá.

En ese momento no sabía que esa trayectoria aún en su infancia no iba a dar mucho más de sí y todavía no se había instalado en la casa (de la dueña tan antipática) con su nueva mujer.

Era casi de noche cuando Vicente había salido del metro de Delicias y se había dirigido hacia su casa.

Las puertas del quiosco ya llevaban horas cerradas, pero los estantes estrechos detrás de las vitrinas exteriores mostraban todo tipo de revistas especializadas según el tema: moda, música, motos, mujeres.

En casa Vicente había guardado la revista que había comprado a mediodía debajo de la butaca enfrente de la tele.

Había encendido la tele para ver qué concurso ponían: *Las Cifras y las Letras* con un antiguo presentador de las noticias.

«Ay, ese anciano no. Busco chica joven, rubia».

Le había dado igual el concurso televisado; interesaba más el género y la edad de la presentadora.

Había bajado por completo las persianas de madera de color verde y se había tumbado en su lado derecho, abriendo la revista y dejándola caer sobre su pecho.

Aún llevaba puesta su gabardina, pero había bajado la cremallera de la bragueta del pantalón de camarero, con sus manchas y sus bolsillos grises de tanto sacar llaves y monedas.

«Ha dicho mi mujer que no vuelva a entrar en esta casa. Tengo que aprovechar mi última noche de soltero (de soltero casado, fíjate). Mañana recojo por si acaso».

En otro mundo al otro lado de la Guadarrama estaba Julia también pensando en cómo había cambiado su mundo después de entrar en el Cristal, al enfrentarse a su destino.

Había bajado a Madrid para ver a sus amigas en la Mallorquina, y ahora unos años después, estaba a punto de dejar a su hija, sola en esa casa, para que ella, aún recién casada, empiece una vida en un piso en algún lugar en Madrid con un camarero que verdaderamente no conocía.

«A veces hay que trastornarse para vivir por completo.

«Entre hijos y marido que no dejaban ni sombra ni rastro, y una hija que, con diez años, regentaba todo a su alrededor, siguiendo un camino que había elegido ella, yo ya no pinto nada aquí. Me tengo

que buscar otra cosa. Por pura suerte, o delincuencia, Vicente me ha abierto un camino, un destino nuevo. Si no lo sigo ahora, mi futuro se ve claro».

44

Como todos los sábados en el taller de la Casa de los Picos, iban llegando los ancianos con su fruta y alguna verdura ajena. Víctor estaba sentado en la mesa en medio de la sala. Tras su ausencia la semana anterior por asuntos personales, Lola ya había vuelto, y había cogido folios y carboncillos de la mesa junto a la puerta de entrada a la sala y se había sentado al fondo bajo el arco eclesiástico como si nada.

«Como si nada. Se sienta y no me hace ni puto caso». Víctor, con su repentina vuelta al grosero idioma estudiantil, había regresado a su estancia en el piso de Moncloa con sus exitosos compañeros de piso, exitosos, al parecer y según sus normas.

Después del encuentro ese sábado anterior, Víctor no estaba para discursos creativos con pretensiones filosóficas.

«¡Que estos viejos hagan lo que quieran con sus carboncillos y sus nudillos inflados! ¡Manzanas! ¡Vaya mierda!

«Y esta, que se mancha hasta el codo con carboncillo, pero ni me mira».

Era cierto: Lola había recogido sus mangas y, con su manzana de carboncillo, se había dirigido directamente a su mesa (la suya).

«Todo tiene que seguir tal como estaba. Este chico ya no pinta. Profesor y proveedor de embarazo, pero ya está. Nada».

La señora Sanz, tras su contribución a los eventos de los últimos días, se había instalado en su mesa en el portal, con vistas a la calle, muy pronto esa mañana para no perderse nada.

—Hola, señorita. ¿Se ha curado, entonces?

—¿Qué me dice, señora?

—Como la vi el otro día en la farmacia, me había preguntado: ¿qué tendrá esa pobre niña que no tiene en la farmacia de su barrio

para curarse? Por eso pregunto. No es asunto mío, para nada, señorita.

—Lleva usted razón; me encuentro perfectamente. Ya sé que, como uno va madurando, hay cada vez más enfermedades. ¿Y usted se encuentra bien? Todo el día junto a la puerta con la brisa que entra por allí… Y con su marido trabajando de carcelero con todo tipo de criminales, con sus enfermedades y adicciones, me imagino.

«Esa niña no es como esa pequeña bruja que va detrás del supuesto padre del bebé aún sin llegar (ya que el padre le ha dejado el camino). Es más lista, con sus frases tajantes, su determinación y sus palabras bien elegidas. ¡La madre que la parió! Justamente».

Lola no se había girado para saber con qué respuesta vendría la señora Sanz y, al coger sus carboncillos al entrar por la puerta alta y estrecha, tenía que meterse en el asunto y dejar claro cómo iba a desarrollarse su relación con Víctor y con su bebé. Quería acabar con un dibujo grande, con pasión e historia para llevar a casa y clavar en el salón como en una catedral; desde entonces sería la suya y la de su bebé de momento preparando su aparición. Había estado consciente de las miradas de Víctor, pero se había negado a reaccionar.

«No me enseñaste nada con tus técnicas, maneras y falsas filosofías que has prestado sin pedir permiso a tus pretenciosos profesores de turno de la Complutense. Me he quedado con las tachas que han dejado estos carboncillos en estos folios y este bebé que nunca será tuyo».

Había mirado hacia su mano derecha con una mancha negra de polvo y la había aplastado sobre su pecho con un gesto desafiante, dejando la sombra de una mano negra contra la camisa blanca que llevaba. Había bajado sus ojos para admirar la obra que había dejado allí.

—Pero, Lola, ¿qué te has hecho? —había preguntado Víctor, levantando sus ojos de su angustia inventada.

—Pero Víctor, mi amor —había susurrado Lola.

—Lo he hecho para ti. ¿No te gusta?

«Los juegos que se inventa para imponerse. No entiendo. Con mi madre veo la cosa clara, pero Lola me lía con sus provocaciones. ¡Dios!».

Entre ellos dos, los ancianitos habían seguido con lo suyo. De momento, todo había transcurrido como si fueran Lola y Víctor los únicos actores en el escenario con la señora Sanz al otro lado de la puerta abierta, facilitando vistas afuera y adentro a la vez. Pero lo que pasaba en la calle no tenía nada que ver con lo que se estaba estableciendo entre profesor y alumna en esos momentos.

Víctor había dado un largo y profundo suspiro, levantándose de detrás de la mesa con su desbarajuste de frutas y verduras traídas por los ancianos (coro testigo silencioso de la interacción entre los dos protagonistas). Había caminado lentamente con su mentón hacia el pecho y su mirada miedosa mirando el arco al fondo donde estaba Lola ya dibujando líneas rectas y curvadas con un carboncillo grueso agarrado en su puño como una daga.

—Pero, Lola, esto no puede ser.

—Lo que puede ser y no puede ser lo decido yo, ¿no?

—Te doy mi chaqueta y ¿por qué no vuelves a casa y paso a verte allí?

—Profesor, vuelvo a casa una vez que haya terminado mi cuadro, y tú no vuelvas por allí. Me verás aquí en clase, pero, aparte de eso, no tienes voz en mis asuntos. Te diré todo lo que tienes que saber de mi embarazo todos los sábados que pueda.

Así, de repente, Lola había dejado las cosas claras. Había dicho todo sin rencor, pero de una manera que ataba las cuerdas de un proyecto entablado. Su casa iba a tener otro ocupante, uno que había elegido ella. La imprenta de su mano negra en su pecho servía de escudo para protegerse de las miradas, de las palabras, de los juicios de los demás.

Afuera, en la calle, se había montado algún escándalo en la terraza del bar: unos turistas dando de comer a las palomas que se habían puesto a invadir las tapas en las mesas de los del pueblo. Estaban los niños, con su ropa fina de fin de semana, dando voces, y sus padres quejándose del alboroto y de la falta de conciencia de los visitantes. Era un alboroto que normalmente tendría a la señora Sanz en primera fila, pegada a la puerta (unos días hasta sacaba su silla a la calle), pero ese día, en ese momento, necesitaba todas sus facultades para fijarse en la mancha negra en la camisa de Lola y en las palabras monótonas que salían de sus labios apretados.

—¡Anda, nena, con todo lo que te ha pasado, ¿por qué no das voces? ¡Ni se te oye! ¡Caramba!

Los ancianos, como robots, habían seguido trazando cuidadosamente sus líneas finas, delineando las curvas de su fruta elegida sin fijarse en la forma de la mano sobre el pecho de Lola, aún sentada bajo el arco al fondo.

—¿Qué es lo que quieres hacer con esto, Lola?

Su mirada angustiada se había cruzado con la de la Señora Sanz; como amiga de su madre y protagonista clave en el desarrollo público del embarazo de Lola, Víctor sabía que no iba a ofuscar las intrigas de sus relaciones con Lola.

—Nada, no quiero hacer nada, solo asegurarte de que tengo todo controlado y que tú puedes estar a tu rollo (como dirías tú con tus compinches de la facultad). Ni te pido nada, ni a ti ni a tu madre. Esta mano que ves aquí me protegerá y yo protegeré a mi niña.

Víctor se había quedado desarmado.

—¿Niña?

—Bueno, lo que sea.

—Pero ahora quiero acabar mi dibujo para llevármelo a casa.

—Lola, no puedes estar aquí delante de todos con esa mancha. Es una locura. ¿Cómo puedes irte a casa así? Te he dicho, te doy mi

chaqueta para que puedas volver a casa sin que la gente te mire. Luego te veo —susurró.

—Pero, mi amor —dijo de manera consecuente—, es que no te enteras.

Ella había vuelto a un idioma que él podía entender: el lenguaje de los que salen por allí en la facultad, ligando a chicas de buena familia que jugaban a adultas con los chavales de la facultad, ambos grupos contando sus aventuras tras una noche de juerga. Se habían imaginado que eso era lo que se hacía.

—Ya tengo lo que quiero y ahora estoy para volver a mi casa, una vez acabado mi cuadro —te he dicho yo también. Gracias, pero ya con esta mano que tanto miedo te da, no te necesito, gracias. Estamos en paz.

Iba a alcanzar su mano hacia el hombro de Víctor, pero este había reculado con rapidez y determinación.

—¡Basta con estropear tu propia camisa! Si llego a casa con manchas en la ropa —se dijo—, mi madre me mata.

Con la reacción de Víctor, Lola se había echado a reír de una manera resignada.

«¡Ja! Le importa más una mano en el hombro que cómo manejar una relación conmigo al nacer nuestra hija. Paso, la verdad. Estará pensando cómo habría explicado una mancha tan temida en la camisa y, luego, tal vez, cómo explicar lo del bebé. Mucho menos importante, digo yo. Con lo de la Señora Sanz, tu madre ya sabrá y estará pensando cómo hacerse de nuestro bebé (de mi bebé)».

—Anda, Víctor, no te mancho, tranquilo. Vete a ocuparte de tus ancianitos y déjame con estas curvas que me cuestan tanto.

Víctor quería volver a su clase, quería ocupar el espacio delante de toda la clase y ponerse a exponer teorías de la filosofía de la imagen, de la percepción y de la interpretación que sus profesores de la facultad habían compartido hacía pocos meses, pero no se

sentía tan cómodo con la presencia aún de Lola allí, con su mancha, con su mano protectora.

«A veces no sé por dónde va esa».

Había vuelto a su taburete imaginando cómo iba a ser la conversación con su madre esa tarde en casa, ella preparada de antemano con los comentarios astutos de su amiga espía, que ya había dejado su puesto entre la calle Juan Bravo y la sala de entrada de la Casa de los Picos, dejando su terreno sin controlar.

«Ya sé dónde se habrá metido esa. Es como una portera malvada disfrutando de las peripecias de los demás, un culebrón de todo lo que sucede en el barrio. Estaría esperando el próximo episodio».

Tras pasar por delante de unos portales hacia abajo, la Señora Sanz había pasado la terraza sin fijarse ni en palomas ni en turistas extranjeras ni en las quejas de los del pueblo para llegar a la Papelería Del Amo, donde la madre de Víctor estaba recogiendo papeles en el mismo mostrador donde había muerto su marido hacía pocos años.

—¿Hoy se va pronto, señora?

—Bueno, ya sabe usted. Vengo a avisarle de lo complicado que se ha puesto lo suyo con lo de su hijo.

—Pase, señora, estoy cerrando. Aquí ya no entra nadie.

«¿Ya sabe lo del embarazo?». —se preguntó la Señora Sanz.

—¿Qué cuenta?

—Bueno, es tal como hemos pensado, pero la cosa se complica.

—Esa nena nunca va a ser su nuera. Parece ser.

—¡Mejor! Mi hijo es un imbécil, pero no tanto como para casarse con esa bicha rara. Más adelante arreglamos lo del bebé.

—A mí me parece que ya está arreglado, señora.

—¿Y eso?

—Por lo que he podido averiguar, se quedará en casa con su bebé y ha roto con su hijo.

—¿Roto? Es que nunca han estado juntos.

—Bueno, señora, parece que sí, ¿no?

—Sabe una cosa, señora, a mí me parece bien que se quede en casa con la criatura y que mi hijo se busque la vida con alguien, digamos, más adecuado. ¿Sabe que su madre se fue a Madrid hacía unos años con un camarero de esos que siempre huelen a aceite quemado? Algún gamberro, me han dicho.

—Y ahora viven donde los jóvenes alcohólicos y drogadictos, por un barrio céntrico.

—No quiero que la hija de una mujer con tan poco juicio tenga relación alguna con mi Víctor, con o sin bebé. Me ha hecho un favor. Víctor tampoco es tan bobo. Se recuperará del disgusto. Me ocuparé yo.

—El Profe tiene suerte: una madre como usted.

—Pero no puede imaginarse usted el escándalo que se montó con esa chica en el taller. Y los ancianos, que ni siquiera se dan cuenta. Es que ni se enteran de nada.

—Como muestra de su inestabilidad, se ha cubierto su blusa blanca con ese carboncillo que usan para sus dibujos: habla de escudo, protección y no sé cuántas cosas más. Víctor no sabe dónde meterse y ella se niega a marcharse a casa, lejos de los ojos de los demás. Sí, ustedes hacen bien en alejarse de ella.

—Bueno, mi amiga, tengo que cerrar e irme a casa para preparar la comida para mi hijo. Seguro que vendrá a casa al terminar la clase, dejando a esa niña a lo suyo.

—Seguro que sí, señora, pero ¡ojo!, dice que va a seguir en el taller todos los sábados. Se ha vuelto obsesionada con sus carboncillos. Espero que vaya a casa y lave su blusa, por lo menos.

El dibujo que Lola iba acabando era sencillo pero grande, lo suficientemente grande como para dominar el salón desde la pared enfrente de la ventana que daba a la calle. Lo que había empezado como cuatro o cinco curvas que delineaban una de las manzanas en

la mesa se había reducido a tres arcos redondeados, ofreciendo otro escudo protector.

—¿Me das una goma para mi dibujo? Yo creo que ya está.

Me voy para casa.

—Recojo y voy contigo, mi amor. Espérame en la terraza si quieres. Seguro que lo arreglamos entre los dos.

Víctor estaba representando el papel de un adulto maduro y responsable. Tal como lo había imaginado. Se estaba alejando de su enlace con Lola, pero había sentido la necesidad de seguir tirando del hilo de su relación.

«Es lo que se espera. Los chavales hubieran luchado por lo suyo, pero, al final, apreciaban más su juventud y libertad. He hecho lo que puedo. No quiere». Víctor se sentía enganchado entre lo que debía hacer y un desenlace ventajoso. Aún no estaba para ser padre. Lola le estaba presentando una salida; así parecía.

—Víctor, sigues sin entenderme. Yo me voy para casa. Ya no estoy para charlitas y discursos en la terraza. Ya hemos pasado por ahí. Me tengo que arreglar en casa. Primero, pegar mi cuadro a la pared. De todos modos, estoy aquí la semana que viene; tengo otros cuadros que quiero efectuar.

Lola había salido a la luz del mediodía y, sin prestar atención a la terraza de enfrente, se había tirado hacia el acueducto al fondo con la mano negra en su pecho como señal de propósito y orgullo.

45

Víctor había conseguido unas horas más en la Casa de los Picos y también, tras poner un anuncio en el tablero de la papelería, había empezado a dar clases particulares a jóvenes del pueblo (mayoritariamente chicas), entre ellas Beatriz, la vecina de Lola, última responsable de la muerte prematura de su padre.

La recién nacida, Fuencisla, estaba durmiendo en su cuna portátil detrás del mostrador de madera que había atestiguado tantos acontecimientos en los últimos dos años: no solo la muerte inesperada del señor Del Amo tras las maniobras de las chicas del barrio, sino también la llegada de su nieta, que traía Lola tres veces a la semana cuando ella trabajaba allí.

Había escogido los días menos concurridos para poder aguantar mejor la tarea de cuidar a la bebé y con sus propias dificultades físicas tras un parto difícil y complicado de casi veinte horas con la única presencia de la matrona y todo un equipo de médicos y enfermeras. Había sangrado mucho y la pequeña Fuencisla casi no había salido con vida; un verdadero milagro. Al oír la noticia semanas después, a través de una red de familia y conocidos, eso es lo que había opinado Julia en Madrid. Había sido su único comentario y no se había molestado en acortar las distancias entre ella y su hija. Desde su marcha a Madrid, ese enlace con su pueblo, sus habitantes y su propia familia se había quedado definitivamente roto. Con bastante rapidez se habían alargado las distancias, ya que se había instalado con Vicente en el cuarto piso enfrente del antiguo Cuartel de Conde Duque, detrás de la Plaza de España, en Madrid. Ni siquiera la repentina muerte de su segundo marido, Vicente, le había llevado a acercarse al único contacto que tenía a su alcance.

«Bien habían elegido el nombre, la pobre niña. Será protegida y protegerá a su madre de una manera que yo nunca he podido».

Y así se había cerrado el asunto. La nueva abuela se había vuelto a dedicar a seguir su propio camino solitario.

Tras el parto, Lola se había quedado en casa con Fuencisla. El nombre lo había elegido una de las enfermeras y Lola no había tenido la fuerza para negárselo. Sus hermanos habían pasado por casa trayendo unas galletas y chocolates (y un globo rosado), algo de fruta, pero nada práctico para una recién nacida ni para su madre. No se habían parado a pensar en la ayuda que podrían prestar a su hermana, que tanto había hecho por ellos en los últimos años. Había sido ella quien había rellenado el espacio que su madre había dejado vacío. Ahora se había encontrado sola con la única ayuda de la enfermera que había nombrado a su hija y la bondad de algún puestero del mercado.

—Me había pasado la palabra tu vecina, Beatriz, que ha llegado la pequeña —había dicho Víctor al entrar en el piso. Había recogido una caja del mercado que habían dejado en el portal los del mercado.

El parto no había sido gran sorpresa para Víctor, ya que Lola había asistido al taller hasta la última semana del embarazo, pero era cierto que todos los vecinos habían estado conscientes de los últimos acontecimientos nada más llegar la ambulancia para llevar a Lola al hospital. Y como vecina suya y antigua compañera de clase, Beatriz era la mensajera perfecta para mantener a Víctor al tanto. Estaba siempre en la papelería Del Amo, ojeando los anuncios del tablero y charlando con el joven profesor, cuyo padre se había muerto en ese mismísimo lugar.

—Profe, ¿sabrás tú que tu alumna del sábado, mi vecinita Lolita, ha dado a luz?

—Pero, Beatriz, señorita, no toques las tarjetas. Sabes que no vas a comprar.

—¡Ala! Es que fui yo la que llamó a la ambulancia, oyendo los gritos desde la cocina. Es que soy de los que toman conciencia de las necesidades de los demás. Lo habrás visto en mis dibujitos.

—Por cierto, ¿has visto el cuadro que había hecho un sábado contigo hace tiempo? Es cosa de niña: tres trazos. Lo tiene en la pared para que todos lo veamos desde la calle. ¿Es lo que enseñaste tú? Tú que hiciste Bellas Artes. ¡Anda! ¡Tres trazos y ya! No tiene el detalle de los míos.

—Bueno, chica, ¿y Lola?

—Bueno, ahora bien. Con la ayuda de mi familia.

El hijo como el padre: Beatriz era tan atractiva como las chicas de Serrano, pero le faltaban su distancia y sus sutilezas. Al ver el anuncio de Víctor en el tablero de la tienda, se había apuntado en seguida, aún más contenta al darse cuenta de que las clases se daban en el propio salón de Víctor, que daba directamente a la calle enfrente de la muralla («es que hay mejor luz»).

Otra vez se había encontrado Lola en la tienda como presa de la familia Del Amo. Pero esta vez la víctima tenía asuntos propios y no estaba para dejarse desviar. Sabía Víctor que necesitaba ayuda. En su mente, el hecho de ser padre con sus pocos años le había dado algo de caché. Se había imaginado contando la historia a los de Argüelles y disfrutando de sus caras impresionadas. Pero ya se quería enfocar en los asuntos de su familia (concretamente, en los suyos y los de su madre). Aún le quedaban aventuras que no incluían ni a Lola ni a la provocadora Beatriz.

—Beatriz.

—Bea.

—Beatriz, tengo que cerrar. Mira, coge de la estantería lo que quieras para la clase de la semana que viene y nos vemos en mi casa.

—Ya, en casa tuya. Tu madre no estará escondida detrás de la puerta esta vez. ¿No? ¿Por qué no se fía la señora? Ya eres

mayorcito. Esos años en Madrid, ¿qué habrás hecho?

—¡Ala, vete! Tengo que recoger.

Víctor había tenido que cortar rápidamente antes de que se apretara con más fuerza las garras de Beatriz, su alumna particular.

Beatriz había salido cuesta arriba para encontrarse en la plaza con sus amigas e intercambiar sus aventuras.

—Ala, señora Sanz. Aquí vigilando como siempre. Estuve con el profesor, pero ya sabe, ¿no?

Víctor había dado la vuelta del cartón en la puerta y se había tirado cuesta abajo evitando la mirada fría de la recepcionista de la Casa de los Picos que le daba escalofríos en la espalda.

«Esa mujer controla mi vida más que yo misma. Una bruja. ¡Qué bien se lo ha jugado! Haciéndose amiga de mi madre. Vaya equipo».

Una vez que el acueducto había aparecido al fondo del paseo peatonal, se había ralentizado para darse tiempo de pensar antes de llegar a la casa de Lola (que nunca iba a ser la suya).

Allí, en su casa, había dejado la puerta del piso entreabierta. Y Víctor había entrado directamente al salón con un suave toque de los nudillos en el quicio de la puerta. Había temido que Lola estuviera dormida. La pequeña Fuencisla estaba dormida en su cama portátil encima de la mesa, medio tumbada para que cuando abriera los ojos pudiera mirar los balcones de los pisos de enfrente con sus ventanas abriéndose y cerrándose de un instante a otro, y con las flores que habían puesto los nuevos inquilinos en los tiestos plásticos colgados de las barandillas de hierro pintadas de naranja, color moderno elegido por los constructores.

Lola se había despertado y, abriendo los ojos, había levantado la vista y, con la seguridad de que su hija seguía dormida, bostezando, había buscado el pequeño periquito azul marino en un cuarto enfrente.

—Mira, hijita, cuando te despiertas tienes a tu amiguita.

Al entrar sigilosamente, Víctor se había parado un instante al apreciar a su lado izquierdo los tres trazos gordos de carboncillo grueso que delineaban la supuesta manzana, un escudo protegiendo madre e hija, en su lámina ya color crema clara, con un clavo negro en cada esquina.

—¡Coño, Víctor! Por la madre que me parió. Pero tú, ¿qué haces aquí?

—Es que me dijo tu vecina Beatriz que has salido del hospital… con la niña, claro.

—Ah, la guapa esa, anda. Lo que se ha metido con tu familia, esa. Y tú dándole clase, también. Anda con cuidado. ¿Cómo pinta ella? Me temo que no muy bien. Yo te liberé, pero ella no lo veo muy claro. Con lo de tu padre y todo.

—¿Mi padre? ¿Qué tiene que ver?

Víctor nunca había visto un bebé tan recientemente nacido. Y esta era la suya, pero Lola le había liberado del asunto y él había seguido con su vida. Pero…

—Me ha dicho Bea —Beatriz— que no andas muy bien, que había sido un parto complicado y que la niña casi no había aguantado y que ahora tienes que descansar.

—O sea, ¡Bea! La niña se llama Fuencisla. Te habrá dicho esa misma vecina, alumna tuya.

—Bueno, ha dicho que lo llevas mal y he pasado a ver si algo podemos hacer mi madre y yo.

—¡Tu madre! Anda ya. Te había dicho que no te pido nada, ni a ti ni a tu madre ni a la santísima señora Sanz. Es mi niña.

En ese momento Fuencisla había empezado a despertarse, abriendo y cerrando los ojos con el ritmo del intermitente canto del periquito enfrente.

—Mejor que te vayas ahora. Pienso volver pronto al taller. Traigo a esta así por lo menos la veas un poco. Pero no quiero que vayas anunciando a todo el mundo que eres tú el padre. Al final lo sabrá

todo el mundo, pero de momento prefiero que te lo guardes para ti. Suficiente que lo sepa tu madre (y la Sanz, vaya).

Había cogido a la pequeña en sus brazos no sin bastante esfuerzo y cambiando su postura con dificultad en su asiento. Víctor había mirado con algo de pena y bastante interés en cómo Lola daba de comer a su hija. Era un mundo distinto a lo que él habitaba entre la casa de su madre (y la suya), la tienda (antes la de su padre) y el taller (definitivamente lo suyo, pero no lo admitiría la Sanz). En ninguno de sus ámbitos cabía una bebé, pero dentro de nada iba a entrar en el taller y la tienda.

Se oía el golpe de la puerta de hierro y cristal del portal cerrándose y, tras unos pasos ligeros, los ruidos metálicos del ascensor bajando. A través de la puerta entreabierta del piso se percibía la sombra de unas melenas rubias.

—Ay, profe. Ya te había dicho que la nueva madre estaba en casa sola con su bebé y ahora estamos tú y yo prestando ayuda. Nada más comentártelo y estás aquí: un profesor que cuida bien a sus alumnas.

—Me marchaba ahora —había ofrecido Víctor, algo confuso—. Estaba poniendo a Lola al día con lo del taller.

—Ya.

—Pues yo subo. Dejo a Mami con su princesa; bueno, y con su príncipe. Profe, nos vemos. No la canses.

Víctor había esperado el ruido que hacían las puertas del ascensor al desdoblarse. Había visto que la bebé había vuelto a dormirse, pero seguía chupando en el pecho de su madre que no dejaba de gemir, cambiando el peso suyo de un lado de la silla sin parar de bostezar: todo un teatro de actividad.

—Bueno, he mostrado la cara. Más no puedo. Ya sobraría (según Mamá). Ya se curará y todo volverá a lo normal. Me da ilusión que vuelva al taller.

—Lola, me voy. Siempre que pueda hacer algo. Ya sé que no quieres nada de mí, pero…

—Que sí, que sí. Estamos perfectamente. Por cierto, tu Bea es el cuarto B para que sepas.

—Ala, allí no hay nada. Es alumna.

—Ya.

46

—La bebé mejor a un lado en el suelo, ¿no, niña?, donde no corre tanto aire y no estorba a la hora de tratar con clientes —había sugerido la señora Del Amo saliendo del fondo de la tienda.

Se había inventado cada tarea innecesaria para pasar por la tienda los días de trabajo de Lola. La nueva madre aún no había vuelto al taller, pero tras la primera visita de Víctor a su casa había vuelto a examinar su futuro. Ese día, escuchando el ruido metálico del ascensor como Beatriz subía a su piso, le había entrado a Lola algo que se acercaba al pánico, que, por un instante, le había quitado el dolor intenso que aún sentía tras el desbarajuste del parto. A pesar de la presencia de Fuencisla, chupando y medio consciente, se sentía un abandono, como un pozo negro e infinito: su madre hace tiempo con su autoaislamiento en Madrid, parecía que el único contacto con el mundo estaba con la vecina Beatriz, que ya había llegado a su casa, como un grifo cerrado y las ganas que tenía de soltar todo lo que le había salido esa mañana.

«Me tengo que depender de los inocentes del mercado y el inútil de Víctor y la avergonzada Beatriz que se las arregla para juntarse al profe desesperado.

«Se tiene que dar cuenta ella que con esa madre lo tiene claro.

«Ayuda para estar cerca de mis historias, pero… ayuda.

«Reconozco.

«¡Ay, Fuencisla —no tires tanto!».

Había corrido la voz de que había una chica nueva en la tienda.

Empezaba a pasar por allí todo tipo de gente, no todos para comprar, sino más bien para ver a la nueva que se había instalado allí entre semana con su bebé, la pequeña Fuencisla.

Hasta el camarero de la terraza de enfrente y el chico joven que ganaba unas monedas distribuyendo sus folletos para la misma clase de dibujo en el taller del sábado por la mañana.

—Mira, Lola, está tu foto en clase con el profe Víctor —anunció ese día el chico al entrar en la tienda, dejando sonar el cascabel colgado de la puerta.

—¡Ay, cómo mira cuando suena el tintineo!

Y era cierto: cada vez que entraba alguien, al chocar la puerta contra el pequeño cascabel (que había colgado Lola misma), Fuencisla miraba hacia la calle como si quisiera ver quién entraba.

—Mira la foto —insistió el chaval.

—Pareces una verdadera artista.

—Es que soy artista. ¿No te habías dado cuenta? —contestó la madre joven.

—Tengo exhibiciones y todo. Hasta mi última vez en el taller hice una instalación.

—Ah, sí, me han dicho los ancianos que te manchaste la blusa.

—De manchar, nada —obra de arte, más bien—. Tú con tus folletos no sabes nada.

Le había cogido cariño el chiquillo, que no tenía más de un par de años menos que ella. El mosqueo que había sentido al ver su propia cara tan seria en una foto sacada sin permiso se había disipado con el entusiasmo que mostraba el chavalín.

—Señorita, ¿puedo dejar unos folletos en el mostrador? Aquí tiene que haber un montón de gente que se apunta. Alguna conocida tuya. Esa chica rubia tan guapa que no me hace ni caso, tal vez.

—De señorita, nada, por favor. Soy una de esas madres solteras que tanto mosquean a los del pueblo. Soy Lola, pero eso ya lo sabes. Y esa se llama Beatriz, Bea. Y ya asiste a clase —particular, fíjate.

En su casa (ahora definitivamente la suya y la de Fuencisla), ese día, al oír abrir las puertas plegables del ascensor llevando a Beatriz

a su piso, Lola se había dado cuenta de que necesitaba ayuda. No estaba aún con la mentalidad de volver al taller, pero tenía que hablar con Víctor. Los dolores habían empujado a Lola a acercarse al padre de su hija.

«Y a su madre, la abuela paternal de su hija, queda bien claro».

Un día, cuando menos le dolían las heridas, había sacado el cochecito que le había dejado una vecina (había aparecido un día en el portal con una notita amarilla) y había tirado hacia arriba. Era la primera vez que Fuencisla había pasado por debajo de los arcos del acueducto. Lola empujaba con cuidado, explicándole a su hija a cada paso lo que se encontraba en el camino.

Había pasado por delante de la papelería, pero estaba aún sin abrir a esa hora y en la terraza de enfrente no habían sacado las mesas para el desayuno. Lola había llenado los pulmones de aire al ver la mesa de la señora Sanz ya en la entrada de la Casa de los Picos.

«Esa señora no se va a perder nada, desde primera hora de la mañana. Si puedo con esa, todo lo más va a ser facilito».

El dolor en su tripa había aumentado y sentía que su hija estaba muy desprotegida, pero era su futura seguridad la que se jugaba y no quería repetir su propia experiencia con su madre ausente y su propia relación con su hija Dolores. Le había envuelto la cara y la cabeza de la bebé, con su gorrito de pelo de un marrón clarito, en una manta blanca —un regalo que una señora del mercado había dejado en el portal entre un manojo de acelgas y unas naranjas («en estos primeros meses vas a necesitar mucha vitamina C»).

—¡Hala, señora Sanz, ¿cuánto tiempo?!

Tras otra respiración honda.

—¡Anda, niña! Ya has vuelto. Es un poco pronto. ¿Y la pequeña?

—No, no entraba aquí. Iba a la papelería, pero está sin abrir.

—Sí, hija, no abren ahora, pero la señora Del Amo pasará dentro de nada. Ven, siéntate aquí, así tú y tu pequeñita podéis descansar.

—Se había acercado a su silla de siempre del fondo de la entrada de la Casa.

—Ya no te veré por mi barrio. Parece que te curaste. ¿A que sí? —dijo, mirando a la bebé con una sonrisa de broma arriesgada.

—Sí, señora, parece que sí. Con paciencia todo se cura. Efectivamente, era con la señora Del Amo con quien quería hablar.

—¿Con la abuela? —sugirió con otra sonrisa de conspiradora.

—¿Y con el padre, no? Está aquí dentro preparando una clase (yo creo que pasa por aquí preparando las clases que da en casa, pero no digo nada; no soy de esas que…).

—Hoy toca la bella Bea (mira por dónde). Se reúnen en su casa hoy, cuando la señora Del Amo cumple su turno en la tienda. Tras la muerte de su marido, que descanse en paz, todos tienen que cumplir para sacar el negocio por delante. Víctor hace todo lo que pueda con horas extras, hasta las clases aparte con jóvenes de familias adineradas —más bien con chicas jóvenes—, igual de guapas algunas que tu vecina Beatriz. Esta vez ese chico tiene que tener más cuidado, digo yo. Es demasiado tonto e inocente. Ya se lo he dicho muchas veces a su madre.

«No aguanto más. Esta mujer me mata desde el día que la vi en la farmacia de su barrio. Haberme elegido otro lugar. Hay uno al lado del mercado de mi barrio donde parece que me conocen y me quieren y, por lo visto, no me juzgan tanto como esta mujer carcelera. La mato ahora. ¿No es cierto, mi cariño?».

Fuencisla había empezado a despertarse, seguramente con los latidos del corazón de su madre, que habían llegado a un nivel peligroso.

No se habían hablado casi Dolores y la señora Del Amo, pero la había reconocido inmediatamente de lejos a pesar de su aspecto de verdadera abuela, con espalda curvada y una carpeta de cuero en la mano (la misma que antes llevaba su marido, cuya muerte había provocado un envejecimiento prematuro).

La señora Sanz seguía hablando, pero al ver aparecer la madre de Víctor, Lola se había levantado con una soltura redescubierta a pesar de sus dolores y había empujado el cochecito hacia abajo apresuradamente para acercarse a la señora que en el primer momento no le había reconocido.

—¡Vaya, chica! Pensé que no nos querías ver. Y esta, ¿cómo se llama?

Lo sabía perfectamente, pero a pesar de su estado físico deteriorado, quería mantener algo de orgullo.

—Se llama Fuencisla.

—Hija, esta es tu abuela.

—¿Entramos y la coges un poco?

—Es que quería hablar con usted.

—No paso por casualidad.

—Me imaginaba.

Habían entrado en la tienda y la abuela había encendido los fluorescentes que daban una luz débil y casi marrón, el mismo color que el mostrador y algunas estanterías. Había depositado la carpeta en el mostrador y había sacado unas hojas con letras rojas y negras. Había suspirado.

—Bueno, nena, ¿qué es lo que quieres?

—Víctor, no sé dónde está.

—Es usted con quien quería hablar.

Lola estaba ya con ganas de volver a su casa y olvidarse de estas mujeres a quienes les costaba esconder su desdén, pero por Fuencisla, tenía que aguantar.

—Sé que lo que he hecho estaba muy mal visto, pero la mayoría de la gente no sabe quién es el padre de mi hija (y me parece que él está con ganas de olvidarse del asunto), y yo no tengo por qué ir contándolo a todo el mundo. Creo que a usted eso tampoco le viene bien. No sé cómo le va el negocio, pero yo necesito una ayuda y me parece que usted también. Puede ayudar con la tienda, cobrando

algo, y hasta puede traer algunas ideas que podrían traer más ingresos (bueno, lo siento, señora, no quiero presumir). Traigo a la bebé y así usted tiene a su nieta sin tener que contar por ahí mi historia un poco vergonzosa. Puede usted decir que intenta ayudar a una chica algo perdida, alumna de su hijo. También me interesa volver al taller del sábado y dejar a Fuencisla con usted a media mañana.

—¡Lo que me has soltado, niña!

—Lo siento, señora, no me da ninguna gracia, pero ve usted que estoy desesperada.

—Sabe usted que vino a verme su hijo esta semana… Muestra algo de madurez y responsabilidad. Y él tiene razón, no lo puede hacer todo solo. Reconozco mi error y me falta preparación. Víctor sí que quiere ayudarme. Seguro que usted también.

—Son muy pocos los que saben de mi historia. Los pobres ancianos en el taller no se enteraban de nada (¡ni siquiera de mi estado, fíjese!). Y la señora Sanz me da por un caso perdido.

—Por cierto. No sé si le ha hablado ella del asunto de mi vecina y antigua compañera de clase, Beatriz, Bea como le llama Víctor, su Víctor. ¡Cómo le encanta contar sus historias a su amiga, la señora Sanz!

—Ya sabe que no quería traer problemas ni para usted ni para su hijo. Pero esa señora me había seguido por todo su barrio, donde la cárcel, para luego contarle a usted sus sospechas.

—Y esa señora ni la conozco. ¡Contando historias se pone contenta la señora!

—Por eso sé que habrá contado lo de Beatriz.

—No sé lo que me dice, chiquilla.

—Bueno, mejor…

Entre charlas, chantaje, lágrimas y amenazas, Lola había logrado unas horas, tres días a la semana, ayudando en la tienda. Esos días el folletero también pasaba por allí, media hora antes de que entrara

la abuela clandestina. Con la tienda cerrada (y la niña dormida), habían podido intercambiar ideas y teorías sobre la naturaleza del arte, y si la mancha en su camisa era realmente algo apreciable o nada más que el gesto de una chica presumida (como había opinado el chaval cuya amistad rozaba ya el amor).

—¡Anda ya! —había exclamado con una risa descontrolada.

—Si quieres arte y diseño, no tienes más que ver mis folletos.

—¡Ah, que son tuyos y no de tu prima preescolar!

—Mira, trae un folio y unos colores; ni te cobro, no digas nada a la señora, y hacemos un diseño entre los dos, de calidad.

—¿Vas de coña?

—No, chico, la cosa aquí se queda muerta, así pasamos un rato. Tráeme un café de enfrente y nos ponemos a la obra. A ver si se duerme esta y preparamos unos folletos que puedes llevar por ahí y hacerte rico.

La Sanz estaba a lo suyo en el portal más arriba, pero la relación entre ella y la señora Del Amo se había enfriado casi por completo. Había intentado hablar con el folletero, pero resultaba imposible con sus salidas relámpago al bar de la terraza con su encargo de café para mantener el ritmo artístico o, a veces, para dejarles a Lola y a su admirador un pequeño descanso de la angustia creativa. A veces Lola había inventado una urgencia de pañal para dejar a ella y su admirador. Le había advertido que ni por un instante dejara acercarse a la mujer del carcelero. No quería poner en peligro el presunto acuerdo con la abuela.

47

A Julia le había tocado el turno de noche esa semana y Vicente tenía la cena en el Económico de Lavapiés. Así que ese día ambos habían salido del piso en Conde Duque a la vez. Se habían despedido en la boca del metro de Ventura Rodríguez, la línea tres, la amarilla.

Con los años que habían vivido allí, ninguno de los dos había cambiado distintivamente de aspecto. Ya llevaba bastantes años Vicente en el Económico, que tampoco se había transformado. El menú seguía igual, tal como la cortina verde de tela gorda que en invierno protegía del frío y no dejaba entrar ni calor ni mucha luz. La tele que habían instalado al fondo, por encima de la puerta a la entrada de la cocina, era el último modelo, o hacía aún más ruido, por lo que tanto los cocineros como los camareros y los clientes tenían que dar voces para hacerse oír.

El barrio de Lavapiés tampoco había cambiado mucho. Al llegar Vicente al restaurante se había encontrado con toda una mezcla de habitantes de la península. Ahora, unos años después, esa mezcla se había mantenido, pero con gente de más allá de las fronteras: desde América Latina, pasando por el norte de África hasta la India. Con ellos habían traído su cocina y cultura: había casi una calle entera de restaurantes indios.

A Vicente estos cambios le habían resultado un poco inquietantes y se había sentido bastante aliviado con el hecho de que el Económico seguía igual mientras que otros restaurantes habían cerrado con los cambios de gustos de los clientes. El dueño tampoco le había pedido mucho: solo que cambiara de camisa, pantalón y zapatos al entrar allí. Había vuelto a la misma tienda de ropa para camareros en la Calle Mayor, pegada a la Plaza Mayor, donde vendían el mismo estilo de ropa que vendían cuando Vicente la

había comprado hace décadas. En la tienda de al lado vendían todo lo necesario para curas jóvenes y monjas que iniciaban sus vidas dedicadas a su Señor: ropa, santos, velas y cruces de todo tamaño. También pasaban por allí arzobispos y hasta cardenales preparando sus viajes a Roma.

Vicente se había comprado la misma ropa que llevaba ese domingo, el primer día que había entrado a trabajar allí: camisa blanca, pantalón y zapatos negros, nada del estilo de los modernos del bar de al lado, con sus tatuajes, sus camisetas y sus cortes de pelo extraños.

Julia tampoco parecía haber cambiado nada en sus años en Madrid con Vicente.

Al salir del piso esa tarde había descolgado su chaqueta de tela gorda verde de pueblo: la misma chaqueta que había llevado el día que había conocido a Vicente, descolgada del mismo clavo detrás de la puerta.

Sus vidas juntas habían sido rutinarias desde el principio y habían bajado las calles estrechas adoquinadas hacia Princesa, y esa misma tarde, como siempre, subiendo a la acera, a veces, para dejar pasar un coche o una furgoneta.

Julia iba con prisa porque no quería fichar tarde donde las hermanas, pero también representaba una manera de mantener distancia con Vicente.

«¡Qué poca vida tiene este señor! Ha gastado toda su energía y pasión al atacar a ese pobre recluso en el Cristal (¡Cristal! ¡Vaya! Un cristal que no reflejaba nada de luz)».

Dudaba cada vez más Julia de que había corrido peligro ese día.

Se acercaba a la conclusión de que Vicente lo había manejado todo y el chico recluso ni llevaba cuchillo ni se había planteado siquiera amenazar a esta pueblerina.

No se podía quitar ya la duda sobre los acontecimientos de ese día.

—¡Espera, mujer! ¡Que voy!

Al abandonar la residencia de los ancianos en su traslado a la capital había tenido suerte.

Mari Tere, con quien compartía los turnos en la cocina, era una mujer de familia muy religiosa; efectivamente, su hermana era monja en Madrid.

Vivía en el Convento de las Descalzas Reales, cerca del Palacio Real, y allí buscaban cocinera de las tradicionales, sin perifollos modernos, que supiera manejar cuentas, fuera católica y fiable.

Por maneras típicas de la capital, sin anunciarlo en los periódicos ni llamar a varios candidatos para entrevistas.

Julia se presentaba como una creyente fiable, buena cristiana, casada y que sabía cocinar adecuadamente; su primer día había preparado una tortilla de patata y unas croquetas para todas las hermanas.

Nadie había hecho comentario sobre cómo había abandonado a su pequeña hija de diez años para ir a vivir a Madrid con un hombre al que casi no conocía.

Al principio se había cabreado bastante con su compañera, pero, en el fondo, era una buena persona y no le vendría mal buscar otra compañera sin tantos líos de familia —entre su nueva pareja y su hija pequeña en casa, la única verdaderamente responsable—.

No había faltado al trabajo, pero este le había resultado rutinario.

Sus relaciones con los ancianos se habían vuelto distanciadas y hasta abruptas.

—¿Vicente, majo, esta mañana no te afeitaste ni nada? ¿Al jefe no le importa verte así? Por lo menos, haberte planchado la camisa. ¡Hasta lleva manchas!

«¡Esta mujer no me deja en paz! Los años que llevo allí no se han quejado de mi apariencia. Soy profesional y camarero de toda la vida. En ese barrio no hay nadie como yo. Tiene que ver el aspecto que llevan ellos. Le preparo el camino para instalarse en Madrid. Se

escapa de su familia de paletos —la pequeña Lolita cumplía con su presencia sola—, pero ha sido todo gracias a mí. Luego se queja de si me afeito o no, con su aspecto de pueblerina de siempre que no se quita nunca».

Vicente había ralentizado su paso aún más para aumentar la distancia con su pareja.

«¡Que se vaya! La verdad, voy sin prisas, sin ganas. ¡Que se vaya!».

Al llegar a Princesa, el hombrecito verde que había dejado pasar a Julia había cambiado a rojo para impedir que Vicente cruzara.

Se había quedado como clavado a la acera, y los taxis, con su línea roja pintada en la puerta, habían pasado a pocos centímetros de sus pies, en sus zapatos negros de camarero («¿Cuántos años?»).

Vicente se había inclinado hacia los coches mientras pasaban para sentir el calor del humo en su garganta.

Saboreaba el gusto en su lengua como último recuerdo.

Julia había dado dos pasos rápidos al otro lado de la calle y, enfilando entre los peatones que deambulaban por allí, entrando y saliendo de la boca del metro, había hecho un pequeño gesto de la cabeza hacia atrás, pero sin quitar los ojos del camino hacia la Plaza de España.

Los dos besos que se había dado como saludo en los primeros meses de su estancia en Conde Duque se habían reducido a un gesto casi imperceptible de la cabeza, un gesto casi robótico.

«¿Es así que te despides de mí? ¿Qué más da? ¿Qué más da? ¿Amén y *adieu*?».

Nunca había sido Vicente un creyente convencido, pero había bajado los escalones de piedra gris sacada de la Guadarrama hace siglos como si entrara en una catedral de esas góticas.

Al principio había sitio solo para una persona bajar a la vez, pero al llegar a la entrada, con las pegatinas verdes en las puertas de

cristal, se volvió más ancha, creando más espacio encima de la cabeza y a ambos lados.

Al coger Vicente la escalera mecánica hacia abajo, Julia ya entraba en su propio centro religioso, saludando al portero, el único hombre en el edificio y el único que nunca veía a las hermanas de clausura.

Después de su turno en la cocina y a la vuelta a casa, no encontraría a ningún otro hombre en casa.

Se acostaría sin saludar a nadie (ni besos ni gestos) y no se daría cuenta hasta la mañana siguiente, cuando le hubieran llamado al telefonillo para decirle que su marido ya no volvería a casa.

En el andén, señalaba dos minutos más para el tren en dirección a Legazpi.

«Dos minutos para plantearme mis próximos pasos».

Eran dos minutos que le quedaban a Vicente para plantearse lo que le había sacado de la vida —una vida miserable, dirían algunos —: la Sanz, su jefe, aún esperando en el Económico, la dueña del piso y hasta su propia mujer, a quien había rescatado del peligroso gamberro en Atocha.

Por último (pero no por primera vez), había pensado en sus padres, logrando así ralentizar los segundos que quedaban antes de que pasara el primer vagón del tren.

Imaginaban a su hijo en un restaurante en el barrio Salamanca, inventando recetas de estilo catalán.

«¡Pues no! En camino hacia el Económico, camarero entre turistas jóvenes y marujas del barrio; desde el pulpo hervido del Cristal al triste Pepto del Catedral. Al morir os habéis evitado toda esta vergüenza. ¿Y Julia? ¡Mi mujer! ¡Ya!».

Se había adelantado un poco para dejar pasar a los jóvenes que buscaban juerga por Callao, Sol o en los clubes de Santo Domingo.

¿O para acercarse más al viento y al olor pasajero del vagón que se veía bajando de Argüelles?

Había dado un pequeño paso hacia atrás para ver mejor los anuncios en las pantallas de enfrente.

Había querido fijarse en algo mundano antes de que pasara el tren y esconderlo todo, esta vez para siempre.

Entre el ruido de las ruedas sobre las líneas de hierro del ferrocarril y el alboroto de los jóvenes bien vividores a su espalda, Vicente había hecho medio gesto con la cabeza hacia atrás para mejor situarse en su espacio. Había sentido una mano en su espalda.

«Esté tranquilo, señor. Aquí no pasa nada. —Aquí nunca pasa nada—. Le mostramos el camino». («La verdad y la luz», había entonado Vicente al avanzar hacia delante).

En ese momento se había parado todo, pero el tren había avanzado hasta el final del andén, dejando atrás los zapatos negros de camarero de Vicente justo donde se había lanzado hacia el tren. Parecía que no había ocurrido nada. Una chica joven había cogido los zapatos entre el dedo índice y su pulgar, mirando a su alrededor, buscando a alguien, aparentemente sin zapatos. Con la única excepción de un gesto impulsivo en Atocha hace años, Vicente había sido una sombra en la vida y ahora ni siquiera eso.

Las hermanas cenaban pronto y la tarea de Julia no le pedía más que preparar los platos. Las propias hermanas, entre rezos e himnos en latín, se ocupaban de recoger y limpiar el comedor, así que Julia solía estar en casa sobre las diez cuando más actividad había en el Económico. Disfrutaba subiendo a casa sabiendo que tenía un par de horas para sentarse en el salón con las puertas dobles de cuatro cristales del balcón abiertas. Una de las tareas que verdaderamente le gustaba a Julia era limpiar los cristales y sentarse a inspeccionar la pared de enfrente con los ladrillos antiguos del Cuartel de Conde Duque. Contaba ladrillos fijándose en los colores mínimamente diferentes y no se había preocupado por la hora.

«El camarero se habrá parado a tomar unas cañas en una terraza de Lavapiés con amigos nuevos o se habrá liado con algún cliente para no volver a casa. Solo vuelve cuando se le acaba el dinero suelto».

Como Julia no había estado en casa, había perdido todas las llamadas del Económico preguntando por Vicente.

—¡Ala, Vicente! ¿Otro acto de heroísmo? ¿Dónde te has metido? ¿Otra alma perdida? Anda. Estamos para abrir.

—¡Vicente, majo! Están las mesas todas llenas. La nueva no puede sola. ¡Vente ya!

—Bueno, macho. Si es así, no te hace falta venir mañana. Hay toda una cola de jóvenes buscando trabajo.

Y muchos mensajes más, pero de repente no había vuelto a llamar como si el asunto se hubiera resuelto. Al entrar, Julia había pasado al lado del contestador automático colgado de la pared a la entrada del salón. Nunca había entendido estas máquinas modernas y no se había fijado en la luz roja intermitente que indicaba que había mensajes pendientes, ni le interesaba. Mucho más interesante era contar ladrillos.

Por quinta vez, había llegado a cien.

«Ni sé por qué lo hago. Me tranquiliza. Es como rezar o escapar. Entrar en otro mundo que no es lo mío ni lo de Vicente».

Habían llamado a la puerta del piso. El portero daba una última pasada con la fregona en el portal y había dejado entrar directamente a los agentes.

—Cuidado, está mojado.

Curiosamente, una agente joven llevaba un par de zapatos negros en la mano, pero iba calzada. Habían subido directamente al cuarto piso.

—Lamentamos molestarla, señora —había dicho la chica.

—¿Pasamos?

—¿A estas horas? ¿Tienen a mi marido allí abajo? ¿Qué ha hecho? No puede subir solo, el sinvergüenza.

—¿Ha habido un accidente?

—¿Lo han detenido? Le viene bien. A ver si aprende.

—No…, señora, se ha muerto. En el instante. Llevamos toda la tarde buscando una dirección suya. No tenía nada encima.

—¿Y solo le quedan esos zapatos lisos? ¡Por Dios!

Julia se había echado a reír y luego había llorado de una manera descontrolada y enfadada.

—¡Ay, ay, ay! Me rescata (supuestamente), me trae a esta ciudad con su trabajo de mierda en un restaurante de mierda y yo, con las monjas. ¡De puta madre! Y se muere. ¿Cómo? Agentes, ¿cómo?

—Bueno, agentes, parece que ustedes saben más del asunto que yo. Yo salí a trabajar esta tarde, soy una mujer casada y ahora soy viuda (por segunda vez, por cierto). ¿Qué pasa con los hombres? Me han dejado ciertamente plantada. ¿Qué hago yo ahora? He dejado a mi familia, que tampoco me necesitaba, para crear un espacio mío, y ahora me encuentro con un piso que no sé cómo voy a pagar y trabajo dando de comer a unas tristes monjas, tan aisladas como yo.

—Pueden marcharse. Déjenme los zapatos, por favor; allí tienen su sitio al lado de la puerta. No le dejó traerlos adentro. Manchan.

—No salgo. Saben dónde estoy. De aquí no salgo.

La agente había dejado los zapatos tal como había dicho Julia: un acto innecesario.

—No puede imaginar, señora, cuánto lo sentimos. Quédese aquí. Pasará alguien de la comisaría para hablar con usted.

—No se preocupen. Yo me quedo. ¿Qué es lo que me van a contar?

—¿Qué mi marido me ha traído con un engaño a este piso en Madrid para luego tirarse delante del tren de la línea? Siempre le ha gustado esa línea.

—Creemos que se cayó, pero no queda claro. Nadie ha visto nada. De todos modos, los de la comisaría pasarán a verle. Nosotros somos de ayuda familiar; si de momento no le hace falta, le dejaremos. ¡Cuánto lo sentimos!

—Ustedes no se preocupen, ya han hecho lo suyo.

—Tengo que recoger lo de mi marido. Crearme un espacio mío. En eso sí que me han ayudado. Necesito luz.

Los agentes habían salido al rellano. También necesitaban aire. Se habían parado a esperar el ascensor, sin ganas de bajar andando.

—Bueno, parece que aquí verdaderamente no pasa nada.

—Ya.

Se había vuelto a la ventana que daba al balcón con la puerta doble de cuatro cristales de altura cada una. De repente, la gran pared de enfrente, con un sinfín de ladrillos («¡tantos para fichar!») del Centro Conde Duque, había tomado otro significado. Julia tenía a su espalda una presencia física. Su corazón se había encogido como si se fuera a enfrentar a un peligro inminente. Había dado media vuelta hacia atrás para ver su chaqueta verde de pueblo colgada en el clavo de la puerta. Parecía envuelta en una sombra o una silueta gris donde solía estar el pegajoso impermeable de Vicente, que había llevado en todas las estaciones del año e independiente del tiempo que hacía.

Se había levantado de su silla para quitar su chaqueta del clavo en un gran gesto y, cogiendo un trapo limpio de la cocina y un espray para quitar grasa, se había limpiado rápidamente con tres o cuatro pasadas la puerta del piso.

«Pero ¿cómo lo he dejado hacer eso? ¡Qué hombre tan sucio!

«Lo que he pagado para entrar en ese Cristal.

«Podría haberme quedado con mis hijos (con mi Lolita, que mantenía todo bien limpito) en el pueblo, para ser la buena madre».

A pesar de la hora (estaba ya de madrugada), luego había entrado en el dormitorio (su dormitorio) para ver la cama, donde

Vicente había echado su siesta final, su forma aún visible en el edredón con delicadas flores amarillas y hojas verdes claritas. Allí en las sábanas, en el lado del difunto Vicente, se había dibujado la forma de su presencia en un color gris marrón.

«Nunca me había fijado. ¿Qué me pasa con mis maridos? Siempre me estropean la cama de una forma u otra».

Había quitado la ropa de la cama y la había echado en la lavadora sin casi tocarla.

«Para mañana será. Otro día».

Había vuelto a sentarse al lado de las ventanas abiertas. Los bares del barrio habían cerrado y la pared de enfrente se había quedado iluminada con solo la luz de un par de farolas encendidas esperando que pasen los de la limpieza con sus poderosas mangueras.

Curiosamente, al apagar la luz del salón, Julia se había fijado en un último rectángulo de luz iluminando hasta diez ladrillos de anchura y no se sabe cuántos de altura (se había quedado dormida contándolos) que emanaba del piso del tercero de su vecina Carmen, que, desde la llamada a la puerta de los dos agentes no había podido pegar ojo.

48

El cuarto piso exterior se había quedado vacío hasta el día en que la dueña de la casa había entrado con el hombre de aspecto mucho mayor que sus propios años, con su pelo teñido tirado hacia atrás, resaltando entradas bastante pronunciadas.

De una manera, Maricarmen, abajo en el tercer piso, se había sentido muy a gusto sin oír pisadas de pies a lo largo del pasillo desde la puerta hasta el salón del cuarto piso. De otra manera no daba buena pinta tener un piso deshabitado en un edificio principalmente de gente mayor.

Había apagado la tele que siempre tenía puesta en el salón con los últimos culebrones latinoamericanos recién descubiertos y había bajado la radio que siempre tenía encendida en la cocina. Se había instalado en el salón con las ventanas abiertas para oír mejor la conversación en el piso de abajo.

«Esta gente no habla nada. Tal vez buena señal. No quiero nada de alboroto e historias. Basta con lo que entra por la calle entre obra y jóvenes yonquis del otro lado de San Bernardo. ¡Que se queden allí! Este es un barrio tranquilo».

«¿No estará solo el señor con su pelo de soltero? No oigo más que la dueña. Es eso un piso de matrimonio, como lo era el mío. Como lo era», repitió santiguándose.

Carmen estaba muy a gusto en su tercer piso detrás de la Plaza de España. Era una señora a quien le encantaba pasear: paseos por el barrio y más allá: pasando por delante de la estatua del Quijote y su Sancho Panza, en la plaza reformada hasta el Templo Debod, Rosales y el Parque del Oeste. Y otros días cogería un autobús para ir a Cibeles o Atocha para luego meterse en el laberinto de senderos entre árboles entre el Estanque del Retiro y Alfonso XII. Hasta algún

verano, cuando se había vuelto a abrir, se había quedado allí para el cine de verano para luego volver a casa de madrugada con el aire fresco.

Pero con la visita de los agentes esa noche su propio entorno había ofrecido otro enfoque para su mente activa e interrogativa. La llamada a la puerta y la conversación breve en el rellano del cuarto piso le había picado el interés.

«Bueno, es un poco tarde, pero por fin me voy a enterar de algo que pasa con mi vecina, con su marido tan cutre. Ese hombre que nunca saluda en la escalera y siempre con la misma ropa. Vaya donde vaya al trabajo, no puede ser un sitio con normas muy exigentes».

Carmen iba desde el balcón abierto de su piso para luego volver por el pasillo largo hacia la puerta al rellano en un intento de averiguar quién venía de visita a esas horas de la noche. Pero no había captado ni una palabra ni desde la ventana ni por la escalera, pero en un momento se había dado cuenta de que las visitas se marchaban. Casi se había deslizado al llegar a la mirilla de la puerta la prisa que se había dado para ver quién bajaba por la escalera. Habían surgido a la vista los dos municipales, primero la mujer, seguida por el señor, más alto y algo más joven. Tenían un aspecto resignado y cansado como al final de su turno, y con ganas de volver a casa. Pero para Carmen la tarde había dado más que una chispa de interés tras todo un día en casa oyendo voces, pero sin distinguir conversaciones. Pero ahora no iba a poder dormir pensando en lo que hubiera ocurrido a su vecina o a su pareja.

«El camarero se habrá metido en algún lío con un cliente o se habrá pegado alguna borrachera en el bar por Embajadores. Ya sé cómo funciona esa gente. Se queda hasta tarde en el restaurante y luego no quiere volver a casa a esa mujer que no se relaciona con nadie».

Tras trasladarse a Madrid para vivir en la casa que había encontrado Vicente gracias a ese papelito en el quiosco de la ONCE en Argüelles, era cierto, Julia no había cambiado fundamentalmente su manera de vivir.

«Estoy aquí como en casa», se había dicho. «Solo aquí cocino para las monjas que, creo, me aprecian más que los ancianos del pueblo. Tal vez hasta rezan por mí. Lo merezco, digo yo. Con lo que aguanto. Y los ancianos ni sabían quién estaba. Cada día me daban un nombre diferente. Para algunos era la madre, para otros la mujer o la hija. Lo más importante era que comían lo que les preparaba, aunque ni siquiera podían masticar. Me daba igual. Allí en el claustro dejo la comida en las mesas y, una vez fuera, entran las hermanas sin decir nada. Me viene perfectamente. Comen todo y se van sin comentarme nada de los fantasmas que ocupan sus cerebros. Vicente me hizo ese favor, por lo menos».

«Lola me falta, sin embargo. No he hecho lo suficiente por ella, lo admito. Tendrá marido, tal vez, y niños. Seguro que lo lleva mejor que yo. Nunca sabré y así mejor. El camarero me había sacado de toda responsabilidad, me ha dejado una vida que me conviene (¿Es una vida que realmente me conviene?) y ahora me deja. De accidente, nada. Lo habrá hecho a posta. ¿Es que no me aguantaba más, su Dulcinea? ¿O era su vida de camarero en ese sitio con sus propios fantasmas que ya no aguantaba?».

«Me ha hecho un favor. Ahora estoy libre. Andaré buscando mi propio camino».

Como Julia contemplaba su propia libertad, contando ladrillos, Carmen no lograba el sueño con todas las historias que se inventaba para explicar la presencia de esos agentes que se habían sentado en su coche de patrulla aparcado en la entrada monumental del centro cultural de enfrente.

—Te dejo en casa.

—Mañana escribimos el informe. Ese señor no tenía cara.

—Ni pies ni manos —había dicho el agente—. Menos mal que llevaba su DNI protegido en el bolsillo del pantalón. El culo sí se quedaba. Se habían echado a reír los dos, pero con cansancio y sin ganas.

Desde el coche se podía ver, en el tercer piso, la única luz del edificio encendida y, abajo en la oscuridad, estaba Julia pensando en cómo iba a ser su vida, ya que tenía la oportunidad de volver a descubrirla.

A primera hora de la mañana habían llegado más agentes al cuarto piso. Primero, dos de paisana que querían enterarse algo más de las circunstancias que habían llevado a Vicente a dejar toda su vida y su impermeable hecha trizas, pegado al ferrocarril del metro de Ventura Rodríguez con toda la sangre que se quedaba en su cuerpo, seca de inmediato por debajo del andén. No habían tardado nada en cerrar la estación a pesar de la incidencia de pasajeros a esas horas de la tarde. Se habían intentado enterar del estado de ánimo de Vicente el día anterior al marcharse a trabajar. Para Julia, parecía que ya hablaban de un desconocido, de alguien que ya no pintaba en su vida, que no había tenido presencia en su día a día. Julia había vuelto al día anterior, con la ayuda persistente de los dos agentes.

—Iba como siempre a mi turno de la cena con las hermanas. Había cruzado Princesa con algo de prisa porque era tarde. Iba por delante y mi marido, ¿Vicente? Sí, Vicente. Iba por detrás. Siempre va por detrás, nunca parece que tiene prisa. Y ya saben ustedes, por las calles de Madrid hay mucha historia en la calle y es muy difícil andar uno al lado del otro, sobre todo si uno tiene prisa.

—Su marido, ¿parecía deprimido? ¿Se habían peleado?

—No, no nos peleamos nunca. Nos aguantamos, saben ustedes.

—¿No tienen hijos, señora?

—Juntos no. Tengo familia en el pueblo, en Segovia, pero al casarnos, me hice la vida aquí.

Julia había contado la historia de cómo había conocido a Vicente cuando trabajaba en «El Cristal», en la acera al otro lado de Carlos V.

—Según él, me salvó la vida de un recluso libre de fin de semana. Era un instante de locura. Yo no creo que corría riesgo pero en esos momentos estaba muy sola y muy aislada a pesar de mis cuatro hijos en casa, y, al poco tiempo, nos casamos. Era una cosa muy romántica… pero no tengo que contarles todo esto, no tiene nada que ver.

—Éramos una pareja muy normal y corriente, mi marido no estaba deprimido, fue un accidente y punto. Ahora tengo que volver a hacer mi vida. Ya son dos maridos, saben ustedes, y aún no he llegado a vieja.

—De accidente no sabemos, señora. Habrá que ver las cámaras del andén. ¿Su marido no había tenido peleas con los vecinos ni con clientes? Trabajaba en Lavapiés, ¿no?

—Por allí pasan todo tipo de cosas con los que viven allí.

—¡Ya basta, agentes!

Julia se había dirigido a la puerta del piso y había salido al rellano, levantando la voz.

—Yo soy creyente y mi marido respetaba eso. Nunca se hubiera tirado voluntariamente debajo de un tren. Éramos una pareja normal, como todos, nunca se había presentado con trastornos psicológicos ni se mezclaba con gente rara. Ustedes tienen que hacer su informe pero yo les aseguro que ha sido un accidente trágico para mi marido y para mí un trastorno que me va a costar recuperar, pero es eso lo que voy a hacer mientras ustedes siguen con sus investigaciones para descubrir la verdad, dejándome a mí en paz. Llegaremos todos a la misma conclusión. De todos modos, esa aventura con Vicente se me ha acabado.

Para no tener líos Julia insistió en la historia del accidente.

Al otro lado de la mirilla, Carmen se había quedado más satisfecha con la conversación que había tenido Julia con los dos agentes. Hasta había podido verles la cara mientras esperaban el momento de despedirse del río de palabras que les había soltado desde la puerta de su piso.

«Como pareja casi no se oía nada desde abajo», pero esa mujer, una vez que se tira de la cadena, no para.

«Ya sabía yo que era cosa del marido. La mujer aguanta. Claro. Ese camarero era un caso. Lo que se oía de su piso cuando ella no estaba. Estando los dos en casa nada más que ronquidos de día a noche, pero siempre por la tarde, cuando ella se iba al trabajo y él tenía descanso, ¡lo que ponía en la tele! Yo no sé dónde lo sacaba pero oía cada ruido saliendo de la tele.

«No sé por qué dejaba las puertas abiertas y el volumen alto. Hombres y mujeres; a veces, solo hombres; otras veces, solo mujeres. No tenía vergüenza. Gritos, risas, gemidos. Ropa sucia y la cabeza aún más. Y con una mujer que se cuida tanto, con su ropa limpia, siempre colgada afuera.

«Yo no sé lo que habrá hecho ese señor, es un camarero cutre, pero creo que bien habrá hecho».

Al marcharse los agentes de la investigación, Julia había logrado calmarse. Se había preparado un café de esos negros de cafetera para volver a sentarse al lado de la ventana, armada para consolidar una independencia que llevaba años preparando. Siempre había algo que desviaba el camino: primer marido, hijos, delincuente con permiso de fin de semana y camarero payaso. Bueno, al final, todo se había solucionado y ya se había encontrado lejos de los cotilleos de pueblo pequeño y escondido tras las persianas de una ciudad donde, por fin, nadie la conocía; su único contacto: las hermanas clausuradas.

«¿Y Lola? La única hija que había criado. Abandonada hace tantos años. Tenía más posibilidades de llevar la casa. No puedo dar un

paso atrás. No soy de esas madres que muestran caminos. Se habrá encontrado su camino sin mis esquivaciones».

Tomarse un café, así, delante de la ventana, le parecía su primera pequeña muestra de libertad. Cada vez que posaba el vaso en el suelo dejaba un círculo mojado dibujado en los adoquines rojos, verdes y amarillos. Casi nunca se tomaba un café en casa. Normalmente tomaba algo al llegar a la cocina de las hermanas.

«Luego lo limpio», se había dicho sin convencerse.

Al posar el vaso por tercera o cuarta vez, se había vuelto a interrumpir su mundo de viuda recién alcanzado. Había llegado al telefonillo al lado de la puerta del pasillo al mismo momento en que Carmen miraba su mirilla en su pasillo, que llegaba a la puerta del rellano. Estaba tan dedicada a su tarea que había traído un taburete y una revista de esas de cotilleos.

Julia había esperado impaciente a la puerta, dejando pasar a otros agentes, esta vez de la Policía Municipal.

—Sus amigos han hablado conmigo anoche. ¿Qué pasa, no se hablan, no toman apuntes? Si no, ustedes se van a perder.

—No es así, señora. Lo siento, ya sabemos que usted va a necesitar tiempo para asimilarlo todo.

—Tengo tiempo que me sobra, joven. Es solo cosa de mantener mi intimidad.

—Es que hay trámites en el caso de su marido que necesitamos resolver.

—¿Y para eso me necesitan a mí? Bueno, que sea rápido. Yo también tengo asuntos pendientes, os imaginaréis.

—No le vamos a molestar más, pero estamos aquí si necesita ayuda.

—Mire usted —había interrumpido el otro agente, que se había quedado callado, pero con todo lo que tenía pendiente esa mañana se había puesto impaciente y veía que esa señora estaba ya harta de visitas oficiales —y él tenía pendiente su desayuno.

—Mire. Aún no hay conclusión de cómo ha ocurrido la muerte de su marido. Ya sabemos que usted tiene su propia teoría. Pero ya puede hacer lo necesario para organizar el entierro.

—Su marido tenía su DNI encima. No necesita ir a identificarlo y, puede imaginar, no le interesa a usted tampoco.

—Mira, chico. Yo no sé nada de esas cosas. ¿No tendrá otra familia? ¿Vosotros no podéis hacer nada? No sé, no sé. No sé nada.

—¿Usted no sabe si su marido tiene otra familia? —había exclamado el otro agente.

Su visita hubiera significado un verdadero regalo para Carmen. Había todo visto y todo oído entre su oreja pegada a la puerta y su ojo pegado a la mirilla. De repente, la vida de su vecina se había vuelto de lo más miserable y no un cuento de los que encontraba en *El Caso*. Había mirado hacia el balcón de su casa todo lo largo del patrón repetido desde su lugar en la oscuridad.

«Esa señora sin futuro claro, tras dos maridos ya muertos, el último en circunstancias poco claras. ¡Qué tristeza! Nosotras, las viejillas, tenemos que buscar un encuentro de apoyo para facilitar una salida de este aislamiento y soledad. Toda una cola de agentes, representantes de un apoyo hipercrítico que no logran ni la más mínima empatía».

49

Carmen había bajado del piso suyo hasta cinco veces esa misma mañana. Había salido al rellano cada vez que oía pasos encima de su cabeza a lo largo del pasillo de baldosas sueltas. Se habían fijado en el hecho de que ya no caía agua del balcón del salón, pero que la ventana siempre se quedaba abierta. Estaba consciente de su vecina sentada allí dentro y, sus pasos desde un cuarto a otro en cuanto las baldosas se movían al ser pisados, como los huesos en un sendero al lado de un cementerio con cuerpos amontonados: una imagen que no le molestaba —la vida seguía, acompañada por los muertos.

Sucedió, sin embargo, que un inquilino había muerto desapercibido. Al portero no se le había ocurrido dejar pegada a la entrada un folio de esos con borde negro y cruz cristiana anunciando la muerte del camarero ni el lugar del funeral ni del entierro. Vicente no se habría puesto triste al pensar que nadie iba a acordarse de su muerte clandestina, ni su viuda ni los del Ayuntamiento que habían supervisado la limpieza profunda del ferrocarril de la estación de metro Ventura Rodríguez. Al día siguiente de la muerte sin resolver, todo el funcionamiento de la red subterránea se había restablecido. No había más retrasos en la línea tres por el incidente ajeno a la compañía. Únicamente el dueño del Económico tenía que buscar otro camarero.

«A ver si esta vez cogemos a alguien que no nos traiga problemas y encaje mejor con el vecindario».

Había quedado mucho atrás en el tiempo y en la memoria de la gente del vecindario de Atocha el heroísmo de Vicente en El Cristal, si había verdaderamente ocurrido. Ya nadie hablaba de eso. Nadie había hablado de eso ni de su despido inesperado el día siguiente.

De una manera u otra habían podido recoger los suficientes resto sde Vicente para rellenar la mitad de un ataúd que luego habían llevado los del Ayuntamiento al tanatorio de la Almudena bajo la supervisión de los agentes municipales para la ayuda a familias de víctimas de muertes inexplicadas.

Agentes del Ayuntamiento habían pasado una última vez en la casa de Julia para explicar cómo iba a suceder la cosa. Era una de sus últimas salidas fuera del barrio, fuera casi del mismo piso. Había un cura de turno (como los médicos) que se quedaba libre esa tarde. Julia había cogido un autobús de la Plaza de España que cruzaba el río para luego llegar a la capilla del cementerio. Había sido una ceremonia cristiana sencilla con empleados de la capilla y hasta un par de señoras de esas con monos verdes claritos que barren las hojas y la pinocha de los senderos entre las tumbas. Había dejado sus carritos con su logotipo del oso y madroño en la puerta. Tras unos textos de la Biblia, un padrenuestro y unas cuantas avemarías, los restos de Vicente en su ataúd habían salido por una puerta al fondo, empujados en un carrito de cuatro ruedas por un empleado en traje negro y pin del Ayuntamiento mientras que Julia cogía el autobús, con el cura, al otro lado de la carretera para luego volver a la Plaza de España.

«¡Tanta ida y vuelta, vaya Vicente!».

Y así Julia había vuelto a casa para determinar su rutina y buscar la manera de quedarse allí sin tener que ocuparse de los asuntos de los demás. En el inmueble sin ascensor enfrente del Centro Cultural Conde Duque, antiguo cuartel militar, así que no tenía que enfrentarse al reto de compartir espacio tras una puerta metálica plegable mientras subía al cuarto piso. En el pueblo, Lola tenía el mismo rechazo al contacto con los demás y disfrutaba del hecho de que podía entrar directamente a su casa sin tener que saludar ni intercambiar palabras con vecinos y vecinas. Así había podido aguantar a la bella Beatriz, con todos los enlaces que tenía ella con

su familia, desde sus caminos hacia el colegio de pequeñas hasta las provocaciones que llevaba a la muerte del señor Del Amo, padre difunto de Víctor.

«En fin. He podido evitar todo eso», se había dicho al entrar en el portal.

Julia había empujado la gran puerta de cristal con marco de hierro recién pintado, para encontrarse con una columna al lado de la escalera donde normalmente hubiera pegado el anuncio de la muerte de su segundo marido.

«¡Vicente, sí, Vicente!

«Una cosa es que yo cambie de rumbo con lo que me ha presentado ese pelmo, otra cosa es que ni se le ocurra al portero, que está al tanto de todo, que pida a los vecinos acordarse de él. Merezco yo ese respeto, por lo menos. Si supiera que trabajo con las hermanas. Bueno, bueno».

Carmen había estado pendiente de la vuelta de su vecina y no quería dejar escapar la oportunidad. Había traído su taburete para sentarse en la oscuridad al lado de la puerta, levantándose de vez en cuando para dirigirse con prisa, pero sin hacer ruido, hacia la ventana del balcón por si acaso veía a Julia subiendo desde la Plaza de España.

De repente había oído cerrarse la puerta pesada del portal y había cogido su bolsa de la compra y una chaqueta para salir a la calle.

Tenía todo preparado al lado de la puerta por un momento como ese.

Había estado quince días esperando que anunciaran el entierro.

Como no lo habían comunicado a nadie cada vez que salía Julia del piso, Carmen había preparado su propia salida esperando la vuelta de su vecina.

«El portero ese no sirve para nada: ni para anunciar entierros, ni para sacar basura, ni para fregar la acera.

«Una falta de modales».

—Anda, vecina. Hacía como si bajara a comprar. Llevaba la bolsa de la compra en la mano. Era una de esas de nailon que caben en su propio bolsito pequeño con cremallera. Al cruzar con Julia en la escalera la estaba sacando de una manera teatral para mostrar que la iba a usar de verdad.

—Buenas tardes, vecina. Voy al mercado antes de que se cierre. ¿Quiere algo? Ya sé que son tiempos difíciles para usted. No hay hueco en la cabeza para pensar en las cosas rutinarias.

Carmen ya había hecho su compra esa misma mañana y no necesitaba nada, pero no iba a desaprovechar esta oportunidad. Llevaba desde la mañana hasta esta hora de la tarde sin ver a nadie y había apagado la tele y la radio para mejor seguir los ruidos del piso de arriba, para no perderse este momento. Ahora tenía ganas de hablar y no sabía cómo parar, cómo cerrar el grifo.

—Buenas —murmuró Julia sin levantar la vista de los escalones para no caerse del susto, pero sin parar.

—¿Y usted?

—Que sí, señora, soy Mari Carmen. La vecina de abajo. Nos vemos de vez en cuando. Seguro que me conoce. Solo es cuestión de mirar. Con tanto alboroto y tantos jóvenes tenemos que apoyarnos entre nosotras, ¿no cree usted?

Con esa sobredosis de palabra Julia había parado.

«Con esta señora hay que poner las cosas claras. No busco ayuda. Puedo poner un pie delante de otro sin la ayuda de nadie».

—¿Tiempos difíciles? ¿Pero qué coño me cuenta usted?

—Pero, señora, no es para tanto; solo quiero ofrecer una ayuda a una vecina que veo necesitada.

—¿Necesitada? Repito: ¿Tiempos difíciles? Yo estoy perfectamente.

—Digo por lo de su marido. Que descanse en paz.

—Pero, señora, yo no molesto a nadie y solo quiero que me dejen a lo mío.

—Ni sé cómo se ha informado de mi marido. Ni yo ni el portero hemos comentado mis historias a nadie. Es cosa mía y así se queda. Por favor, no me cuente más cosas mías. Voy para mi casa si no le importa dejarme pasar por una puta vez.

Pero Carmen, a pesar de las groserías de su vecina, no podía dejar la cosa así. Los asuntos de esta mujer se habían transformado en un reto para ella. Quería enterarse un poco de su vida de solitaria, pero también quería ayudar tras oír la última conversación con los agentes hacía un par de semanas, cuando bajaban las escaleras.

«No se puede dejar sola a una mujer así, tan triste que ni siquiera admite sufrir».

Había dado un paso hacia un lado dejando hueco para Julia y, al pasar tan cerca, se le había tocado con cariño la parte del muñeco que salía por debajo de su chaqueta verde.

—Mire, señora. No la quería ofender ni meterme en sus asuntos, pero voy al mercado y a la vuelta subo a su piso y dejo unas cositas para usted en el rellano. Si no quiere, pues dentro de un par de días vuelvo y las quita para no molestar a los vecinos. No quiero historias con el portero.

—Buenas, señora —había contestado Julia con una pequeña risa —. Yo no sé cuándo fue la última vez que el portero subió hasta la cuarta planta, la verdad.

—Bueno, no ha dicho que no.

Mari Carmen seguía bajando para ir con prisas, haciendo una pequeña lista en su cabeza de las cosas que su nueva amiga iba a necesitar.

Una vez en casa, efectivamente, Julia se había ido directamente a su silla delante de la ventana. Se había quitado la chaqueta y, como acto desafiante, la había dejado caer directamente al suelo.

«¿Qué pasa con las mujeres en mi familia? Lola, el poco caso que le hacía, siempre sentada al lado de la ventana, mirando hacia fuera,

hacia otro mundo».

El camarero se sentaba en el sofá y encendía la tele para sus concursos diarios, con las rubias de turno. Como si yo no lo supiera.

«Esa señora, ¿por qué se mete en mis historias? Mi vecina Mari Carmen, nunca la he visto en mi vida».

Desde la muerte del camarero, Julia salía cada vez menos. A su lado de la cama estaba el contestador automático con su luz roja señalando varios mensajes. Era uno de los antiguos con varios botones; al llegar al piso años atrás, un domingo con Vicente, ni Julia ni él le habían prestado mucha atención. Las voces allí grabadas eran de otro mundo, no del suyo. No se paró ni un instante en pensar qué significaba esa luz, ni se le ocurrió intentar apagar la luz, a pesar del hecho de que rellenaba el dormitorio cada noche con su luz roja intermitente. Al prestar la mínima atención a las llamadas, se habría dado cuenta de que una hermana clausurada había llamado varias veces para enterarse de su ubicación. Desde la muerte de Vicente no había vuelto a aparecer por el convento.

«No van a morirse de hambre».

En el pueblo, tanto como aquí cerca de la Calle Princesa nunca había tenido gran cosa ni en los armarios ni en el frigorífico. Vicente comía lo que había en el menú de El Económico y a veces compraba alguna galleta en El Día del barrio por San Bernardo antes de subir a casa, dejando migas en el sofá, con la boca abierta delante de los presentadores rubios de Telecinco. Julia había cogido un vaso de la pila en la cocina y, dejando el grifo abierto para que saliera agua un poco más fresca, había echado un vistazo en los armarios para ver si tenía que salir en los próximos días. En su futuro inmediato no tenía pensado volver a salir.

«¿Para qué?».

Al posar su vaso medio vacío en pleno centro de una baldosa, dejando otra mancha redonda, había oído un ruido ligero al otro lado de la puerta y unos pasos bajando la escalera.

«Esa pesada de vecina —Mari Carmen, ¿no?— escuchando a la puerta.

«Estará pensando que me voy a tirar por la ventana.

«Con mi independencia me siento liberada.

«Nadie para molestarme.

«Suficiente con un pelmo que se tira al ferrocarril sin que también estropee la vida, tal como hubiera hecho yo con mi Lolita al no marcharme de casa.

«Gracias, otra vez, Vicente.

«Ahora que puedo llevarme la vida tan tranquilamente sin molestar a nadie y nadie me molesta a mí.

«Ahora que me dejen en paz».

Abajo, Carmen se había sentado en el taburete de hierro con silla de madera lisa, al lado de su puerta. A la media hora, como no oía nada, se había levantado para volver a subir al piso superior y ver si Julia había caído en la tentación del cebo. Nada más subir un par de escalones, se había parado al ver que la puerta del piso de su vecina se abría lo suficiente para sacar un brazo y recoger unas galletas, un bote de Cola Cao y unas galletas Príncipe que se encontraban en el suelo.

«Vaya, la Maricarmen —se había dicho—, su conciencia me trae lo justo para permitirme dormir con algo en la barriga.

«¿Qué debe pensar esa mujer más tonta? ¿Que no puedo con la vida? ¿Que me trae regalitos para mantenerme con vida?».

Al oír sigilosamente cerrarse la puerta, Carmen había subido unos escalones más, como un verdadero cazador, para asegurarse de que el cebo ya no estaba y había vuelto a casa con el alivio de un reto cumplido. Ahora tenía que decidir su próximo paso. No iba a abandonar a su vecina a su suerte.

«Esa pobre mujer necesita a alguien que la cuide. Tenemos un portero que pasa de sus obligaciones; ni barre el portal, ni tira un cubo de agua en la acera cuando hace calor, y ha dejado a esa

mujer perder a su marido sin avisar a nadie de su muerte ni de su entierro. Así que me toca cumplir a mí».

Al pasar las semanas tras la muerte del camarero, de camino en el metro hacia un restaurante de un tenedor, las dos vecinas se acercaban paso a paso. A veces se cruzaban miradas a través de la barandilla que demarcaba los escalones entre sus dos pisos; a veces se saludaban con un gesto de ojos o levantaban ligeramente el mentón.

Con esas miradas, Carmen había empezado a notar pequeños cambios en el aspecto de su amiga.

«Ahora no somos solo vecinos, ahora somos amigas. Me saluda. Presto atención a sus necesidades. Es mi amiga. Me necesita».

Apuntaba en una lista lo que iba comprando y dejando en el rellano. No para cobrarle, sino para no dejar cosas innecesarias. Había días en que Julia hasta dejaba notas pidiendo algo.

«Doña Carmen, me falta papel higiénico, ¿Y me puede traer más galletas de esas de chocolate?».

Hasta un día había casi una carta entera, con fecha y firma.

«Doña Carmen: Me ha llegado una carta en el buzón, una carta de la Seguridad Social. Adjunto aquí la carta con mi DNI. Quieren que me presente en las oficinas que tienen en San Bernardo. ¿Puede usted ir de mi parte? Creo que es un asunto de mi pensión de viudedad. ¿Sabe usted que se murió mi pobre Vicente? No creo que sea una cosa ni grave ni complicada. Si explica que me encuentro incapacitada (que soy una pobre anciana), seguro se puede arreglar. Apunto aquí abajo mi cuenta bancaria (hoy en día no dan sobres con dinero en efectivo, ¿verdad?)».

Así de fácil, Maricarmen había pasado de ser vecina a ser amiga y luego representante y bancaria.

Con cierto orgullo y sentido de importancia, se había sentado a su propia ventana con la confianza de que, en el mismo lugar, en el cuarto piso, estaba su amiga Julia fiándose de ella.

50

Esa mañana temprano, Fuencisla había proclamado el principio del día tras una noche interrumpida. Lola se había resignado a una mañana sin posibilidades de pegar ojo ni media hora para recuperarse. Se había vestido a su manera para ir a la papelería. La niña no había dejado de quejarse hasta que las ruedas del cochecito prestado de la vecina se habían chocado contra la calle adoquinada que subía hacia el acueducto. Era su turno en la tienda de Cervantes y, como a la niña se le tranquilizaba el viaje, había preferido ir a trabajar y distraerse en vez de quedarse con la bebé en casa, sola entre cuatro paredes. Necesitaba conversaciones en vez de presenciar las lágrimas de su hija.

«Ay, mi niña, eres un encanto, pero ya ¿no? Estamos muy bien juntas. ¡Ay, que sí! Siempre voy a estar a tu lado. Nunca te voy a dejar, como me hizo la abuela. Me abandonó tan joven. Vamos a ver a los amiguetes, así estás más tranquila, mi amor».

Estaba aún temprano para sentarse en las mesas de la terraza de Juan Bravo, enfrente de la Casa de los Picos. Estaban ya sacadas, pero no daba el sol. La gente subía y bajaba para ir al trabajo, y no había sol donde calentarse. De todos modos, los que andaban por allí tenían prisa para abrir sus propios locales, para entrar en la oficina o para ir directamente a la capital desde la estación de trenes. El que no tenía prisa era Pablete, el chico de los folletos que quería aprovechar la hora del día para entrar en la papelería con Lola y luego unos diseños para folletos y carteles, aprovechándose de las materias en el almacén de La Papelería del Amo. Su pequeño negocio, con la ayuda práctica y artística de Lola (decía ella), iba avanzando y había logrado no solo hacer folletos y pósteres para pequeños negocios por el barrio, sino también carteles más grandes

para el coro de la catedral y grupos modernos de Madrid. Al encontrar éxito en la capital, querían probar su suerte en las provincias. Venían a la pequeña sala que se ofrecía en la Casa de los Picos. Mientras se quedaba solo en la terraza, esperando la llegada de Lola con la pequeña Fuencisla, había sacado un cuaderno para dibujar ideas suyas que luego mostraría a la nueva madre, aparentemente tan madura e inteligente.

«No me salen mal, pero a veces me parecen una mierdecilla. A ver lo que dice esa. Entiende de estas cosas. Se pierde el tiempo aquí en el pueblo. No habla mucho, pero siempre va al grano. No tiene la presencia física de Bea, pero…

«Seguro que Beatriz pasará hoy. Tiene el tonto de Víctor todos los martes, y siempre coinciden. Ese profe que no sabe nada de enseñar. ¿Sabrá lo de Beatriz con su padre? El mayor de todos, pero tan ignorante. Se pierde el tiempo con ella».

Pablete, con sus melenas y su sensación de aislamiento en el pueblo donde, creía, nadie lo entendía. A veces, un sábado o un domingo, cogía el tren para ir a Madrid y, al cruzar la sierra, sentía que entraba en otro mundo: el mundo de los creativos, de los despabilados, lejos de los incultos de su barrio. Al dar con Lola, sentía que había encontrado otra alma de los suyos. Estaba a menudo por la Casa de los Picos, metiéndose poco a poco en el mundo de los visitantes de la capital: músicos, fotógrafos y algún artista aficionado, amigo de Víctor, que había conseguido espacio en las salas que ofrecía el centro cultural. En el pueblo, siempre les daba la bienvenida. No importaba que buscaran en la provincia algo que se les escapaba en la capital.

No tenía fe en sus propias habilidades de diseño y creatividad, pero sentía, al rozar contra los artistas (de verdad) que frecuentaban ese lugar, pues algo de lo suyo saldrá de su propio espíritu.

Un sábado, al entrar por la puerta grande de la Casa de los Picos, con la señora Sanz siempre a un lado, sentada, vigilando, desde su

mesita de madera con patas de hierro, le había saltado a la vista la imagen de Lola al fondo de la sala donde daba Víctor sus clases de dibujo.

Estaba sentado bajo el arco detrás de todos los ancianitos, con las manos grises de carboncillo y los ojos un tanto aburridos fijados en la mesa de fruta variada que siempre estaba allí.

Fue como una aparición y de una manera dio un pulso a la vida de Pablete que se había quedado estancada: su única tarea, llevar folletos a los bares y lugares turísticos del pueblo.

Hacía todo lo que podía para coincidir con Lola en el centro cultural o en la terraza de enfrente.

—¡Pablete! —le había llamado Lola desde la acera de enfrente—. Vete a pedirme un café americano en la barra, en vaso de caña. Te invito. Y me lo traes acá. Ay, y una jarra con agua caliente para la botella de esta pesada, si no les importa. No estoy para sentarme allí a enfriarme el culo.

—Lola, maja. En este pueblo una señora como usted no debe hablar así. Por favor. Enseguida traigo.

Había entrado Pablete en la barra, sonriendo y tan contento. Allí detrás los tres camareros, cada uno con su delantal blanco atado con una cuerda alrededor del cinturón, estaban preparando los platitos, con sus cucharitas y los sobres de azúcar en la barra.

—A ver, chaval, ¿qué quieres? Oye, y hoy nos pagas.

—Dos americanos y ¿me puede dejar una de esas jarras de metal con agua caliente, por favor?.

—Bueno, chico. Lo tuyo es un cortado y ¿para qué quieres tanta historia?.

—Es para la niña de mi compañera, Lola, y un americano para ella. ¿Qué más da?

—De compañera nada, chico, ya he visto cómo la miras. ¿No será tuya la bebé? Vosotros tan jóvenes. ¿Y esto del americano?

Enamoradito con el americano. Lo que quiere la jefa, la quieres tú también.

—No es mi jefa, primero; ¡anda ya!, creo que me toca a mí elegir cómo quiero mi café, ¿no?.

A pesar de sus palabras de bravura, Pablete había enrojecido y había salido un instante fuera para tomar un poco de aire y calmarse. Lola estaba enfrente con un manojo de llaves, sujetando la persiana de la tienda con una mano y el cochecito con el pie. La niña ya estaba dormida tras el paseo. Pablete estaba a punto de ir a ayudar, pero sentía los ojos de los tres camareros a su espalda y los chistes que se iban intercambiando, y se había parado. Al ver entrar a Lola en la tienda, había vuelto a entrar en el bar.

—Mira, chico, estábamos de broma. Mira, te dejamos también una bandeja. No pasa nada. Luego nos pagas. No vas lejos con tu amiga y su bebé. Por cierto, tú sabrás, ¿quién es el padre? Aquí somos serios; no preguntamos. Ni nos cuenta la Sanz, esa.

—¿Yo qué sé? Ni me pregunta. Me ayuda con mis diseños. No me cuenta nada de su vida. Dice que hay cosas más importantes en la vida.

—¡Anda ya! ¡Qué sería!.

—Se enfriarán los cafés, chico. Vete. Pareces un verdadero camarero. Te dejamos un delantal si lo de los folletos no te sale.

—Gracias, hasta luego.

Con las prisas que llevaba, Pablete casi había dejado caer la bandeja. Había llegado a la papelería sudando, con las melenas de progre pegadas a su cara y sin aliento. Lola, con una risa amable, le había abierto la puerta y había entrado sin mirarla. Al dejar la bandeja en la barra había dado la vuelta para ver entrar por la puerta a Víctor con la bella Bea.

—Mira con quien me encuentro al subir la cuesta —ha dicho Beatriz—. Pero este chico no va con ninguna prisa. Pensaba que el padre, al dejar a su hijo tomar las riendas, tendría a alguien serio

que sabe manejar cuentas y así asegurar el futuro del negocio. ¿Ay, que no? Vosotros tenéis que hacer una campaña de publicidad. Aquí no viene nadie.

«No entiendo nada de estas cosas, pero no puedo quedarme aquí entre estos sin decir nada. No puedo siempre dejar a esta pringada de madre imponerse delante de Víctor. Ya basta que tiene a su hija. El chiquillo de los folletos me mira con sus ojos de quinceañero. ¿Tú crees que me va tu publicidad sin sentido? ¿No ves que Víctor lleva todo un negocio (gracias a mí, digo yo)?».

Volvió a su aventura con sus amigas en esta misma papelería con Enrique; su cabeza en el mostrador de madera mientras esperaba en casa su mujer con garbanzos enfriándose en la mesa.

«Deje el camino al profe a hacerse hombre de negocios, heredero de su pobre padre, que no tenía constancia para aguantar tres chiquillas. Este lugar vale dinero. Estos modernos no van a sacar nada».

Parecían todos los jóvenes creativos del pueblo allí, alrededor de la mesa. Estaba el profe joven que había pasado sus años de facultad en Madrid, donde se había mezclado con los artistas jóvenes de su generación (según lo que contaba). Aún no había encontrado el éxito de sus experimentos artísticos al morir su padre en esa misma tienda. Había vuelto para acompañar a su madre y mantener la continuidad de la empresa en pleno centro del pueblo. Y con Beatriz allí como su musa, que no le llevaba a ningún sitio. Se quedaba enganchado a sus talleres del sábado por la mañana con los carboncillos de los ancianitos y la mesa con sus frutas renovadas cada semana. Nadie se preguntaba lo que Beatriz realmente figuraba allí en la tienda. Nadie adivinaba lo que le enlazaba con este lugar, con el hijo del padre aún disfrutando de sus fantasías por Argüelles en su piso compartido. Tenía a su alcance esa fantasía las tardes que la bella rubia asistía a su casa para trazar líneas sin sentido en hojas grandes que había traído de la tienda.

Ni se había preguntado qué hacía Beatriz saliendo de casa a esa hora. Era una chica de esas que, si no tenía por qué, no se levantaba de la cama por la mañana, ni para pintarse las uñas. Pero estaba muy a gusto en la tienda de los Del Amo, sobre todo las mañanas antes de llegar la señora con sus miradas y sus comentarios cortos y secos. Se sentía entre los suyos con Lola, la vecina de toda la vida, ahora sola en casa con su bebé (y la de Víctor), y Pablete, su joven admirador que no ofrecía competencia al profesor amante, pero se quedaba allí como una confirmación de su valor delante de los hombres del bar de enfrente.

Cierto, Pablete no podía quitarse los ojos de Beatriz, que se apoyaba los codos en la mesa a mirar las imágenes recortadas de revistas y carteles caídas y arrancadas de las paredes de varios lugares del pueblo. No entendía muy bien por dónde iba el último proyecto de los que consideraba los verdaderos artistas de la banda. Víctor, que iba preparando la tienda para luego abrirla, era simplemente el profesor, y ella se sentía importante a su lado, pero lo que realmente le interesaba era la actividad que unía a Lola y su compañero creativo.

«Esta parece tener un camino más claro que lo que había imaginado: de pequeña me evitaba para ir al colegio, escondiéndose por detrás de la puerta de su piso. Al marcharse su madre con el camarero, le había hecho un favor. Ahora es una mujer interesante y provocadora. Parezco una muñeca de niña a su lado, de esas con melenas que se pueden peinar y todo un armario de cambios de ropa. Otra muñeca es Víctor para acompañarme. ¡Qué triste!

«¿Y ese bebé? Parece un milagro. Ni la Sanz me ha dicho nada. Juro que habrá hecho algún pacto con… ¿Quién sabe?

«Bueno, se sabe muy bien. No importa. Tengo a mi profe agarrado. ¿Las clases las doy yo?».

Al dirigir Beatriz los ojos hacia Pablete, él los había evitado para seguir, supuestamente, con su tarea, organizando los recortes de

una manera que le parecía quedar bien. Era todo una cadena de miradas mientras Lola y Pablete preparaban un boceto del cartel con lo que tenían a mano: entre recortes, pinceles para aplicar colores brillantes de los que no se vendían. Víctor salía y volvía del almacén sin saber muy bien qué hacía. A cada salida, había echado un vistazo hacia Beatriz, convencido de que se reía de él tal como, suponía, se había reído de su padre hace no tantos años.

Y Beatriz ni le hacía caso. Tenía más interés en la historia entre el folletero y su vecina de toda la vida.

«¡Esa nena! Tanta energía gasto yo en el profe y ella tiene a todos enganchados sin ni siquiera darse cuenta. Me cuesta entender su enfoque; en los chiquillos no parece tener interés ninguno. Y yo toda la vida corriendo detrás. No me escapan, los pobres.

«Siempre a lo suyo desde pequeña, escondiéndose al bajar yo en el ascensor».

En un momento, Víctor había salido atrás al almacén y la bebé se había despertado y se había puesto a lloriquear en su cochecito.

Víctor se había forzado a no reaccionar a cada movimiento y sonido de su hija —es lo que había querido Lola— y, de todos modos, había prometido a su madre que no iba a estropearse la vida. Suficiente tenía con llevar el negocio de la familia.

«¿Quién me habrá elegido esta vida de padre a tiempo muy parcial y negociante con una empresa de mierda?». se pensó Víctor, no por primera vez.

«¡Esa chica no es de los nuestros, con sus maneras y la madre huida a Madrid con su camarero!».

Pero en un instante había salido del almacén con unas cajas de cartón en los brazos, que había dejado un momento en el mostrador.

—¿Le pasa algo a tu niña? (La tuya).

Lola ni había levantado la vista del cartel que estaba recortando con unas tijeras gordas de cortar telas. Hubo un intercambio de miradas entre Beatriz y un angustiado Víctor y Pablete entre los dos.

Mientras Lola seguía a lo suyo. Ni el padre de la niña ni la chica que lo cazaba tenían la mínima confianza en asuntos de babas y pañales de bebés.

—¡Ay, Dios, que no saque el pecho, porfa!

—Tiene hambre. No pasa nada. Pablete, alcánzame la botella. Estará ya templada la leche. Bueno, tráeme la niña, también, anda.

—A ti te tiene bien controlado, cachorro —había soplado Beatriz con su sonrisa de cómplice. Y Víctor soltó un suspiro de alivio.

—Hombre, a mí también me ayuda. Y ¿qué es lo que el propietario hace para ti?

—Me da clase. Avanzo mucho.

—Él te da clase y tú le pagas. ¿Es así?

—Claro. Chiquito. Tú te imaginas demasiado. Mejor que sigas con tus papelitos de preescolar.

—Ya que se murió su padre, vas detrás del hijo. ¿No te da vergüenza? —había dicho una vez en tonos muy claros al dejar la bebé con Lola, levantándose ella para calmarla.

—¡Eso sí es avanzar!

Pablete se había arrepentido de haberse enfadado. No había tenido por qué ponerse del lado de la familia Del Amo, pero no le gustaba que esa mujer, lejos de su alcance, jugara con los demás y a él lo tratara de chico inocente: se entremezclaban su deseo y el desprecio.

—Déjame ayudarte con la niña, jefa —había dicho a Lola, que iba desde la puerta hasta el mostrador con Fuenscisla, aparentemente inquieta—. Creo que aquí se puede ir pegando.

—Profe, ¿tienes algo de pegamento que nos puedas dejar?

Se había acercado Víctor para inspeccionar el proyecto que preparaban Pablete y Lola.

—Toma mi silla. Tal vez, con tu alumna, puedas darnos alguna idea. ¿No?

—Me he enganchado. Intentamos configurar la primera página. Bea te animará.

Beatriz se había mosqueado al encontrarse en primer plano en un proyecto del que no entendía nada.

«Sin querer, los tienes a los dos con lo tuyo. Lo del padre fue una historia, el pobre viejillo (fue accidente), pero con Víctor voy en serio. Lo tengo ya en el gancho, solamente es cosa de tirar. Tú a lo tuyo, pero controlo yo. Mira dónde se pone».

Víctor se había acomodado al lado de Beatriz, con la espalda hacia la puerta. La mesa con los colores, tijeras y cola ocupaba el espacio central de la tienda y ofrecía un lugar durante el día para dejar a los niños dibujar mientras sus padres hacían sus pequeñas compras. También venían después de clase los de los talleres de Víctor en la Casa de los Picos: los ancianitos para descansar un poco o para no tener que volver a estorbar en sus casas o encontrarse otra vez solos entre cuatro paredes. Poner las mesas con sus sillas de madera había sido la idea de la madre de Víctor (la abuela); en sus descansos, la señora Sanz pasaba por allí para charlar con su amiga. Ofrecía un buen lugar para los del barrio, pero no había resultado en un aumento de ventas tal como había imaginado la señora Del Amo. A veces se sentía intrusa en su propia tienda con el alboroto que se montaba entre algunos niños traviesos mientras sus padres se escapaban para tomar algo en la terraza de enfrente en busca de unos instantes de tranquilidad.

La señora Del Amo ese día estaba aún sin llegar.

No andaba con prisa, sabiendo lo que le esperaba en la tienda: su hijo, con la madre de su hija, y seguramente se habría colado esa rubia que pagaba las clases con Víctor, pero no había mostrado ni interés ni habilidad para pasar tantas horas en el comedor de su casa con vistas a la muralla del Alcázar. Sentía la viuda del señor Del Amo que no podía estar en su propia casa cuando estaba esa chica

con melenas rubias en la mesa del salón con sus folios de dibujos feos.

—¿Cuántos bocetos se pueden hacer de nuestra muralla con sus piedras antiguas sin sacarla bien ni una vez?

—Ya sé que no está por allí para dibujar. Mi Víctor es un pobre inocente, como su padre; así se enganchó a él la madre, Dolores, y mira cómo nos salió eso.

Así que había pasado por el barrio judío para luego subir los escalones a tomarse un cafetito cortado en la barra de la terraza antes de cruzar el paseo peatonal para charlar un rato con su amiga la señora Sanz, que ya se había instalado en su mesa.

—Tome, señora, un cortadito con leche templada y un suizo recién hecho. ¿Qué le parece?

—Hm, gracias, señor —había murmurado la madre de Víctor como única respuesta.

—Ya ha entrado su hijo, señora. Hasta la joven Lola ha mandado a su amiguete para llevar sus cafés y, encima, agua para calentar la leche para la bebé («Ni sé cómo se llama aún»).

—¿Cómo va a saber usted cómo se llama? No es asunto suyo, digo yo.

—Bueno, señora, no es para tanto. De todos modos, están todos allí con Pablete de camarero y la Melenas Rubias.

—Lo controla todo, señor.

—Bueno, no. Quien lo controla todo es su hijo, señora, digo yo. ¡Oh! ¡Eh! Y la amiga suya en Los Picos, seguro.

A la señora Del Amo le había entrado miedo de entrar en su propia tienda.

—Dejó entrar en nuestra tienda a esa Lola. No sé lo que imaginaba. No siento ningún vínculo con esa bebé. Fuencisla se llama; la madre, como buena cristiana. Y luego trae el Melenas ese con sus claras intenciones. Y ahora trae mi Víctor a esa Rubia Melena, vecina de Lola en el barrio de la Guardia Civil.

Los pensamientos, las dudas, los celos y la ira se amontonaban en la cabeza de la señora Del Amo. No sin razón se le agolpaba en la cabeza la imagen de su marido hace poco tiempo, con su frente apoyada en el mostrador, donde ahora reposaba la jarra metálica con el agua caliente, que se enfriaba como el corazón de su marido, que había dejado de latir.

—¿Señora? ¿Echo una gota de leche caliente en el cortado o quiere otro? No importa. Y el suizo ni lo ha tocado.

—Sí, por favor.

Al final, la abuela no iba con prisa por volver a ver a su nieta, ni con la necesidad de pasar un rato con la señora Sanz, quien siempre tenía algo de qué quejarse. Sentada en un taburete en la barra con los camareros sin historias no le parecía tan desagradable.

«Estos no me juzgan, por lo menos», se había dicho suspirando.

En la mesa, Pablete se encontraba sentado al lado de Beatriz, mientras que Lola se ocupaba de la criatura y seguía dando pasos entre el mostrador y la puerta, mientras que la niña se tranquilizaba. El entusiasmo de Pablete con el tema del diseño, de sus creaciones, su habilidad técnica y su manera de ver las cosas, incluso su aparente falta de preocupaciones en la vida diaria, dejaba a Víctor con cierta envidia, y lo mismo le pasaba a Pablete con Víctor y su supuesta cercanía con la bella Beatriz y la inquietante Lola con su manera tajante de tratar con la gente. No había una conversación fluida entre los dos chicos que aún luchaban por establecerse en el mundo de los adultos. La distancia que se notaba entre Víctor, su madre y la pequeña Fuencisla no dejaba sospechar su relación con ella. Solo la mente activa de Beatriz apuntaba hacia ese enlace, y tal vez la de los camareros de enfrente que veían todo a través de las grandes vitrinas que daban a la terraza.

Allí, sentado en la mesa, y como una manera de quitarse los ojos de Lola y su bebé, Víctor hacía un esfuerzo para ir estudiando las formas que empezaban a salir del gran folio en medio de la mesa

con los recortes y distintos colores trazados a mano con pinceles finos. Evitaba el calor que entraba de un lado, desde la presencia cercana de Beatriz y, a la vez, se escondía de la vista de Pablete, detrás de las melenas que le caían en la cara. Hablaba como si estuviera entre alumnos sin rostros.

—Chaval, explícame un poco lo que pasa aquí. Yo soy más de dibujo, de líneas y figuras, pero lo que tenéis aquí no parece tener ni pies ni cabeza.

—La verdad, tampoco lo tengo muy claro. Me dice Lola que vaya por allí buscando imágenes y palabras sueltas en revistas que encuentro por la calle, carteles caídos de locales cerrados, paradas de autobuses y tal. Elegimos un cierto estilo, o estilos que chocan entre ellos, y creamos nuevos cuadros y carteles, transformándolos de su uso inicial.

—No se acaba nunca. Pintamos líneas encima según lo que parece pegado al gran folio (como ves aquí). Luego sacamos una foto y buscamos a gente que quiere usarlo para anunciar su club o su banda (algunos han puesto aquí en Los Picos. Los habrás visto).

—No sé si arte o propaganda, pero me gusta; cómo dibujar no se me da muy bien.

—Dice Lola que ha estudiado un poco sobre lo de las instalaciones de los años ochenta por Europa y de los grupos alemanes. Bueno, va un poco por ahí. Empezó con las clases tuyas.

—Dice Lola…

—¡Dice Lola! ¡Dice Lola! Vaya, vaya.

Beatriz había escuchado todo esto entre aburrimiento y cabreo. Había empezado a dar patadas en el tobillo de Víctor para que interviniera y acabara con el río de entusiasmo que había desbloqueado al mostrar un interés nada más que perfunctorio.

—Bueno, me había preguntado tu novio. Solamente contestaba.

—¿De dónde sacas tú lo de novio? Me da clases nada más, chico. Tú, que no sabes nada.

—Sé lo que veo. Da clase a Lola, pero no está siempre detrás de él. Pregunta a la señora Del Amo. Ya verás lo que cuenta.

—Bueno, niños, ¡basta ya! —había declarado Lola al darse cuenta del alboroto alrededor de la mesa.

—Ya sabía que no me convenía dejarlos solos.

—La niña ha dejado de comer con todo vuestro ruido.

—Lleváis razón —habían dicho Víctor y Pablete casi a la vez como leones domadores en el circo—. Lo sentimos.

—Pablete, esto está aún sin acabar y lo quería terminar antes de que se abriera la tienda. Víctor, ¿estás listo para abrir la puerta?

—Bueno, que no hay cola para entrar, no hay espectáculo hoy —se había quejado Víctor.

—Digo yo.

—¿Y cómo llamas tú esto, entonces? ¡Ala! Abre, ¿no?

—Bea, veo que te aburres entre estos dos chavales. Seguro que tienes tareas en casa. Sabemos cómo es tu madre; seguro que tiene algo para ti, para que no te metas en historias.

—Bueno, mujer —había protestado Beatriz—. No soy yo quien tiene una bebé en brazos, sin saber nadie de quién es.

En ese momento se había abierto la puerta de la calle y la señora Del Amo había dado la vuelta al cartón colgado en la puerta: «ABIERTO».

—Ya es hora, ¿no, Víctor? Tú eres el responsable aquí. Lola, tú estás aquí gracias a nuestra generosidad. No estamos obligados. Me imagino que la niña está ya para pegar ojo un par de horas, ¿o me equivoco? Vosotros dos: estamos aquí para trabajar. ¡Basta de dar voces! A vuestros asuntos, ¿no?

No había levantado la voz ni una vez. A pesar de su cara de tristeza, lo había dicho todo con resolución y determinación. Tenía que proteger el negocio de la familia, la buena memoria de su marido, sin tachar su reputación con cotilleos sobre el papel de esa chica rubia.

Antes de entrar en la tienda, había salido del bar de la terraza y, tras darles las gracias a los camareros y quitarse el polvo de azúcar que le había caído del suizo. Al cruzar el paseo peatonal hacia la tienda, había estado consciente de la señora Sanz en su silla, en la puerta de la Casa de los Picos. Con la silla a un lado, estaba en primera fila para observar la historia que imaginaba que se desarrollaba detrás de la puerta de cristal de la papelería. Esta vez la abuela no estaba con prisa alguna para encontrarse con la madre de su nieta, con su hijo, la rubia y el melenas, que no se vinculaban en nada con el negocio, pero que se encontraban allí, molestando a su manera. Como un águila vigilando su terreno, la señora Sanz había girado su mirada hacia la terraza mientras su amiga salía de la barra.

«Allí va la señora a meterse con los suyos. ¡Toda una invasión allí!», había pensado la recepcionista de la Casa de los Picos. «No querrá hablar conmigo, la prisa que lleva».

—Buenos días, señora. Abre ahora, ¿no? Están ya todos los chavales con la pequeña también. Menuda fiesta.

La gente subía y bajaba ahora. Los primeros guías llevaban a los turistas desde su hotel, al lado del acueducto, cruzando la línea imaginaria entre Cervantes y Juan Bravo con sus abanicos comprados el día anterior en la Plaza Mayor de Madrid; los señores con sus sandalias con calcetines gruesos, pantalones cortos y gorras de béisbol con el lema de la época, y las señoras con sombreros innecesarios para un día sin sol. Todos, como la señora Sanz, dando voces con comentarios inapropiados.

—¿Por qué no me deja en paz por una vez? Mi negocio, mi familia, mi asunto. Desde que la chica se había caído buscando una farmacia en el Barrio de la Cárcel, esa mujer no me ha dejado en paz, contando malas noticias con esa sonrisa.

—Buenos días, señora. ¡Sí, ya voy! A fichar, ¿no? Tal como usted. Cada una a lo suyo. Adiós.

Ni había parado el paso para entrar como una nube soplada por un viento de otoño al entrar en la tienda (su propia tienda, reclamando su terreno). Al volver la cara, hubiera visto el rostro de decepción de la Sanz, que solo tenía a los turistas para entretenerse. Uno de los camareros ya traía cafés a quienes habían ocupado mesas, con una sonrisa en los labios al ver el rostro de decepción en la recepcionista.

—¡Se le escapó, ay, que no!

—¿Sabes lo que nos falta, mamá? Postales. Estos que van pasando ahora siempre compran postales.

—¿Y tú crees que eso nos lo va a solucionar todo? Al morirse tu santo padre, dejó todo esto atrás. Hace solo un par de años aún se compraban postales, y aquí, con Correos a la vuelta de la esquina. Pero ahora sacan sus fotos para que las vean todos en sus pantallas. No sé lo que cuentas, Víctor. Tú, con tus dibujos y los ancianos esos saliendo manchados de carboncillo. Y esta chica aquí, ¿te pagará algo, no? Para enseñarle las piedras de la muralla. ¡Es que son piedras!

—Nena, ¿sigues aquí? Aquí tenemos un negocio, no es un lugar de encuentro para parados.

El descontrol de la abuela Del Amo había dejado a Víctor parado entre el almacén y el mostrador. Nunca había sido su intención llevar el negocio de la familia. También había tenido dudas sobre la siempre presente Beatriz, que parecía siempre más cercana a los Del Amo (sobre todo el difunto padre y el hijo) que a su propia familia.

—Víctor lleva razón, señora —había declarado Lola desde su lugar tranquilo del fondo, en un intento de tranquilizar el ambiente con la tienda a punto de abrirse.

—Bueno, postales del acueducto, tal vez no, pero ya sé que no le gustan las historias de este chaval —bueno, las mías tampoco—, pero hay mercado con los videojuegos. Y a los chavales les gusta tener pegatinas con imágenes de sus héroes. Y aquí al lado, en los

Picos, a veces tocan conjuntos que vienen de la capital y les gusta vender carteles, camisetas, bolsos y todo eso. Podemos (puede usted) llegar a un acuerdo con la señora Sanz para vender esas cosas. Encaja bien con el estilo que desarrolla nuestro joven folletero. Tiene ojo.

—Señorita. Yo no llego a un acuerdo con nadie, sobre todo con esa recepcionista. Esa mujer me ha traído un disgusto de sobra. No sé por qué no trae su silla aquí dentro y se sienta con nosotros.

—Llevas razón, mamá.

—Anda, chicos, recoged todo esto y os vais marchando. Beatriz, te doy unos folios y algo de carboncillo para que practiques lo que te había explicado. Lola, ponte aquí atrás con la niña.

—Salgo contigo —había anunciado Pablete, muy contento de salir por la puerta de la tienda con la chica guapa.

Desde la calle parecía todo una obra de teatro: los actores quitando la mesa y las sillas del medio, como iban saliendo del escenario, dejando espacio para el próximo acto.

—¡Que me ven los camareros de enfrente con sus calvicies y sus barrigas manchegas!

51

Tras regar las plantas en el balcón del cuarto piso, Fuencisla se puso a fregar el suelo del pasillo. Tras varias visitas de unas pocas horas, había conseguido enlazar el día a día de su madre con el de su abuela. A Julia no le contaba nada de la casa que, hace tantos años, había dejado atrás, ni cómo ella había crecido allí con su madre, Lola. Pero al volver al pueblo tras cada visita, intentaba informar a su madre de las circunstancias de Julia, de su aspecto y de su estado de ánimo.

—No te muevas, abuela. ¡Mira las plantas, cómo se han puesto verdes! Estaban más secas. Tienes que abrir aquí con más frecuencia. ¡Que corra aire!

—En casa Mamá tiene unas plantas rojas, se llaman geranios, ¿no? Son preciosas. Sabe de esas cosas. La próxima vez te traigo una. Tienes algunos huecos aquí.

—¿Por qué me hablas de un mundo que dejé atrás? ¿Tu madre? Hablas de Dolores, ¿no? Mi María Dolores, que dejé solita.

—Ya no es tan solita, abuela. Me tiene a mí. Como tú me tienes a mí, también.

—Esa era casa mía.

—Ya lo sé, abuela. Pero tú te fuiste; pero siempre será tu casa. Y también la mía, con tu Lola.

—Dolores se llamaba, María Dolores se llamaba así.

Julia se había perdido otra vez en sus confusas memorias. Miraba por el hueco en el balcón donde Fuencisla había quitado un par de tiestos con plantas muertas hace tiempo. Parecía la boca de una anciana que se había quitado un par de dientes, dejando huecos negros. Había vuelto a contar los ladrillos limpios de la muralla entera del Centro Cultural allí enfrente .

—Siempre me ha parecido raro que las casas enfrente no tienen ni balcones, ni ventanas, ni siquiera portal. Así no me ven, por lo menos.

—Es que no son casas, abuela, es el museo. Ya sabes. Ponen cine y todo. Vamos un domingo a ver una peli. Así que te sales un poco.

—¿Por qué voy a salir? Tengo todo lo que me hace falta aquí.

—No tienes ni tele, abuela.

—La tiré. Aún tengo la mesa. El camarero ese estaba obsesionado con los concursos en la tele con chicas guapas. No pude más.

—Hablas de tu marido, ¿no? ¿Vicente? Cuéntame otra vez cómo sucedió todo eso. Me parece muy romántico. ¡Vaya vida, abuela Julita!

—¡Julita, Julita! ¡Qué mono!

—De romántico nada. Estuve aquí, en Madrid, en la gran ciudad. De la misma edad que tendría mi Dolores, tu madre, ahora. Paco, tu abuelo, se llamaba Paco; ya había muerto y el pueblo se me había quedado como un lugar extraño donde no conocía a nadie.

Fuencisla se había puesto a limpiar la cocina, pero seguía escuchando. Había cerrado el grifo y había dejado los cazos encima de la cocina para no hacer ruido mientras pasaba el trapo, para escuchar mejor la voz de su abuela al lado del balcón. Pero ya hablaba por sí sola.

—Pero, abuela, tenías a tu familia y a los ancianos de la residencia, y hasta los del mercado, y… los vecinos. En el pueblo conocías a mucha gente.

—Tanta gente, pero era como si yo no conociera a nadie. Como si las vidas de los demás no me tocaban.

Fuencisla había dejado el trapo en la pila para venir a sentarse en un taburete a los pies de su abuela y ver mejor la cara de su abuela mientras hablaba. Julia miraba a través de la ventana sin reaccionar realmente a la presencia de su nieta, sin saber realmente quién era, pero enfocándose en las pistas que le daba sobre su vida anterior.

Miró hacia abajo, fijándose en el vaso de caña con café caliente sin leche que le había puesto Fuencisla en sus manos. Se cerró los ojos como si buscaba algo en su mente profunda que había quedado escondido.

—Siempre tenía a Lola. La más sabia, lista; un mundo entero giraba alrededor de su cabeza.

—Sí, a mi madre, abuela. Pero también están mis tíos, los gemelos y el hermano mayor, Juan. Ni tú ni mi madre habláis de ellos. Nunca los veo. Es como si no hubieran existido.

—¿Tus tíos?

—Sí, Abuela Julia, los gemelos y Juan. Mamá tampoco les hacía mucho caso.

—No figuraban mucho en mi vida. Me liaba con los gemelos. Tenía suficiente con la residencia… y con tu padre Vicente, ¿no Paco, verdad?

—¿Y tú qué haces aquí, mi niña? ¿Tu madre ya no te quiere?

—¡Que sí, abuela! Te quiere a ti también. Por eso estoy aquí. Estaba preocupada. Estás aquí sin nadie.

—Pero no viene. Hace bien no quererme. Después lo que he hecho.

—¡Abuela!… Bueno, ¿te preparo algo para cenar antes de marcharme?

—No tengo nada.

—¡Que sí, abuelita Julita! Tu vecina de abajo siempre te trae cosas. Estaban aquí en la puerta cuando entré. Aquí te cuidan, ¿sabes?

—Te voy a preparar una tortilla de patata, tal como hace mi madre. Te gustan con cebolla, ¿no? Y luego me voy para el tren.

—Lola, no me tienes que hacer nada. Te dejé plantada al marcharme de mi casa, allí donde la Guardia Civil. No me debes nada. Todo lo que necesito lo tengo aquí. ¡Vaya con el camarero! Se mató, ¿sabes?

—Soy Fuencisla, abuelita Julita. Pero la tortilla me enseñó mi madre, tal como hacías tú: quemando un poco la patata.

—Sí, hija, así sabe mejor.

Julia giró su silla para observar a Fuencisla mientras preparaba la tortilla como una canción que pasaba de una generación a otra.

—¿Por qué estás aquí, mi hija? ¿Sabes que estoy bien aquí solita? Te habrá mandado tu madre, que te dejé sola en casa. Siempre se manejaba mejor que yo en esa casa. Era la suya. Su padre y sus hermanos eran de otro mundo y yo ni siquiera figuraba.

—¡Que no, abuela! Es siempre tu casa. Te estamos esperando. Allí tienes a tu familia. Nos tienes a nosotros. Mis tíos, los gemelos, no quedan lejos; tienes otros nietos. Esperan que vuelvas.

—¿Nietos? Y mi hija, ¿dónde está ahora?

—Abuela Julita. Te espera en casa. En tu casa donde la Guardia Civil. ¿Te acuerdas?

—¡Con lo de Julita! ¡Cuánto me gusta!

Con una sonrisa de niña, Julia seguía los pasos que hacía su nieta mientras preparaba la tortilla de regalo de despedida. Fuencisla no tenía prisa, pero sabía que en algún momento tendría que dejar a su abuela para volver a la casa al otro lado de la sierra, que efectivamente era de todos.

Desde la cocina, Fuencisla también podía observar el estado de ánimo de su abuela. Cada vez que se entrecruzaban sus miradas, cada una miraba hacia un lado o a otro para no tener que entablar una conversación directa. Disfrutaban compartiendo el mismo espacio sin tener que comunicarse directamente, cara a cara. Hacía años, al volver Julia con la compra del Día de la esquina en el barrio, o desde la residencia con justo lo que le hacía falta para una buena tortilla, también Julia había compartido espacio con su hija, Dolores, pero en mundos muy lejanos el uno del otro.

Con una sonrisa de cariño, Fuencisla se puso a pelar unas patatas lisas y grandes. Había cogido un viejo cuchillo del cajón donde

guardaba Julia todo lo que necesitaba para una cocina sencilla y sin perifollos.

Cocinar en casa era cosa rara para ella, tanto que lo había sido para Vicente, mientras los dos pasaban sus días laborales en un ambiente de comida preparada —hasta el día de la muerte del camarero.

Desde que todo había cambiado para Julia. Todo había cambiado el día que entró ella en el Bar Cristal de Atocha, con el pulpo entero en agua hirviendo que se había vertido en el suelo al poco de entrar Julia, la provinciana.

Desde entonces, hasta su muerte, Vicente no había realmente vuelto a cocinar.

En la cocina ahora, no quedaba nada más que lo necesario para preparar una buena tortilla de patatas.

—Así se hace, niña. De pelapatatas en esta casa no hay nada: un cuchillo corto y afilado. Tal vez tendrás que darle un toque con el trapo que tienes colgado allí. —Hace tiempo que no lo uso.

Julia giró un poco más la silla para mejor observar cómo su nieta preparaba la tortilla. Los sábados por la mañana había hecho lo mismo en la casa en Segovia, tras irse de compras y antes de ir a dar una vuelta por allí, dejando atrás a la familia cuando aún estaban todos los niños en casa, niños con quienes no sentía casi vínculo, pero siempre confiaba en Lola para mantener el ritmo de la casa.

—Encontraste una cebolla, ¿no? De esas que me trajo la vecina de abajo. Una roja y dura. Son las mejores para la tortilla. Coge esa sartén negra que lleva puntitos blancos, de las antiguas.

—Bueno, abuela.

—Abuelita Julita me llamas, ¿no?

—Bueno, abuelita Julita. Ya te acuerdas de esa vecina que te ha ayudado bastante últimamente. Se llama Carmen, ¿sabes? Abuela.

—Eh, oh, tortilla, sé cómo se hace, ¿sabes? Hace tiempo. Me mostró mi madre.

—Y yo le enseñé a ella. ¡Cómo me hablas, niña!

—Tú no le enseñaste, abuela. Ella miraba cómo tú lo haces al pasar los años. No estabas nunca en casa. Es lo que me dijo ella.

—No tienes que creer todo lo que te cuenta tu madre. Era… es muy cabezota.

A través de los mecanismos de preparar la tortilla, el hilo que ataba las generaciones de las tres hembras, la abuela empezaba a rellenar huecos de la persona que había sido años atrás, antes de conocer a Vicente, antes de conocer a su primer marido, antes de entrar en esa casa al lado del Cuartel de la Guardia Civil.

—¿Sabes? —Fuencisla—. Tenía yo una vida de joven también, pero en esa casa, con tu madre y sus hermanos, nunca me sentí en mi lugar. Me fui allí al casarme con tu abuelo, y mi vida, mi independencia, mi libertad se acabaron.

Fuencisla guardó en una fuente las patatas cortadas en trocitos. Puso la sartén negra con puntitos blancos en el fuego y, al salir humo del aceite caliente, echó una cebolla, de las rojas, poco picada, y luego las patatas. Después bajó un poco el fuego. Limpiándose las manos en sus vaqueros, dejó una mancha húmeda con la misma forma de su mano en los bolsillos traseros. Igual que la mancha de carboncillo que había hecho su madre hace años en su blusa blanca en el taller de Víctor. Y se fue al salón para estar un rato con su abuela.

—Dame un vinito, niña. ¿Va bien con la tortilla? Esa Carmen no habrá traído pan, ¿verdad?

—Sí que ha traído pan, abuela. Mira todo lo que hace por ti y no le das las gracias, y hasta te cuesta acordarte de su nombre. Es buena gente, ¿sabes?

—Te decía que no me sentía en casa en el pueblo. Voy al mercado y ni reconozco a los tenderos, ni al cura en la catedral.

—Me encuentro con el camarero Vicente, que me trata como su Dulcinea los primeros quince días (para luego convertirme en el burro Rucio). El tiempo que necesitaba para venirme a Madrid, pensando que en la capital encontraría mi propia vida, mi propia personalidad, mi libertad. ¡Hay que ser tonta!

Empezaba a hacerse tarde. Fuencisla estaba con ganas de terminar la tortilla para luego marcharse pero disfrutaba sacando a su abuela de quicio. Así hablaba y se convertía en una persona de carne y hueso y no como la mujer que se escapaba de todo encuentro personal tal como había contado su madre. Las dos, madre e hija —Lola—, se manejaban de una manera muy bruta al relacionarse con los demás, hasta los más cercanos.

«Lo que me cuenta mi madre sobre la abuela, ¡menuda exageración! Es una suerte que me tiene a mí (y sus dibujos). Ha sido pura suerte que conoció a mi padre, allí donde están los Picos, según lo que cuenta. No sé cómo acabó papá con la tía Beatriz. Me encanta el lío en que se ha metido mi familia».

«Solo ahora me queda resolver lo de la abuela».

—Pero, abuela, aquí en casa estás perfectamente; solo tienes que salir un poco.

—¿Por qué no te arreglo un poco el pelo?

—¿Cómo me ves perfectamente aquí? ¡Ya tantos años aquí! Esta es mi casa, pero no me siento en casa. El camarero me presentó la oportunidad de salir de un mundo que no era el mío y ahora, el muy cobarde, me deja sin salida.

—Se tiró bajo el tren de metro, ¿sabes? Aquí cerca.

—Fue un accidente, abuela.

—¿Tú qué sabes? El muy tonto se dio cuenta de que se había quedado tan solo como yo. Viviendo los dos en el mismo espacio, compartiendo estas cuatro paredes, pero nada más. Sin pasión ni proyecto.

—Pero tú eres muy joven. Tienes toda la vida aún para vivir. Tienes que hacerte un hueco en la vida donde te sientas en casa, en tu hogar, con gente que te quiere y haciendo lo tuyo. No te dejes llevar al azar.

—Cuidado con el pelo, nena. ¡Me lo vas a arrancar!

Fuencisla dejó a su abuela un momento con sus teorías y sus frustraciones para regresar a la cocina. Olía un poco a patata quemada con un toque de cebolla y un buen aceite de oliva. La vecina Carmen tenía que suplementar el poco dinero que le dejaba Julia para comprar comida para asegurarse productos de calidad. No se admitía dejar en la puerta aceite inferior. El olor que salía de la cocina hasta los ocho cristales de la puerta alta del balcón lograba apartar el polvo que quedaba en el aire. La casa, con la visita de la nieta, empezaba a oler a hogar.

Tras averiguar que la patata no estaba del todo quemada, bajó el fuego y volvió a su reto de peluquería y las últimas protestas de su abuela acerca de sus maridos difuntos.

Enfrente el sol se acercaba a la alta pared del centro cultural y las hojas recién mojadas en el balcón relucían en los últimos rayos amarillentos. El piso de Carmen se quedaba ya en la sombra.

Ella se encontraba en el mismo lugar que su vecina, sentada allí, disfrutando de la charla casi monótona entre abuela y nieta.

Con el olor de la cebolla y la patata algo quemada, cerró los ojos con una sonrisa en los labios como si el corazón, apartado del inmueble, empezara a latir con más fuerza, con más humanidad.

—Es que quería ponerte guapa antes de marcharme; así, luego te dan ganas de salir a pasear.

—¡Hala! De pasear, nada. Yo estoy muy bien aquí. ¡Mira lo que me pasa cuando salgo a la calle!

—Me encuentro con un camarero y hasta me caso con él. Me quedo con las pocas amigas y las dejo plantadas ¿Sabes? Merendamos en la pastelería que está en Sol» y las dejo plantadas

para reunirme con el imbécil del camarero y hasta dejo a toda la familia para reunirme con el camarero en esta misma casa. Y luego… luego se quita la vida para fastidiarme.

—¡Fue accidente, abuela!

—Lo que sea. No cambia nada. De todos modos, era de esperar. O sea, a mí salir a la calle no me trae más que miseria. Estoy perfectamente aquí.

—Estás perfectamente aquí mientras tu vecina Carmen te trae cosas y las dejas a la puerta. Y… estoy yo aquí controlando estas melenas de paja que tienes. Mira, ¿por qué no le digo a Carmen que te saque un poco por allí? Con tus melenas tan bonitas, verás que puedes salir por allí sin que te pase nada.

—Te he dicho que para mí salir es una cosa arriesgada. Porque nadie me quiere, nadie me va a saludar; cuando te pasa lo que me pasó a mí «con el camarero», la gente cruza la calle para evitarte, como si la muerte fuera una cosa contagiosa.

—Si no lo intentas, no sabrás. La gente no te conoce. No saben de tu vida. Y hay hasta gente que te quiere.

—¡Anda ya! Ahora exageras. ¡Mira cómo estoy de mala leche con toda la tragedia que llevo encima!

—¡Tragedia, nada! Tienes a una vecina que te aprecia —le voy a decir que te saque una mañana, cuando seguro que estás de mejor humor— y una familia que te quiere.

—La familia que nunca tuve, la familia que dejé para seguir mi camino de solitaria.

—Tu hija te quiere, y yo, abuela.

—Tú estás aquí porque tu madre te mandó, seguramente. Y… ella te mandó, como siempre has sido la hija perfecta. La niña de quien me aislé en casa y que definitivamente dejé allí al liarme con Vicente, cocinero fracasado y camarero inepto.

—No tenías que venir aquí, Julita.

«¡Ay, cómo manipulas con lo de Julita!».

—Y mi madre sí te quiere. ¡Cómo iba a dejarte aislada aquí una vez que había corrido la voz acerca del abuelo Vicente!

—¡No le llames así! ¡Oye! ¡Huele a quemado! ¡Tanto hablar, tanto torturarme y te olvidas de la tortilla, se te va a estropear!

—Una vez que ha corrido la voz acerca de tu camarero Vicente.

—Ha hablado tu madre, tan sarna, con tanta arrogancia.

—Julita, la tortilla está perfectamente. Sabes que a ti te gusta así —gritó Fuencisla desde la cocina, sin hacer caso de los toques de color de carbón seco que llevaba la cebolla.

—Mi madre sí que te quiere y ¡de perfecto, nada! Al liarse con mi padre, pero luego criarme ella sola a pesar de todas las voces que corrían por las calles del pueblo. Allí sí que hay bastantes malas lenguas. Pero te quiere mucho. Me mandó a mí porque no quería enfrentarse. Es que yo soy más cariñosa, abuela; no hay tanta historia entre nosotros. ¿Sabes? Lo de la relación entre abuela y nieta.

Era pronto para la cena de su abuela y dejó la tortilla en el encimero de la cocina, tapada con otro plato para que siguiera cuajando. Dejó algo de ensalada en una fuente en el frigorífico y un trozo de pan envuelto en papel de aluminio. Su abuela se había levantado de su silla y estaba observando desde la puerta de la cocina pequeña.

—Te queda bien el pelo, abuela. ¡Hala, anímate a salir un poco! Hablo yo con la vecina al marcharme.

—No te fastidies, niña.

—Quédate aquí conmigo. ¿Tu madre te deja beber un vasito de vino de vez en cuando? ¿Por qué no te acercas un rato y tomamos un vinito antes de marcharte? Te llevarás un poco de la tortilla también.

Con lo del padre de Fuencisla no estaba Julia muy al tanto. Al acercarse de una manera a sus familiares en el pueblo, tendría que saber la historia de su hija con ese padre. Se había liado con sus

propios hijos y sus vaivenes, pero quería descubrir esa historia más cercana a la suya.

—Enciende la luz y me cuentas lo que sabes de tu padre. Y tal vez si salgo uno de estos días con la vecina Carmen.

—¡Abuela Julia! Tu hija y yo no somos de las del barrio que cotillean de los asuntos de los demás. En el pueblo sobran de esas: la Beatriz del cuarto piso, la señora Sanz, los camareros de la terraza, ¿Sabes? Enfrente de la Casa de los Picos. Tú sabes lo que es vivir en un pueblo pequeño.

—Fuencisla —me hablas de gente que no conozco—. Cuéntame de tu padre. No parece importarte que tus padres no se hayan casado y tu padre vive su vida aparte con lo poco que me contaste.

—Julita, tampoco me sé la historia completa. Solo lo que me ha contado tu Lola «mi madre».

—Ya sé cómo se llama tu madre, mi hija.

Tomó Fuencisla un sorbito del vino. Su madre le dejaba, pero era cosa poco común en su casa, en el piso bajo al lado de la Casa Cuartel de la Guardia Civil: tal vez un domingo al pasar por allí Pablete tras un día de reuniones con clientes o en el taller. Tenía prisa ya para coger el tren a casa, pero quería dejar a su abuela con las ganas de mantener la relación con hija y nieta, pero, sobre todo, que se animara a salir a la calle antes de su próxima visita. La historia entre su madre y su padre era como un sendero sin descubrir para su abuela, que llevaba tantos años sola en la gran ciudad —por voluntad propia—.

—Te acordarás, abuela, de nuestro piso, un poco como lo tuyo aquí con tiestos en el alféizar y sus flores rojas «geranios, creo» detrás de las rejas de hierro.

—Sí, hija, con el solar enfrente.

—Pues ya no hay solar, pero hay unos edificios de hormigón y ladrillo —desde hace años—.

—Bueno, pues, en la pared enfrente de esa ventana clavó mi madre «antes de nacer yo» un folio de papel grueso con un dibujo que había trazado en carboncillo negro, pero negro: tres curvas anchas.

—Me hablabas de tu padre, ¿o qué?

—Voy, Julita, abuelita.

Pero para comprender a mi madre, tu hija, ese cuadro es importante.

—Ese cuadro, con sus tres líneas, me ha acompañado desde mi nacimiento. A veces siento que vigila la casa, otras veces es como la presencia tuya, siempre en casa: unas veces parece vigilarnos, otras veces tiene carácter y voz propia como otra persona en la familia —una hermana mía o una tía, hermana de mi madre—, otra hija tuya. Imagínate.

—Pero ¿un padre, no? Eres como tu madre con la cabeza en las nubes.

—Pues, resulta que ese cuadro lo dibujó mi madre.

—¿Dibujó? Dices que son tres líneas. Cosa de un minuto. No sé lo que cuentas.

Fuencisla se escapó un segundo de las quejas negativas de su abuela. Había vivido su niñez en una casa llena de optimismo y creatividad —con el cuadro vibrante de tres trazos emanando una cierta energía— y, al salir la luz del sol del tercer piso, no quería venirse abajo con las flechas sarcásticas de su abuela. Las visitas de Pablete, a veces de una tarde a la mañana siguiente, contribuían a ese ambiente alegre y positivo. Quedaba claro que su madre reflejaba, a su manera, sus inquietudes, su intensidad y los retos que atraía Pablete. No era su padre pero ese papel no le salía mal.

Ya tenía ganas de estar en el tren de vuelta a Segovia. Envolvió la pequeña merienda que se había preparado y volvió para sentarse en el taburete a los pies de su abuela, para que Julia supiera lo que había sido y era la relación que tenía con su padre.

—Siempre había tenido ese cuadro en mi conciencia. Formaba parte de la misma pared donde estaba clavado. Dominaba el ambiente de la casa y figuraba como otro miembro de la pequeña familia de mi madre y yo, de la que tú también formas parte, abuela.

—¡Anda ya!

Fuencisla siguió adelante a pesar de las quejas de impaciencia de Julia.

—Solo hace unos pocos años se me ocurrió preguntar a mi madre, tu hija Lola, el significado del cuadro.

—¡Ya!

—Si quieres, abuela, te cuento lo que sé la próxima vez —de esa manera tengo que volver para fastidiarte.

—¡Que no, nena! Me tienes enganchada pero te enrollas mucho. Eres tan meticulosa como mi Lola, tu madre.

—¡Anda con mi Lola!

—Entonces, mi madre empezó a contarme (sin los detalles que no se comparten entre una madre y su hija) cómo había conocido a mi padre y —tal vez más importante— quién era él. Nunca me había revelado su identidad y yo, tan inocente, no me entró en la cabeza preguntar.

Solo pudo pintar formas sencillas de la relación entre su madre y Víctor (como las del cuadro clavado en el salón de su casa). Su presencia salía con menos importancia que la actividad esencial de dibujar, sacando a su madre de las restricciones de la relación. Desde los primeros momentos en el taller de Los Picos —había explicado su hija—, había adquirido otra capa en su ser. Víctor le había facilitado una hija con quien verdaderamente podía compartir su vida, pero también le había revelado una creatividad sepultada.

Contó Fuencisla un poco cómo iba su relación con su padre.

—Como Mamá Víctor, era muy joven para ser padre, pero al poco de conocerse quedaba claro, según mi madre, que como pareja no iba a funcionar y, ya sabes, abuela, mi madre, como tú, es muy

independiente y, te digo, muy cabezota. Por eso no tuve elección cuando me mandó a verte. Pero tienes razón. Mi padre ya está muy bien con una mujer, antigua vecina de mi madre, Beatriz, que seguro conoces. Muy guapa —iba al cole con mi madre—. Siempre ha estado muy cerca de la vida de mis padres. Algunos dirían demasiado cerca.

—Habías dicho que no eres de esas que cotillean. Traviesa. Antes le llamaste Víctor. ¡Vaya manera de hablar de tu padre!

—Es lo que quería él. Le conocía como amigo de mi madre antes de saber que era mi padre. Me dijo mi madre que al principio no quería ayuda de Víctor pero acabó trabajando en la papelería en la calle Cervantes que llevaba con su madre.

—Me la conozco. Del Amo. Siempre pasaba por allí subiendo a ver a las amigas en la Plaza Mayor.

—¿Ves? ¡Que sí tenías amigas en el pueblo, abuela!

—¡Amigas! ¡Pf!

—Víctor nunca dio dinero a mi madre, pero la señora Del Amo quería jugar el papel de «abuela clandestina». Lola trabajaba con ella en la tienda, y ella la ayudaba conmigo y le pagaba un sueldo según las ventas de la tienda.

—Me encanta lo de «abuela clandestina». Pero yo sí soy abuela. Soy tu abuela y estoy bastante orgullosa de cómo has salido, nena.

—¿Ves, abuelita Julita?

—Veo que tú no te cortas con los nombres: Víctor, Lola y ahora con Julita. ¡Una vergüenza!

—Mi madre te habrá echado mucho de menos, abuela, con tus formas tan claras.

—Al final, con la ayuda de Pablete, Mamá no ha necesitado realmente el pequeño sueldo que le daban en la papelería.

—¿Con la ayuda de Pablete?

—Sí, con mi madre, montaron un pequeño negocio con folletos, carteles y hasta un sitio web.

—¡Un sitio web, nena, ya me pierdes! No me cuentes más. ¡La próxima vez!

—Sí, nos cansamos ambas, abuela. Te debo dejar descansar.

Afuera hacía casi de noche. Fuencisla pasó a la cocina para traer a su abuela una bandeja de madera con un trozo de tortilla, algo de ensalada verde (de la que había traído Carmen) y la botella de Rioja. Quería ver a su abuela comiendo algo antes de marcharse.

—Toma, reina, come algo. Y tal vez mañana te animes a salir con la vecina Carmen la próxima vez que llame a tu puerta.

—¿Ahora, reina? Voy a hablar con esa madre tuya. ¡Vaya modales! —dijo Julia con un intento de cabrearse pero con una sonrisa en los labios—. ¿Reina?

Se marchó Fuencisla agotada de tanto revelar —más que hubiera querido—, dejando unos hilos sin atar. Su madre le había mandado a una misión de rescate por el barrio de Conde Duque en Madrid, detrás de la Plaza de España, con las estatuas de Don Quijote, Sancho Panza y su burro, igual de rellenito, y sentía, con algo de orgullo, que había cumplido. Buscaba para su madre una relación sana con su propia madre, que había estado ausente, presente pero apartada, en su niñez y juventud.

Bajando al tercer piso sentía la presencia de Carmen al otro lado de la puerta, allí en el rellano. No tocó el timbre pero dio unos golpes ligeros con sus nudillos en la madera oscura y lisa de la puerta. Carmen abrió la puerta en el acto con cara animada, buscando noticias de su vecina desde la boca de la nieta.

—¿Cómo está la pobre, mi niña?

—Está muy bien, señora.

—Se ha animado a salir con usted, tal vez mañana.

—Si baja a la tienda, tal vez suba primero a ver si se anima a salir con usted.

—Yo creo que sí.

—Si lo puedo decir, es muy bestia mi abuela.

—Te digo yo. Como buena chica, yo creo que estás con todo el derecho, mi niña.

—La próxima vez que subas aquí del pueblo, yo te cuento cómo fue. Se avanza la cosa. No sé cómo se lió con ese camarero, que descanse en paz, pero la tenemos que sacar de ese pozo.

En su casa, Julia había oído palabras sueltas de esta interacción y no quedaba nada impresionada.

«¿Sacarme del pozo? ¡Anda! Me tratan como una rata en un experimento. ¿Qué más da? Tal vez tengan razón. El camarero me liberó con su egoísmo. Era más triste que yo. ¡Mira cómo le va a mi hija! ¡Lo bien que se lo ha jugado! Me debe las gracias. ¿Y los chicos? ¿Quién sabe? Parecen dejar sin cuidar a todas las hembras de la familia».

Julia se llevó una pequeña mesa que nunca usaba del rincón del salón. La posicionó delante de las altas ventanas abiertas al balcón. Dejó la mesa con su trozo de tortilla, un tenedor, un trozo de pan y el vaso de Rioja que se había quedado al lado del sillón que llevaba ocupando toda la tarde. Como último toque, dobló una servilleta que sacó de un cajón escondido debajo de la mesa.

«Bendice, Señor, estos alimentos que vamos a tomar. Por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Amén. O algo así. ¡Carajo! A ver si ha salido como Dios manda esta tortilla de la receta de la abuelita Julita».

Cogió el tenedor en la mano derecha y mojó el pan en el vinagre y aceite que llevaba la ensalada, apartando un poco de la tortilla jugosa que entró en su boca con la ayuda del tenedor. Dio con las muelas algo de patata crujiente.

«¡Qué bien sabe la comida que han preparado los demás! La niña tiene el toque, pero la receta siempre va a ser la mía».

Julia acabó toda la tortilla y limpió el plato con lo que quedaba del pan. Cerró las ventanas, sabiendo que en una planta más hacia

abajo estaba su vecina vigilando sus pasos y preparando en su cabeza la salida para la mañana siguiente.

«Bueno, no la voy a decepcionar. Hay normas que se deben respetar».

Se fue a la cocina para dejar los frascos y las superficies todo limpito por si acaso quería su vecina Carmen entrar en casa a esperar un segundito, tomarse un café en el salón, admirando sus flores rojas recién regadas.

52

Fuencisla dormía tranquilamente en su cuna que Lola, tras levantarse, había colocado encima de la mesa frente a la ventana con las flores rojas que también tardaban en despertarse. Lola disfrutaba mucho de sus días en la papelería, pero siempre se quedaba agotada al día siguiente y le gustaba recuperarse en casa con la pequeña, las dos solitas. Se echó un chorro de café caliente en un vaso de caña, de los que tenía varios, del cafetero en la cocina y se sentó al lado de su hija, cogiéndola de la mano mientras dormía. Apreciaba estos momentos antes de despertarse la niña, cuando podía poner su mundo en orden, reflexionando sobre las conversaciones y acontecimientos del día anterior.

Lola miraba alrededor de las cuatro paredes de su salón. Hoy miércoles le tocaba quedarse en casa con la bebé. El día anterior había estado con toda la banda en la papelería: Víctor, Beatriz, Pablete, la madre de Víctor (la Abuela Clandestina) con sus asuntos de dueña del establecimiento, y Lola con la pequeña Fuencisla. Toda la banda y la madre de Víctor, la abuela, jugando su papel con su nieta y Víctor sin mostrar relación alguna con su hija.

Siempre se sentía acompañada, apoyada, por la figura en la pared de detrás, que parecía mirar por encima de su hombro, con sus tres líneas gruesas que ella misma había trazado tras sus primeros encuentros con Víctor y los ancianitos en los talleres de Los Picos. Esas tres líneas significaban el inicio de su breve relación con Víctor (cuya fruta tenía ahora a su lado) y el camino que le llevaría a entablar una verdadera relación con la madre que le abandonó al liarse con el camarero de Madrid, sacado de otra época.

«No me abandonó para irse con Vicente. Es que nunca tuvimos una verdadera relación madre-hija, y los chicos… como sombras.

Hija, tú y yo lo vamos a hacer de otra manera: carne y hueso, presencia, amor. ¡Mi hija! Y conocerás a tu abuela, mi madre, algún día».

No sabía realmente si hablaba con Fuencisla o la presencia pegada a la pared de detrás, allí, como dando consejos. Se acercó el vaso de café a sus labios para tomar un sorbito enfocándose en las cosas prácticas que habían surgido de las conversaciones alrededor de la mesa en la papelería el día anterior. Quedaba claro que Víctor estaba muy a gusto entre su taller en la casa de Los Picos y la papelería, con su madre allí como si estuvieran en casa donde La Muralla. Se preguntó al final si sus mejores años de creatividad y aventura se habían quedado atrás entre el barrio de Moncloa y la Facultad de Bellas Artes. Se había imaginado algún encuentro entre los chavales con quienes compartía el piso y las chicas, estudiantes de letras, con quienes se había liado en los bares de Argüelles y hasta Malasaña. También se permitían las mismas maneras, palabras y frases casi filosóficas de sus profesores de dibujo e Historia del Arte, mientras daba clase a ella y sus compañeros, los ancianos, los días que salían de casa para dejar de fastidiar a sus mujeres o sus hijos, también ya mayores. Pero eso efectivamente había sido el colmo de su creatividad. Pablete, sin preparación pagada en la facultad, sin el dinero de sus padres y sin darse cuenta, había alcanzado otro nivel de creatividad y entusiasmo.

«¿Pablete? Es un chico, pero casi con mis años. Un entusiasmo inocente que me traslada a mí».

«¿Y Beatriz? Desde los quince años no avanza. ¿Es que Víctor no se da cuenta de lo que pasó con su padre? ¿A mí qué más me da? Solamente hay que mirar con los ojos bien abiertos».

«Te matará a ti también, Víctor, si no tomas medidas preventivas. Se te nota muy contenta en su presencia. Tienes la imaginación que tanto te falta para hacer eso. Está muy enfocada y más bien sin cuidado. Y ella, que podía ir detrás de todos los pijos de Madrid,

elige a este pueblerino, hijo de mamá, que, al pasar la carrera en la capital, se cree alguien. Bueno… a lo suyo».

En su cuaderno, Lola iba apuntando el plan y el presupuesto para crear carteles de publicidad (para el próximo concurso de música en los Picos) y tapas de una serie de revistas con cuentos y poesías de Castilla que habían propuesto a Pablete. Así pensaban los dos, sacar dinero para ir tirando. Así, tuvo algo que le vinculaba a Pablete, pero lo que realmente le interesaba era otro cuaderno más grande de hojas blancas con una cubierta que ella misma había dibujado a lápiz negro: otra versión del mismo dibujo que se quedaba allí atrás, vigilando y protegiendo.

Por unos instantes dejó a un lado su cuaderno de trabajo y proyectos, dedicado a asuntos que le vinculaban a Pablete, y cogió el grande, cosa suya, con sus bocetos y alguna palabra suelta como adorno, pero todo en lápiz; el color, tal vez, añadiría más adelante. Ojeaba los dibujos, tomando decisiones en el acto sobre los que estaban terminados y sobre algunos a los que les faltaba un toque de algo. Algunos ya no tenían sentido y los tachó con una sencilla línea gruesa de una esquina a la otra de la página; las hojas no las rasgaba, una acción demasiado violenta y decisiva. Iba dando vueltas a las páginas con el lápiz en la mano, añadiendo algo a una figura, una línea, y cuando consideraba que la imagen, la representación, había llegado a su punto final, hizo una marca redonda en una esquina con el lápiz para no volver a mirarlo ni cambiarlo. En algún momento aquello se tenía que acabar. No sabía muy bien lo que haría al terminar el cuaderno grande, el más grande de todos los que tenía en la papelería; seguramente, empezaría otro. Cada página refleja un momento o una temporada en su vida, en el desarrollo de su vida y cómo lo había vivido.

Se oyó en la distancia el timbre en un piso de la última planta. Al momento se oía detrás de la puerta del piso el traqueteo metálico del ascensor que bajaba. Mientras Lola hojeaba sus últimos dibujos

en su cuaderno grande, había pasado por debajo de la ventana, casi sigilosamente, su antiguo profesor y ahora padre clandestino de Fuencisla. Ahora estaba esperando fuera en la calle de una manera casi vergonzosa a que Beatriz saliera del ascensor y bajaba los tres o cuatro escalones al portal. Lola se acercó a la ventana como una espía.

«No puede ser. Me acerco a los modos de la Sanz, hasta controlando lo que transcurre en la calle».

Giró el cuello hacia atrás como buscando consolación de la figura madre de los tres trazos gruesos pegada a la pared con sus cuatro clavos de acero.

«¿Qué pasa? ¿Me estás juzgando cómo haría el cura con su Dios o estás como mi madre, pasando olímpicamente? Mi madre siempre pasaba. Siempre a lo suyo, hasta que se fue. Y ya para siempre».

«No soy la señora Sanz. Ahora en esta casa (en mi casa) las cosas se hacen de otra manera. Tampoco soy mi madre».

Lola cogió un lápiz grueso de un bote en el mueble pegado a la pared y, al sentarse, dio la vuelta a varias páginas del cuaderno de dibujos, pausando para añadir alguna línea recta, una curva o el puntito redondo final.

«Siempre estoy aquí para ti, Fuencisla. Lo de la abuela lo resolveremos. Tú verás».

Oía pasar los murmullos de la pareja en la calle, debajo de la ventana. A la rubia no se veía nada, pero aparecía la cabeza de Víctor a través de los tiestos. Se había quitado las melenas de joven profesor progre hacía tiempo.

«¡Ay, Víctor, mi pobre, vas convirtiéndote en otra versión de tu padre! Por tu hija, espero que no te pase lo mismo con esa rubita. Esa no cambiará, ¿sabes?».

Al dar la vuelta a la esquina, Víctor le cogió la mano a Beatriz, pero siempre mirando furtivamente de un lado a otro. A través de la

tienda en Cervantes y sus clases en el taller, había toda una gama de gente que conocía al hijo Del Amo. Y, luego, como pueblo pequeño…

Los miércoles, la madre de Víctor trabajaba todo el día en la tienda. No volvía a casa para comer, sino que solía tomar un sándwich en la terraza con la señora Sanz, con quien había vuelto a llevarse bien hasta cierto punto. La Sanz sabía de lo que no se podía hablar: nada de preguntas sobre su hijo ni su relación con su antigua alumna (y ahora la madre de su hijo), ni sobre el enlace que ha surgido entre su hijo y la rubia y guapa Beatriz. Por todo lo demás, podría charlar sobre todo lo que les pasaba delante de sus ojos en sus dos horas de descanso allí en la terraza, con toda la población que pasaba por allí a esas horas, algunos conocidos, pero mayoritariamente gente de fuera. A la señora Sanz le encantaba reírse de los grupos de extranjeros: sus aspectos, su ropa y sus idiomas tan raros.

—¡Los vikingos, cómo hablan! —tanto se reía.

Del asunto del difunto Del Amo y su curiosa relación con las chicas que entraban en su tienda, tampoco se hablaba, sobre todo de la guapa rubia con melenas vecina de la vivienda cerca de la Casa Cuartel de la Guardia Civil.

«¡Tal como la inteligente Lola con su pequeña criatura! ¡Quedarse embarazada! ¡Tampoco tan lista!».

—Le había dicho, señora, de las cosas cercanas a mi familia no se hablan. No soy de esas.

—Lo siento, señora, pero yo no hablaba de su familia, más bien de su empleada y antigua alumna de su hijo. Pero como quiera usted. ¿Toma café?

Mientras tomaban las señoras sus cafés, Víctor y Beatriz llegaban al piso vacío cerca de la muralla.

—Víctor, profe, hoy no estamos para dar vueltas. A veces Segovia me agobia, parece que la gente te mira desde el fondo de todos los

portales, desde los balcones y las terrazas y desde los bares con sus puertas de cristal. A veces dan ganas de esconderse.

—¡Hala, Bea! A ti nunca se te ha ocurrido esconderte. Te encanta que te miren. Hace no tantos años, con tus amigas del cole, creando un pequeño alboroto por Cervantes y Juan Bravo. Fastidiando a mi padre. Así evitabas las miradas de la gente del pueblo. La señora Sanz siempre me venía con historias vuestras.

—Pero Víctor, ya no soy así. Me he vuelto muy seria, bueno, más madura: una mujer. Ya no soy una chavalina de esas.

—Bueno, vamos directamente a mi casa, entonces; me acompañas como la mujer madura que has vuelto, dejando atrás tus modos provocadores.

—Ya sé que prefieres las mujeres más filosóficas, más cerebrales y pensadoras como tu Lola.

—¡Eh, oh! Basta con lo de mi Lola.

—De todos modos, las mujeres provocadoras también te gustan. ¿No? Así que en algo acierto.

—Con tanta prisa has venido sin materiales. No vamos a la tienda, ¿sabes?

—Bueno, yo pensé que hoy íbamos a dar una clase más bien de teoría. ¿Por qué voy a necesitar materiales?

Te he dicho, me he vuelto más cerebral, como a ti te gusta.

Al llegar a la muralla, a Víctor le entró algo de angustia al pensar que se había equivocado de día, que tal vez su madre estaría en casa. Desde los escalones de piedra amarilla que bajaban desde la muralla, se veía la puerta de la casa de su madre (y la suya) en la planta baja. Cuando su madre estaba en casa, esa puerta siempre se quedaba cerrada, con la cortina de tiras de plástico de colores distintos detrás del cristal.

Con cierto alivio, Víctor cruzó la calle adoquinada y, al abrir la puerta con su llave, cogió a Beatriz de la mano para entrar directamente en el salón al otro lado de la puerta.

—¿Quieres algo?

—Yo creo que tú y yo queremos lo mismo, ¿no, profe?

—Lo de profe queda bien cuando mi madre está, pero ahora estamos solos, mejor no, ¿no crees?

—Son tonterías, Víctor. Ven.

Una vez en su habitación, pegado al dormitorio de sus padres, se dio cuenta cuánto se había quedado su habitación como la de un chico de dieciséis años: con cuadros y carteles que había elegido para impresionar a sus amigos en sus dos años antes de ir a la facultad. Desde entonces no ha cambiado nada, menos un par de poesías pretenciosas copiadas a mano de un libro que había pegado en la pared al lado de la cabecera.

—Nunca has traído una chica aquí, ¿verdad, profe?

—¿A ti no te parece que me has traído tú aquí?

Lo que tenía aquí y ahora, en la casa de sus padres enfrente de la muralla, es lo que siempre había soñado cuando vivía con los chavales por Argüelles. Por fin ha logrado rozarse contra el cuerpo liso y firme de una chica guapa y desenfrenada en su propia cama.

—Aquí, en mi cama. «En su casa y en la casa de su difunto padre y su madre».

Se quedó pegado al cuerpo desnudo de Beatriz que ya no era niña, pero no llegaba a ser mujer. Logró leer por encima de su hombro una línea de la poesía que en su época parecía tan transformativa y, girando la cabeza hacia el fondo, al lado de la puerta, veía la imagen de un artista supuestamente héroe suyo con pincel en la mano mirando directamente a Víctor mientras preparaba su próximo toque en el cuadro inacabado.

—¿Profe? ¿Tú oías a tus padres en esta habitación del lado? —preguntó Beatriz a voz alta con la nariz casi pegada a la pared con su papel pintado verde clarito de los años sesenta.

—Baja un poco la voz, niña… ¿Por qué preguntas?

—Es que no hay nadie. ¿Qué más da?

Beatriz intentó dar la vuelta en la cama tan estrecha bajo la manta pelosa gris-marrón también de los años setenta.

—Es que quería imaginar cómo te fue de pequeño con los padres en casa. Aquí en esta cama tan estrecha.

—Igual que en la tuya, me imagino. Por aquí nadie vive en un palacio, ¿sabes? Enfrente tienes el Alcázar con su muralla y sus paredes interiores de piedra de la sierra. La próxima vez nos trasladamos allí. Tú eliges tu propia habitación y nos apañamos en el suelo. Traigo mantas de las más finas para que estés más a gustito, princesa.

—Es que soy una princesa. Tu padre me llamaba así.

—No hablemos de mi padre. Ya sabes de sobra cómo salió eso.

—Tienes que hacer como hizo mi vecina. Se lo jugó con su madre, que se fue a Madrid con el camarero dejando su dormitorio para su hija. Se quedó con el dormitorio (con la cama doble) y toda la casa y mira cómo se apañó.

—Y ahora estáis todos, hasta el chiquillo de los folletos, cuidando a la bebé, y ella cobrando el trabajillo que le ofreció tu madre.

—Así de claro, profe. Te buscas un novio para tu madre y nosotros aprovechamos.

—Más fácil buscarnos una habitación con suelo de piedra fría en el Alcázar si mi madre nos encuentra aquí. Vístete, Bea. Tus historias nos van a delatar.

Llamaron al portero automático en la planta baja donde Lola seguía con sus trazos y sus puntos gruesos como pasando lista. Se levantó cuidadosamente de su asiento al lado de su hija para no despertarla, pero también para ver quién llamaba sin ser percibida. No estaba con ganas de ver a Víctor con Beatriz.

«Los he visto ayer. Hoy me toca descansar de lo que están jugando esos dos. Hoy estoy con Fuencisla. No quiero liarme con sus historias poco escondidas, como testigo del engaño».

Pero al levantar la cabeza por encima de los tiestos, vio a Pablete con el dedo en el botón. Él tampoco había querido repetir el escenario del día anterior en la papelería y, al acercarse a la casa de Lola, había visto a Beatriz y a Víctor cogidos de la mano como dos amantes escapando de una pesada fiesta familiar. Se había parado un instante mientras daban la vuelta a la esquina para seguir su camino hacia no se sabía dónde. Había estado a gusto alrededor de la mesa en la tienda, pero, al ver cómo se acercaba tanto Beatriz a su presa, como una araña acercándose a una mosca en su telaraña, había decidido distanciarse de su percibido encanto para enfocarse en la historia artística y profesional que llevaba con Lola. Ese entusiasmo le había llevado al piso de la planta baja esa misma mañana. Nunca había entrado allí y se sentía nervioso, con miedo de ofender, pero pulsó el botón otra vez para no quedarse más que lo necesario en la calle.

Lola cruzó el pequeño salón en tres pasos. Tuvo el mismo miedo de que por alguna razón Beatriz iba a dar la vuelta por una historia suya, pero también, con la pequeña dormida, quería aprovechar ese tiempo por asuntos de mayores o historias de Pablete, que aún no llegaba a llamarse Pablo. Abrió la puerta y esperó unos instantes mientras Pablete subía los tres o cuatro escalones al piso.

—¿Tú por aquí? Entra, siéntate. La niña duerme. La voy a llevar directamente al cuarto para aprovechar. Era mi habitación, entonces se la cedí a ella y así duermo mejor y ella también.

—¿Tienes hermanos pequeños, no?

—Pues sí.

—Entonces tendrás costumbre de cuidar a los niños.

—¿Cómo sabes que tengo hermanos pequeños?

—No lo sabía. Lo imaginaba. Todo el mundo tiene hermanos. Excepto yo. Todos hermanos mayores.

—Deja tu bolsa en la silla. ¿Tienes un cuaderno, no? No se puede hacer nada sin cuaderno. Te preparo un café. Negro de lo más

negro. Cuaderno y café. No se puede trabajar sin cuaderno ni café. No te fías de mi guardiana, mi musa, la señorita de la casa, la diosa.

Todo esto soltó Lola sin dejar a Pablete enunciar ni una palabra. Ni respiró para responder a la mejilla que le ofreció.

No había quedado con que Pablete viniera a su casa (ni le había dado la dirección), pero los dos acordaron, sin intercambiar palabra, ponerse a trabajar sobre un proyecto que tenían pendiente. En la tienda, el día anterior, no existía un ambiente adecuado para resolver asuntos de contenido, diseño y mensaje. Fuencisla dormía en el dormitorio con la puerta cerrada y, sin la madre de Víctor vigilándolo todo desde el fondo de la tienda, se sentían los dos más relajados, en su propia piel.

Lola dejó a un lado su cuaderno de bocetos y ensayos acabados (con sus puntos gruesos confirmativos) y abrió el otro, lapicero en la mano, para iniciar un discurso administrativo. Veía que Pablete la miraba distraídamente, sin ganas de remangarse.

—Viste a la parejita allí fuera, ¿no?

—Sí, ¡vaya pareja! No se dan cuenta de lo transparentes que son.

—Beatriz sí que se da cuenta. Es Víctor el que se deja jugar. Igual que su padre.

—Bea no sabe funcionar de otra manera.

—Le llama «profe». ¿Te has fijado?

—Forma parte del juego.

—Lo del proyecto, yo creo que no le interesa para nada. Se empeña en lanzar flechas hacia Víctor por debajo de la mirada acusatoria de su madre.

—¡Qué bien se lo pasa! Diría que estás un poco celoso. Hacia ti no te lanza ninguna flecha, chiquillo. Es muy guapa, ¿no? Toda una mujer.

—De chiquillo nada, mi Lolita. Tengo la misma edad que tenías tú cuando te liaste con el «profesor», «filósofa».

—¿Me lié con Víctor, anda? —¿«Filósofa», así me ves?

—Lo de Víctor lo sabe todo el mundo; la señora Sanz raras veces se equivoca y hasta lo cuenta a los camareros de la terraza, así ves adonde hemos llegado.

—Ya. ¿Qué más da? Mira, guapo, la niña duerme y parece que aquí no se trabaja nada. —Muéstrame lo mayorcito que eres. No soy la bella Bea, pero tampoco soy de segunda categoría.

—Nunca te he visto así. Tú lo sabes.

—La niña aún duerme. Tenemos media hora para aprovechar.

Sin dar más vueltas, se fueron a la cama matrimonial para acabar el asunto entablado desde hacía ya media hora, cuando Pablete llamó al telefonillo en el instante en que Beatriz y Víctor doblaron la esquina de la calle.

—Oye, no soy como Víctor. Aún no estoy para bebés.

—Tranquilo, amorcito, ni soy yo Beatriz.

Los dos descansaban en la cama ancha unos minutos más tarde. Lola siempre dejaba muy limpio el dormitorio de su madre, que había compartido primero con su padre Paco y luego con Vicente; y cuando aquella se marchó con este al barrio de Conde Duque, su hija se compró sábanas nuevas para no tener la imprenta de un marido en la cama en el lado más oscuro de la habitación. Normalmente dormía Lola de espaldas en pleno centro de la cama, dejando un lado para su hija; a veces la llevaba a su habitación por pura pereza o si la niña no dormía. Ahora, a media mañana, con el sabor a café aún en la boca, había dejado ese mismo espacio para Pablete, que en ese momento miraba el perfil de su amante repentina con la mano en la barriga de esta. Lola giraba la cabeza hacia la habitación de su hija para escuchar mejor su respiración. Iba cambiando en cuanto la niña se despertaba por fin. En esta cama se podía perfectamente dar la vuelta sin quitarse el edredón el uno al otro.

Lola se vistió rápidamente, pero desvergonzadamente, con la misma ropa que había dejado bien doblada en la silla de madera

junto a la cama. La ropa de Pablete estaba amontonada al pie de la cama en desorden total: hasta un calcetín aún lo llevaba puesto.

—Mejor que te levantes. La pequeña se despierta. Te preparo otro café. Lo dejo aquí fuera, en la mesa.

Pablete se vistió rápidamente y, al darse la vuelta al levantarse, se enfrentó al Cristo encima de la cabecera de la cama matrimonial. Se sentó enseguida en la mesa del salón con los dos cuadernos y su café ya preparado. No se atrevió a abrir el cuaderno grande mientras esperaba a Lola, que se ocupaba de la pequeña: parecía algo demasiado personal. Pero el que llevaba proyectos, fechas, números de teléfono y cifras le parecía menos arriesgado.

«¿Qué pinto aquí? Vive en su propia casa, una madre sin complejos que no se corta al acostarse conmigo en la cama de su madre con el Cristo católico pegado a la pared, igual que este cuadro suyo que ha clavado aquí para que lo veamos todos, bueno, que lo vea yo. Aquí me parece que no entra nadie: el «profe» y ahora yo».

—¡Pablete, mi Pablo! —interrumpió Lola al entrar en el salón con la bebé en un brazo—. Normalmente tan entusiasta y alegre. Ya sé que no soy Bea, pero muy bien lo hemos pasado. No lo vas a negar.

—¡Que sí! Muy bien. Un día —dijo, sin pausa— me explicarás este cuadro.

—No tiene explicación… como lo que hemos hecho ahora —por debajo del Cristo, espero que no te haya molestado—. Estos regalos que nos hacemos hay que disfrutarlos. ¡Que sigamos celebrándolos!

—Ahora, ¿por qué no miramos estos apuntes para ir aclarando nuestras ideas mientras la niña se despierta?

—¿Así de fácil lo ves? Bueno, como dices, «filósofa», que sigamos disfrutando.

Beatriz y Víctor salieron de su dormitorio con su cama estrecha de quinceañero en el mismo momento en que Pablete se estaba preguntando sobre el significado del cuadro de los tres trazos que

dominaba el salón de la casa de Lola. Entre los carteles y escritos pegados en las paredes de su dormitorio, Víctor también tenía su propio Cristo, que había clavado encima de la cama el día de su primera comunión. Estaba un poco perdido entre todos los símbolos de su juventud, pero no se le había ocurrido quitarlo. No hubiera quedado bien con su madre.

Casi Víctor se cayó de la cama y, vistiéndose rápidamente, se fue al salón para dejar en la mesa unos folios y lápices de tamaños diferentes. No había tiempo para charlas post amores ni para cafés calientes.

—¿Y si vuelves a hacer pruebas con los claros y las sombras que salen en las piedras de la muralla al cambiar la luz del sol, o al pasar una nube? ¡Anda, a la obra! —Últimamente no dibujas con meta clara.

—Pero, Víctor, ¿no te das cuenta de lo que acabamos de hacer? ¿Tú crees que estoy para ponerme a dibujar? Tengo la cabeza revuelta y solamente quiero descansar el cuerpo. ¿Te gustó, no?

—Entonces, mejor que te vayas a casa. Puede que mi madre vuelva en algún momento.

—¡Ah! ¡Es para historias de tu madre! Siempre está la madre (o la mujer). Tu padre nunca me echaba cuando nos juntábamos en la tienda.

Víctor sabía que su madre tenía para bastante tiempo entre sus comiditas con la señora Sanz y que luego volvería a la tienda.

Quedaba poca posibilidad de que volviera a casa a interrumpir sus actividades, pero Víctor se sentía incómodo con su aventura de media mañana.

«¿Mató realmente a mi padre? Nadie lo dice, pero seguro que todos lo piensan. Es que hay que tener cuidado con esta. Mi padre se descontrolaba. Y no sé yo si tengo la fuerza. Es un fenómeno».

«Con Lola me encajaba mejor. Pero ella me sobrepasaba en imaginación y determinación. «Filósofa», le llama Pablete, y lleva

toda la razón. Una artista de verdad. Y hasta cama de matrimonio con arte de verdad en la pared. No se cortaba nada».

Beatriz estaba sentada en la mesa frente a la puerta con la muralla al fondo. Llevaba un lápiz en la mano y un folio en blanco. Tras la cama estrecha, estaban los dos en el comedor de su madre con una distancia infinita entre ellos. Dejó caer el lapicero y se levantó.

—Profe, —dijo Bea sin rencor—, ¿por qué no la próxima vez quedamos en la tienda, en ese pequeño despacho que tenía tu padre al fondo de la papelería? Aquí no estás nada a gusto entre tu dormitorio de chiquillo y la amenaza de tu madre. Ya te digo: Se tiene que buscar un novio. Habla con la Sanz. Ella conoce a todo el mundo. Mira todos los hombrecitos que asisten a tus talleres.

Se quedó Víctor en silencio con sus remordimientos y sus rencores mientras Beatriz se ajustó la ropa y, dejando el lápiz y los folios sin tocar en la mesa como un ensayo, se fue tal cual tirando hacia arriba en la búsqueda de sus amigas por las tiendas y cafeterías de Cervantes y Juan Bravo.

53

Al bajar los últimos pasos al portal, con su mano agarrada a la barandilla, sentía un dolor apretado en su cuerpo tras bajar tantos escalones. Carmen había escogido un domingo por la mañana para enfrentarse al reto de sacar a su vecina a la calle.

—Coge mi brazo, señora. Bajamos a la Plaza de España. Nos sentamos un rato en un banco para charlar con Don Quijote y su amigo bajito.

—Bobadas. Usted tiene un tornillo suelto, ¿no?

—Bueno, charlamos usted y yo, por lo menos.

Al pisar la acera estrecha por primera vez en mucho tiempo, Julia sentía que entraba en un mundo casi olvidado. Allí enfrente, resultó raro ver la gran puerta de Conde Duque desde la calle cuando normalmente se veía desde arriba. Se alzaba a casi tres plantas de altura; mientras que desde arriba no impresionaba tanto, aquí parecía monumental. Habían creado aquí un centro para los de la ciudad, y la cola que se había formado a la entrada, delante de esta puerta inmensa, no parecía incluir grupos de gente de fuera. El centro cultural no entraba en la lista de visitas guiadas para extranjeros ubicados en los hoteles grandes del centro de la ciudad. A Carmen le dio mucho gusto ver tanta gente variada que reflejaba las actividades que ofrecía el centro cultural, desde conciertos para niños hasta charlas sobre la historia y los movimientos culturales y cine fuera de lo normal.

—Póngase al borde de la acera, así paramos cuando quiera y se apoya en estos postes que han puesto aquí.

—No cabemos las dos. Cuando bajaba a trabajar con el camarero, íbamos en fila india.

—Habla usted de su marido, ¿no?

—Sí, se tiró bajo el tren de metro, el muy imbécil.

—¿Se cayó, no, mujer?

—Eso es lo que nos quieren dejar pensar. Pero no.

—Bueno, ¿va bien, señora?

—¡Que sí, que sí! Camino recto hacia el metro.

—No sé cómo voy a hacer para volver.

—Con calma, Julita.

—Ja, así me llamo, Lola.

—Será tu nieta Fuencisla, ¿no? Ya lo he oído.

—No molesta, ¿verdad?

A Carmen le encantaban sus paseos del domingo por la mañana, y hoy hacía un sol de sierra: aire fresco y algo de calor en la espalda. Vigilaba el progreso lento de Julia mientras bajaban la calle, parando al pasar un coche o una motocicleta repartiendo desayunos a casa para los que tenían hambre, pero no tenían la fuerza para salir de casa esa mañana.

—Descansemos un momentín —sugirió Carmen. Se pararon un momento observando cómo avanzaba la cola hacia la entrada inmensa de Conde Duque.

—Esto parece el Escorial del barrio —observó Julia tras una inhalación apretada.

—El frío que hacía allí dentro cuando mis padres me llevaron de pequeña. Entre estatuas y tumbas, el lugar ese me daba mucho miedo. Era demasiado joven para esas cosas.

—Pero ¿habrá hecho lo mismo con sus hijos? Es lo que hacemos como padres.

—Para nada. Yo sufrí mucho. ¿Por qué iba a hacer a mis niños sufrir también? ¡Seguimos!

Poco a poco iban llegando a Princesa y la boca de metro de Ventura Rodríguez, con su entrada estrecha y escalones de piedra sacada de la sierra de Guadarrama. Se apoyó un instante Julia para mirar hacia el fondo de la escalera.

—Aquí vi al camarero por última vez.

—¿Tu marido, Vicente? —le debe llamar así, señora.

—Pero antes de todo era camarero, y ahora ni me siento viuda. Era un momento en mi vida que ya se fue.

—Un momento en su vida que le trajo a Madrid a ser vecina mía. Y ahora nos acompañamos de paseo: dos ancianitas en la gran ciudad.

—¡Anda ya! Vamos a buscar el banco así y charlamos con ese amigo tuyo con su compañero gordito en el pobre burro.

—¿Así que ahora nos tuteamos?

—¡Bah!

—Al final prefiero charlar contigo. Llevas razón; charlar con estatuas nos hace parecer dos ancianitas, ancianas y locas.

Habían tardado más de una hora en llegar a la plaza y un buen rato en encontrar un banco al sol, no muy lejos del Quijote en su caballo. Carmen se había planteado una pequeña salida en el barrio cuando Fuencisla le pidió sacar a su abuela, pero el descanso a ella también le había venido bien. Se sentaron en silencio las dos con una buena distancia entre ellas.

«¡Paciencia de un santo tiene la nieta! La madre ha hecho bien en mandar a la hija a preparar el terreno», pensó Carmen. «¡Vaya amargura!».

—¡Qué maja tu nieta! ¿No?

—¡Hace lo que dice su madre!

—Entonces es buena chica. De todos modos, las chicas de esa edad suelen hacer una cosa solo si ellas quieren. Si la madre la ha criado así de bien, su madre también la habrá criado bien. ¿Que no, maja?

«¿Ahora con maja? Estás igual de inculta que mi nieta. Pero ¿qué pasa?».

—A Lola no se le negaba nada.

—Pero ¿qué sabes tú? Hace años que no la ves.

—Nunca hice nada por ella.

—Bueno, sin negarle nada tampoco le has hecho nada. ¡Qué lío te has hecho! ¿Por eso te marchaste?

—Me marché porque me enamoré.

—¿Te enamoraste del camarero cuyo nombre ni te atreves a decir? ¡Anda, vecina!

—Pues, bueno…, sí. Tal vez no.

El Quijote miraba por encima del caballo Rocinante y muy por encima de las vecinas, aún lejos de ser amigas. Estas dos quedaron en silencio, observando, en la parte superior de la plaza, el inmenso edificio reformado hace pocos años donde se habían instalado un hotel y varias plantas de oficinas para empresas extranjeras imaginarias.

—Nuestro portal del Conde Duque se queda pequeño, ¿a que no?

—Como el barrio. Mira cómo se queda de escondidito allí atrás.

—Llevas razón. Abandoné a mi familia, sobre todo a mi pequeña Lola. Era una forastera en mi propio barrio, en un pueblo que tampoco era mío.

—¿Y aquí te sientes en casa? ¿Con los tuyos? Julia, aquí estás tan sola. Mira cómo está la cosa. Te liaste con tu camarero (ni yo pronuncio su nombre, mira hasta dónde hemos llegado) y ahora me tienes solo a mí.

—¡Qué boba! Viniste a Madrid para escapar de tu aislamiento y solo ahora sales por allí para formar parte del mundo.

Las dos ancianas en su banco parecían acercarse un poco, aun con la mirada hacia el gran edificio vacío. Todo a su alrededor se movía: un par de niños jugaban en la fuente que Rocinante miraba con ganas de beber; las familias empezaban a amontonarse antes de comer; la gente cruzaba la plaza para coger el metro hacia Sol o un autobús hacia la Casa de Campo. En medio de todo este movimiento, las dos vecinas, casi con los hombros tocándose, buscaban sin saberlo el apoyo que necesitaban.

—Y ahora tienes a tu nieta que vino a tu encuentro gracias a la insistencia de tu hija. Tienes a tu familia ya, maja. No te la pierdas.

—Me pregunto si no les viene mejor dejarme a mis propios fantasmas.

—¡Ay, señora! Con usted no se puede.

—Ya verá usted mismo.

—¿Y a ti te doy autoestima con tu caridad cristiana? El camarero hizo un favor a mi familia al sacarme de allí.

—Eres una verdadera tontona.

—Pero con la libertad de hacer lo que me da la gana sin molestar a nadie.

—Bueno, ¡vaya libertad… entre tus cuatro paredes!

—Mira, vecina. Aquí tienes una oportunidad de volver a encontrar a tu hija con la ayuda de la nieta. Tienes que hacer algo o morir en una tristeza solitaria.

—Es lo que merezco, tras abandonarla.

La paciencia de Carmen y su bondad cristiana se iban acabando. Al final no era asunto suyo. Pero a pesar de todo, salir al mundo tampoco le había venido del todo mal. La plaza empezaba a vaciarse cuando la gente encontraba donde comer o se iba a sus casas.

—Tanto enfrentarme a tu mala leche me ha entrado hambre. Hay un bar al lado de la boca del metro. ¿Tus piernas te llevarán hasta allí? Tomamos unas albóndigas y luego vámonos a nuestras casas y nos dejamos en paz. ¿Qué te parece? La próxima vez le toca a la Santa Fuencisla. Creo que he cumplido.

—¿Sales conmigo para cumplir? ¡Vaya!

—A ti te van los enfados, ¿no? Te veo con más energía. Por algo será.

—¿Albóndigas? Bueno, vamos, vieja.

…

Se sentaron las dos en la barra con su ración de albóndigas, un cacho de pan y un tinto: dos ancianas por allí. Era un bar típico de

Princesa con jamones colgados detrás de la barra, pero nada de serrín en el suelo, ni caña de cerveza, sino copas con el logo de la última marca de cerveza madrileña de moda; las superficies eran de un negro reluciente con líneas finas blancas imitando un mármol italiano (imaginaban).

—Estos camareros con sus chalecos negros y sus camisas blancas con manga larga, seguro que no son ellos quienes hacen la limpieza.

—Ya.

—Será una pobre filipina o colombiana que entra a primera hora de la mañana.

Cuando trabajaba con las hermanas, Julia pasaba delante de este lugar cada tarde cuando se despedía de Vicente en su camino hacia El Económico en Lavapiés. A veces ni se despedía, ya que iba unos pasos atrás, sin prisas.

—Has elegido bien —dijo Julia—. Es aquí donde le dije adiós a mi marido por última vez.

—¿Antes de que se tirara por delante del metro?

—¡Ja! Te he convencido. No fue accidente: el triste egoísta se tiró. Reconocía que su vida no daba de sí.

—Aún no usas su nombre, pero por lo menos reconoces su vínculo contigo. Y mira… tú formabas parte de su mundo.

—¿Tú crees? Éramos como sombras sin la luz del sol. Pero a mí me gusta el sol, y ese día volvió a brillar. Me dio una razón para quedarme. Él renunció a su decisión y yo volví a mi mundo sin tener que depender de nadie. Yo aguanté mi soledad, pero él no.

—Una soledad que te buscaste tú sola al abandonar a tu hija con tan corta edad.

—Por lo visto he hecho bien. Si me hubiera quedado, nunca habría salido adelante. Y mira, ella con esa niña tan enfocada y cariñosa.

—Pero dice ella que tu hija te quiere ver. Yo creo que se la debes. ¿Por qué no te atreves?

—Pero ¿no te das cuenta? Lola, mi Lola, es una mujer aparentemente feliz, creativa y también cariñosa por el hecho de que yo me marché. No quiero volver a contaminar ese espíritu.

—No me tiro al metro, pero tampoco hundo a los demás con mis penas imaginarias.

—¡Ay, ay, ay! La gente te quiere, Fuencisla y Lola te quieren. Y te quieren ver. Así de sencillo.

—No sé.

—¡Caramba! Se enfrían las albóndigas.

Las dos se quedaron calladas. Parecía una conversación sin salida. Julia se puso a observar a los camareros con sus camisas planchadas, sus chalecos sin manchas y sus barrigas planas. Pensaba en su camarero y lo que luchaba él para servir a los clientes que bajaban del tren en Atocha (como ella) o del autobús que traía presos de fin de semana de Carabanchel, como el joven que entró allí en «El Cristal» por pura casualidad el día, hace años, igual que ella.

«Será la culpa de ese pobre inocente que me encuentro hoy aquí con esta vecina pesada que se sirve de mí para escapar de su propia soledad».

«¿Y «El Acueducto» se llamaba, no? Éramos ya dos almas perdidas allí. ¿Qué buscaba Vicente? ¿Ves, Carmen, vecina, que puedo decir su nombre?».

«Él se lió conmigo porque se le iba la vida. Me imagino. Todas las horas trabajando en «El Cristal», un lugar donde concurría mucha gente que se iba de viaje o tomaba su primera caña tras bajar del tren y encontrarse con seres queridos o con un ser querido para luego irse a una casa con alma y corazón. Vicente veía todo esto pasar delante de sus ojos y luego me veía a mí. Le presenté un sendero que podría traer la felicidad.

«Luego me buscó y yo no pude solucionar su tristeza. Nos inventamos una felicidad que no existía. Lo hace todo el mundo».

Acabaron las albóndigas.

Pero ninguna de las dos estaba preparada para la subida hacia el Conde Duque. El comedor al fondo del bar se vaciaba a medida que la gente se iba a sus casas para estirarse en la cama un par de horas, para evitar charlas con sus parejas: otra felicidad imaginada.

—¿Tomamos una copa para acabar la tarde, vecina? Nos da el impulso que necesitamos para volver a casa.

—¡Vaya mujer tan cristiana! ¿Mi Lola ha dicho que, si no me sacas de mi escepticismo, que me emborraches?

—Tú bien sabes que no he visto a tu hija y Fuencisla no haría tal referencia.

—¡Tranquila, maruja pesada, estoy de coña! ¿Qué, si tomamos algo?

—¡Dos Magnos, chico!

Sin intercambiar palabras, las dos mujeres acabaron sus copas. Uno de los camareros salió por detrás de la barra, igual que había hecho Vicente en el Cristal al cumplir su papel heroico con el joven delincuente, para ayudar a las dos señoras a bajar de sus taburetes y alcanzar la puerta del bar con escaso equilibrio.

—¡Váyanse con cuidado, señoras! Con ese último coñac, ustedes tienen que volverse a casa para recuperarse y pegar ojo hasta que se les pase el mareo.

—Al final era un buen chico, el joven. Mira cómo nos cuida.

—Ya, Vicente también era buen chico y mira cómo acabó esa bondad.

—¡Imposible!

—¡Eres imposible, Julia!

—Cuando vea a tu nieta, le voy a decir que traiga a tu hija y, entre las dos, te sacudan un poco.

—No tienes por qué estar así.

Volvieron a cruzar Princesa al salir del bar. Suspirando, Julia miró hacia las puertas de metal y cristal del metro, con sus pegatinas de

entrada verde clarito. Se abrían y cerraban cada segundo a medida que la gente salía para coger la sesión de tarde en los grandes cines de la Gran Vía o bajaba para los cines más pequeños, llamados progresistas por los treintañeros madrileños, gente que Julia nunca había comprendido.

«¿Se habrá realmente tirado? ¿No será que me he equivocado? Tanta gente amontonada en el andén. De todos modos, el triste camarero se me fue, dejándome sola otra vez. Pero, tanto con él como con Paco en la casa en el pueblo, me sentía sola: una forastera en mi propia casa. Y ahora viene esta cristiana a sacarme de mi tristeza. Todo lo manipula mi hija para imponer lo suyo. Me aíslo para no contaminar a los seres queridos a mi alrededor, a Lola. ¿No entienden?».

—¡Cambia el semáforo! ¡Despiértate, vecina! ¡Vámonos!

A la fuerza llegaron las dos al portal de la casa enfrente de Conde Duque. Estaba la gran puerta de la entrada cerrada con llave. Julia se apoyaba en un poste en la acera estrecha mientras Carmen buscaba su llave con la impaciencia que le producía el cansancio, el efecto del Magno y el deseo de echar una siesta bien merecida. Julia miraba mientras Carmen, con dificultad, lograba acertar el ojo de la cerradura.

—Vete tú delante. Yo te sigo —insistió Julia.

Al llegar al primer piso se apagó la luz del minutero.

—¡Espera!

Como dos alpinistas atados con una cuerda, por fin, paso a paso, llegaron al tercer piso.

—Quédate tú aquí —dijo Julia, luchando para respirar.

—No.

—Subo contigo.

—No quiero salir mañana por la mañana para encontrarte aquí boca abajo en la escalera.

—A ti tal vez no te importaría, pero he dicho a tu nieta que me encargaría de vigilar tu bienestar.

—¿Qué le voy a decir cuando la próxima vez que suba sea para preparar tu entierro?

—¡Menuda vergüenza (y una pena para ella, ¿qué no?)!

—Lo que quieres es plantar la bandera en el último piso para declararte única responsable. Aquí no mandas tú, ¿sabes? Bueno, cómo quieras. No estoy para discutir.

—Será la primera vez —dijo Carmen, apretando el botón por tercera vez.

Entró Julia en su piso sin abrir la puerta del todo. Había algo de luz desde las ventanas al fondo, entre las plantas y la persiana medio bajada.

—¿No vas a entrar conmigo hasta el aseo, verdad? ¡Es que me meo!

—¡Tan amargada y tan grosera!

—No mereces a esa nieta que tanto te quiere y tú sin darte cuenta.

—No.

—Ya me quedo satisfecho.

—Mañana llamo a tu puerta para asegurarme.

—¡Eh, abuelita Julita! Al final lo hemos pasado bien, ¿no? Hemos llegado a la cima de la montaña, ¿ay, que sí?

—¡Que sí, que sí! ¡Hala, vete, pesada!

—Julia… Le voy a decir a tu nieta que la próxima vez traiga a Lola. Tengo ganas de conocerla.

—Bueno. ¡Vete!

Carmen por fin volvió a su piso tras una mañana al servicio de tres generaciones de la familia de su vecina con quien hasta ahora había tenido el mínimo contacto. Se preparó un café en su cafetera pequeña con granos molidos en su propio molinillo eléctrico. Escuchó un momento para asegurarse de que su vecina del cuarto

había salido del servicio. La luz del salón en la cuarta planta se encendió y, al sorber su café caliente, buscó un clínex en el bolsillo de su chaqueta de lana para limpiar la mancha de café de la comisura de sus labios.

En el mismo instante se cayó al suelo un trozo de papel que parecía haber sido rasgado de un cuaderno de esos de alumnos de instituto. Fuencisla, como su madre, se había acostumbrado a llevar siempre consigo, entre varias cosas esenciales, un cuaderno con un par de lapiceros para apuntar todo lo que le entraba en la cabeza, desde listas de la compra hasta poesías de los que escriben siempre esos jóvenes con las aspiraciones artísticas de su edad. Los lápices se perdían con frecuencia, pero en la papelería que ahora llevaba solo su padre con la ayuda de la antigua vecina Beatriz siempre se encontraban.

Carmen se dobló en su silla al lado de la ventana alta de ocho cristales para recoger el papel entre su dedo índice y el corazón. Se mareó un poco aún bajo los efectos del coñac y su hipertensión, y tardó un rato en enfocarse en lo que tenía escrito en la hoja. Era un número de teléfono móvil bien escrito, pero sin nombre. Fuencisla había trazado las cifras con claridad, pero se había olvidado de añadir su nombre.

«¿De quién será este número, caray?» —se dijo Carmen al pensarlo unos cuantos segundos.

«Esta familia me ha tenido ocupada hoy».

Estiró el papel en su mesita, planchándola un par de veces con las yemas de sus dedos.

«Mañana la llamo. Hoy ya no. Hoy he hecho lo suficiente y esto de las llamadas telefónicas siempre me pone nerviosa.

«Ya toca la hija, digo yo. Basta de mandar a la nieta como una especie de emisaria. Madre e hija tienen que resolver sus propias historias».

Carmen empujó el papel fuera de su alcance y, doblando sus brazos en su barriga como si su pecho le pesara, se hundió en su silla, cerrando los ojos como se cierran las cortinas al terminar una película larga en el cine, dejando la sala unos instantes en la oscuridad.

54

Había tardado Carmen en llamar a Fuencisla un par de semanas. No tenía costumbre con esos móviles modernos (no le parecía normal que la gente no tuviera que estar en casa para recibir llamadas), y no quería interrumpir la tranquilidad que experimentaba con su madre al otro lado de la Sierra de Guadarrama. Fuencisla tenía letra bonita y clara —había apuntado su número en grande con lápiz grueso oscuro, pero se le olvidó poner su nombre, así que Carmen tardó un tiempo convenciendo en de quién podría ser este número apuntado en el papelito y guardado en el bolsillo delantero de su rebeca en su última visita. Llamaría y ya. No tenía por qué decir nada a su vecina —ya había hablado del tema lo suficiente durante su borrachera del otro día.

«Llamo y paso el testigo; ya es hora de que esa familia, esas mujeres, se arreglen entre ellas. También tengo mis historias, mis penas, ¿quién me ayuda a mí? Esta Julia ha creado su propia historia y se queja de todo, hasta culpando a su pobre marido muerto sin mirarse muy de cerca en el espejo. Llamaré a la hora de cenar para estar seguro de que la niña esté en su casa como debe ser».

«¡Lola, Loba!». Así la llamaba de vez en cuando. Es que a veces su madre le parecía una bestia fiera y orgullosa, pero cariñosa con sus lobitos. Por otras razones distintas llamaba a Pablete, Patito Pablito, pero nunca en su presencia. No quería ofender, era un señor muy angustiado, sobre todo cuando quería complacer a Lola: desde el primer encuentro en la terraza enfrente de la Casa de los Picos y el día en que se acostaron por primera y única vez en la cama de matrimonio. Eso se había quedado años atrás, pero se había quedado con esa memoria sin el menor interés en buscarse otra. Y Lola… a lo suyo.

—¿Sabes que me llamó Carmen?

—¿Carmen, qué Carmen?

—Sabes, la vecina de mi abuelita.

—¡Anda! No se habrá muerto, ¿no?

—Aún no, mamá, pero ya sabe, tiene añitos.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere? Sabe que estás para subir hasta allí dentro de nada. No sabía que tenía el móvil tuyo.

—Bueno, por eso llamó. Para decirte que vayas conmigo la próxima vez. Dice que ya es hora, ¿o no?

—Ay, hermana, ¿no podemos hablar de esto más tarde? Me llama ahora tu padre sobre un asunto suyo.

—Ay, madre, somos hermanas en solidaridad cuando te conviene, pero ahora hablamos de madre a hija. Tu madre y tú (su hija, si no queda claro). Mándale un texto para que la veas mañana.

Lola era una loba en muchos asuntos, pero cuando se trataba de su relación con su madre todo se cayó hacia abajo. No había visto a Julia desde ese día en que se marchó al piso en Conde Duque para instalarse con el camarero. Lola no había cumplido ni once años. A la fuerza siempre había sido una chica independiente. Los tres chicos que había criado su madre tenían la misma falta de personalidad y vitalidad que su padre: casi sin dejar huella en la casa pequeña en el piso bajo. Y seguramente no contribuían nada a la unidad de la familia. Primero se marchó Vicente, quien, por pura suerte, consiguió el piso en la cuarta planta detrás de la Plaza de España, y luego se fue ella con un par de maletas con ropa y lo mínimo que le faltaba para asearse. Dejó todo atrás, hasta el amor que sentía por su única hija.

—Fuencisla, mi corazón, tu abuela me dejó sola en casa, con tus tíos (y ya sabes tú, con los tíos). Se fue. Nunca ha vuelto; sabe dónde estamos, pero ni manda una postal con cuatro o cinco palabras. No ha vuelto a aparecer por el pueblo y, seguramente, no es ella la que ha pedido que vaya a verla. Te fuiste allí para

asegurarme de que aún estaba con vida. Te tiene a ti y a la vecina; yo creo que con eso me conformo.

—Pero, mamá. No estoy segura del todo de que esté bien. Se confunde de nombre (a veces cree que te tiene a ti por delante). Y si se muere, ¿cómo te vas a sentir? Se ha vuelto triste y amargada. Te necesita, y yo… yo no puedo. Estás haciendo lo mismo conmigo que hizo ella contigo. ¿Te das cuenta? No soy yo la responsable.

En la casa al lado del cuartel de la Guardia Civil, en momentos clave, parecía que siempre se estaba preparando una tortilla de patata. En el momento en que Fuencisla alertó a su madre del estado de Julia, la historia se repetía. Su madre había abandonado a Lola sin darse cuenta del daño que eso causaría a su hija, y Lola ya iba a dejar a su madre en sus últimas semanas (en este momento no podía saberlo). Iba a dejar a los demás presenciar la debilidad sucesiva de la anciana a medida que se iba olvidando de su entorno, de su familia y de la vecina del tercer piso. Se iba cabreando por su creciente fragilidad. En el mismo momento, Lola dio una vuelta a la tortilla y la puso en la mesa: una tortilla dorada con toques de cebolla medio quemada, como siempre, como hacía su madre hasta el día en que se marchó.

Lola estaba sentada de espaldas al cuadro de tres trazos con Fuencisla a su derecha, de espaldas a la puerta de la pequeña cocina. Las luces del edificio nuevo (que aún se llamaba nuevo a pesar del hecho de que los niños, que nacieron al trasladar a sus padres allí, iban ya al instituto donde fueron Lola y Beatriz). La luz de la cocina daba un color rojo sangre a las plantas en el alféizar.

—Llevas razón, hermana, hermanita —resolvió Lola, una vez que se había cortado un trozo de la tortilla, y al agarrar un cacho de pan en una mano y un tenedor en la otra.

—Gracias a la abuela, por un camino vertiginoso hemos llegado a nuestro destino; conocí a tu padre, descubrí algo por dentro que no

sabía que tenía y te tengo a ti… y somos felices; bueno, ¿contentas, no?

—Está bien, voy contigo la próxima vez. Pero así se abre el melón, ¿sabes? Se podría descontrolar de una manera inesperada. Mi madre no entiende las cosas de la familia.

—¿Cómo lo puedes saber? Han pasado dos décadas desde la última vez que la viste.

—¿Cómo hacemos?

—Bueno, no nos vamos a presentar a su puerta las dos a la vez. Se moriría del susto —te he dicho que la encuentro algo débil. Ni te reconocerá. Habrás cambiado un pelín en los últimos veinte y tantos años, digo yo.

—Una madre siempre reconoce a su hija. Esto no es fácil para mí, Fuencisla. Me abandonó, tú lo sabes, ¿no?

—Mamá, ya hemos hablado de esto. Ahora a ti te toca arreglar la cosa.

Tienes que mostrar la misma determinación que la que has mostrado con mi padre, con Patitos y hasta con la Sanz.

—¡Ay, mi hija! ¿Cómo eres? ¿Patitos? Estos dos no sé cómo nos han aguantado.

Entre los tres, Lola, Víctor (el padre de su hija) y Pablete, que seguía llamándose así a pesar de que ya se acercaba a los cuarenta años, nunca habían hablado de verdad.

Hace tiempo, Víctor se había resuelto a cómo iba a ser su relación con su hija (un padre funcional pero distante). Desde el principio, su madre nunca vería a Lola como una nuera adecuada para ella. El hecho de que luego él se lió con la vecina provocadora, Beatriz, no parecía importarle. Siempre se preguntaba Víctor qué sería por su manera de liarse con ella de manera clandestina, en secreto y no delante de todo el mundo —por lo menos al principio—. Estas cosas nunca se pueden hacer en un pueblo pequeño donde todo se ve o se adivina, y sobre todo cuando tenía a la Sanz a pocos portales

hacia arriba desde la papelería. El barrio de Lola no formaba parte del casco antiguo del pueblo, no tenía el mismo caché que el de Víctor y su madre, pero Beatriz vivía en el mismísimo edificio. En el fondo, en sus sucesivas rachas de depresión, creía que su madre quería tener cerca a la chica que causó la muerte de su marido —ya lo sabía (o sospechaba) todo el mundo, gracias a las maquinaciones de la señora Sanz—.

—¿Cómo se va a casar con la chica que mató a su padre? —decía la gente.

Al final, vivían los tres en la casa del casco viejo, enfrente de la muralla. Así que la abuela tenía bien vigilada (creía ella) a la chica que, al destrozar a su marido, casi destrozó a la familia entera. El estatus de abuela sola lo tenía la señora Del Amo gracias al nacimiento de Fuencisla —Beatriz nunca tuvo hijos y parecía condenada a llevar su vida bajo el techo de su suegra—. No se extrañaba que se encontrara con toda una racha de breves aventuras, incluso con Pablete, más de una vez. Lola sabía, pero le daba igual; quería mantener a su hija al margen de ese enlace y cuidarla en un ambiente sano y positivo.

—La pregunta no es esa, pero ¿cómo hemos aguantado nosotras a ellos? Será gracias a las decisiones de mi madre que nos han forjado.

—Casi nunca le llamas así. Entonces, ¿cómo arreglamos lo del reencuentro, mamá?

El domingo siguiente, estaban las dos con los ojos clavados en las cimas de Guadarrama al otro lado de los cristales grandes y modernos del tren de alta velocidad. Instantes después, entraron en el túnel que las llevaba a la capital bajo esa misma sierra montañosa. Era la primera vez que madre e hija habían viajado a la capital juntas. Fuencisla ya había hecho el trayecto con visitas culturales del instituto (incluso una vez con las hermanas del convento) y también esa última vez como emisaria de su madre, el

origen de esta misma salida. En la oscuridad del túnel, Lola imaginaba el día en que su madre había viajado por este mismo túnel al encuentro del camarero en su nuevo piso.

Había dejado todo atrás en la búsqueda de una vida nueva —una vida que iba a ser igual de triste que la que había dejado atrás—. Lola solo podía imaginar cómo llevaba su madre esa nueva vida. No podía saber que casi nada había cambiado para Julia. En vez de trabajar en la cocina de la residencia, se había trasladado a una cocina en el convento al lado del Palacio Real y, en vez de compartir cama de matrimonio con su marido en el pueblo, compartía otra cama algo más pequeña, pero con las sábanas aún más oscuras del otro lado. No podía saber Lola que su madre pasaba horas en la cama llorando mientras su marido se quedaba medio dormido en su butaca viendo toda una serie de concursos televisados con las chicas rubias como único estímulo. Lloraba ya después de haber dejado atrás a su hija de tan solo diez años.

Fuencisla tenía otras preocupaciones. Mientras iban pasando las luces del túnel, estaba tramando cómo arreglar el reencuentro entre su madre y la abuela. Había llamado el día anterior a Carmen en el tercer piso. No les parecía bien quedar en el propio piso: Julia había quedado cada vez más defensiva y su casa no estaba en condiciones para recibir invitados (Carmen nunca había entrado).

—¿Y por qué no nos vemos donde el Quijote, en esa plaza?

—¿En los bancos de piedra en la Plaza de España? No nos pilla lejos y es fácil desde Atocha. Últimamente ha estado muy a gusto allí. No está para andar mucho. Y si la cosa anda mal, tenéis donde escaparos. Dar una vuelta por El Corte Inglés, lo que sea.

—No le ha dicho nada de lo de mi madre, ¿verdad?

—No, hija, yo creo que eso es asunto vuestro.

Desde que Julia fue al encuentro con sus amigas en la pastelería La Mallorquina en la Puerta del Sol hace ya más de veinte años, algunas cosas no habían cambiado mucho —la misma pastelería con

sus bollos de la merienda seguía más o menos igual—. La Puerta del Sol seguía igual, con los toques obligatorios de varios ayuntamientos nuevamente elegidos: cambios de farolas, cambios de adoquines y hasta el traslado de estatuas, el famoso oso con el madroño, por ejemplo, y el anuncio de Tío Pepe de un edificio a otro. Pero, en el fondo, el ambiente era el mismo. Se había cambiado la superficie, pero la ciudad y sus habitantes se habían quedado tal como estaban.

En Atocha pasó lo mismo. Tras varios intentos, parecían haber resuelto el asunto de la circulación y la nueva estación de larga distancia; tras derribar el scalextric, ya se presentaba un camino recto al Reina Sofía desde la estación, pasando a un lado todas las paradas de autobuses que ya no venía ninguna de la cárcel de Carabanchel —demolida hace más de diez años—. La gente llegaba ahora desde el extrarradio en autobuses modernos, con *wifi* y billetes electrónicos, o en trenes de cercanías. Tras su encuentro con Julia, Miguel, el joven recluso de permiso de fin de semana, había salido de la cárcel y había vuelto a entrar varias veces tras distintos atracos fracasados, el último con pistola postiza. La hija y la nieta de la víctima de uno de sus múltiples fracasos ahora seguían el mismo camino que había hecho ella desde la estación hasta el paseo peatonal que cruzaba Carlos Quinto hacia el Cristal que, ciertamente, no había cambiado nada por dentro —un gran cazo de agua hirviendo con su pulpo rosado—.

—Prefiero ir andando hacia la Plaza de España, así me acomodo mejor, con tiempo y aire.Dijo Lola mientras esperaban las dos en el semáforo entre turistas y domingueros.

Sa bía Fuencisla que en esos momentos estaría Carmen llamando a la puerta de la vecina para bajar con ella hacia la Plaza de España y buscarse un banco al sol enfrente de Don Quijote en su burro. Últimamente Julia tenía más confianza en la calle y habría tardado en salir de casa ni por falta de ánimo ni por enfermedad, sino

porque no hubiera querido salir a la calle, en el sol de domingo, sin plancharse la ropa ni arreglarse el pelo. Tuvo Carmen que esperar en el rellano. Estaba a punto de sentarse en la escalera cuando salió su vecina, lista para bajar a la plaza.

—Hay tiempo. ¿Tomamos algo aquí antes de subir por la Calle Atocha hacia la Plaza Mayor? No sé cómo vamos a hacer para comer. No debemos llegar con hambre. Prefiero enfrentarme a este reto que me has preparado con algo en el estómago.

Se pararon en la terraza del Cristal con su terraza de mesas cuadradas de un metal que relucía en la luz clara de un cielo sin nubes y sus sillas de aluminio con respaldos arqueados. Los del Cristal se habían juntado con sus locales vecinos, poniendo una terraza larga desde el centro de artes y la Calle Atocha en un intento de obtener beneficio del aumento de transeúntes en los últimos años.

Se sentaron con mirada hacia dentro a través de la puerta de cristal. Lola observaba el pulpo rosado en su gran cazo de cobre detrás de la barra como había hecho su madre hace dos décadas. Los camareros allí dentro parecían los mismos de siempre con una actividad frenética, distribuyendo cañas en la barra, con tapas de patatas fritas, aceitunas con pimiento o anchoas, o alguna patata alioli. Llevaban las camisas blancas con pantalón negro y algunos con delantal sobre barrigas impresionantes. Los camareros más jóvenes atendían en las terrazas y ahora se veían más camareras jóvenes con la misma ropa que sus compañeros, pero tal vez con dos botones sueltos del cuello y con tatuajes de moda en el antebrazo, en la mano o detrás de la oreja. La chica que atendió a Lola y su hija tenía una pequeña mariposa en la mano derecha entre el dedo índice y el pulgar.

—Una caña y una clara para la niña.

—¡Ay, mamá! No exageres. Me tienes aquí tramando tus obras clandestinas y sigues tratándome como hija pequeña que aún no

está para entrar en el mundo de los mayores.

Buscaba la aprobación de la camarera a través del rabillo del ojo y se fijó en el nuevo tatuaje que tenía tapado con celofán en el antebrazo izquierdo que sujetaba la bandeja donde cargaba los vasos y botellines vacíos que quitaba de la mesa.

«Los camareros de la terraza de Juan Bravo no tienen tatuajes. Son cosas de la gran ciudad», —se pensó.

—Y nos traes unas aceitunas y una bolsita de patatas fritas, por favor.

—Tal vez me hago uno de estos tatuajes, ¿no te parece?

—¡Y yo! Anda. Bueno, parece que ya estás para tomar tus propias decisiones con la mayorcita que eres. ¿Qué te pondrías —el acueducto, no? Como buena segoviana.

«Estamos haciendo tiempo aquí con estas bobadas de tatuajes. Se cree tan adulta. No tiene muchos más años que los que tuve yo cuando se marchó Julia para instalarse no muy lejos de aquí. Mi madre me ha forjado con sus acciones y es justo que ahora mi hija descubra su propio camino sin tener que tener en cuenta mis advertencias».

—No me has sacado ninguna foto de la abuela. Me cuesta imaginar cómo será.

—Seguro, igual que antes, pero tal vez con más arrugas y el pelo más liso, menos espeso. ¿Quién sabe? Pero no te preocupes, estoy yo.

«Sí que es madura. Y todos estos años he estado a su lado, no como mi madre».

—Y hasta no sabe que voy yo.

—Tranquila, mamá. Pero iré a hablar con ella primero. No quiero provocar una crisis cardíaca. Pero esto hay que hacerlo. Ya sabes que es mayorcita.

«Ahora parezco yo la chica pequeña, inmadura», se dijo Lola.

Lola se estaba poniendo nerviosa al pensar en la reunión con su madre. Pero la chica con sus tatuajes vino a cobrar su caña y su clara, y había gente esperando mesa. Fuencisla estaba mucho más relajada y estaba con ganas de dejar a su madre solucionar su propia relación con la abuela. Pensaba dejar a las dos con Don Quijote antes de dar un paseo sin pensar en las historias de su madre. Cerca de la Plaza de España había una papelería moderna que quería visitar y luego, tal vez, ir a la Casa del Libro en la Gran Vía y leer algo nuevo en los sofás que tenían instalados allí: algo sobre técnicos de dibujo o una novela histórica del siglo pasado, tal vez.

—¿Qué es lo que tienes en el brazo? Es muy grande —preguntó a la camarera al levantarse.

—Es un lagarto, es que me gustan mucho. Mañana quitaré el celofán. Te lo muestro la próxima vez que pases por aquí.

—¿Dónde te lo has hecho?

—Hay sitios en Lavapiés, donde la boca del metro.

—Bueno, elijo algo y la próxima vez comparamos.

—¿Y con qué te vas a pagar eso? ¡Vámonos! Hay que acabar con esto.

Lola sentía cierta envidia, a su manera, hacia su hija, pero también estaba orgullosa de que quería probar otras cosas. No quería para ella la vida de pueblo pequeño con experiencias limitadas. No quería ver a su hija como otra Beatriz, justificando su vida a la caza de hombres ignorantes y limitados como Víctor —tal vez— y su padre. Lo del tatuaje lo tendría que tragar.

—¿Y si me hago uno yo también? Así —hermanas para siempre.

—¡Mamá!

—Tiramos hacia Sol y la Calle Mayor, subiendo por la Calle Atocha. Es casi una línea recta hasta Ópera.

—¡Qué bien te lo sabes, mamá! Y yo que te creía provinciana.

—¿Tú qué sabes, nena? Tu madre ya ha vivido experiencias. Antes de nacerte tú me acerqué aquí unas cuantas veces.

Lo que no contó por pura vergüenza era que sus experiencias constituían salidas con Víctor y los ancianitos del taller en una especie de viaje escolar a los museos del Paseo del Prado. Interesaba sobre todo a Víctor la obra de Goya del Prado —tanto negro pegaba más con lo que estaban haciendo con los carboncillos. De todos modos, sus compañeros del taller no aguantaban mucho más que el viaje en tren desde el pueblo y casi pasaron más tiempo en los aseos del Prado y en la cafetería que delante de los toros de Goya y el fusilamiento del Dos de Mayo. Por su función de pastora cruzando Carlos V, Víctor le debía a Lola toda una vida.

Con los nervios bailando, Lola subió la Calle Atocha con bastante rapidez.

Delante de la estatua de los abogados socialistas asesinados en Antón Martín pararon un instante para que pudiera explicar la historia a su hija.

Fuencisla escuchaba con paciencia (su madre le había cogido de la mano en una muestra de cariño inesperada) pero sin prestar mucha atención.

Hablaba de un evento que ocurrió antes de la Transición, hasta antes de nacer su madre.

Los progres de hoy no hablaban de eso, pero… Por respeto al gesto de su madre fingió interés.

Parecía ya un verdadero viaje escolar, pero en ese momento histórico de su pequeña familia se iban a enfrentar a su propia historia en la Plaza de España.

—Mira, bajando por allí —Señaló a mano izquierda—, se llega a la Plaza de Lavapiés, donde dijo tu amiga que hacen tatuajes. Más tarde bajamos tú y yo por allí a ver algunos diseños que tienen. Tal vez me hago uno yo también, ya te he dicho. ¿Tú crees que iba de coña?

—¡Mamá! Por favor.

—De todos modos tenemos otro asunto pendiente. Nos estarán esperando. La abuela estará cansada y la vecina Carmen se estará preguntando dónde nos hemos metido. Nunca te he visto tan histérica. Tú no eres así. Te pareces a la abuela Del Amo.

—¡Ay, no me digas eso! Llevas razón. Seguimos. Si te animas después tal vez bajamos allí o tal vez prefieres irte solita. Siempre he querido que tomes tus propias decisiones. Como he hecho desde que se marchó tu abuela.

—Tal vez, mamá, tal vez.

Pasaron por medio de Madrid para por fin llegar a la Plaza de España: un camino más o menos recto, como había dicho Lola, pero no era un trayecto siempre del todo fácil. Había trastornos y molestias en cada manzana y en cada esquina, sobre todo hoy un domingo: turistas buscando el camino ojeando cartas en la entrada de restaurantes y bares, madrileños buscando mesa en las terrazas y aceras cortadas con obras permanentes. Hasta la Plaza de España estaba en obras justo donde entraban ellas después de pasar por el Viaducto de Segovia (con sus barreras de fibra de vidrio transparente para disuadir los suicidios de antaño). No tuvieron una vista clara de los bancos de piedra delante de la estatua con sus fuentes y su pequeño estanque.

—Espérate aquí, mamá. Siéntate en el banco. Voy a ver si aún están. Dame diez minutos. Estará de espaldas cerca de la fuente. No te acerques hasta que te dé una señal. Tengo que preparar el terreno. ¡Vaya historia! No sé cómo explicar qué hago yo por aquí a esta hora. Suelo llegar a su piso después del desayuno, no justo antes de comer. Menos mal que hemos parado para tomar algo en Atocha. Parece que llevamos horas aquí ya.

—¿Y si volvemos a la estación ahora, sin decir nada? Ha sido un buen paseo.

—¡Ay, mamá! Hemos llegado hasta aquí. Verdaderamente no te reconozco. ¿Dónde está la loba madre de mi infancia? Hemos llegado hasta aquí. Esto hay que arreglarlo ya. En el fondo siempre lo has querido. Lo sabes.

—Sí, hija. Lo siento. Te recuerdo, me abandonó. Tal vez no me quiere ver. Tal vez no me reconozca.

—Te querrá ver. Tal vez en el momento no lo admite, pero sí te querrá ver. Y una madre siempre reconoce a su hija.

Tanto la hija como la madre se sentaron en un banco en la Plaza de España, cada una, por el momento, con una vista distinta. Como acompañantes Julia tenía, por el momento, a su vecina Carmen, que intentaba mantener una conversación con ella sobre todo y nada, y las representaciones de Don Quijote, Sancho Panza y su burro. Lola tenía nada más que una vista inmensa de los jardines del Palacio Real y, más allá, la Casa de Campo, que, desde esta distancia, parecía un verdadero prado. Julia reaccionaba de una manera lejana y confusa a los comentarios de su vecina. Solo podía pensar ahora en la tortilla que tenía preparada en casa como siempre (también tenía un par de flanes caseros que Carmen le había dejado en una bandeja al lado de la puerta el día anterior), y la siesta que iba a echar después. Lola tenía las manos sudorosas y un gran vacío en la cabeza. Las pocas preguntas que se habían formado en su cabeza en los últimos veinte años y más, tras la huida de su madre, se habían borrado con la angustia que se sentía ahora.

55

A pesar del calor del sol de mediodía, Julia llevaba su chaqueta verde de siempre. Sentada en el banco se doblaba hacia delante mirando, al parecer, fijamente el pavimento delante de ella hacia el pequeño estanque de la estatua de las figuras literarias. A su lado estaba Carmen a un par de metros de distancia con la espalda más recta. Está, mirando hacia arriba donde el balcón de cristal y la terraza más reciente de la capital con vistas hacia la Casa de Campo, pero también directamente a la calle a través del suelo a unas cincuenta plantas más abajo. Se veía desde allí en la calle Princesa una fila de taxis con su distintiva línea roja diagonal a cada lado esperando para llevar a la gente a casa después del paseo por las obras de la Plaza de España.

Los ojos de Julia desenfocaban cada vez más a medida que su acompañante hablaba de una manera casi histérica en un intento de mantener su interés mientras esperaba la llegada de Fuencisla. Los ronquidos intermitentes mostraban que perdía esa pequeña batalla. Mientras seguía con sus intentos y con un deseo creciente de volver sola por el mismo camino hacia casa. La nieta se había sentado en otro banco al fondo de la plaza desde donde podía observar a las dos ancianas a solo un metro de distancia la una de la otra, pero en dos claros mundos distintos. Carmen estaba ya mirando a su alrededor buscando alivio. Aún no había aparecido Fuencisla y ya sentía que había cumplido su papel de buena vecina.

«Esa nena me dijo que estaría aquí a esta hora. Bueno. Yo, para irme a casa», pensó.

Fuencisla dio una vuelta alrededor de la estatua para no llegar por la espalda de su abuela y darle un susto de muerte. En las semanas recientes, entre la bondad de su vecina y las visitas de su nieta, Julia

había vuelto mucho más abierta a experiencias nuevas y a visitar rincones desconocidos. En el mercado del barrio entre su calle y San Bernardo empezaban a conocerla mejor. Antes iba Carmen a comprar allí para las dos.

—Tanta compra te trae la vecina por aquí, Carmencita —insistió la quesera.

—Yo diría que esta mujer no existe. Juro que compras todo este queso para ti sola. Pero no sé dónde te lo meterías. Eres así de delgadita —había dicho levantando el dedo meñique.

Al final, Julia la acompañó y todos los puesteros la habían acogido con entusiasmo (a veces un poco irónico).

No pidió lo suyo, dejó a su vecina pedir vez y hacer la compra, pero llevó su propia bolsa y saludó a la gente cuando le pareció apropiado. Hasta acompañaba a Carmen a comer en el restaurante de un tenedor en camino a casa. La gente la iba conociendo y apreciando.

—Tras la muerte trágica de su marido, ¡ay!, esa pobre viuda se acerca a nosotros, reconoció la quesera.

—¡Tu paciencia ha servido de algo, Maricarmen!

Se veía a Julia con más ánimo, pero eso no se trasladaba a su cuerpo, que había envejecido mucho tras la muerte de Vicente y todo el tiempo que se había autoaislado en su casa. Ahora estaba cansada; abriéndose los ojos, miró el gran edificio de enfrente y bajó lentamente la mirada hacia la estatua hasta encontrarse con la imagen de su nieta, que avanzaba paso a paso hacia ella en línea recta desde el burro de Don Quijote.

—¡Fuencisla!, susurró del fondo de su sueño, como si acordándose de su nombre.

—¿Tú?

Fuencisla se acercó con más determinación. Ya no había paso atrás y quería, ella también, pasar la responsabilidad de la relación entre su madre y su abuela a esas mismas protagonistas, volver

ellas al principio antes de nacer ella, antes de conocer Julia al pobre camarero Vicente, una víctima al fondo de la vida triste de Julia en su casa al lado del cuartel de la Guardia Civil del pueblo provinciano.

—Abuela. Llego ahora.

—No lo sabía.

—No te había dicho nada, pero sabía que ibas a estar por aquí.

Fuencisla no quería estar aquí. No era una visita sorpresa de esas de cumpleaños, no de encuentros clandestinos de telenovelas donde la heroína se escapaba de un monstruo para encontrarse con su verdadero amor. Se puso a pensar en la camarera del dragón.

—¿Por qué no escuché a mi madre y nos bajamos a ese taller de tatuajes en Lavapiés, un barrio que aún no conocía pero que conoceré algún día?

Se angustiaba tanto por la reunión entre su madre y la abuela.

Sin entender muy bien lo que pasaba, echó un vistazo a Carmen que, por fin, se había callado, pero no parecía nada sorprendida por el acontecimiento.

—Pero tú que sí lo sabías, ¿no?

—¡Julita!

—¿Julita? Nunca me has llamado así. ¿Te atreves?

—Mira, vecina, se me está haciendo tarde. Te dejo con tu nieta. La debes apreciar más con todo lo que ha hecho por ti. Ni te enteras. Ven, niña. Siéntate aquí. —Carmen se levantó como acabando su turno con Julia, dejando sitio en el banco para la joven.

Llenó sus pulmones con un gran alivio antes de enfrentarse al camino a casa. En el mismo momento, Lola se había acercado más a su hija y su madre, sentadas de espaldas en el banco frío de piedra. Fuencisla se había acortado la distancia entre ellas y, sin dejar hueco, había cogido la mano de su abuela que descansaba sobre su rodilla.

—Tienes frío, abuela.

—Y hambre, hija.

—Soy Fuencisla, abuela.

—¿Por qué no nos acercamos al bar ese donde está la boca de metro y nos tomamos unas cuantas albóndigas? ¡Y un coñac como hicimos el otro día!

—¿Sabes, hija, dónde Ventura Rodríguez? Se mató mi marido. O tal vez fue accidente.

—¿Sabes? Un hombre triste con solo un par de zapatos que llevaba siempre.

Fuencisla seguía los pensamientos de su abuela sin interferir en ellos. Sentía la presencia de su madre al otro lado de la plaza, detrás de las obras de mejora. Tenía que buscar una manera para incluir a Lola en la conversación sin trastornar a su abuela. Julia llevaba tiempo en el banco y venía bien ponerla a andar. Le cogió del brazo para que se levantara y empezaron a caminar hacia el bar de Ventura Rodríguez. Indicó Fuencisla que su madre se acercase un poco más e iban las tres (con abuela y nieta por delante) hacia la calle Princesa, en la esquina de la plaza. Mientras subían, Julia estaba a su aire, liando a los camareros del bar con sus camisas blancas, recién planchadas, el tamaño del coñac que servían y su debate interno sobre si su marido (el segundo) se había realmente quitado la vida o había sido realmente un accidente.

—Mi Vicente no se preocupaba tanto por su aspecto, pero trabajaba bien. ¿Me salvó la vida, sabes?

—Sí, abuela.

—Abuela, te he traído otra visita. Llevas mucho tiempo sin hablar con ella. Te viene bien encontrarte con alguien de antaño. Del mundo de antes.

—¡Mamá!

—¿Cómo que mamá? ¿Quién es usted?

—Soy Lola. Vengo a verte.

—¿Lola?

Miró confusa hacia Fuencisla.

—¿Y la vecina?

—Se fue a casa, abuela.

—¿Abuela?

—Sí, abuela. Soy Fuencisla. Vino mi madre, tu hija, Lola, a verte. A ver cómo estabas.

—Ya ves. Estoy perfectamente. ¿Ella también quiere escuchar la historia de mi Vicente que me salvó la vida en Atocha —por eso nos casamos— y luego se tiró aquí delante del tren de metro de la línea tres? ¿O fue un accidente? Ya no lo sé, pero era una vida muy triste, con su único par de zapatos negros.

—¡Mamá! Creo que me voy —interrumpió Fuencisla—. Quédate tú con la abuela. Ya no puedo. Tienes que aclarar el asunto.

—Sí, hija. Vete. Ahora me toca a mí. Vete a Lavapiés. Te busco allí. Coges el metro aquí. Va directo. Dame un par de horas. Búscate el taller de tatuajes (¿cómo no?), y yo te veo en la boca del metro en un par de horas. Elígete un tatuaje, ¿por qué no? Le explico a la abuela lo que hay.

Se dieron dos besos. Resultó un acto insólito. Las dos pasaban mucho tiempo juntas: en casa, en la tienda y ahora en el tren a Madrid. A veces se cogían de la mano cuando se hablaban después de comer con el dibujo siempre clavado en la pared enfrente de la ventana, pero lo de darse besos parecía una cosa que hacían los demás. Fuencisla se marchó hacia el metro, bajando los mismos escalones de piedra (piedra de Guadarrama) que había bajado Vicente para ir a El Económico, donde nunca llegó por puro accidente o tal vez para acabar con su vida de miseria con la rubia presentadora de tele como única acompañante.

Lola se angustió al ver a su hija desaparecer a través de las puertas de cristal y metal de la entrada a los andenes y dio la vuelta para ver a su madre entrar en el bar sin mirar hacia atrás, en su propio mundo.

—¿Nos sentamos en la barra, hija? Como el otro día. ¡Qué descubrimiento este lugar, con sus camareros tan jóvenes y tan educados (pero seguro que no saben cómo hacer una buena tortilla)!

—Nunca vine aquí con tu padre, Lolita. Siempre andábamos con mucha prisa. Iba yo donde las hermanas y él a El Acueducto, a El Económico. Ese último día ni me despedí de él por las prisas. Por eso tal vez se cayó.

No cambia el hecho de que llevaba toda una vida de ánimo triste y bajo, como yo.

—Sí que soy Lola, mamá. Pero nunca fue Vicente mi padre, ya sabes. ¿Sabes qué nos abandonaste, mamá? Me abandonaste a mí.

—Joven. Una ración de albóndigas y dos cañas, igual que antes. Luego nos traes un par de coñacs con las copas bien rellenitas, ¿no?

El camarero elegante con camisa blanca sin manchas trajo las cañas y las albóndigas (con dos tenedores pequeños y un cacho de pan). Se acordó de la señora, que enseguida se puso a mojar el pan.

—¿Otra vez por aquí, señora? Pero hoy trae a la familia.

—Pues sí. Aquí con mi nieta.

—No me diga.

—Mi madre se lía. Soy su hija.

—¿Mi hija? ¿Mi hija?

—Sí, mamá, soy tu hija Lola. Vine a verte. Te dije.

Acabaron en silencio las albóndigas para luego trasladarse a una mesa al lado de la gran ventana que daba a la calle. Desde su silla, Julia veía directamente la boca del metro. Ya empezaba a salir la gente para aprovechar el sol de la tarde en la Plaza de España o para dar un paseo por el Templo de Debod con vistas a la Casa de Campo y luego subir a Rosales y el Parque del Oeste.

—Vicente nunca volvió a subir esos escalones, ¿sabes?… Lola, ¿me has dicho? No te reconocí.

Lola buscaba respuestas de su madre y luchaba para hacerse entender.

—¿Por qué, al final, no me dejó mi hija bajar a Lavapiés y ponernos a buscar tatuajes, madre e hija?

—¿Sabes, mamá? Vine a verte hoy con Fuencisla. ¿Sabes quién es?

—Estaba en la Plaza de España con la vecina pesada que nunca me deja en paz.

—No te deja en paz porque te queremos.

—También estabas en Plaza de España con Fuencisla. ¿Sabes quién es?

—Basta de juegos, mujer, ¡sí!: es mi nieta, Fuencisla es mi nieta y tú, tú eres mi hija.

—Así es, mamá, soy Lola, vine a verte.

—¿Por qué has venido, Lola? Te dejé en el pueblo por tu bien, para liberarte de mí. Lo bien que estabas en casa sin mí.

—No, mamá. Estaba bien en casa, contigo. Pero te marchaste.

—Hice bien. Así no tuviste que aguantar mis fantasmas y ahora te veo con una hija valiente y preciosa. ¿Por qué has venido?

—He tenido que luchar, mamá. Desde los diez años. Se marcharon mis hermanos, tus hijos. Estaba sola en casa. Tenía que buscar mi camino sola en casa.

—Y mira cómo se te ha salido. Yo no te servía para nada. Por eso me marché. Para liberarte. Sin duda, tienes ahora una familia, la tuya, en casa.

—Mamá, solo tengo a Fuencisla.

—Y su padre.

—Su padre no importa. He hecho como tú: aislarme. Tuve que buscar, con Fuencisla, una vida que tenía significado. No tuve madre. Quería criar a Fuencisla como hace una verdadera madre, no una madre que se va, dejando todo para seguir a un camarero de los

antiguos que luego se mata. ¿No ves la tragedia? Entre las dos, tú y yo, ahora solo tenemos a Fuencisla.

—Toma un sorbito, mamá. Te ayuda a reflejar, tal vez.

—Me quedé con Vicente en el Acueducto y decidimos casarnos. Tomamos un vino tinto antes de coger el tren para buscarnos piso aquí. Tú estuviste en casa. Te había hecho una tortilla. Estabas bien en casa. Era tu terreno. Era tu piso. Todo preparado para la vida que llevas ahora. Te veo bien. Contenta.

—Estoy enfocada en tener una vida con certidumbre, amor y verdad para mí y para Fuencisla. Y para ti si quieres. A mi manera es lo que busco y para eso vine a verte. Al final, eso sí que te debo a ti por lo que hiciste.

—Pero, hija, es mentira y lo sabes. Has venido por culpa. Te trajo Fuencisla. ¿A que no querías venir? ¿Son trámites de la vecina?

Se quedaron paradas una enfrente de la otra. Entraba el sol por la ventana. Para no dañarse los ojos, Julia miraba hacia dentro. El joven camarero estaba secando vasos detrás de la barra. Lola examinaba las curvas de la copa de Magno de su madre. Buscaba alivio en los objetos. Quería un descanso de lo humano. Llevaba ya casi una hora con su madre y la conversación parecía dar vueltas sin seguir un camino definido. Quedaba claro que su madre seguía igual de impenetrable.

—Tal vez, en vez de preocuparme por mi madre, debo enfocarme más en las necesidades de mi hija, que estará ahora investigando algún rinconcito escondido de Lavapiés.

—No me puedes hablar de culpa, mamá. Llevas ausente tantos años. La culpa la tienes que sentir tú. No estoy aquí para volver a visitar las décadas que hemos vivido en pueblos distintos. Tú seguiste al camarero para dejarnos a todos hacer nuestras vidas. Yo no pude elegir. Tomaste tú la decisión. Veo que necesitabas salir de nuestro pequeño mundo.

—Hija, mi hija —Lola—, me marché para liberarte a ti, para dejarte a ti elegir tu camino, fuera de la influencia de la locura mía. La vida mía se trasladó a otro lugar, pero las circunstancias no cambiaron nada. Al morir tu padre, tu padre verdadero, no aproveché para reconstruir mi vida a mi manera. Al entrar en el bar de Atocha, al encontrarme con Vicente, que supuestamente me salvó la vida de un pobre delincuente, caí en una trampa que yo misma había tramado. Me di por perdida. Luego, cuando vi que todo caía hacia abajo en el pueblo, parecía más lógico romper el hilo que me ataba a ti; lo que he dicho: liberarte.

—Pero no me liberaste, mamá; me dejaste, una niña en un mundo de adultos. Mis hermanos no me servían para nada. Se fueron. Ellos también me dejaron. Como mi padre me dejó. Estaba ya ausente antes de morir. Entonces tuve que ponerme fuerte y egoísta.

—Así es, mi amor. ¡Gracias a mí! ¿No lo ves? Para crear las condiciones apropiadas para criar a tu propia familia.

—Pero con mi independencia estaba tan triste. Las dos hemos estado tan tristes todos estos años, por decisión tuya. Te liberaste de tu familia para liarte con un hombre que no querías. Y yo me encontraba sola. Me encontré con Víctor, un chaval más bien soso cuyo único valor era darme una hija, tu nieta. Y, ya ves, por fin he conseguido algo para mí y para ti.

—Gracias a mí, hija.

—No, gracias a mí misma. A pesar de tus intentos de aislarme del mundo.

—Siempre te he querido, mi hija. No me eches la culpa de todo lo que he hecho por ti. Ha sido por ti.

—Yo creo que un día tu nieta te lo agradecerá, pero, de momento, me alegra haber venido a verte, pero las heridas no se curan de un día a otro.

Pero veo que me quieres y yo te quiero a ti.

—Se está haciendo tarde. Te acompaño a casa, con el coñac que te ha servido el guapetón ese, no creo que llegues sola a casa. Quiero ver tu casa. Tal vez me cuente algo de ti. ¿Sabes el camino?

—Sí, hija, sí. Claro, con el abandono nunca has estado.

Lola se quedó algo triste tras el encuentro con su madre, pero se sentía con la confianza de que ya, por lo menos, existía una relación clara y duradera entre las dos, pero que aún quedaban más conversaciones por delante. Tenía ganas de buscar a Fuencisla y deshacerse de las tensiones que se habían acumulado desde la salida de Segovia esa mañana. Pero, primero, quería ir a ver la casa donde su madre había vivido todos estos años.

El camarero salió por detrás de la barra para ayudar a las dos señoras a levantarse de la mesa y dar los pocos pasos hacia la puerta. Recogió la chaqueta verde de Julia que había caído al suelo y le ayudó a ponérsela. Lola ató los botones como siempre hacía para Fuencisla al marcharse al colegio por la mañana.

—Hasta luego, hermanas. Hasta otro día.

—Qué simpático el chico.

—Es por aquí —indicó Julia al ver al hombrecito verde al otro lado de Princesa. Cruzaron la calle. Ninguna de las dos giró la cabeza para contemplar la entrada del metro al fondo de los escalones de piedra.

El portal frente al Centro Cultural de Conde Duque estaba cerrado con llave y Julia buscó su llave en el bolsillo de su abrigo verde para dársela a su hija. Parecía un gesto de toda la vida. Lola aprovechó el momento para echar un vistazo a su reloj. Habían pasado más de un par de horas desde que se había despedido de su hija, que ahora estaba paseando sin rumbo concreto por el barrio de Lavapiés.

Lola se parecía mucho a su madre en varios aspectos físicos: la nariz, el mentón, el pelo; pero también en su manera, la más cabezota, de ver el mundo, o su destino, casi de una manera fatalista. Pero también en su manera lineal de organizar sus asuntos:

los tres trazos en el cuadro de su salón reflejaban un poco su método de poner en marcha un plan. Una vez que Julia decidió casarse con Vicente, eso era lo que iba a pasar. En el instante en que Lola veía necesario tener un hijo (o una hija, como salió casi predestinado), solamente tenía que buscar la manera de hacerlo y con quién. Julia se casó con Vicente como manera de salir de su vida cotidiana (y de su pueblo) y del aislamiento que sentía en esa planta baja, a solo unos veinte minutos de la estación de trenes. No todo había salido como se esperaba, pero el método y la intención daban estructura y dirección a sus vidas.

Con Fuencisla, Lola quería evitar los fallos que había cometido su propia madre con su falta de muestras de cariño y maternidad. Siempre iba a estar al lado de su hija para darle el ánimo, el apoyo y el amor que necesitaba. Por eso resultó raro que hubiera dejado a su hija tanto tiempo, sola, en un barrio que no conocía. Tenía que estar ya a su lado, cogiéndola de la mano, como buena madre, mostrando el camino. No quería abandonar a su hija tal como había hecho la suya. Sentía una cierta impaciencia y vergüenza al ver cómo su madre subía la escalera paso a paso sin poder darse prisa.

Al final llegaron al cuarto piso y entraron en el largo pasillo que llevaba al balcón exterior de la casa y a la pared alta de ladrillo sin ventanas del centro cultural de enfrente.

—Aquí me puedes dejar, Lola. Querrás estar con tu hija. Llevamos toda la tarde charlando. No te detengo. Ya sabes dónde estoy y, tal como has hecho esta vez con mi vecina, puedes volver a verme cuando te apetezca, ¿sabes? Casi no me muevo de aquí. No me vuelvo a escapar. Cuento con verte. Hay que aprovechar los pocos años que nos quedan. Bueno, los que me quedan a mí.

—No seas tonta, mamá, estás muy fuerte —mintió Lola.

—Me llamas tonta. Has tardado veinte años en venir a verme. No… a mandar a tu hija a venir a verme.

—Mamá, te marchaste tú. No había manera de ponernos en contacto contigo. Anda, no volvamos por allí. Ya sabemos dónde estás, como dices, y no nos cuesta nada volver por aquí. Paso por Madrid con bastante frecuencia por mi negocio.

—No me has hablado del negocio.

—No, mamá, hoy hemos tenido otro asunto: el tuyo. Más adelante te cuento lo de los diseños y dibujos cuando haya más tiempo.

—Diseños y dibujos, ¡vaya! ¿Quién lo sabía? Para ti, nada de residencias ni restaurantes. Vale, nena, vale, mi hija. Llevas razón. Voy a tumbarme un rato. Cerrarás la puerta de abajo, ¿no?

—Hasta otro día, mamá. Cuenta conmigo.

…

A la salida del metro de Lavapiés, en la acera, había un banco de hierro, con un par de tablones gruesos como asiento y dos como respaldo, con vista frente al Teatro Moderno Valle-Inclán. Llevaba una hora esperando y Fuencisla veía gente de todo tipo entrando y saliendo de la pequeña puerta a un lado del edificio de cimiento gris clarito. Allí sentada, miraba la puerta abrir y cerrar con un interés intenso, cómo la gente entraba y salía, acabando los últimos toques para la obra de la tarde. Era otro mundo. Veía a gente no mucho más mayor que ella, con monos azules, llenos de manchas de pintura de todos los colores. Imaginaba el mundo que allí se estaba creando. Esta obra no pedía el negro y gris del carboncillo que aún pedía su padre en todos sus talleres en la Casa de los Picos. Fuencisla se sentía atraída por otra cosa, algo más vital, menos sutil, más extravagante que lo que se encontraba en el pueblo. El monocromo que pedían los dibujos de su madre —el cuadro de los tres trazos que dominaba el salón, por ejemplo— tenía su lugar, pero… pero Fuencisla pedía otra cosa.

Sin darse cuenta, Lola estaba completando el último viaje de su padrastro. Había subido en el tren de la línea tres del metro, el

amarillo, en una tarde de domingo, el mismo lugar del andén donde Vicente había esperado en su último día, pero no llevaba la misma angustia y el andén estaba casi vacío, ya que la gente aún estaba acabando sus comidas. Se sentía con prisa, pero animada tras el reencuentro con su madre. Solo que tenía prisa para volver a ver a su hija. No corría peligro.

—Lo siento, hija. Llego tarde.

—No pasa nada, estoy muy bien aquí. ¿Qué tal fue? Te veo bien.

—Muy bien… creo. Pero ya tendrás hambre. ¿Comemos aquí antes de coger el tren? Quiero volver con la luz del día para ver las sombras de la sierra con el sol que hace.

—Mira, hay un lugar aquí en la esquina. ¿Entramos?

Sin saberlo, entraron en el mismo lugar no solo donde habían comido Vicente y Julia por primera vez en un restaurante y donde tuvieron su primera pelea, sino también el lugar donde el camarero acabó trabajando y el destino al que nunca llegó en su último día.

56

Habían quedado en el Quijote de la Plaza de España, en el mismo banco de siempre. Habían cogido dos trenes distintos. Lola quería primero recoger un poco la casa y Fuencisla tenía ganas de hacer el camino sola en el tren para repetir el primer viaje para encontrar a su abuela en Conde Duque y también quería pasear un poco a descubrir rincones propios.

Desde la Estación de Atocha, Fuencisla escogió un camino que cruzaba Carlos V y, al pasar por delante del Cristal, echó un vistazo al fondo del bar donde ya estaban cociendo el pulpo de color rosado en un gran cazo de cobre. En la misma acera había un *McDonald's,* un *100 Montaditos* y un *Starbucks,* pero el pulpo y las bravas del Cristal mantenían también su presencia. En vez de entrar para tomarse un coñac estilo abuela Julita como recuerdo, giró directamente hacia el Reina Sofía con sus dos ascensores de cristal que dominaban la pequeña plaza con sus palomas y su Centro Nacional de Baile. Parecía, a pesar de su tristeza, que todo Madrid abría sus puertas a Fuencisla.

Enfrente de la entrada del Reina Sofía estaban los bares y cafeterías baratos de la zona donde iba la gente que no quería pagar los precios que tenían dentro del centro de arte. Fuencisla tenía hambre, pero primero tenía un asunto pendiente en Lavapiés. No estaba del todo segura del camino, pero lo tenía más o menos en su cabeza. Algo recordaba de las calles, sabía que no tenía que subir hasta Antón Martín (por pura casualidad, los mismos nombres que llevan sus tíos gemelos), sino que tirar hacia la izquierda para no tener que volver a bajar por todas las calles estrechas y adoquinadas del barrio, con su mezcla de gente joven de barrio de moda, inmigrantes y ancianitos de siempre.

Contaba con encontrarse con su madre alrededor de las doce, así que evitaba comer en el Económico en Lavapiés. Por alguna razón no le gustaba mucho ese lugar con sus acelgas, su lomo y su flan con nata. Le parecía cosa fuera de lugar en el Madrid donde quería ella hacer su vida (había decidido). Al hacer sus propias vidas allí en este barrio, los recién llegados a Madrid de fuera habían traído sus comestibles y comidas diferentes. Había cambiado la capital a un lugar con mucha más variedad de gente, cultura y comida.

«A la abuela seguramente le habría gustado este local, con sus clientes de edades más bien avanzadas. Seguro que habría albóndigas, para luego acabar con un café de puchero y un coñac barato. Estaría perfectamente».

En realidad, Julia no volvió nunca a pisar ese lugar desde el día que se cabreó con Vicente en otros tiempos. En las últimas semanas había estado muy contenta con las albóndigas en Ventura Rodríguez, donde ya iba sola, tras una vuelta por el Quijote, para intercambiar palabras con el joven camarero —limpio, guapo y juguetón— y tomar el penúltimo antes de subir a su piso. Efectivamente, eso es lo que hizo su último día. Se había acostumbrado a bajar sola la escalera sin la presencia de su vecina en el tercer piso. Había empezado a disfrutar de su barrio en sus pequeños paseos y sus compras en el mercado, pidiendo vez entre todos los demás. Había días que subía Carmen para llamar a su puerta y Julia se había marchado ya. Otros días se encontraba con ella en la calle y le había invitado a volver con ella para tomar un café en el sofá donde antes se había sentado Vicente, viendo los concursos en la tele —un café y un sorbito de coñac barato que había comprado Julia en el Día de la esquina.

Al acabar su asunto en Lavapiés, cogió Fuencisla el metro para la Plaza de España. Tenía ganas de ir andando, pero ya llegaba tarde y no quería aumentar la sensación de frustración y tristeza que seguramente sufría su madre en esos momentos.

Lola miraba directamente hacia el hocico del burro, acompañante de Sancho Panza. Caía una lágrima de su ojo al levantar la vista hacia el balcón impresionante de cristal en lo alto de la torre del Hotel Riu, donde ya salía gente enfrentándose a sus miedos. Fuencisla se hizo un lío saliendo del metro con todas las obras y nuevos túneles y escaleras mecánicas conectando las estaciones de Plaza de España con Callao y llegó tarde a la cita. Se angustiaba por su tardanza y el dolor que sentía por debajo de su clavícula izquierda tras su paseo por la Plaza de Lavapiés.

No intercambiaron palabras mientras se sentó Fuencisla al lado de su madre en el banco de piedra calentado por el sol al acercarse las horas más calurosas del día. Las dos miraban por delante sin mirar hacia el gran hotel y las figuras que se distinguían en el balcón a la distancia. Lola dejó caer en el suelo un rollo de cartón de los que se venden en la papelería de Cervantes para mandar pósteres. Con el sol en los ojos, al mirar hacia el cielo, se habían quedado medio dormidas. Se habían secado las lágrimas en la mejilla y se llenó de una tristeza reconfortante. Recogió Fuencisla el rollo del suelo sin doblar demasiado la espalda para no dejar que su blusa rozara la clavícula con su nueva herida.

—¿Qué llevas allí, madre?

—Nada, luego te muestro en el piso. ¿Y a ti qué te pasa? Esa cara. Parece que sufres.

—No me pasa nada. Luego te cuento, mamá. Míranos a las dos, cada una con su secreto.

—Vámonos. Quiero encontrar a la vecina en casa. No tengo llave.

—Nos esperará seguro, madre mía, Lola, mamá.

Al pasar por delante de la entrada del museo con su gran portal de piedra de tres plantas de altura, vieron a Carmen enfrente, esperando tímidamente con la llave del piso entre sus manos. Miraba a las dos, averiguando el nivel de tristeza que llevaban encima.

—Hola, pareja. ¿Cómo estamos? Mirad, aquí tenéis las llaves. Paso a veros cuando vuelva. Seguro que queréis entrar en el piso para pasar unos momentos solas. Tendréis cosas que hablar. Llevaron a tu madre al tanatorio de la Almudena, ya sabes, Lola. No hay prisa. Bueno —son asuntos para otro día.

Les resultó extraño a las dos subir al cuarto piso sin prisas, pero con bastante más rapidez que las veces que habían subido con Julia en sus varias escapadas tras el reencuentro hace solo un par de meses. Aún más extraño era abrir la puerta con la llave que les había dado la vecina. Era la primera vez. Lola no pudo meter bien la llave gorda en el ojo de la cerradura.

—Tiene que haber un truco, mamá. Déjame probar.

Hasta la abuela siempre luchaba para dar la vuelta a la llave.

Nunca habían estado allí dentro sin la presencia de la abuela. Parecía que había todo recogido como señal de una vida en renovación, ya preparada para recibir invitados. Hacía tan solo unas semanas no dejaba entrar ni a su nieta ni a la vecina, que tanto le habían ayudado últimamente. Su cafetero de siempre reposaba sobre la estufa de gas (con bombona escondida en el armario del lado) con una jarra de café molido y una cucharita en un vaso de caña en la encimera. Lola sacó otro vaso del armario.

—¿Preparo un café y nos sentamos un poco? Invitadas de tu abuela.

—Sí, por favor. mamá.

Se sentaron las dos, cada una con su vaso de café negro caliente en la mano, mirando hacia la ventana abierta de cuatro cristales de altura enfrente de la alta pared exterior sin ventanas del centro cultural: Lola en la butaca más baja donde se sentaba Vicente a dormirse con las rubias de los concursos de sobremesa y Fuencisla en la silla de madera donde se tomaba Julia sus cafés en esa misma caña las mañanas después de levantarse.

—¿Por qué la abuela se marchó, mamá?

—No sé. Para escapar. Para liberarme a mí. ¿Para no agobiarme con sus trastornos? Porque el pueblo se había quedado pequeño y agobiante. ¿Porque me quería y quería la familia que me dejaba tener? ¿Porque te quería a ti? Todo esto y nada en absoluto.

—La vida que llevaba aquí no constituía la libertad. Igual de encarcelada y triste con el camarero o así parece —comentó Fuencisla.

—Llevas razón. Y me parece que al final, aunque no veía camino de vuelta al pueblo, se sentía cada vez más en su piel aquí con la vecina y nuestras visitas. Había empezado a salir más y a cuidarse. Tenía más orgullo en su casa —ves lo limpita que la ha dejado— y a ti te quería mucho.

Con la ventana a la calle abierta empezaba a entrar frío, pero el aire fresco daba vida al salón de la abuela. Fuencisla cogió el vaso de café caliente en las palmas de las manos y miraba de reojo al rollo de cartón que guardaba su madre incómodamente en su regazo en la butaca.

—¿Me vas a decir qué es lo que tienes guardado allí como un secreto que no quieres soltar?

—Esperaba el momento —contestó Julia.

Destapó el cartón y sacó un gran rollo de papel grueso, blanco cremoso.

—Antes de marcharme para coger el tren, pensé que podríamos empezar una nueva época con este cuadro, que tantos años ha vigilado nuestro salón, y traerlo para una vida nueva aquí. Hasta he traído clavos.

Lo desenrolló y, sacando unos cuantos botes y jarras de la cocina, lo aplastó en el suelo del salón entre la butaca y la mesa para revelar, de una manera casi teatral, el cuadro de tres trazos que llevaba la vida entera de Fuencisla en el salón del piso en la planta baja en el barrio de la Guardia Civil en el pueblo.

—¿Y si lo ponemos en esta pared, al fondo, haciendo contrapunto al balcón? ¿Qué te parece?

Fuencisla luchaba para encontrar palabras.

—¡Ay, madre!

—¿Qué pasa?

—No te enfades. Es que yo también guardaba un secreto. ¡Fíjate tú!

—¿Cómo me voy a enfadar?

—¿Es por la cara de sufrimiento que llevas?

—Es que estuve por Lavapiés.

—No sé por dónde vas, Fuencisla, maja. —Entró en su voz un elemento de crispación. Dada la circunstancia no estaba para juegos. Ni siquiera por la que más quería.

Fuencisla se levantó, se quitó la chaqueta y avanzó hacia la ventana de cuatro cristales de altura. De espaldas a su madre, y a pesar del frío que entraba, Fuencisla bajó un poco el cuello redondo de su jersey de lana verde y dio la vuelta para mirar directamente a los ojos de su madre.

—Es que… no está curado de todo, pero yo creo que se ve bien, con líneas claras y con buena definición.

—¿Así que te fuiste a Lavapiés? —dijo Lola con una risa plena y sana.

—¿No te enfades?

—¿Cómo me voy a enfadar? Es perfecto —con la madre que tengo yo (que tenía) nunca me hubiera atrevido—, pero tú estás hecha de otra tela. Eres un proyecto en desarrollo. ¿Quién sabe lo que te espera? Mi madre se casó dos veces con hombres que no quería, abandonó su familia para venirse acá, y yo busqué un hombre tal cual para tenerte a ti a pesar de las lenguas malvadas y… ¿tú? ¿Crees que me va a importar un tatuaje clandestino en la clavícula? Pero ¿cómo es que elegiste esa misma forma de los tres

trazos que tengo aquí en el suelo? —preguntó Lola, sacando cuatro clavos pequeños de su bolsillo.

—Llevo toda la vida bajo ese cuadro, vigilando, protegiéndome. Es lógico que quisiera llevarlo conmigo vaya donde vaya. Al marcharme esta mañana, saqué una foto para mostrar a la chica del taller en Lavapiés que nos señaló la camarera de Atocha. Me habías dicho que escogiera un diseño, pues ya está. Suficiente con que la chica me copiara la foto de mi móvil. Creo que lo ha hecho bien. Hazte tú uno también. ¿Por qué no?

—¡Ja!, yo iba en broma. Pero ¿qué más da? Tienes el mismo coraje y corazón que tenía tu abuela en su época.

—Lo que más me impresiona es que, después de sacar la foto, se te ocurrió a ti bajar el cuadro de la pared y traerlo (tú también clandestinamente, madre) hasta aquí, con tus cuatro clavos. Mira en la cocina, mamá, seguro que allí en el cajón te encuentras un martillo de esos pequeños. Lo clavamos ya.

Con los martillazos, se oía abajo a la vecina Carmen por el pasillo del tercer piso, caminando desde la puerta hasta el balcón e intentando averiguar de dónde venía ese alboroto tras la muerte de su amiga, aún sin enterrar.

Al terminar, Lola y su hija apartaron los pocos muebles entre la pared y la ventana para observar cómo se había quedado el cuadro que mantenía bien claras sus líneas de carboncillo grueso a pesar de los años que había llevado en su lugar anterior. Entró la luz del mediodía como si de repente el sol saliera por detrás de las pocas nubes que flotaban ese día en el cielo.

—Así vemos mejor nuestra imagen vigilando otra casa. Yo creo que la abuela estaría muy contenta.

—Mamá, ¿para ti qué representan esos tres trazos curvos que habrás hecho hace años en unos pocos segundos, digo yo?

—No sé, hija. Ahora que lo miro, me veo a mí y a ti y a la abuelita Julita.

—Y ¿por qué no el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo?

No sabía Fuencisla, por el movimiento de sus hombros, si su madre lloraba o se reía.

—Mamá, ¿por qué no nos bajamos a comer unas albóndigas al sitio preferido de la abuela, donde el guapete del camarero?

—Anda tú y la abuela con las albóndigas y el camarero con sus melenas.

—¿El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo? ¡Ay, hija!

Lola miró desde su cuadro clavado a la pared hasta la puerta doble de ocho cristales, los tiestos con sus flores rojas en el balcón y la alta pared sin ventanas enfrente. Se oía gente en la calle y en la cola para sacar entradas para la sesión de la tarde en el centro cultural, antiguo cuartel general.

—Mamá. Vamos. Luego veremos lo que hacemos con lo de la abuela. Bajamos, dejamos al cuadro (y a la vecina de abajo) vigilando.

—¡Que sí, que sí, niña! Ahora mismo nos vamos. Cuando me canso de llorar.

ÍNDICE

1 7
2 11
3 15
4 19
5 23
6 27
7 31
8 35
9 39
10 43
11 47
12 51
13 55
14 59
15 63
16 71
17 87
18 91

19 95
20 101
21 107
22 111
23 117
24 121
25 125
26 129
27 133
28 139
29 147
30 151
31 157
32 163
33 173
34 177
35 183
36 187
37 195
38 201
39 207
40 213
41 223
42 235
43 243
44 251
45 259

46 267
47 275
48 285
49 293
50 303
51 319
52 337
53 351
54 363
55 377
56 391